

Revista Temas Número 5 enero-marzo 1996

Hablar de la mujer

Luisa Campuzano. [Ser cubanas y no morir en el intento.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Carolina Aguilar, Perla Popowski y Mercedes Verdeses. [Mujer, Período especial y vida cotidiana.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Lourdes Fernandez Ríos. [¿Roles de género? ¿Feminidad vs. masculinidad?.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Mirta Yáñez. [Y entonces la mujer de Lot miró...](#) . No. 5 enero-marzo 1996

María Isabel Domínguez. [La mujer joven en los 90.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Adelaida de Juan. [La mujer pintada en Cuba.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Mayra Vilasís. [Por una mirada divergente.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Nara Araújo. [Otra vez viajeras al Caribe.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Digna Castañeda Fuertes. [Demandas judiciales de las esclavas en el siglo XIX cubano.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Margarita Castro Flores. [Religiones de origen africano en Cuba: un enfoque de género.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Juan Valdés Paz, José Cardemártori, Elvira Concheiro, Jaime Estay, Jorge Gilbert, Janette Habel, Klaus Meschkat, Manuel Monereo, Jaime Osorio, Lourdes Regueiro, Eduardo Ruiz. [La globalización: una mirada desde la izquierda.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Armando Hart Dávalos. [Liberales y ortodoxos.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Carlos M. Vilas. [Pobreza, opresión y explotación: notas sobre la sociedad civil en América Latina.](#) No. 5 enero-marzo 1996

Vicente González Castro. [Los laberintos de la televisión](#). No. 5 enero-marzo 1996

María Elena Cubrías. [¿Posmodernidad versus ane?](#) . No. 5 enero-marzo 1996

Alejandro Portes. [Comunidades transnacionales: su surgimiento e importancia en el sistema mundial contemporáneo](#). No. 5 enero-marzo 1996

Zaida Capote Cruz. [La doncella y el minotauro](#). No. 5 enero-marzo 1996

Mercedes Santos Moray. [El discurso femenino en la poesía cubana: Mirta Aguirre y Fina García Marruz](#). No. 5 enero-marzo 1996

Ser cubanas y no morir en el intento

Luisa Campuzano

Profesora. Universidad de La Habana.

Nacer en Cuba, dijo Lezama Lima, «es una fiesta innombrable»; pero ver la luz y vivir junto a este «mar violeta [que] añora el nacimiento de los dioses»,¹ siempre entraña riesgos y sobresaltos, porque es a la orilla del golfo que nos ciñe, como recuerda Dulce María Loynaz, con una acotación muy propia de la escritura de mujeres, «donde todos los años hacen su misterioso nido los ciclones».²

Haber nacido mujer en Cuba y poco antes de la mitad del siglo, es decir, iniciar la adolescencia con el triunfo de la Revolución, fue una fiesta multitudinaria, callejera, bulliciosa; con bailes de trajes y figuras, donde encontramos nuestros espacios, nuestros roles y nuestros propios cuerpos a pesar de las ráfagas huracanadas y los vientos ciclónicos que nos amenazaban, pero que no pudieron apagar las músicas, ni la alegría de vivir y de hacer. Ahora, sin embargo, una gran tormenta quiere aguararnos la fiesta...

Cuando el ejército de barbudos —con un pelotón de mujeres— bajó de la Sierra Maestra en 1959, yo tenía quince años. Ahora tengo más de cincuenta. Mi ciclo fértil, mi largo y cálido verano, ha sido la Revolución, que hoy enfrenta —como yo— un proceso, un cambio de vida que debemos conocer para dominar, para conjurar con nuevas estrategias y encaminar con nuevas prácticas. Pero para

eso hace falta sobre todo intentar salirse de la embriaguez, del aturdimiento de la gran fiesta y repensarse, reflexionar sobre nosotras mismas, para recuperar de algún modo en nuestro pasado, en lo que de él salva y proyecta la selectiva memoria, un atisbo, una guía para el futuro: los «recuerdos del porvenir».

Puesto que la autoconciencia se reconoce como una de las marcas de la crítica feminista, que suele mostrar la identidad de quien la ejerce e informar acerca de los orígenes del trabajo que asume y el punto de vista desde el que lo aborda, se ha hecho muy común, casi de rigor, comenzar con una anécdota personal, práctica que no sólo encuentra justificación en la máxima de que «lo personal es político», sino también en la convicción muy compartida de que hay que derribar las barreras académicas tradicionales que separan la experiencia profesional de la personal.³ Para entrar en materia, pues, comenzaré narrando algunas de las estaciones de mi conversión, de mi camino de Damasco, tópico también frecuente en el discurso feminista.

Hace poco más de diez años, a comienzos de 1984, un novelista dado a la producción de personajes femeninos, y dirigente de la Sección de literatura (hoy Asociación de escritores) de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, me pidió que preparara un trabajo sobre la mujer en la

narrativa de la Revolución para un gran congreso promocional que se celebraría en La Habana. Mi corpulenta vanidad profesional me impidió descubrir los móviles obvios de esta invitación, y me puse a laborar febrilmente en un campo virgen al que nadie en veinticinco años le había dedicado ni siquiera una línea, y para el que no me sentía especialmente vocada. Desprovista de sustentación teórica actualizada, puesto que eran los tiempos en que apenas comenzábamos a desandar la etapa de nuestra «indigencia crítica»⁴, me valí de Virginia Woolf y atacé mi tema desde la triple perspectiva con que ella intentara dar respuesta a una demanda similar.⁵ Me ocupé de la mujer en la narrativa escrita por hombres, de la narrativa escrita por mujeres, y de la posición de la mujer en la sociedad en que se producían esos textos; y el resultado fue un largo estudio que llevaba como subtítulo el de «ponencia sobre una carencia», con la evidente y cacofónica intención de subrayar desde el principio las aterradoras conclusiones a las que había llegado: de acuerdo con lo que se leía en los textos de narradores cubanos de ambos sexos, entre 1959 y 1984 en la Isla no había pasado nada notable, contable, novelable, en la vida de las mujeres.⁶

Pero lo que me decía mi experiencia personal; lo que argumentaban informes, discursos y folletos; de lo que hablaban los libros de las escritoras de otros países que habían venido a estudiar las transformaciones de la mujer cubana;⁷ lo que veía en el cine documental y en el cine de ficción; lo que se representaba en el teatro, era otra cosa, que había pasado inadvertida por la épica, ese gran género de las porras y los mandobles: las mujeres cubanas habían recorrido ya un gran trecho en el camino de su liberación, lo que constituía, sin dudas, una de las grandes hazañas de la Revolución, y era también un logro individual de cada una de ellas; pero esto no aparecía tematizado en los textos narrativos del período ni daba muestras de haber sido concientizado por las autoras y, mucho menos, por los autores.

Tanto el revuelo y la incompreensión que desató mi trabajo entre parte del público del congreso y sus organizadores, como lo que creía haber constatado en él, me llevaron a un estado que llamaría de «perplejidad cultural», pidiéndole prestado a Marlyse Meyer el término que ella creara para explicar la reacción del investigador ante relaciones aparentemente incoherentes entre un fenómeno cultural y el contexto en que se origina.⁸ Durante años me mantuve alejada de la literatura escrita por mujeres, y cuando inducida por Jean Franco —que en 1988 comprometió a la Casa de las Américas con la organización de un congreso sobre este tema— y presionada por Elena Urrutía —que en 1990 nos ofreció el motivo para realizarlo—, volví a ella, fui a parar directamente al siglo XVIII, no solo como consecuencia de mi choque inicial con las peculiares condiciones de producción de las narradoras cubanas de los sesenta y los setenta, sino con la intención de, partiendo del rescate de la marquesa Jústiz de Santa Ana, nuestra primera escritora, casi totalmente desconocida, iniciar una recuperación de la memoria y de modelos y ejemplos que nos permitieran

crearnos una nueva identidad y contribuyeran al mayor autoconocimiento y a la autoestima de la mujer cubana; y, por otra parte, comenzar a construir las bases de una narrativa histórico-literaria en la cual las escritoras encontrarán la visibilidad que en los estudios de nuestra literatura se les ha negado.⁹

Pero aunque mi trabajo personal se inscribe en una exégesis feminista perfilada «como una crítica de desagravio, destinada a la doble tarea de la desmistificación de la ideología patriarcal y a la arqueología literaria»,¹⁰ lo hace, por supuesto, desde y para la contemporaneidad, y con un objetivo complementario al parecer, pero absolutamente fundamental, que se relaciona con mi trabajo institucional en la Casa de las Américas: el de contribuir a la (re)inserción de la producción literaria femenina cubana posterior a la Revolución en el cuadro de la literatura escrita por mujeres en la América Latina, puesto que, dadas las características únicas de la experiencia cubana, ellas por lo regular han quedado fuera de los estudios generales realizados en el Continente, o apenas han sido consideradas como precursoras o rezagadas en relación con las demás escritoras latinoamericanas, según se las haya abordado con una óptica predominantemente de clase o de género.

Esta aproximación a las literaturas de mujeres cubanas y latinoamericanas ya ha contribuido, en primer lugar, al autoconocimiento de las escritoras cubanas, mediante la dinámica tan enriquecedora del proceso conocer-para-reconocerse, y al estudio de su producción textual; pero, además, podrá ayudar a caracterizar mejor el desarrollo de la mujer cubana integrando esta imprescindible dimensión cultural al análisis tradicional basado en información cuantitativa, principalmente estadística y relativa a indicadores tales como demografía, salud, educación, trabajo, legislación y participación sociopolítica.

Los objetivos, pues, de estas páginas, de mi trabajo profesional y mi implicación institucional, así como los de mi vida, atrapada en el momento más crítico de sus coordenadas privada y pública, biológica y espiritual, coinciden, y consisten en tratar de esbozar, siquiera sumariamente, un barrunto de estrategia que contribuya a sortear la tormenta y salvar todo lo salvable y, en primer lugar, a las mujeres cubanas, ya no sólo fuerza reproductora, sino productora —y de la más alta calidad— de la nación.

Como es conocido, la caída del Campo socialista y la desaparición de la Unión Soviética, sus socios comerciales por cerca de tres décadas, llevó a Cuba a comienzos de los noventa a una situación de emergencia económica que ya dura más de un lustro, y que ha producido un grave deterioro en todas las instancias de la vida, llegando a evidenciarse un franco retroceso en sectores prioritarios como la alimentación y el empleo, y poniendo en peligro la salud y la educación, consideradas las dos grandes conquistas de la Revolución. Las medidas y esfuerzos dedicados a revertir esta situación y producir una nueva reconversión de la economía cubana —ya hubo otra en

los sesenta—, pese a haber logrado a fines de 1993, de acuerdo con apreciaciones de autoridades gubernamentales, detener la caída casi ininterrumpida desde 1990, se han visto constantemente asediados por el recrudecimiento del bloqueo norteamericano, destinado no sólo a hacer aún más difícil el acceso a puertos cubanos del combustible y los insumos que su exigua capacidad de compra le permite adquirir al país, sino también a intentar disuadir a los posibles interesados en comerciar con Cuba o invertir en la Isla.

Tanto esta situación de crisis como la estrategia definida por el Gobierno para enfrentarla —el llamado «Período especial»—, producen y exigen respectivamente, grandes sacrificios a la población, y en particular a las mujeres, que dadas las características culturales patriarcales del país, son las responsables de la atención, en todas sus demandas, de la familia.

Pero como dijera el poeta peruano Carlos Germán Belli, «en cada linaje / el deterioro ejerce su dominio»; y pese a los indicios de recuperación económica que comienzan a advertirse a partir de 1994, el retroceso ya no solo atañe a aspectos tan concretos y mensurables como los antes mencionados, sino que tiene dimensiones morales, políticas y sociales, en general, que resultan aún más dolorosas porque pueden ser irreversibles en buena parte de los casos, y tienen un grandísimo costo espiritual.

Menos conocido, y —colocado en este contexto de carencias y deterioros— altamente paradójico, es el hecho de que también a comienzos de los 90 las mujeres cubanas continuaban mostrando, en relación con las restantes latinoamericanas y, en general, con todo el Tercer Mundo, las más altas proporciones de participación en rubros como la educación superior y el empleo, con importantes índices no sólo cuantitativos, sino también cualitativos; que su calidad de vida era comparativamente la más elevada; y que disfrutaban de una legislación fuertemente antidiscriminatoria, que incluía los tan debatidos derechos reproductivos.¹¹

Paralelamente, desde los últimos años de la década de los 80, se había evidenciado, dentro de la Federación de Mujeres Cubanas, una tendencia a priorizar los esfuerzos por cambiar los patrones culturales que propician la subordinación femenina, y, en especial, la doble jornada, con lo que la organización se hacía eco de las demandas de una membresía compuesta por un número cada vez mayor de profesionales, técnicas y mujeres instruidas en general, y por otra parte, daba los pasos necesarios para posibilitar el desarrollo de la línea jerarquizada por el III Congreso del Partido en febrero de 1986, que estipulaba la creación de cuotas para la incorporación de jóvenes, negros y mujeres a todas las instancias de dirección política y administrativa del país. Pero esta línea fue abandonada poco a poco, después de que la sesión diferida del propio Congreso, celebrada en diciembre de ese mismo año, estableciera otras prioridades: el desmantelamiento del fracasado Sistema de Dirección de

la Economía y el inicio de la que se llamó «etapa de rectificación».

En el IV Encuentro feminista latinoamericano y del Caribe, celebrado en Taxco en 1987, adonde asistió por vez primera una delegación cubana, al preguntársele a una representante de la Federación por qué seguía existiendo un modelo cultural patriarcal en Cuba, esta dijo:

La cultura popular es tan *machista* en Cuba como en cualquier otro país latinoamericano. Nuestro discurso con respecto a los problemas de la mujer está cambiando; estamos avanzando y profundizando: tenemos que trabajar con la realidad y deshacernos de viejos esquemas para abrir nuevos caminos. La Revolución cubana no es un proceso terminado, como tampoco lo es el feminismo.¹²

En marzo de 1990 se celebró el V Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, para el que la organización se había preparado con especial cuidado. Los temas desarrollados en los documentos que debía debatir y aprobar el Congreso volvían a abordar, pero con mayor énfasis, formas sutiles de discriminación en el trabajo, como la de no promover mujeres a puestos de mayor responsabilidad; o en la política, como la de no elevarlas a posiciones de primer rango; e insistían en señalar los obstáculos existentes para lograr la igualdad, particularmente los debidos a la doble jornada. Pero el Congreso no pudo discutirlos porque otra vez había algo más importante, de mayor prioridad que los problemas de la mujer: la defensa del país y la nueva estrategia económica frente a la desaparición del Campo socialista y la evidente marcha de la Unión Soviética hacia el mismo fin.

Meses más tarde, en discusiones preparatorias del IV Congreso del Partido celebradas por las instancias provinciales de la organización política, se produjeron severas críticas a la Federación, en las que se sugería su desaparición sobre la base de que duplicaba las funciones de otras organizaciones de masas. Por otra parte, en el Congreso partidista, celebrado en octubre de 1991, y en las elecciones nacionales, provinciales y municipales de 1993, se redujo el número de mujeres electas, aunque, pese a ello, seguían siendo las cubanas las que, entre las latinoamericanas, tenían más representantes en el parlamento.¹³

Intentar entender la dinámica de la incorporación y de los avances de la mujer en Cuba al margen de las características excepcionales que ésta tiene en el contexto latinoamericano, resulta poco menos que imposible. Digamos, para simplificar, que donde en la historia latinoamericana se lee «la mujer conquistó», en la cubana posterior a 1959 podría leerse «la mujer recibió»; que donde en la primera se dice que la mujer luchó por **sus** derechos o trabajó en **su** beneficio, en la cubana se diría que la mujer se ha incorporado a la lucha y ha trabajado en defensa **de la Revolución**. En Cuba, muy distintamente de lo sucedido en otras partes, la progresiva transformación de la mujer se produjo en el contexto de un cambio revolucionario que nunca tuvo como objetivo prioritario a las mujeres, sino la modificación radical de

En Cuba, muy distintamente de lo sucedido en otras partes, la progresiva transformación de la mujer se produjo en el contexto de un cambio revolucionario que nunca tuvo como objetivo prioritario a las mujeres, sino la modificación radical de la estructura política y económica del país, a la que todo se subordinaba, y para la cual la categoría operativa fundamental era la de clase y no de la de género; y las tácticas inexcusables, la igualdad y la unión, no la diferencia.

la estructura política y económica del país, a la que todo se subordinaba, y para la cual la categoría operativa fundamental era la de clase y no de la de género; y las tácticas inexcusables, la igualdad y la unión, no la diferencia.

Cuando las mujeres salieron de sus casas a las calles, las plazas o los campos, en 1959, fue para asumir tareas de la Revolución en la salud, la alfabetización, la defensa. Cuando realizaron trabajo voluntario, fue en sustitución de los hombres que se encontraban casi permanentemente movilizados. Cuando se integraron en un gran frente unitario en agosto de 1960, lo hicieron bajo el lema «toda la fuerza de la mujer al servicio de la Revolución»; y la organización surgida de esta integración, la Federación de Mujeres Cubanas, se constituyó desde entonces en el vehículo de comunicación entre el Gobierno revolucionario y las mujeres, cuyas tareas fundamentales dentro de la organización fueron y siguen siendo las de apoyar cada medida o campo de interés de la Revolución. El Gobierno revolucionario, por su parte, ha dictado decenas de leyes y creado innumerables planes que de modo directo y eficiente han beneficiado a las mujeres y propiciado su incorporación al espacio público, que en Cuba no significa otra cosa que el espacio de la Revolución.

Existen distintos criterios entre los estudiosos de la historia de Cuba más reciente, en torno a si la participación de la mujer en la fuerza de trabajo se produjo como resultado de necesidades económicas, si el Estado se vio precisado a ampliar la fuerza laboral; o si fue una concesión a las mujeres, una medida de carácter político y no económico.¹⁴ Pero sea como fuere, a través de su incorporación progresiva al trabajo y la dinámica de negociaciones domésticas e intervención pública — mediante la promulgación de distintas leyes destinadas a facilitarlas—, la mujer encontró en el trabajo la posibilidad de desarrollar su creatividad, de participar más activamente en la sociedad, de pasar de la función meramente reproductiva a la productiva. Y así, a comienzos de los 90 casi el 40 % de todos los trabajadores cubanos eran mujeres, y en algunos sectores fundamentales no tradicionales este índice era mucho más alto. Baste señalar que el 57,7 % de los profesionales y técnicos y el 45 % de los profesores universitarios eran mujeres, situación no sólo excepcional en relación con la

de la América Latina, sino también con la de España, por ejemplo, donde sólo el 30 % del profesorado universitario está formado por mujeres.¹⁵

Del mismo modo, el nivel educativo de la Población Económicamente Activa femenina era también a comienzos de los 90 mucho más alto en Cuba que el de la masculina, y esto podría mantenerse en los próximos años, porque la estructura de la matrícula por niveles de enseñanza así lo hace prever, particularmente en la educación superior, donde las mujeres han seguido siendo bastante más de la mitad —casi tres quintas partes— de todos los estudiantes universitarios.¹⁶

Pero ante la reducción progresiva de empleos, ante las dificultades de todo tipo que cada día hacen de la vida de las trabajadoras cubanas una carrera de obstáculos, muchos de ellos inesperados, imprevisibles, ¿el empleo femenino se reducirá drásticamente como en los sesenta, cuando la primera carestía devolvió a muchas mujeres a sus casas, o mantendrá, con ligeros descensos, sus niveles actuales?

Aunque no dispongo de cifras, hay razones que autorizan a pensar que lo que se producirá es esto último: la mayoría de las mujeres trabajadoras no abandonará sus empleos actuales o los cambiará —de acuerdo con disposiciones tomadas a fin de aliviar las dificultades producidas por las deficiencias en los medios de transporte— por otros más cercanos a sus casas; y de ser dejadas fuera de sus trabajos —lo que ya ha sucedido por el cierre a menor o mayor plazo de centros laborales, debido a la falta de materia prima, de combustible o de piezas de repuesto para las maquinarias o los equipos, y seguirá sucediendo pues se desarrolla una revisión de todas las plantillas—, recibirán un generoso subsidio y serán posteriormente reubicadas, si no pasan a engrosar la creciente economía alternativa formada por los trabajadores por cuenta propia, que en los últimos años han ido constituyendo un pequeño sector privado que, en alguna medida, ha contribuido a paliar carestías en muchos órdenes. Esta hipótesis y las razones que nos inducen a optar por ella —lo que significa mostrarnos optimistas, proyectar nuestros deseos—, las discutimos a comienzos de 1993 en un encuentro con feministas norteamericanas en la Casa de las Américas, y Marta Núñez, una socióloga cubana que se ocupa desde hace muchos años del tema de mujer trabajadora, las formuló

tan claramente que a continuación me limito a glosar sus palabras:

Las mujeres cubanas no sólo permanecerán en la fuerza de trabajo sino que continuarán siendo promovidas a empleos más complejos y que requieren más conocimientos, en todas las esferas de la economía y en todas las categorías ocupacionales, porque desde hace años han llegado a ser la fuerza de trabajo más calificada del país y el mayor número de estudiantes universitarios; porque una nación que busca cambiar las estructuras de exportación con renglones de punta como la biotecnología, no puede prescindir de quienes constituyen más de la mitad del personal técnico y profesional en estas ramas; porque casi la tercera parte de las trabajadoras son jefas de hogar, y si dejan sus empleos, sus familias quedan sin sustento; porque una buena parte de las trabajadoras más jóvenes lo son de segunda generación y cuentan con un importante patrón de madre trabajadora.¹⁷

Pero ahora, aunque podrá mantenerles algunas garantías de salud y educación, el Estado no tiene tanto que ofrecerles a las mujeres para que trabajen, como pudo hacer antes. Ya no hay, por ejemplo, la posibilidad inmediata de construir más círculos o guarderías infantiles, o de socializar otras tareas domésticas. Y, en cambio, a las más jóvenes —y ya no sólo residentes en ciertos medios urbanos, sino también emigrantes de las más apartadas zonas del país—, el impacto del turismo —imprescindible para la supervivencia de la nación—, así como el deseo de comer mejor, de vestir mejor, de pasear en autos como los que aparecen en las películas, ha podido llevarlas a ejercer la prostitución en torno a hoteles y otros centros frecuentados por extranjeros; espacios de gran visibilidad que amigos y enemigos de la Revolución, de dentro y de fuera, magnifican con tanta vehemencia, que las «jineteras» han llegado a convertirse en «símbolo supremo» y argumento irrefutable de la decadencia de la sociedad cubana, que injustamente encarna por extensión —«la parte por el todo»— en quienes soportan con mayor sacrificio la mayor carga en este especialísimo período de crisis: las mujeres.¹⁸

Este fue, pues, el contexto en que distintas académicas, escritoras, artistas y comunicadoras, por separado o en conjunto, con o sin apoyo institucional, nos fuimos convenciendo poco a poco de la necesidad de intervenir en nuestra azarosa contemporaneidad para introducir en ella una conciencia de género que ayudara principalmente a fortalecer la autoestima de las cubanas, tan necesaria en estos momentos para defender sus avances, y que contribuyera a otorgarles mayor visibilidad a su historia y a sus realizaciones culturales.

Así, en abril de 1990, la Casa de las Américas y el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México organizaron el que sería el primer congreso celebrado en Cuba sobre literatura escrita por mujeres. A fin de llegar a él en las mejores condiciones, realizamos previamente en la Casa un taller de pensamiento y crítica literaria feministas, que nos permitió actualizar —y en muchos casos adquirir— el bagaje teórico imprescindible para tener una participación decorosa y productiva en este encuentro, al que logramos incorporar a una buena cantidad de ponentes cubanos.

Once de los trabajos presentados se publicaron en una amplia sección del número 183 de la revista *Casa de las Américas*¹⁹ que, quizá por azar o tal vez por esta razón, se agotó rápidamente. En marzo del año siguiente, viajamos una docena de cubanos a México para celebrar en El Colegio nuestro segundo congreso, que en esta ocasión se dedicó por entero a la obra de escritoras cubanas, siendo así también este el primer encuentro consagrado a nuestra literatura femenina. Como en el congreso anterior, en los meses previos a su celebración desarrollamos en la Casa un taller, que esta vez trató de la literatura escrita por cubanas. Cuatro de las participantes en estos encuentros recibieron —tres de ellas con el apoyo de la Casa— becas del PIEM para cursar la especialidad de posgrado en Estudios de la Mujer, convirtiéndose —a lo que sé— en las primeras cubanas en adquirir esta calificación académica.

Algo muy personal, como mucho de lo que sucede entre mujeres, también influyó en el rumbo que daríamos a lo que ya empezaba a perfilarse como una línea de trabajo de la Casa. En la segunda mitad de 1991, Vicentina Antuña, mi profesora y jefa, con quien llevaba trabajando treinta años, primero en el Consejo Nacional de Cultura y después compartiendo la misma cátedra en la Universidad, enfermó gravemente y me pidió que fuera cada tarde a su casa a acompañarla, y en aquellas conversaciones en que yo hablaba más que ella, y que al final fueron haciéndose meros murmullos, sonrisas, miradas impotentes, fuimos tejiendo y destejiendo proyectos y memorias de la lucha de las feministas y otras organizaciones de mujeres cubanas por ocupar un espacio de primer orden en la cultura y la historia del país, lucha en la que ella y Camila Henríquez Ureña habían participado muy destacadamente y que constituía uno de los grandes orgullos de su vida.²⁰

En el bienio siguiente, mediante la participación individual o institucional en encuentros nacionales o internacionales, se fue ampliando el radio de relaciones de la Casa de las Américas con especialistas y grupos de Estudios de la Mujer o activistas de movimientos femeninos, que contribuyeron, por una parte, a llevar nuestros intereses más allá de la literatura, y por otra, a que nuestra biblioteca llegara a poseer una copiosa colección tanto de los libros y revistas más recientes sobre este amplio dominio, como de clásicos que antes no teníamos. A lo primero se debe que en ocasiones, como las anotadas en párrafos anteriores, hayamos coauspicado la celebración de encuentros sobre temas de carácter fundamentalmente social y económico. A lo segundo obedece, por ejemplo, que en el año académico 1993-1994 se pudiera ofrecer por primera vez en la Licenciatura en Letras de la Universidad de La Habana, un curso sobre discurso literario femenino²¹.

De la acumulación de libros y experiencias, de las conversaciones con amigas y colegas, fue imponiéndose a la dirección de la Casa de las Américas la necesidad de crear un Programa de Estudios de la Mujer, a partir de aquel núcleo original de trabajo sobre escritoras latinoamericanas que yo había cobijado a la sombra del

Centro de Investigaciones Literarias que entonces dirigía. Teniendo en cuenta todo el trabajo realizado y la proyección que queríamos darle en el futuro, decidimos lanzar nuestro Programa en 1994, año del centenario del nacimiento de Camila Henríquez Ureña, y emplear para ello el espacio más conocido de la Casa: su Premio Literario. Así pues, en homenaje a la gran profesora y ensayista cubano-dominicana convocamos al Premio Extraordinario de Ensayo sobre Estudios de la Mujer, al que concurrieron más de cincuenta obras.²² Además, los jurados que debían otorgar los premios en los distintos géneros y categorías que concursaban, fueron integrados, por primera vez, mayoritariamente por escritoras. Una semana antes del comienzo de sus actividades ofrecimos dos cursos de posgrado: sobre teoría y praxis de la literatura femenina y sobre literatura femenina cubana, y el programa del Premio concluyó con un congreso sobre literatura femenina latinoamericana en el que participó medio centenar de ponentes de la América Latina, el Caribe, los Estados Unidos, Canadá y Europa.

Al concluir el congreso, nos reunimos un amplio grupo de participantes y diseñamos conjuntamente las líneas de trabajo para los próximos años, destinadas a propiciar, por una parte, una revisión de la historia y la cultura de las mujeres latinoamericanas y caribeñas desde el siglo XVI hasta nuestros días, y por otra parte, a rescatar y publicar la producción textual femenina —no exclusivamente literaria— correspondiente a ese período. De acuerdo con este plan, se han realizado ya los coloquios correspondientes a la Colonia y el Siglo XIX, que han acumulado más de setenta trabajos²³ y han puesto en contacto a igual número de especialistas en la historia y la cultura de las mujeres del Continente; se ha empezado a evaluar y organizar para su publicación los materiales recibidos para la antología de producción textual femenina de los siglos XVI al XVIII; y se está solicitando los que deberán llenar los tres tomos de la correspondiente al XIX, al tiempo que se ha comenzado a circular la convocatoria del coloquio del año próximo, que se dedicará a las latinoamericanas y caribeñas del siglo XX. Para después también tenemos planes, pero esa es otra historia..., historia hacia la que nos conducen no solo los resultados de esta especie de levantamiento general de fuerzas pasadas y presentes de nuestras mujeres, y de quienes se dedican con rigor, pasión y compromiso mucho más que académico a su estudio, sino también lo que está sucediendo desde comienzos del año pasado en nuestro país.

Celebrado en marzo de 1995, el VI Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas replanteó una agenda en la que ocupó un espacio fundamental todo lo derivado del reconocimiento de que en medio de las ásperas condiciones con que se inició esta década, y tal vez por ello, se han producido importantes cambios en la conciencia que de sí mismas tiene la mayoría de nuestras mujeres, quienes, por una parte, se ven cada vez más como productoras y no solo como reproductoras, asumiendo plenamente su transformación de objeto en sujeto de las medidas tomadas por la Revolución en su beneficio, las

que ahora tienen que defender y llevar hasta sus últimas consecuencias; y, por otra parte, evalúan su incorporación al trabajo no ya como una mera forma de emancipación económica, sino como fuente de satisfacción y realización personal y vía privilegiada de acceso a una mayor participación política y social. Por ello, tanto en los documentos de trabajo como en las intervenciones de las delegadas, se puso especial énfasis en arreciar el combate contra los patrones culturales que conspiran contra la participación femenina en los niveles de mayor responsabilidad y decisión, lo que aparece como una demanda sólida y críticamente fundamentada en el texto elaborado por la comisión que se ocupó del tema de la promoción de la mujer a cargos de dirección en el Estado y el Partido,²⁴ y se evidenció en el curso de los debates, cuando una de las delegadas, por ejemplo, hizo llegar una nota al General de Ejército Raúl Castro, preguntándole por qué no hay generalas ni viceministras en las Fuerzas Armadas Cubanas,²⁵ a cuyas tropas regulares hoy están incorporadas decenas de miles de mujeres y no un solo pelotón femenino, como en enero de 1959.

A partir de entonces la presencia de la Federación, y en general la de los temas relativos a las mujeres, ha comenzado a hacerse mayor en la prensa, a tomar mayor relieve. Así sucedió, por ejemplo, con las elecciones parciales celebradas en julio de 1995, en las que se puso de manifiesto que comenzaba realmente a remontarse la corriente. A diferencia de lo ocurrido en las elecciones generales de 1993, cuando la Comisión Electoral y, en consecuencia, los periódicos, la radio y la televisión —ocupados en destacar la participación masiva en una consulta popular a la que los enemigos de la Revolución auguraban los peores resultados— no divulgaron la cantidad de mujeres electas, ahora se daban a conocer estos resultados, que evidenciaban una notable recuperación en el número de delegadas en relación con los comicios anteriores. Ese mismo mes se dedicó la gran fiesta de la Revolución, el aniversario del asalto al Cuartel Moncada, a la mujer cubana, quien como reconociera el Comandante en Jefe Fidel Castro en la clausura del congreso femenino, es la que hoy lleva la parte más dura de los sacrificios.²⁶

Pero la mujer cubana es también, pensamos, quien, dadas su preparación y progresiva concientización, parece estar destinada a salir en mejores condiciones de esta crisis, cuyo fin comenzamos a avizorar. Lo más importante, en nuestro caso, ha sido saber que no partimos de la nada, sino todo lo contrario; y conocer cuáles son nuestras peculiaridades y de qué modo podemos actuar, tantear, rectificar, para ir alcanzando poco a poco resultados que conduzcan a la plena realización de la mujer, y en nuestro caso —en el que las distancias sociales son las más reducidas de la América Latina— eso quiere decir a una realización de **todas** las mujeres.

En el medio feminista académico, tan variopinto en sus tendencias, quizá la perspectiva reciente más importante es aquella que parte de reconocer que no existe una realidad femenina única, que en este vasto campo tampoco hay universales, sino múltiples realidades; y que

hay que aprender acerca de todas ellas y estar conscientes de todas ellas. Por eso, con nuestro trabajo en el campo ilimitado, sin fronteras de la cultura, no sólo aspiramos a modificar nuestra realidad, sino también a pensarla, a organizarla mentalmente y, algún día, a contribuir con nuestra experiencia y con nuestra teorización propia, latinoamericana y cubana, al pensamiento, a las doctrinas, al fundamento de los estudios y de las prácticas en torno y para la mujer.

Notas

1. José Lezama Lima, «Noche insular, jardines invisibles» (*Enemigo rumor*, 1941), en: *Poesía completa*, La Habana, Letras Cubanas, 1970:84.
2. Dulce María Loynaz, «Poema CXXIV» (*Poemas sin nombre*, 1953), en: *Poesía completa*, La Habana, Letras Cubanas, 1993:143.
3. Cf. Robyn R. Warhal y Diane Price Herndl (eds.), «About Feminisms», en: *Feminisms*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1993:IX.
4. Esta definición la acuñó Juan Marinello para referirse al vacío teórico en que cayó la crítica cubana a fines de los sesenta y en los setenta.
5. Virginia Woolf, *Una habitación propia* (1929), Barcelona, Seix Barral, 1967.
6. Luisa Campuzano, «La mujer en la narrativa de la Revolución: ponencia sobre una carencia», en: *Quirón o del ensayo y otros eventos*, La Habana, Letras Cubanas, 1988.
7. Cf. Margaret Randall, *La mujer cubana ahora*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972; y Laurette Sejourne, *La mujer cubana en el quehacer de la historia*, México D.F., Siglo XXI, 1980.
8. Marlyse Meyer, *Maria Padilha e toda a sua quadrilha*, Sao Paulo, Duas Cidades, 1993:20.
9. Luisa Campuzano, *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios*, Río de Janeiro, CIEC, Universidade Federal de Río de Janeiro, 1991 (Serie Papéis Avulsos, 37). Hay otras ediciones.
10. Jean Franco, «Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo», *Casa de las Américas*, La Habana, 30 (171), noviembre-diciembre, 1988:88.
11. Cf. *Mujeres latinoamericanas en cifras. Cuba*. Santiago de Chile, Instituto de la Mujer (España) y FLACSO, 1993, *passim*.
12. Citada por Francesca Miller, *Latin American Women and the Search for Social Justice*. Hanover y Londres, University Press of New England, 1991:236 (mi traducción).
13. Cf. *Mujeres latinoamericanas en cifras. Cuba*, *op. cit.*:97,99.
14. Cf. Marta Núñez, *Las mujeres de la carreta*, Moscú, ed. mecan., 1993:6-7.
15. Cf. Cruz Blanco, «Ciencia y técnica, también para ellas», en: *Mujeres* (suplemento de *El País*), Madrid, 29 de septiembre de 1994:14.
16. *Informe de la República de Cuba a la XLIII Conferencia Internacional de Educación [de la UNESCO]*, La Habana, Ministerio de Educación, 1992:44.
17. Marta Núñez, *op. cit.*:98-99.
18. En enero de 1995 se celebró en la Casa de las Américas el coloquio «El impacto del turismo en la condición de la mujer cubana», y en él se discutió ampliamente el tema de las «jineteras». Cf. sobre el resurgimiento de la prostitución en el «Período Especial»: Rosa Miriam Elizalde, «¿Qué será de mí si la suerte me abandona?», *Contracorriente*, 1 (2), La Habana, octubre-diciembre, 1995:49-64.
19. *Casa de las Américas*, La Habana, 31 (183), abril-junio, 1991:2-69.
20. Roberto Fernández Retamar me ha contado que fue porque Vicentina se lo dio a conocer, que incluyó «Feminismo» (1939), el excepcional texto de Camila sobre la condición y lucha femeninas, en el número que *Casa de las Américas* dedicó al «Año Internacional de la Mujer». Cf. *Casa de las Américas*, La Habana, 15 (88), enero-febrero, 1975:29-42.
21. Este curso fue ofrecido por la Dra. Nara Araújo, quien desde su inicio ha participado en este proyecto de la Casa —como Mirta Yáñez, que propició la celebración del primer congreso, Graziella Pogolotti, Denia García Ronda y Zaida Capote, entre otras.
22. El premio se otorgó a Lucía Guerra, *La mujer fragmentada: historias de un signo*, La Habana y Bogotá, Casa de las Américas y Colcultura, 1994.
23. Las Actas de estos coloquios, en preparación, serán coeditadas por la Casa de las Américas y la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, de México.
24. Cf. Federación de Mujeres Cubanas, *VI Congreso de la FMC. Memorias*. La Habana, FMC, 1995:89,101-114.
25. Cf. «Última jornada de trabajo [del VI Congreso de la FMC]», *Juventud Rebelde*, La Habana, 4 de marzo de 1995:8.
26. *Ibid.*:1.

Mujer, Período especial y vida cotidiana

Carolina Aguilar

Periodista.

Perla Popowski

Socióloga.

Mercedes Verdeses

Informática.

Area de Estudios de la Mujer. Federación de Mujeres Cubanas.

La actividad de las mujeres cubanas en todas las esferas del quehacer social, la elevación de su nivel educacional y formación técnica-profesional, su ingreso al mundo del trabajo y la creciente participación en la dirección política y administrativa del país, sus reales posibilidades de decidir y regular su fecundidad, la generación de una información veraz y sistemática —que ha hecho visible la singularidad de las experiencias de las mujeres en el proceso revolucionario cubano, como arquitectas y beneficiarias del desarrollo socioeconómico—, constituyen, en general, rasgos que identifican a la sociedad cubana en las tres últimas décadas. Todo ello ha contribuido a crear una conciencia de derecho entre las cubanas y a su autoafirmación como ciudadanas, lo cual ha generado cambios sustanciales en el pensamiento y la vida de las mujeres, en las relaciones interpersonales y sociales, y en su posición y roles en la familia y la sociedad.

La disyuntiva acerca del lugar que debe ocupar la mujer —familia o sociedad— y su incorporación o no al trabajo asalariado —madre o trabajadora—, como elementos discordantes de un mundo dicotómico irreconciliable, ha dejado de ser en Cuba una interrogante social, decidida definitivamente por el reconocimiento de todos los derechos de las mujeres

económicos, políticos, civiles, culturales, sexuales, reproductivos y sociales como parte inalienable, integrante e indivisible de los derechos humanos universales.

La transformación de las mujeres de *mantenidas* en *proveedoras* de ingresos familiares, su aporte al desarrollo comunal y a la economía nacional, su participación política, el despliegue de sus potencialidades, les permitió vivenciar un aprendizaje social mediante la adquisición de invaluables experiencias, y convertirse en protagonistas de la obra revolucionaria, a la que han brindado valiosas iniciativas destinadas a lograr reivindicaciones propias y a mejorar las condiciones colectivas de vida.

La política social y la estrategia de desarrollo económico del gobierno revolucionario cubano, desde el momento mismo de su instauración en 1959, tenían como objetivos fundamentales de su programa la eliminación de todas las formas de discriminación y explotación por motivos de clase, raza y sexo. Ya entonces también se diseñaron e implementaron consecuentemente políticas públicas, cuyo propósito estratégico se encaminaba a borrar las barreras culturales, ideológicas, psicológicas, económicas y sociales que

La transformación de las mujeres de *mantenidas* en proveedoras de ingresos familiares, su aporte al desarrollo comunal y a la economía nacional, su participación política, el despliegue de sus potencialidades, les permitió vivenciar un aprendizaje social mediante la adquisición de invaluable experiencias, y convertirse en protagonistas de la obra revolucionaria, a la que han brindado valiosas iniciativas destinadas a lograr reivindicaciones propias y a mejorar las condiciones colectivas de vida.

mantuvieron a las mujeres en condiciones de subordinación, marginación y secular atraso.

Los justicieros propósitos del programa revolucionario que alentó estos sustanciales cambios sociales, contaron, en primer lugar, con la acogida entusiasta de las mujeres. Estas vieron, con la naciente Revolución, las oportunidades largamente esperadas, por lo que apoyaron e impulsaron un proceso transformador que les ofrecía un espacio para luchar, de igual a igual con sus compañeros, por una sociedad nueva.

En 1960 unieron sus esfuerzos y crearon la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), con objetivos muy precisos: defender la Revolución —reconociendo que les abría las puertas para sus históricas reivindicaciones de justicia social— y trabajar por la promoción de las mujeres y su participación en todas las esferas y niveles de la vida social. Desde entonces, la FMC constituye un apreciable mecanismo que ha contribuido a hacer realidad la política social del gobierno cubano y a promover el trabajo voluntario de miles de cubanas en la obra de la Revolución.

Muestra elocuente de estos progresos lo constituye la incorporación de las cubanas al trabajo asalariado. Al mismo tiempo, la FMC contribuyó a la creación y promoción de instituciones y servicios que facilitaron su integración a la vida económica, política, cultural y social (círculos infantiles, comedores obreros, escolares, etc.). Así, en tres décadas (1965-1995), la evolución de la participación de la mujer en la economía nacional se elevó del 15 % al 42,3 %.

Pero dicha evolución no ha constituido un proceso lineal. En la década 1965-1975, cuando se promovió a escala nacional la incorporación de las mujeres al trabajo, la característica que sobresalía era la inestabilidad de esa fuerza laboral.¹ Los factores causales, señalados por Vilma Espín, presidenta de la FMC, en el II Congreso de la organización, constituyeron puntos de análisis esenciales para la creación del programa de acción en la década siguiente (1975-1985), período en el que se produjo la mayor incorporación de mujeres al trabajo productivo social en la historia del país. En cifras absolutas, más de medio millón de cubanas ingresó a la fuerza laboral activa y se comenzó a revertir la

inestabilidad como rasgo que identificaba a la fuerza femenina. Hoy, precisamente es la estabilidad el principal elemento que la distingue, pues durante más de quince años se ha mantenido por encima del 90 %.

Si en 1975 las mujeres constituían el 27,4 % de los empleados en la economía estatal civil, en 1985 el índice ascendió al 37,5 %. Junto con los progresos cuantitativos también se iniciaban apreciables cambios en la estructura ocupacional: se constataron avances significativos en las categorías de técnicos de nivel medio y superior y de dirigentes, hecho que puede considerarse como la concreción del esfuerzo por dotarlas de una mayor preparación profesional y política.

La década comprendida entre 1985 y 1995 se inició con la tendencia a consolidar los avances en el empleo femenino y su progresivo ascenso. Del 37,5 % en 1985, la tasa de ocupación femenina se elevó en 1993 al 40,6 %. Pero desde 1990, fecha que marca el comienzo de la etapa denominada como Período especial, se afronta otra situación.²

En cifras absolutas, 1 433 114 mujeres trabajaban en el sector estatal civil en 1990, mientras que según el Censo de la Oficina Nacional de Estadísticas, realizado en 1995, la cifra en este sector descendió a 1 191 500, lo cual significa una reducción en el empleo femenino de 241 644 mujeres.

Proporcionalmente, sin embargo, el índice de participación femenina respecto a la fuerza laboral activa en la economía estatal civil ascendió del 38,9 % en 1990 al 42,3 % en 1995. Esto se explica porque el mayor descenso se produjo en la fuerza masculina.

En cuanto a la distribución de las trabajadoras por categorías ocupacionales, en el transcurso del Período especial siguió ascendiendo el porcentaje femenino en las categorías técnicas (del 57,7 % sobre el total en 1990, al 64,6 % en 1995). En estos mismos años el rubro de dirigentes presentó un leve crecimiento: del 28,6 % al 28,8 %. Esto se debe, en ambos casos, a los altos niveles de formación técnica, científica y profesional alcanzados por las mujeres.

Por otra parte, su participación en los programas priorizados durante el Período especial, demuestra que ellas constituyen un puntal en la fuerza laboral: en todos los programas, salvo en el alimentario —que comprende

la agricultura cañera y la no cañera—, la fuerza femenina alcanza índices mayores que el porcentaje nacional. Aun en la agricultura, su presencia se fortalece; cerca de 200 000 mujeres laboran en la producción de alimentos. La siguiente tabla resume la integración laboral femenina durante el Período especial.

Programas priorizados (1993)	% femenino del total de la fuerza laboral	% femenino de la fuerza técnica media y superior	% de los dirigentes
Alimentario			
Sector agropecuario	26,5	32,6	11,6
Agro-industria azucarera	19,7	33,9	10,5
Cooperativas de producción	20,5	28,2	14,4
De desarrollo			
Científico técnico	43,0	41,7	26,1
Turismo	44,0	52,0	25,0
Educación	69,0	70,2	48,6
Salud pública	72,0	79,9	35,8

Fuentes: Ministerios de la Agricultura, Azúcar, Educación, Salud Pública; Corporaciones Cubanacán y Gaviota, Comité Estatal de Estadísticas.

De estos datos se desprende que las mujeres continúan siendo un factor decisivo de la economía cubana en el Período especial. Pero esta etapa tiene, además, otras implicaciones para ellas. No cabe duda de que todo cuanto acontece en la economía del país se refleja en la vida cotidiana; no solo en el ámbito laboral, sino también en el familiar. En la cotidianidad, cada cubano siente en carne propia los duros efectos del bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos al pueblo cubano, agudizado hasta los límites del absurdo y la irracionalidad por la recientemente aprobada ley Helms-Burton. Diarias vicisitudes como las provocadas por las mermas en el consumo y los efectos de la escasez de electricidad y combustible doméstico, de alimentos, de ropa y calzado, de medicinas, recaen principalmente sobre las mujeres. Por otra parte, en el espacio privado sucede que, a pesar del gran trabajo educativo y cultural realizado por más de tres décadas, todavía sobreviven arraigadas ideas, creencias, tradiciones, que asignan a las mujeres las mayores responsabilidades relacionadas con la crianza y la educación de los hijos, la administración del hogar, las tareas domésticas e infinidad de labores necesarias

para asegurar la reproducción de la energía y el bienestar del grupo familiar. Todavía en una buena parte de las familias cubanas estas interminables y fatigosas tareas son realizadas casi exclusivamente por las mujeres. Por ello, dentro del esfuerzo general por sobrevivir y seguir desarrollándonos, en las mujeres recae un peso considerable de la lucha cotidiana.

Bloqueo y vida cotidiana

Como datos ilustrativos de los efectos del bloqueo norteamericano a Cuba pueden citarse algunos muy elocuentes:

- En 1992, para importar un millón y medio de toneladas de alimentos el país tuvo que gastar 30 millones de dólares adicionales por concepto de transportación (23 dólares por cada tonelada).
- En 1993 se necesitaban 440 millones para el aseguramiento de la importación de alimentos directos; de ellos 80 millones solo en leche en polvo para asegurar las cuotas de los niños de 0 a 7 años.
- La venta de azúcar residual que se ha tenido que negociar en el mercado mundial, se estima que en 1993 le ha significado al país 40 millones de dólares menos de lo que se hubiera obtenido con su venta en la Bolsa de Nueva York si no hubiese bloqueo.
- Se calcula que el combustible le cuesta al país 40 millones de dólares más que en condiciones normales, o sea, sin bloqueo (7 dólares por cada tonelada). En 1992 se importaron 6 100 000 toneladas de petróleo a 140 dólares la tonelada, o sea, 850 millones de dólares de un presupuesto nacional de 2 200 millones para obtener solo la mitad del combustible que se consumía anualmente hasta 1989. Para 1993 se proyectó dedicar 751 millones de dólares para la importación de 5 700 millones de toneladas de petróleo.

La última de las dificultades señaladas —la escasez de combustible— incide en todas las esferas del quehacer nacional, pero en la vida de las familias ello significa afrontar entre otras reducciones, la disminución del consumo eléctrico,³ dificultades en el transporte (demoras y hacinamientos), e insuficiencias en el abastecimiento de combustibles domésticos.⁴

Tales carencias y dificultades tienen, además, otras incidencias en la vida cotidiana de la mujer cubana y de la familia, y les imponen privaciones que, por otra parte, también se agravan por la falta de piezas de repuesto y la no existencia de oferta de equipos electrodomésticos.

Consumo de productos alimenticios e industriales

Las dificultades ocasionadas por las irregularidades e insuficiencias en el suministro de productos que

En el espacio privado sucede que, a pesar del gran trabajo educativo y cultural realizado por más de tres décadas, todavía sobreviven arraigadas ideas, creencias, tradiciones, que asignan a las mujeres las mayores responsabilidades relacionadas con la crianza y la educación de los hijos, la administración del hogar, las tareas domésticas e infinidad de labores necesarias para asegurar la reproducción de la energía y el bienestar del grupo familiar.

históricamente provenían de la URSS, provocaron sensibles incumplimientos en los abastecimientos de alimentos para la población; así como de cereales y otros suplementos para la alimentación animal, lo cual ha acarreado serias dificultades en la producción de leche, carnes, pollos y huevos. Prácticamente se redujo al mínimo la importación de arroz, pescado congelado y conservas de carne.

En estos momentos la industria alimentaria se ve imposibilitada de proporcionar productos y alimentos envasados, semi o preelaborados, que aliviaban las tareas domésticas. Insumos como hojalata para la industria, fertilizantes para la agricultura y materia prima para jabones y detergentes, también presentaron drásticas reducciones, lo cual ha provocado, entre otras dificultades, escasez de artículos de higiene personal y para el hogar, y de alimentos enlatados.

Todo ello trajo aparejado la adopción de medidas, partiendo de la disminución de los abastecimientos y el principio de su distribución equitativa. Se incluyeron en el racionamiento todos los productos básicos que se garantizan por una norma fija (arroz, frijoles, grasas, pan, carnes, leche, huevos, jabones, detergentes y otros) y se empezó a controlar la distribución de renglones que anteriormente eran de venta libre. También están normados todos los productos esenciales industriales (textiles, confecciones, calzado y otros) que han tenido que ser drásticamente reducidos.

Estas decisiones tienen como premisa que la única y verdadera solución del problema consiste en consagrarse a la producción de los recursos más necesarios para la vida de la población y de los renglones exportables que provean al país de las divisas imprescindibles para proseguir la batalla por el desarrollo en el menor tiempo posible. Se cuenta con potencialidades —tanto materiales como humanas— para enfrentar y salir de esta penosa etapa. En ellas se fundamenta la estrategia general del país; y ya pueden apreciarse algunos resultados que van contribuyendo a elevar la disponibilidad de productos deficitarios. Entre ellos resalta la producción de viandas y vegetales.

Los esfuerzos y recursos dedicados por el Estado cubano a la reanimación económica, así como las iniciativas y medidas concretas unidas a la actitud consciente y esforzada de los trabajadores y trabajadoras

—del pueblo en general— van viéndose expresados en una economía que comienza a recuperarse. Pero no puede obviarse que la situación actual aún se refleja con rigor en la vida cotidiana, que todavía resulta compleja y difícil para todas las familias cubanas, especialmente para las mujeres.

Presiones de todo tipo reciben las personas en el diario desenvolvimiento de su actividad; por ejemplo, las causadas por la falta de posibilidades que enfrenta el país para adquirir la totalidad de los medicamentos o la materia prima para su elaboración, y el equipamiento y mantenimiento de toda la red hospitalaria y de policlínicas. Esta, indudablemente, es la cara más inhumana del bloqueo norteamericano. No constituye un secreto el hecho de que la mayoría de las empresas transnacionales productoras de medicamentos son de capital norteamericano y que en ellas se han aplicado estrictamente las intervencionistas leyes anticubanas: la Torricelli y la recientemente aprobada, Helms-Burton, que refuerzan el bloqueo establecido por los Estados Unidos desde 1962.

Servicios de salud

Se reconocen los ingentes esfuerzos que realiza el país para no retroceder en los avances en el campo de la salud, incluyendo las importaciones de productos farmacéuticos y equipos médicos imprescindibles, que han permitido mantener la oferta gratuita de esos preciados servicios a la población. Pese a todas las dificultades se han obtenido nuevos éxitos. Un indicador de salud revelador lo constituye la tasa de 9,4 de mortalidad en niños menores de un año, por cada mil nacidos vivos, alcanzada en 1995.

En esa dirección resaltan los esfuerzos de la industria farmacéutica; se estima altamente la capacidad de los científicos, los técnicos, los racionalizadores e inventores en el campo de la salud para sustituir importaciones. De aproximadamente 1 200 medicamentos que en la actualidad se consumen en el país, solo alrededor de 317 son importados. Nuevos y promisorios productos están al alcance de los cubanos. No obstante, existe escasez de diversas medicinas o de algunas materias primas para producirlas y dentro de ellas, varias que son destinadas

La herencia cultural nos transmitió patrones y roles jerarquizados —asignados y asumidos por hombres y mujeres— que aún hoy se manifiestan en muchas familias donde prevalecen los estereotipos sexuales tradicionales, expresados con singular fuerza en la subjetividad. En el Período especial, esto podría traducirse afirmando que las mujeres viven con más rigor el peso de las dificultades en la vida cotidiana.

específicamente a las mujeres, o cuyas principales consumidoras son ellas. Uno de los renglones cuya carencia más afecta a la mujer son las almohadillas sanitarias.⁵ De acuerdo con las posibilidades actuales, existe un plan de producción y distribución planificado de 100 millones de almohadillas, lo que representa el 24 % de las capacidades de producción, y que solo alcanza a satisfacer el 10 % de la demanda estimada, por falta de materia prima y de la necesaria reposición de equipos con tecnología más moderna.

En Cuba la planificación familiar se considera un derecho humano fundamental y el Estado asumió, desde 1959, la responsabilidad de crear la infraestructura de salud, formar el personal especializado y ofrecer la información masiva y adecuada a la población, para asegurar el servicio que garantice el derecho a la libre decisión de la mujer, de la pareja, a tener los hijos deseados en el momento elegido, y a decidir el tamaño de la familia. La disponibilidad de anticonceptivos, al igual que los tratamientos contra la infertilidad de la pareja, constituyen los principales medios que permiten ejercer, en la realidad, los derechos reproductivos.⁶ Aunque ya en la década del 80 se suministraban todos los anticonceptivos considerados apropiados según cada caso, en los últimos años no se ha dispuesto de las cantidades y calidades necesarias para satisfacer la demanda.

En estos momentos predomina el uso de dispositivos intrauterinos, aún de poca eficiencia. Su empleo supera el 47 % del total de parejas que usan anticonceptivos. Los que prefieren medios orales (píldoras) no rebasan el 14 % del total; y las barreras, especialmente el condón, solo cubren el 5 %, aunque su uso ha aumentado en cinco veces desde 1991 como resultado de la campaña de prevención del SIDA —no por la modificación de los patrones de comportamiento en la vida sexual de la pareja, donde la mujer, predominantemente, sigue teniendo la responsabilidad de evitar los embarazos no deseados.⁷

El aborto en Cuba es libre e institucional, y su práctica actual es de 0,7 por parto, cifra más elevada de lo deseable. En este indicador influye significativamente la falta de anticonceptivos. A pesar de las dificultades económicas, el gobierno ha priorizado estos servicios de salud a fin de mantenerlos de forma estable y adecuada se realizan grandes esfuerzos.

Período especial y redimensionamiento social: algunas valoraciones

En este período de emergencia se pusieron de manifiesto debilidades morales en algunos y algunas con baja escala de valores, que han magnificado lo material y buscado fáciles y espúreos beneficios. Apenas que jóvenes de tal tipo hayan revivido la lacra social que fue la prostitución.

Son disímiles las formas y las vías que, en estos tiempos, crean presiones a las mujeres en la vida cotidiana. En el seno de la familia, donde se satisfacen las necesidades básicas de alimentación, ropa limpia, descanso adecuado, higiene personal y del hogar —el imprescindible trabajo que asegura la reproducción de la energía de las personas y su bienestar físico y espiritual—, las tareas domésticas adquieren un valor más elevado en las circunstancias de emergencia económica que atraviesa el país.

En el período revolucionario, las mujeres asumieron nuevos roles en la esfera pública: aprendieron a dirigir, se formaron técnica y profesionalmente, se insertaron con éxito en el quehacer científico y alcanzaron elevada presencia laboral, cultural y política.

Mucho se ha avanzado, durante más de tres décadas, en el proceso para crear las bases de la igualdad real. Pero los patrones tradicionales aún ejercen una fuerte influencia en la conciencia social, pese al sostenido trabajo educativo-ideológico que se ha venido realizando en la lucha por el ejercicio de la igualdad. La herencia cultural nos transmitió patrones y roles jerarquizados —asignados y asumidos por hombres y mujeres—, que aún hoy se manifiestan en muchas familias donde prevalecen los estereotipos sexuales tradicionales, expresados con singular fuerza en la subjetividad. En el Período especial, esto podría traducirse afirmando que las mujeres viven con más rigor el peso de las dificultades en la vida cotidiana, pues las estrategias de sobrevivencia en la familia tienden a sobredimensionar su función económica.

Sin embargo, como singular paradoja, se aprecia que, en este período, una de las estrategias de sobrevivencia fundamentales de las familias es la creciente intervención de los restantes miembros en el desempeño de la jornada doméstica. Pudiéramos preguntarnos por qué. En esta experiencia interviene una diversa gama de factores y sentimientos potenciados en un período de crisis

económica. Desde los más nobles, como la comprensión y la solidaridad; los utilitarios, como la necesidad; los reivindicativos, como la rebeldía y el enfrentamiento ante la subordinación; y los éticos, que se expresan en la práctica de “ayudar” o compartir, y en el discurso popular de «yo sí cumplo con el Código de Familia». Sea cual fuere la motivación, esta se enmarca en una condición común: la casa y la familia también son espacios afectados con rigor por el bloqueo y, por tanto, devienen espacios de lucha y resistencia.

Es indudable que el valor del trabajo doméstico se está redimensionando desde todos los ángulos: económico, político, psicológico, emocional, cultural. Se aprecia la valía de esta labor que hoy, por realizarse en duras condiciones, se vuelve más visible. Hasta la tarea de hacer las compras de alimentos y las reparaciones caseras —tipificadas como las «más masculinas», según diversas investigaciones realizadas en el país— cobran hoy mayor valor, si se toma en cuenta que consumen mayor tiempo que antes y que se han convertido en fundamentales para solucionar problemas diarios.

Otra conclusión resalta la gran importancia que obligatoriamente ha tenido que concederse a la dimensión política de lo cotidiano, por todas las razones argumentadas. Los cambios que se han producido en la vida familiar favorecen el impulso de nuestro concepto sobre la igualdad, entendido como un proceso abarcador, que contiene la redefinición de los roles sexuales, sobre la base de que mujer y hombre deben asumir y desempeñar por igual sus papeles de madre-trabajadora-ciudadana y padre-trabajador-ciudadano, compartiendo a plenitud las responsabilidades en la producción social y en la familia. Esta conceptualización trasciende el marco de la equiparación de oportunidades y posibilidades entre el hombre y la mujer en lo económico, político, jurídico, cultural, social y familiar.

Parece necesario llegar a una reflexión obligada, después de mencionados varios de los problemas que nos aquejan: ¿Por qué este pueblo se mantiene erguido, sin renunciar a los principios, sin echar por la borda las realidades y los sueños? ¿Por qué las mujeres, que cargan un fardo tan pesado en este tiempo, no han retrocedido en sus convicciones, en sus propósitos, y siguen creciéndose al enfrentar todo reto?

Una respuesta válida solo puede obtenerse si se revisan críticamente la historia y la memoria del pueblo cubano, su idiosincrasia, su proyecto social vinculado con el proyecto personal de millones de cubanas, y con su realidad social y económica. Cada cubano y cada cubana se ha convertido hoy en estrategia para enfrentar las vicisitudes del día. Y cada mujer se ha vuelto una artífice para asegurar que toda la familia se alimente y que —casi sin disponer de jabón y detergentes—, asista a la escuela o al trabajo limpia y aseada. No solo el Estado y el Gobierno trazan estrategias. Es el pueblo que vibra, eso que suelen llamar sociedad civil y que se halla presente y actuante en organizaciones no gubernamentales que crearon diversos sectores para apoyar el programa revolucionario que les dio beneficios

y oportunidades de participación y de decisión que antes no tuvieron. Una de estas organizaciones es la Federación de Mujeres Cubanas que hoy se concentra en el estudio de los problemas femeninos para realizar las acciones más apropiadas.

Las mujeres somos la mitad de la población, y parte activa y decisiva de cuantos esfuerzos realiza el país para enfrentar las adversidades y salir adelante, sin posponer —según consigna la estrategia de la organización de las cubanas— la consecuente labor para revertir la permanencia de roles estereotipados y contrapuestos a las posiciones ganadas en el profundo proceso revolucionario, en el cual las mujeres han sabido ocupar su lugar en cada tarea, asumiendo todo tipo y nivel de responsabilidad.

Para las cubanas de la última década de este milenio, la mayor responsabilidad recae, precisamente, en su aporte para transformar la situación económica actual, sin renunciar a los espacios y reivindicaciones históricas alcanzados con la Revolución, en proseguir el impulso al complejo proceso de articular igualdad y diferencia, con sabiduría y firmeza. ¿Seremos capaces? Ese es nuestro reto.

Notas

1. Vilma Espín, presidenta de la FMC, en el recuento y análisis de los primeros 15 años de la organización, durante su II Congreso, realizado en noviembre de 1974, afirmó:

Se presentaba para la mujer una extraordinaria perspectiva de incorporación.

Cien mil mujeres debían engrosar cada año la fuerza laboral activa del país y, para ello, debíamos analizar profundamente los métodos y formas de facilitar a las trabajadoras el desempeño de sus nuevas responsabilidades. Una de las dificultades que inicialmente afrontamos fue la no permanencia de las recién incorporadas en su puesto laboral.

En 1969 se producía el 76 % de bajas de las nuevas trabajadoras, lo cual nos llevó a analizar con toda profundidad las causas que incidían en la deserción, concluyendo que los factores determinantes eran los siguientes:

- presión de las tareas domésticas y familiares;
- necesidad de mejorar y ampliar los servicios;
- falta de incentivo económico;
- carencia de condiciones mínimas de higiene y protección en los centros laborales;
- ausencia de un trabajo político con las recién incorporadas en los centros de producción;
- incomprensión acerca del rol que tiene que jugar la mujer en la sociedad.

2. En el período 1990-95 se produce un decrecimiento general del número de personas ocupadas en la economía nacional, en la casi totalidad de los casos como consecuencia del cierre de industrias y otros centros laborales con mayoría de ocupación masculina, así como por el reordenamiento y racionalización de la fuerza laboral, necesarios para alcanzar una mayor eficiencia económica.

3. A partir de diferentes fuentes de energía, reciben electricidad en Cuba más de 2 400 000 viviendas (el 94 % de los hogares de todo el país). Solo para el sector residencial, el consumo de petróleo, aun con las medidas de ahorro adoptadas por la Unión Eléctrica, sobrepasa

el millón de toneladas anuales. Por ello se hace necesario el ahorro y uso racional de recursos energéticos y enmarcar el consumo familiar en cifras asignadas, planificando cortes en el fluido eléctrico en este sector. También se han reducido las transmisiones de televisión a cinco horas diarias, de lunes a viernes, los sábados a nueve horas y los domingos a catorce horas. Además, se han adoptado otras medidas, entre ellas: a) priorizar el uso de la luz natural hasta el máximo posible; b) reagrupar en cada territorio los cines, según las disponibilidades de películas, la asistencia de espectadores y la energía eléctrica disponible; c) racionalizar el alumbrado público en avenidas y circunvalaciones; d) reagrupar la red comercial de productos industriales de acuerdo con las disponibilidades de mercancías y la energía eléctrica, para que presten servicio las unidades imprescindibles; e) garantizar que los servicios prioritarios que continúan operando consuman los niveles mínimos indispensables de energía eléctrica.

4. De acuerdo con censos realizados el 4,4 % de la población cocina con gas manufacturado, el 77 % con kerosene; el 17,3 % con gas licuado y el 0,01 % con electricidad, carbón o leña. En estos momentos este resulta uno de los aspectos que más afecta, sobre todo en el interior del país, donde las mujeres acuden a fuentes naturales, como la leña y el carbón, que prácticamente habían desaparecido como combustibles en las cocinas del país, con la preocupante consecuencia ecológica que esto implica si no se logra resolver este problema.

5. En Cuba hay aproximadamente 3,5 millones de mujeres en edad fértil. Si se toma en cuenta que ellas tienen anualmente 13 ciclos menstruales y que para cada uno de ellos, de acuerdo con la norma internacional, es necesario un aproximado de 20 almohadillas mensuales, se determina que para cubrir la demanda nacional se requiere una producción anual de alrededor de 900 millones de almohadillas.

6. Cuba cuenta con una población de 10 963 000 habitantes. La tasa bruta de natalidad en 1994 fue del 13,4 por mil habitantes. La tasa de fecundidad general, del 48,2 por mil mujeres en edad fértil (15-49 años) las que alcanzan, como se señaló, la cifra de 3 605 781. Y la tasa bruta de reproducción (hijas por mujer) del 0,72. Estos indicadores evidencian que la utilización de las técnicas para regular la fecundidad superan el 90 %, por lo cual la necesidad de disponer de medios de calidad, inocuos y tolerados, es un requerimiento que no está cubierto. Esto se debe, principalmente al bloqueo económico, que en esta área tan sensible se aplica con sorprendente e inhumano rigor.

7. Resulta un verdadero problema, sobre todo para los jóvenes, la carencia de condones de calidad por no disponer —como consecuencia del bloqueo— de ofertas estables, seguras y adecuadas de estos medios. Su disponibilidad actual no cubre ni una cuarta parte de la demanda potencial (estimada en 32 millones), a pesar de la ayuda recibida de agencias internacionales como el IPPF y el Fondo de Población de Naciones Unidas (FNUAP) para la aplicación del Programa Nacional de Educación para una Sexualidad Responsable y de Planificación Familiar. Dicha cooperación ha contribuido a potenciar los recursos materiales y humanos disponibles para

reducir la tasa de abortos voluntarios y aumentar las expectativas de salud de la mujer en edad fértil en todo el país, en especial aquellas con mayor riesgo ginecológico.

Fuentes

Fidel Castro Ruz, «Discurso en el Acto por el XXXIX Aniversario del Asalto al cuartel Moncada y el XXXV del Levantamiento de Cienfuegos. Cienfuegos», *Granma*, 5 de septiembre de 1992: 186.

Colectivo de autoras, *Apuntes sobre los efectos del bloqueo económico de los Estados Unidos en las mujeres cubanas*, La Habana, Imp. FMC, 1992.

Yolanda Ferrer et al., *Encuentro continental «La mujer cubana en los 90. Realidades y desafíos. Un encuentro solidario»*, La Habana, Imp. FMC, 1993.

Yolanda Ferrer et al., *La igualdad de la mujer en el proceso revolucionario cubano: pensamiento y práctica social*, La Habana, Centro de Información y Documentación de la FMC, 1992.

Carlos Lage Dávila, comparecencias en el programa «Hoy Mismo» de la Televisión cubana, 6 y 11 de noviembre de 1992.

Entrevista a Carlos Lage Dávila, *Granma*, marzo de 1993.

José Ramón Machado Ventura, «Introducción a la discusión del Proyecto de resolución sobre los Estatutos del Partido Comunista de Cuba», suplemento de *Granma*, 10-14 de octubre de 1991.

Informes realizados especialmente para este estudio por los siguientes organismos y organizaciones: Academia de Ciencias de Cuba (ACC), 1993; Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), 1993; Banco Nacional de Cuba (BNC), 1993; Comité Estatal de Estadísticas (CEE) (encuesta nacional sobre fecundidad), 1988; Comité Estatal de Trabajo y Seguridad Social (CETSS), 1993; Corporación Cubanacán, 1993; Federación de Mujeres Cubanas (FMC), documentos de archivo, 1993; Grupo Gaviota, 1993; Instituto Nacional de Turismo (INTUR), 1993; Ministerio de la Agricultura (MINAGRI), 1993; Ministerio del Azúcar (MINAZ), 1993; Ministerio de Educación Superior (MES), 1993; Ministerio de la Industria Ligera (MINIL), 1993; Ministerio de Justicia (MINJUS), 1993; Ministerio de Salud Pública (MINSAP) (Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología, 1993; Centro de Inmunoensayo y Biopreparados, 1993; Centro Nacional de Biopreparados, 1993; Industria Médico Farmacéutica (IMEFA), 1994; Instituto Finlay, Centro Nacional de Producción de Sueros y Vacunas, 1993; Dirección de Desarrollo, 1993; Empresa de Materiales de Curación, 1994); Oficina Nacional de Estadísticas (censo de los ocupados en la economía), 1995; Sociedad Cubana de Desarrollo de la Familia (SOCUDEDEF), 1993.

© TEMAS, 1996.

¿Roles de género? ¿Feminidad vs. masculinidad?

Lourdes Fernández Ríos

Psicóloga. Universidad de La Habana.

La comprensión de la vida en pareja pasa, sin dudas, por la representación social que con respecto al hecho de ser hombre o mujer existe para determinada cultura y sociedad. Así, Eva Figes afirma que

nuestras ideas sobre el amor entre hombres y mujeres, sobre el matrimonio y la paternidad, sobre la familia y sobre nosotros mismos en su papel de padres, esposos, madres, están condicionadas en gran medida, por la sociedad de la cual somos resultado, mucho más de lo que podamos figurarnos.¹

En las últimas décadas, los cambios sociales, económicos, científico-técnicos han ejercido su impacto en las concepciones tradicionales con respecto a los roles de género, afectando por consiguiente, la naturaleza del encuentro entre los sexos y de la vida en pareja.

Cuando se habla de roles de género, se indica aquel conjunto de comportamientos previstos, esperados, típicamente apropiados y asignados a uno u otro sexo desde la cultura, en una sociedad y momento histórico específicos. A través del rol de género, se prescribe cómo deben comportarse un hombre y una mujer en la sociedad, en la familia, con respecto a su propio

sexo, al sexo contrario, ante los hijos, incluidas en ello determinadas particularidades personalógicas atribuidas y aceptadas para cada uno de los sexos, así como los límites en cuanto al modo de desarrollar, comprender y ejercer la sexualidad. Desde el vestir, caminar, hablar, gesticular, hasta aspectos más asociados a la subjetividad como la autoestima, autonomía, capacidades comunicativas y ejercicio del poder, entre otras, pasan por las prescripciones del rol, emanando de aquí lo que resulta valioso para reafirmar la feminidad o la masculinidad. Estos valores hacia lo masculino y hacia lo femenino se transmiten generacionalmente a través de las diversas influencias comunicativas existentes en la sociedad, se interiorizan y personalizan, configurando progresivamente una concepción con respecto a la vida amorosa y al encuentro entre los sexos.

Los determinantes socioculturales de los diferentes roles de género han actuado históricamente como normas organizadoras de la vida cotidiana, y han llegado finalmente a concebirse como lo natural, lo dado, lo que es así, como algo que deja poco espacio a la inclusión o innovación individual.²

Esta expectativa y tipificación social, se integran a la configuración de la autoimagen, delineando una imagen de sí o identidad genérica, en la medida en que el sujeto trata de adecuar su comportamiento a lo exigido culturalmente para su sexo o al sexo que se le apruebe y estimule desde lo social.

La transmisión de los roles es un elemento esencial en la identidad genérica, lo que propicia progresivamente, la aceptación y sentimiento de pertenencia hacia determinado sexo. Los pilares tradicionales de la masculinidad se encuentran muy asociados a la fortaleza tanto física como espiritual. La primera, además del buen desempeño y la excelencia, incluye la rudeza corporal y gestual, la violencia, la agresividad y la homofobia. La segunda, supone eficacia, competencia; así como el ejercicio del poder, la dirección y definición de reglas, la prepotencia, valentía e invulnerabilidad. La independencia, seguridad y decisión, son también expresión de fortaleza espiritual, unido a la racionalidad y autocontrol. Tampoco debe doblegarse ante el dolor ni pedir ayuda, aunque ello lo conduzca a la soledad. Por eso se le prescribe, por lo general, alejarse de la ternura, de los afectos complejos, de los compromisos afectivos muy profundos, de la expresión de los sentimientos. A partir de ello, al hombre, como tendencia, le resulta intolerable la sobreexigencia, no poco frecuente, de afecto de la mujer.

En el hombre la sexualidad está muy vinculada a su **rol** social. Así, en este plano, debe desplegar también su carrera por la excelencia, debe estar siempre excitado y listo sexualmente, tener buen desempeño y rendimiento, variadas relaciones, ser activo en el coito y responsable del orgasmo femenino. Requiere, a su vez, de la constante admiración femenina como nutrimento de su autoestima, esforzándose más por la demostración de su masculinidad que por su propio crecimiento.

Los pilares tradicionales de la feminidad se asocian a la contradicción maternidad-sexualidad en la mujer. La maternidad es vinculada a la protección, tranquilidad, sacrificio, dolor; al borramiento de la identidad personal para integrarse a la identidad de otros. La maternidad se convierte en la exigencia social que da sentido a la vida de la mujer, el eje de la subjetividad femenina, de su identidad genérica y personal. Esto incluso ha llegado a extenderse más allá del rol maternal específico y se extrapola a vínculos, de otra naturaleza, en los que la mujer reproduce una relación maternal.

A partir de esto, se le atribuyen valores como la sensibilidad, expresividad, docilidad, generosidad, dulzura, prudencia, nobleza, receptividad, y en su caso se acentúa más la orientación hacia los demás, como si su identidad se encontrara más conectada a la relación con los otros, muy dependiente de lo cultural exigido y

de la protección masculina. Asimismo, se le considera más influible, excitable, susceptible y menos agresiva. Su comportamiento es menos competitivo, al expresar su poder en el plano afectivo y en la vida doméstica.

Esta imagen de la mujer-madre niega la imagen de la mujer-sexo, en tanto coqueta, seductora, apasionada. Para la mujer el sexo como placer, visto como algo asequible y de modo masivo, constituye una novedad de las últimas décadas. Ella se adscribe aún al rol tradicional, predominante, cuyos atributos están asociados a la maternidad, aunque desde el estereotipo del sacrificio, la renuncia y la entrega incondicional.

Ambas representaciones sociales de los géneros imponen, tanto a la mujer como al hombre, limitaciones en su crecimiento personal, diseñan subjetividades dicotómicas, contrapuestas, excluyentes, ante las cuales, siguiendo esta visión tradicional, hombre y mujer más que encontrarse, se enfrentan desde la rivalidad, se complementan de modo rígido, incapaces para actuar de modo independiente. Como dice Patricia Arés:

la conformación de estos arquetipos culturales y de patrones de comportamiento según los sexos, desde un punto de vista psicológico, producen en la pareja una relación de subordinación y dependencia de la mujer, "sexo débil", hacia el hombre, "sexo fuerte".³

Tales estereotipos inciden en el condicionamiento del vínculo entre los sujetos de un mismo sexo y entre los de sexo diferente, influyendo de modo particular en la configuración del vínculo amoroso. A pesar de que mujeres y hombres refuerzan y reproducen los roles genéricos, tanto en la mutua interrelación, como en la educación familiar, la vivencia de los roles desde el sexismo deja su impronta en la integridad personal del sujeto, creando con no poca frecuencia conflictos entre lo que se siente, se piensa y la actuación. Así, la mujer a la cual se le exige debilidad y emotividad, se sabe a su vez fuerte, pero la competitividad puede poner en dudas su feminidad. A su vez, en ocasiones, puede vivenciar con incomodidad la excesiva conexión con los demás; pero aunque a veces necesite y pretenda desvincularse, no siempre se siente capaz de hacerla ni los demás se lo permiten.

Por su parte, el hombre, sobreexigido social, económica y sexualmente, debe ostentar fortaleza, aunque sepa que puede ser vulnerable. Apresado por la perfección, está impedido de expresar debilidad y fracaso, más expuesto al distanciamiento emocional con los demás, a la inseguridad y al estrés. Al gratificar su autoestima desde lo tradicional, sacrifica lo más humano de su existencia. En el conflicto psicológico generado por los roles de género, no solo interviene lo exigido culturalmente, sino también lo que de psicológico integra el sujeto en la propia asimilación del rol, en

función de su identidad genérica y de su personalidad como totalidad. La complejidad e intensidad de este conflicto no solo varía de un contexto sociocultural a otro, sino de un sujeto a otro, en función de sus recursos personológicos.⁴

Las representaciones sociales acerca de los sexos, de lo que significa ser hombre o mujer, de los roles previstos para ambos, de lo que es el amor, la pareja, propias de una determinada cultura y contexto sociohistórico, se incorporan a la subjetividad individual en creciente elaboración individual y mediatización personológica, de acuerdo con los recursos que el propio sujeto va alcanzando en su desarrollo, que como tendencia se complejizan y articulan cada vez más. Así, se pasa de ideas más miméticas con respecto al mandato social, más típicas de niños y adolescentes, a ideas más individualizadas, personalizadas, hacia la edad juvenil y la adultez.

El sujeto no es pasivo, no asume mecánicamente lo histórico-cultural en el propio decursar de su individualización que es también histórica. Así, aunque lo cultural en este plano resulta un contenido de gran fuerza y arraigo en la subjetividad individual -pues por el eje conceptual de lo que significa ser hombre o mujer pasa la identidad personal, genérica y hasta la propia autoestima-, ello no se incorpora de manera mecánica a la subjetividad, sino que en este proceso participa de modo activo el sujeto, el cual, a través de sus recursos personológicos, su madurez y otras particularidades psicológicas derivadas de su condición sexual y de la edad, asimila de modo elaborado, personalizado, la influencia cultural.

En el adolescente, por ejemplo, en franco proceso de reafirmación de su identidad sexual, el afianzamiento del tal tradicional, su dependencia grupal en este aspecto, no es simple expresión de un punto de detención en el progreso cultural como a veces se ha querido ver. En este análisis sería oportuno también considerar la resultante que, en lo subjetivo, se expresa como intercepción de la influencia de lo cultural en interacción con las particularidades personológicas de ese momento del desarrollo, que atribuyen un sentido y configuran un marco, donde se incorpora e integra lo exigido culturalmente a la personalidad como totalidad.

Asimismo, un sujeto cuya personalidad se caracterice por inseguridad, dependencia, determinismo externo, tiende a asumir de modo más rígido y mimético el rol prescrito culturalmente. Comportarse según lo aceptado socialmente constituye, en tales casos, un antídoto para la ansiedad, proporciona seguridad, se convierte en un modo acrítico, pasivo-reproductivo, de asumir dicha representación social. De este modo, lo tradicional aceptado se torna en algo conveniente para reforzar la opinión de sí mismo como persona.

Mabel Burín y colaboradoras ilustran cómo los sujetos dependientes, que se nutren satisfaciendo las exigencias culturales, poseen vivencias de anomia cuando tales exigencias fallan. Refiriéndose a las mujeres pasivo-dependientes, que manifiestan felicidad en su adaptación a las normas sociales a pesar de cualquier costo, dicen que «si están socializadas en el sentido de que su felicidad reside en dedicar sus vidas a sus maridos e hijos, yeso es lo que están haciendo, interpretan entonces su conformidad con felicidad.⁵ No obstante, estas ideas pueden originar un punto de debate, pues la vivencia de felicidad es en extremo subjetiva y posee estrecha relación con el sistema de necesidades y expectativas individuales. Por ello, lo que para unos sujetos se experimenta como frustración en este ámbito, puede, para otros, ser causa de plenitud, aunque desde lo externo es posible pensar que tal satisfacción constituye, para muchos casos, más bien un conformismo pasivo no propiciador de desarrollo personal. Por otra parte, el desafío al rol tradicional, la flexibilidad ante el mismo, supone también una personalidad madura, flexible, tolerante al cambio, con capacidad de apertura ante lo nuevo y diferente, segura e independiente; recursos que le posibilitan la criticidad de lo cotidiano, crear estrategias sin adscribirse rígidamente al rol. Así, hay sujetos que asumen el rol que se les asigna y otros que luchan contra él, se movilizan o entran en conflicto. El sujeto incorpora de manera más o menos flexible dichos roles o aristas de estos, así como es capaz de recrear, enriquecer, el propio rol prescrito por la sociedad.

A su vez, la asunción de un determinado rol desde lo personológico hace que también asignemos al otro roles que complementen al que hemos asumido. Adjudicamos al otro un rol en función de nuestras necesidades y configuramos así nuestras expectativas con respecto a él.

Un sujeto participa en varios roles a la vez, algunos compatibles, otros antitéticos; sin embargo, en la asunción de estos intervienen diferentes configuraciones personológicas, que según sea su naturaleza y calidad, y la propia armonía y exigencia de los roles, finalmente se asumirán con mayor o menor facilidad y con unas u otras consecuencias.⁶

Del mismo modo, el rol social, lo exigido desde fuera, puede en mayor o menor grado ser tributario de configuraciones personológicas más o menos desarrolladas o maduras. Vemos aquí también el papel activo del sujeto, en el grado de adopción más o menos intencional de uno u otro rol en función de su subjetividad, sus conflictos, contenidos inconscientes, y demás factores. Por ejemplo, existen sujetos que asumen un rol en condiciones de apoyo externo, como equilibrio parasitario u obediencia automática a las presiones externas, en búsqueda de aceptación y valoración social.

Estos sujetos se pliegan al rol, pero el ejercicio del mismo les compensa, les gratifica su autoestima, su necesidad de seguridad. Opera entonces un pasivismo, un conformismo, una reproducción mimética del rol.

Según sean los roles y, en mutua dependencia, los recursos psicológicos de los sujetos que los asumen, así será el éxito o fracaso en la asunción del rol. De hecho, hay roles ejecutables por unos sujetos y por otros no; hay sujetos cuyos recursos les permiten asumir y ejecutar unos roles y no otros; los hay que se pliegan a cualquier rol, y esto, más que hablar de su desarrollo psicológico, indica inmadurez e indiferenciación, inseguridad e insuficiente autodeterminación. La personalidad madura, como tendencia, integra de modo flexible los roles más variados e incluso contradictorios. Así, el modo en que un sujeto asume un rol determinado nos informa acerca de su personalidad, a la vez que la asunción de un cierto rol deja su impacto en la personalidad del sujeto en cuestión.

En las últimas décadas, los fuertes cambios socioeconómicos y científico-técnicos, han ejercido su impacto en la cultura universal, con su expresión particular en los contextos sociales y momentos históricos específicos. Ello se aprecia también en las representaciones acerca de los roles de género. Actualmente asistimos a una singular movilidad en dichas representaciones. Los contornos de los roles de género ya no son tan nítidos, delimitados ni rigurosos, comienzan a permeabilizarse sus fronteras y a interpenetrarse sus contenidos.

Elizabeth Leonelle, refiere cómo en nuestros días la identidad femenina se encuentra en franca transformación, con un escenario social de mayor flexibilidad y tolerancia.⁷ El liderazgo afectivo y doméstico de la mujer va perdiendo su significación tradicional ante el impacto tecnológico en el quehacer doméstico, el énfasis en el sexo como placer ante los avances de la anticoncepción, así como la mayor ocupación e independencia de los hijos fuera del hogar, la disminución del número de estos y las mayores posibilidades en la mujer para su incorporación social.

Emerge, a su vez, un hombre más participativo en la vida familiar, lo que se une al debilitamiento de su omnipotencia y carácter autoritario, que le hace perder paulatinamente el control sobre los hijos ante el irrefrenable desarrollo del saber, de lo que estos últimos son partícipes activos. De modo que los conceptos de maternidad y paternidad sufren también movilidad.

La mujer, históricamente más orientada hacia su interior, así como el hombre más. Hacia la imagen que ofrece de sí, comienzan a experimentar variaciones hacia un encuentro, desde diferentes puntos de partida. La mujer exige ahora más receptividad, respeto y expresividad por parte del hombre, buscando a la vez independencia y suficiencia externa. El hombre,

consciente de los requerimientos femeninos, comienza a vivenciar la ternura como valor y se abre a nuevos espacios que hasta entonces le habían sido ajenos.

Nada de esto está exento de contradicciones. La búsqueda de una nueva intimidad hace al hombre considerar su virilidad en peligro. La mujer no deja de afrontar crisis de sentidos cuando, ante exigencias tan nuevas, sigue aferrada a lo tradicional. En muchas polémicas de nuestro medio acerca de este asunto, el punto se reduce al debate de las aristas domésticas y sociales del rol. Si bien es cierto que, en relación con el sometimiento económico y social, se han atenuado los prejuicios y estereotipos, en sentido universal -y de modo particular en nuestro país-, en el plano afectivo se mantienen otros con igual fuerza, de gran arraigo y condicionamiento cultural. La polémica en torno a la igualdad y la distribución de tareas domésticas *versus* inserción social de la mujer refleja parte de la contradicción más general, pero no su totalidad. Restringir la discusión a este punto, trueca lo condicionante en fin último. Lo que es condición para vivir y crecer en pareja como proyecto, se convierte progresivamente en el proyecto en sí mismo.

La pareja se une para disfrutarse mutuamente y crecer como personas. Sin embargo, esto no es así cuando los sujetos implicados no tienen claridad con respecto a sus proyectos. Puede suceder también que justamente tales contenidos no estén incluidos o no sean precisamente los esenciales dentro del proyecto. Existen además sujetos que configuran sus relaciones sobre la base de cierta inmediatez. En tales casos no es posible hablar con exactitud de proyectos en el vínculo, pues los sujetos implicados no cuentan con recursos para elaborados. Se genera entonces una fuerte tendencia a consumirse en lo cotidiano, a reproducir estilos de relaciones amorosas muy tradicionales, conducentes a lo repetitivo y rutinario. De manera que la infraestructura que en el orden doméstico se requiere para vivir en pareja pasa a ser el proyecto, ante las limitaciones psicológicas de los sujetos interactuantes, y encubre, reales dicotomías no resueltas aún, que tienen su determinación socioeconómica y cultural, pero que, por expresarse en un plano de la subjetividad de mayor profundidad psicológica, se arraigan con más fervor y son más difíciles de resolver. También por ser menos tangible su solución, son menos abordadas. Por otra parte, pretender hallar solución a la polémica a partir de la apertura de espacios sociales a la mujer, o domésticos al hombre, sin profundizar en la real dimensión de la identidad femenina y masculina, es, a mi modo de ver, un pseudoprogreso que reedita el desencuentro.

Hay otro ángulo del análisis imposible de obviar. Se trata de cuando, por razones socioeconómicas precarias (carencia de vivienda, alimentación, recursos materiales,

etc.), los aspectos infraestructurales no pueden garantizarse en lo elemental. En ese caso lo infraestructural permea, entorpecéndolo, el proyecto de crecimiento de la subjetividad individual y de la pareja como espacio intersubjetivo. Con independencia de esto, es importante observar que estamos ante un proceso dinámico de interrelación entre la pareja como entidad abierta y el medio exterior en el cual se inserta, donde las posibilidades del sujeto para afrontar unas u otras limitaciones y contradicciones variarán en dependencia de sus particularidades personológicas, de la naturaleza del vínculo que hayan podido configurar y de la propia especificidad del conflicto. No se trata, pues, de un fenómeno mecánico, a pesar del fuerte impacto de los factores materiales, cuya solución propicia pero no garantiza de modo directo la calidad de la vida en pareja. Se trata de una trama dinámica, en interrelación, en la cual, a pesar del conflicto que siempre genera el ajuste de roles en la pareja, las condiciones socioeconómicas más favorecidas facilitan la alternancia de roles, mientras que, por otra parte, los vínculos más tradicionales y empobrecidos psicológicamente son más vulnerables a la rutina y al estancamiento de los sujetos en el afrontamiento y solución de las contradicciones. Así, junto al cambio que se opera en una serie de aristas de los roles de género, también se aprecia cierta parálisis en otras; y coexiste, por tanto, una contradicción entre lo que surge, permanece y caduca en el rol genérico, de indudable impacto en la vida de pareja.

Desde lo social continúa percibiéndose el rol femenino como desventajoso cuando se lo identifica con maternidad sacrificada, debilidad, dependencia, inseguridad y limitación intelectual; y el rol masculino como privilegiado, cuando se lo identifica con virilidad, fuerza, poder, independencia. Sin redimensionar ambas representaciones, las asignaciones y suposiciones de ventajas y desventajas para uno u otro sexo, no es posible una movilidad de esencia en los roles de género, un real progreso en este sentido; lo que se alcanza es más bien una pseudoalternancia o pseudoprogreso.

A partir de tales representaciones en distorsión, se mantienen las aristas más psicológicamente profundas y afectivas de este fenómeno. Lo que encontramos como tendencia hoy es un hombre que polemiza acerca de su condición de victimario privilegiado o víctima perjudicada; del malestar masculino con sus consecuencias para sí y para los otros;⁸ de una virilidad que, aunque poderosa, censura a su vez el diálogo, la intimidad y el aprendizaje, de una sexualidad prolifera no exenta de guiones que hiperbolizan, mitifican y sobreexigen a sus potencialidades, de un esfuerzo complaciente ante los reclamos de la mujer y no un real deseo de ciertos cambios.

Encontramos también a una mujer que intenta progresar, pero, no pocas veces negándose desde lo dicotómico y rivalizador con respecto al hombre, lo cual, más que a un cambio real, conduce a un endeudamiento

doble: con la autorrealización personal y social que pretende alcanzar y con lo cultural tradicional de su rol, como si su identidad actual pasara por el equilibrio constante entre su vida personal y profesional o social.

Hoy, cuando se acrecientan las posibilidades sociales para la mujer, esta se encuentra diluida en un sinnúmero de roles, muchas veces contradictorios y tensionantes. En el proceso lento y complejo de las transformaciones subjetivas, la mujer avanza en lo intelectual y lo social, pero sin sólidos recursos para satisfacer las exigencias derivadas de ello, aferrada aún a estereotipos a pesar de su intencionalidad de romper tradiciones. Se debate pues entre la independencia, competencia, seguridad y optimismo ante los demás, y la inseguridad y malestar emocional cuando está sola. Se percibe como atrapada entre lo nuevo y lo viejo, en una definición de feminidad que no logra abandonar, ni tampoco aceptar,⁹ lo cual afecta el ajuste de sus expectativas y su seguridad presente.

Tanto si remueve mucho lo establecido, como si no incorpora lo novedoso del rol femenino, teme la pérdida de la aceptación social. Si despliega excesiva intimidad, teme perder los límites propios, si se torna muy independiente, teme por la suficiencia personal que ello supone o por un posible alejamiento masculino. Compulsada ahora a la competitividad, a la excelencia, teme que el exceso de éxito la haga indeseable ante el hombre o que este descubra que no siempre existe el talento que se aparenta. Presionada a adentrarse en un mundo que hasta ahora había criticado, teme la excesiva integración al mismo. Siente fuertes temores ante la tenencia o no de hijos, en la colisión de la presión de la edad y de la realización social. Desde lo tradicional, vivencia culpabilidad si se atiende mucho a sí misma. Desde el pseudoprogreso, se diluye en tantos roles que tiene ahora poco tiempo para sí misma, para sentirse satisfecha o percibir su autocrecimiento, por lo que se produce más bien un reemplazo de compromisos y exigencias que una articulación y progreso. Así, a partir de mantener la dicotomía y la competitividad entre los roles, se retorna al punto inicial, a un cambio parcial, al desencuentro hombre mujer, a pesar de las posibilidades económicas y sociales contemporáneas. Se siguen enfrentando, alienando, enemistando los sexos, complementándose rígidamente para una ilusoria o precaria satisfacción subjetiva, en la medida en que se va olvidando el núcleo mismo del vínculo: la naturaleza humana.

Va quedando así, para este espacio intersubjetivo, una intimidad dañada, un ejercicio de control más que de respeto y comprensión, fuertes colisiones de expectativas y funciones, privación de necesidades y ataques a la estima personal, incomunicación más que afrontamiento constructivo de las diferencias, a pesar de que algunos se conformen y se satisfagan con la reproducción pasiva del rol.

Se trata, entonces, de integrar en cada uno lo diferente; de buscar lo masculino en lo femenino y viceversa; de integrar al sujeto en una articulación más totalizadora que posibilite el encuentro entre personas y no entre guiones preestablecidos. En la reconstrucción del encuentro entre el hombre y la mujer, ambos necesitan aceptar lo que de mujer y de hombre hay en cada uno respectivamente, de manera que se integren las diferencias en lugar de perpetuar la parcialidad, disociación y polarización.

En estos días, en que -como contraparte del impetuoso desarrollo tecnológico- la vida pulsa por volcarse hacia el interior de la subjetividad humana, ganar en autoconocimiento y conocimiento del otro, redimensionar los lugares históricos, posibilita la aceptación e integración del otro desde lo humano diferente.

Ello apunta hacia una cultura aliviada de autoritarismo y sexismo. Hacia una masculinidad aliviada de omnipotencia, donde la independencia y la fuerza no se identifiquen con el poder y la competitividad, sino que se articulen con la expresividad, apertura, tolerancia al fracaso y al apoyo emocional, con la posibilidad de recuperar los sentimientos como algo humano, aceptar la feminidad en tanto apreciación de lo diferente y liberarse de los mitos y chantajes culturales. Apunta también hacia una nueva feminidad, aliviada de la dependencia y fortalecida en autoestima y seguridad, en la defensa de sus necesidades e identidad personal, en su dimensión activa, emprendedora y la vez capaz de amar y de definir sus límites.

Proceso arduo este, para lo cual no son suficientes las modificaciones en el orden económico y social, sino también transformaciones agudas en el plano de las representaciones sociales y de la subjetividad individual, unidas a las vicisitudes que ello genera. Las transformaciones impulsan hacia el cambio, hacia lo nuevo, conjuntamente con la incertidumbre de lo desconocido, y así promueven el crecimiento. A su vez, el monto de ansiedad ante lo nuevo puede ser tal que genere el temor de perder la seguridad del camino trillado, y se retorne a lo viejo conocido con el alivio del malestar emocional que lo desconocido supone. De ese modo, más que crecimiento, se genera bloqueo, estancamiento, detención.

Avanzar en el encuentro hombre-mujer sitúa a la pareja ante el enfrentamiento de disímiles contradicciones: conocerse, comprenderse a sí mismo y al otro, delimitar y considerar necesidades y prioridades de ambos, trascender la parcialidad en los análisis y admitir que, aunque desde acentos diferentes, ambos pasan por sobreexigencias sociales desde su identidad sexual. Crecer en esta dirección supone polemizar con lo incorporado desde el ángulo histórico-cultural; valorar creencias, sentimientos; salirse de esquemas, de arquetipos, de la obediencia a estereotipos, y buscar un modo más auténtico de vivir, que tipifique más a la persona que al personaje impuesto.

En el logro de estas transformaciones, los recursos personológicos de los sujetos en cuestión poseen especial importancia. En función de estos, movilizar su propia identidad más allá de sí es fuente generadora de ansiedad para algunos sujetos. Para otros es francamente angustiante no poder trascenderse a sí mismos. En el primer caso, se torna rígida la interacción con la realidad, se frena la incorporación de lo nuevo, limitándose el desarrollo. En el segundo caso, hay una apertura a la contradicción con la realidad y a su solución productiva, se propicia el aprendizaje, el desarrollo. Carol Becker señala que

para muchas personas, el temor de verse excluidas de la comunidad, de aquellos que aman, y por ellas mismas, es suficiente para impedirles efectuar demasiadas innovaciones en sus propias vidas o en una conducta que afecte a otros. Pero siempre hay algunas personas creativas, lo suficientemente aventureras como para romper las reglas con el fin de aportar otras nuevas a la existencia. En ellas, la pasión y la necesidad de producir cambios es mayor que el temor a la ansiedad que esto pueda crear.¹¹

Si gracias a ellas nos aliviarnos del riesgo del empobrecimiento de la vida social y del acallamiento de la incidencia de hombres y mujeres en esta, causados por la representación en diferentes esferas casi exclusivas de los individuos según su género, bienvenidas sean.

Notas

1. Eva Figes, *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, Madrid: Alianza Editorial, 1972: 13.
2. Raquel Kleinman, Nora Pérez y Cielo Repetto, «Varones y mujeres, qué se espera, qué queremos», *Revista Argentina de Sexualidad Humana*, 6(1), Buenos Aires, 1992.
3. Patricia Arés, *Mi familia es así*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990: 144.
4. Lourdes Fernández, «¿Roles de género o hacia el encuentro entre personas?», Ponencia presentada al I Encuentro Iberoamericano sobre familia. La Habana, 1993. (Inédita.)
5. Mabel Burín, Esther Moncarz y Susana Velásquez, *El malestar de las mujeres*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 1991: 59.
6. Nathan W. Ackerman, *Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares*, Buenos Aires: Ediciones Hormé, 1988.
7. Elizabeth Leonelle, *Las raíces de la virilidad*, Barcelona: Editorial Noguer, 1986.
8. Luis Bonino, «Los estudios del varón: la condición masculina a debate», Comunicación presentada al Congreso Iberoamericano de Psicología, Madrid, 1992.
9. Carol Becker, *El drama invisible*, México, D.F.: Editorial Pax, 1989.
10. *Ibid.*
11. *Ibid.*: 44.

Y entonces la mujer de Lot miró...

Mirta Yáñez

Escritora. Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

*Y entonces la mujer de Lot miró atrás,
a espaldas de él y se volvió estatua de sal.*

El Génesis

Desde hace varios años, en algunos círculos de estudio de literatura comparada se ha puesto en uso el término de «frontera», sobre todo en relación con las llamadas literaturas «periféricas», desde un punto de vista geográfico y político. El concepto de *frontera* implica un fin y un comienzo de algo distinto, un corte entre dos ámbitos, división, y —según yo lo veo— enajenación de un sujeto o fenómeno dado, apartamiento, sobre todo la conformación de códigos de aceptación o rechazo, de inclusión o exclusión; en fin, en muchos casos y ocasiones, la bien mentada marginalidad.

Y así, la *frontera* es una línea que se puede franquear o no, que establece extensiones y alcances. De ahí lo confinante y, por ende, lo confinado. Visto desde este ángulo, no se trata de una argucia o de un simple juego de palabras hablar de la frontera de la ficción en el proceso de la literatura escrita por mujeres, y muy en

especial de la narrativa, como manifestación particular cuyas leyes de apropiación del mundo han sido más susceptibles de confinación, expulsión y limitación. De hecho, la narrativa escrita por las mujeres y la crítica que aborda estos temas bajo —todavía— un universo de supremacía masculina y sexista, puede ser visualizada desde esa imagen tan gráfica de «frontera» que implica, como ya dije, dos dimensiones con una línea divisoria que jerarquiza, subordina... y margina.

También es cierto que en los últimos tiempos se ha puesto en boga sacar provecho —tanto material como intelectualmente— de la marginalidad. Algunos tratan de utilizarla como mercancía o como salvavidas, mas, si se trata de reflexionar con honestidad acerca de estas problemáticas, hay que cuidarse tanto de este peligro como de la simpleza de aceptar la uniformidad posmoderna.

La literatura —la narrativa— escrita por mujeres comparte la misma *sustancia* que la de los hombres, mas con el empleo de su propio lenguaje. Así lo deja bien claro Patricia M. Spacks:

Cuando leemos muchos de sus libros sentimos que las necesidades de las mujeres son idénticas que las de los hombres. Quizás el equilibrio pueda ser diferente, pero la

Fragmento del Prólogo a *Estatuas de sal. Cuentistas cubanas contemporáneas. Panorama crítico (1959-95)*. Comp. de Mirta Yáñez y Marilín Bobes. (En prensa.)

La colocación del mundo ficcional femenino del otro lado de una frontera imaginaria, trajo como resultado, entre otras cosas, que la narrativa escrita por mujeres, haya sido no solo «la Cenicienta», sino además «la Caperucita Roja» siempre obligada a atravesar un enmarañado bosque donde la acechaba más de un lobo feroz.

sustancia es la misma: necesidad de trabajo y de amor, de independencia y dependencia, de soledad y relación, de disfrutar de la comunidad y valorar la propia singularidad.¹

Sin embargo, a la hora de dar forma a esa sustancia, el campo ficcional parecía haberse dividido entre un presunto *canon*, y un formato típico de «lo femenino», de segundo rango. No poco trabajo ha costado llegar a probar que si bien con su característico punto de vista y las particularidades de la perspectiva de género², el discurso femenino narrativo no puede ya colocarse arbitrariamente del otro lado de una línea fronteriza, y mucho menos cuando se ponen en juego otras categorías de índole más general como objetividad y subjetividad, realismo o fantasía, estilo poético o no, tradición o experimentalismo, e incluso, en la misma elección de temas o subgéneros literarios.

Por otra parte, no debe dejarse de lado que todavía mantiene un eficiente ejercicio de poder la eterna inseguridad masculina, siempre con la urgencia de probarse y salir triunfante, actitud que muchas veces se proyecta en una misoginia cultural, a veces tapiñada, otras obvia, otras escudada en la broma, que obliga a los estudiosos desprejuiciados a desenmascarar sus artilugios, que resultarían indignantes sino fueran, a estas alturas, ridículos. Un buen ejemplo de ello es esa insistencia en una identificación de «narrativa masculina» (*sic*, pues de esta manera insólita suelen responder algunos a los estudios de género y a la ruptura del silencio de las escritoras) que aspira a extender las máscaras y contradicciones de la vida cotidiana a la crítica literaria. La existencia entre nosotros de un mundillo “*naij*” a veces muy convencional, da pie a estas actitudes que ya pasaron a la historia en otros lugares; no obstante, es imposible seguir eludiendo por más tiempo el análisis de la escritura femenina desde estos puntos de vista, aun cuando implique el riesgo de cierta dosis de agresión que a veces trae aparejada.

Para la mujer latinoamericana, escribir no ha sido solo un modo de expresión o comunicación. Como bien dice Helena Araújo:

Para ella [la latinoamericana] la escritura ha sido siempre un síntoma de defensa contra la opresión [...] Nadie ignora que «la letrada» y «la poetisa» merecían hasta hace pocos años una reputación equívoca y debían aliarse al poder masculino para contrarrestar el peso de la censura social.³

Tomando en cuenta lo anterior, ¿podría seguirse explicando la abundancia de poetisas en comparación

con el real poco número de las narradoras tan solo por las exigencias del género literario? ¿O por el tiempo que absorbe la narrativa? ¿O con otra razón por el estilo? La colocación del mundo ficcional femenino del otro lado de una frontera imaginaria, trajo como resultado, entre otras cosas, que la narrativa escrita por mujeres, haya sido no solo «la Cenicienta», sino además «la Caperucita Roja» siempre obligada a atravesar un enmarañado bosque donde la acechaba más de un lobo feroz. El hábito literario sexista —y su crítica— que trazaba tradicionalmente una línea divisoria entre LA NARRATIVA y «la narrativa de las mujeres», dio pie a una absurda paradoja que ha signado esta raya ominosa: por una parte se ignoraba la existencia de un discurso femenino y el rasero de estudio eran los valores del poder en activo, y por otra se hablaba de una peculiar «narrativa femenina» que se solía circunscribir a lo subjetivo, lo poético, lo íntimo confesional, conceptualizaciones que en la mayor parte de las ocasiones escondían la intención de calificarla como “trivial”, por decirlo ya en forma franca. En lenguaje popular, habría que preguntarle a esa crítica hegemónica con la clásica frase —muy de acuerdo con lo que esa misma crítica considera como discurso “femenino”—, de «¿te peinas o te haces papelillos?».

A ese juicio que daba por descalificados dentro de la «gran literatura» a los ejemplares de ficción intimista o subjetiva (hasta la propia Virginia Woolf rechazaba esa perspectiva llamándola «egotista»), se sumaba la ausencia de paradigmas. Al mirar hacia atrás, la mujer escritora latinoamericana se encontraba con que la tradición implicaba, en gran medida, mutilación y pérdida de la identidad. El desconocimiento, la invisibilidad o la ausencia de precursores prominentes restaba seguridad a la hora de enfrentar la posibilidad de hacer una obra creadora al costado de un discurso oficial. Si se observan los antecedentes de la narrativa ficcional durante los siglos pasados, esta era una actividad prácticamente proscrita, casi nula, entre las escritoras latinoamericanas. Abundaban, eso sí, las epístolas, los libros de viajes o las autobiografías, todo ese conjunto considerado, hasta hace muy poco, como de segunda categoría. Algunas ensayistas que han abordado estos temas catalogan esta selección como una forma de eludir la represión. Fuese como fuese, el ámbito de introspección confesional se fue conformando como el único accesible para las escritoras y, en definitiva, como el lado de la frontera exclusivo para la ficción femenina. El mundo objetivo

y su contrapartida, la fantasía total, parecían quedar dentro del terreno llamado “masculino”.

Junto a ello, cabe estar de acuerdo con Jean Franco cuando dice que no hay UNA escritura femenina, pero sí un discurso «donde la mujer se enfrenta con las exclusiones y las marginaciones del pasado». Jean Franco es aún más definitiva sobre estos asuntos cuando afirma:

No se trata de averiguar si las escritoras tienen temas específicos o un estilo diferente a los hombres, sino de explorar las relaciones del poder. Todo escritor, tanto hombre como mujer, enfrenta el problema de la autoridad textual o de la voz poética ya que, desde el momento en que empieza a escribir, establece relaciones de afiliación o de diferencia para con los «maestros» del pasado.⁴

Para cualquier escritor, enfrentarse con sus antepasados es, ante todo, una cuestión de disyuntiva estética. Para las narradoras, esta mirada hacia sus antecesores estaba fracturada de antemano por el rechazo a los patrones hegemónicos del poder masculino, con un carácter que rebasaba lo puramente estético.

No era nada sencillo conseguir el visado para ir al otro lado de la frontera, pero las mujeres terminaban por violar los cotos. La «peor de todas», Sor Juana Inés de la Cruz, fue de las primeras en borrar los límites entre los géneros considerados «menores», entre lo literario «serio» y lo no literario o «menor», visto como lo único posible o como supuestamente preferido por la literatura femenina. De hecho, siempre existió una corriente narrativa que se proyectaba en forma paralela a la escritura oficial. Generalmente ignorados, cuando algunos de estos textos lograban salir de la invisibilidad, se convertían en esas obras que «asombraban» a los críticos por su audacia o por «participar» del llamado canon; en algunos casos eran presentadas como el «botón de muestra», el llamado *token*, «que convenientemente se utiliza para representar los esfuerzos de las mujeres»⁵ en las generaciones y escuelas literarias, ese nombre solitario en las antologías, o la referencia pasajera en las historias de la literatura. La explicación más fácil consistía en decir que era la clásica «excepción de la regla». ¿Cómo explica entonces la crítica que la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda haya sido una de las fundadoras de la narrativa social latinoamericana? Mejor era no explicarlo mucho y dar a conocer sus «cartas de amor». Todo esto sin entrar en pormenores de cómo muchas de las grandes obras latinoamericanas del siglo XIX salidas de mano masculina son más confesionales y subjetivas que las más empeñosas escritas por nuestras literatas o de cómo otras narradoras continentales del siglo pasado —como Clorinda Matto de Turner o Juana Manuela Gorriti—, realistas o fantasiosas, quebraron con sus textos el ámbito de la llamada literatura intimista.

La evolución de este discurso narrativo femenino en América Latina es caracterizado, con mucha agudeza, como la sistematización en tres etapas, propuesta por la ensayista dominicana Daisy Cocco de Filippis quien define que, en este difícil itinerario de la creación

ficcional, las mujeres narradoras han pasado de *combatidas* (bajo la autocensura) a *combativas* (con rabia) a *combatientes* (ganancia de la seguridad del propio ser, que permite el abordaje de la realidad con humor, ironía y accesibilidad al diálogo).⁶ Actitud que ya permite incorporar de manera definitiva la confianza en la identidad, la defensa equilibrada del espacio de creación y una óptica desacralizadora del sistema dominante.

Por su parte, en su ensayo *De la intimidad a la acción*, Aralia López resume este proceso, ya llegado el siglo XX:

En el orden temático, pues, la literatura narrativa escrita por mujeres en América hispana presenta, a través de sus nombres más representativos, una secuencia clara y lineal desde la represión y opresión sexual en las narradoras de los primeros momentos después de las vanguardias de la primera posguerra —Teresa de la Parra, María Luisa Bombal y Clara Silva—, hasta la opresión por la reproducción y la crianza de los hijos donde aparece ya la actitud de liberación, conforme nos acercamos a nuestros días, en escritoras como Silvina Bullrich y Albalucía Angel.

Y más adelante añade:

empezando por una concientización personal, y desde esa concientización de sí mismas en «su lugar» y «en el mundo», van ampliando sus perspectivas de identidad, afirmándose en lo individual, de ahí a lo nacional y luego se proyectan a lo universal.⁷

Los tiempos en que Virginia Woolf podía caracterizar a la narrativa femenina únicamente como priorizadora de la realidad subjetiva han quedado ya muy atrás. Pero primero las narradoras han tenido que enfrentar a los múltiples jinetes del apocalipsis de la frontera entre los géneros: el canon hegemónico y su aparato crítico; la vulnerabilidad, el aislamiento, los roles sexuales, el espacio tradicional, la censura del cuerpo, la falsa atribución de subjetividad y la invisibilidad. Y el peor: la autocensura.

Es cierto que en la narrativa escrita por mujeres las grandes figuras han sido las excepciones. Y es que para rebasar aquella frontera y escapar a la marginalidad había la obligación de ser contundente. Hay que agradecer a esas fervientes antepasadas, algunas todavía vivas, que traspasaron, a todo riesgo, la frontera.

¿Estatuas de sal?

Nos enseñan las historias bíblicas, siempre con esa intención tan aleccionadora, que la primera desobediencia de importancia fue compartida, y ambos, hombre y mujer, se vieron expulsados del bienestar. El segundo castigo lo recibió solo una mujer por el mero delito de la curiosidad. La *Mujer de Lot* (ni siquiera conocemos su nombre) se atrevió a mirar, y por ello fue convertida en estatua de sal.

La primera cubana que se aventuró a mirar fue la Condesa de Merlín. María de la Merced Santa Cruz y Montalvo, conocida como la Condesa de Merlín, yace

enterrada en Père Lachaise y, aunque sus huesos no descansan en su querida Habana, es la inauguradora de la prosa cubana escrita por mujer.

Desde los lejanos tiempos en que la Condesa de Merlín escribía sus célebres crónicas de viaje, mucha agua ha caído, lluvia de fuego también, y no son pocas las estatuas de sal que han penado por infringir el ancestral decreto que prohibía mirar, y por ende contar.

Mirar y contar, la sencilla fórmula de la narrativa... ¿Será por aquella vieja sanción bíblica que la narrativa ha sido poco frecuentada por las mujeres? Fuese por la razón que fuese, también en Cuba, al igual que en otras literaturas, las figuras de relevancia dentro de la narrativa han aparecido aisladas, mas su presencia cubre un amplio registro de propuestas temáticas y estéticas. Desde Gertrudis Gómez de Avellaneda, nuestras antepasadas —muchas de ellas todavía en activo— han ido fundando un *corpus* del discurso femenino dentro del proceso literario cubano.⁸

Como tantas veces se ha dicho, el arte, la literatura, el lenguaje, no tienen sexo; pero la experiencia vital sí, y quien la trasmite también. La escritura de las Antepasadas —uso este término para insistir en la herencia, el patrimonio, la cuantía del legado— y buena parte de la narrativa más contemporánea, han expuesto una perspectiva *desde la mujer*. Aun cuando en algunos casos reprodujeran los códigos del discurso hegemónico masculino, de una manera u otra se pueden rastrear indicios vulneradores, intencionales o no. Si bien en las primeras décadas de este siglo existieron algunos pocos textos de cierto enfoque «feminista», sus ineficacias formales y su leve trascendencia dentro del conjunto, hacen que apenas nos sirvan para armar esa «arqueología» de que se habla, certificadora del quehacer continuado y de la representación femenina. Esas autoras que tomaron a la mujer como asunto, insistiendo sobre todo en sus reivindicaciones sociales, fueron las golondrinas que no podían hacer el verano.⁹ Mas la presencia femenina en nuestra narrativa es considerable, y su huella transita por los momentos más significativos de la trayectoria literaria cubana, desde el criollismo de Dora Alonso al ámbito fantástico y filosófico de Dulce María Loynaz, pasando por la recreación de la tradición afrocubana de Lydia Cabrera.

Pero presencia femenina no es conciencia femenina. La conciencia del ser femenino que intenta apoderarse del mundo de manera propia, con conocimiento, sin cólera ni sentimientos de inferioridad o de culpa, y contar la realidad o la fantasía sin cortapisas o linderos de «mundo exterior» y «mundo interior», es una conquista reciente.

Con los cambios socioestructurales que sucedieron en Cuba a partir de 1959, las generaciones que estaban ya maduras y con una obra asentada, así como los escritores que empezaban con sus primeros borradores, se vieron ante el conflicto de congeniar las exigencias de un nuevo proyecto social y las necesidades propias del acto de creación. Y aunque todo esto ha sido ya bastante dicho y contradicho, una recapitulación me obliga a

repetir que desde entonces, y de forma más o menos general, la narrativa cubana se escindió entre una tendencia experimentalista, subjetiva, hermética y otra reproductora de un realismo, con distintos grados de complejidad. Esta antítesis no era novedosa, de hecho se mantenía una trayectoria semejante a los años anteriores y parecida a lo que estaba sucediendo en el resto del continente. Lo distinto consistía en la complejidad de las nuevas proposiciones ideotemáticas, de acuerdo con una reestructuración social que la mayor parte de los creadores estaban dispuestos a compartir.

En la elección entre esos dos polos —que de una manera básica se pueden catalogar como «lo fantástico» y «lo real concreto»—, a veces los extremos de esas opciones se llevaron a realización de una manera primitiva o ingenua, incluso antinómica y exclusivista. Como se sabe, desde los años 40 se había iniciado la reacción contra la tendencia a la imitación simplista de la realidad. Autores como Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Virgilio Piñera y Ezequiel Vieta, entre otros, marcaron las pautas para la instalación de *otro* imaginario. Por su parte, los nuevos «realistas», impulsados a veces por motivos extraliterarios (o paraliterarios), terminarían por quemar en una hoguera (simbólica) todo lo que se saliera de sus rígidos preceptos.

La crítica parece estar ya de acuerdo en que aquella «estética» de las décadas del 40 y 50, con hallazgos notables, se prolongaría todavía unos años más, hasta un punto de giro que la mayoría de los estudiosos coincide en ubicar en 1966, con la aparición de algunos libros que imprimirían la tónica general de los tiempos que vendrían después, e incluso el nombre de toda una corriente dentro de la narrativa: *los años duros*.

Entre las escritoras que habían publicado una obra sólida en la primera parte del siglo, unas continuarían escribiendo, otras se inclinarían por géneros como la literatura para niños, otras optaron por el silencio. El cuento no había sido entre ellas un género muy concurrido como sí lo fuera la poesía o el ensayo. Pero con la irrupción de las primeras promociones de escritoras, de inmediato las jóvenes quisieron mirar... y contar.

Mas la abigarrada problemática social y estética trajo muchas consecuencias, entre ellas la casi total exclusión de la voz narrativa femenina.¹⁰ Las autoras aspiraron a poner su pica en el Flandes de la narrativa desde los mismos principios de los años 60; pero no solo por razones de «invisibilidad» sexista, sino por la propia inclinación salvaje de la balanza temática hacia los temas de la «dureza», las narradoras se convirtieron con rapidez en estatuas de sal.

Dio comienzo así al desgarrador proceso de ruptura y continuidad, de asimilación y superación, de acomodamientos y osadías, de endiosamientos pasajeros y «ninguneos» notables. El «realismo», a ultranza y ordenanza, fue la divisa de la constatación del «cambio»; de ahí el énfasis sociologista de buena parte de los textos. Paradójicamente, el mayor desconcierto empezaría por

La conciencia del ser femenino que intenta apoderarse del mundo de manera propia, con conocimiento, sin cólera ni sentimientos de inferioridad o de culpa, y contar la realidad o la fantasía sin cortapisas o linderos de «mundo exterior» y «mundo interior», es una conquista reciente.

sufrirlo aquellos porfiados en una modelación estrechamente copista, que terminaron por asfixiar sus intenciones literarias o de otro tipo.

La búsqueda de una identidad, quizás el único rasgo unificador, señaló la continuidad con la narrativa anterior a 1959, e imprimió el carácter inmanente de la narrativa de las décadas siguientes, tanto de la escrita dentro de Cuba como de la escrita en el exilio.

Según la generalidad de los críticos, el cuento, el relato corto, ha constituido el género más popular y representativo a lo largo de estas últimas casi cuatro décadas.¹¹ Dentro de las espinosas coordenadas contextuales y el agudo debate social que se generó, fue en la narrativa —y en la cuentística sobre todo— donde primero y de forma más nítida se pusieron en carne viva las contradicciones de una nueva ideología, sin que hubiesen desaparecido los prejuicios y la moral de la anterior. Ello creó nuevos conflictos de oposición; muchos repercutieron sobre la obra literaria, aunque no en el sentido de crear textos imperecederos, sino en mutismos obligados y excomuniones editoriales, de los cuales, por supuesto, los grupos tradicionalmente marginados —como los *gays* o las mujeres— llevaron el fardo más pesado, por decirlo de una forma eufemística. Perdón no quiere decir olvido.

La actitud predominante en la cuentística —y también, claro, en otros géneros— consistió en reproducir mecánicamente sucesos de la historia o del acontecer diario que se identificaba con la circunstancia heroica, en exacerbar los atributos épicos con una romantización idílica del mundo, y así se simplificó el lenguaje y se rehuyeron las complejidades tanto en el plano formal como en el de las ideas. Para las mujeres, sin mayores modelos, y enajenadas de la temática «dura», la circunstancia fue aún peor.

De todas formas, al costado de esta tendencia predominante, empezó a mostrar sus armas la primera promoción que comienza a publicar después de 1959. Surgieron por breve tiempo algunos escritores y escritoras jóvenes que, desde la esquina de lo experimental y fantástico, hicieron una obra que no fue aceptada por los cánones preponderantes. Algunos publicaron sus libros en la polémica editorial El Puente o en arguciosos proyectos que se escapaban por la tangente, como la colección «Dragón». El polo maldito del absurdo, del humor negro, la aceptación de las influencias borgianas y cortazianas de insertar lo irreal o la pesadilla en lo cotidiano, el existencialismo, tuvieron su voz (aunque no su voto) entre las narradoras.

Como es de suponer, algunos trataron de ir contra el esquematismo imperante, pero las tinturas más o menos comunes de esta etapa —en que el “realismo” se balanceaba entre la crónica de acción y la verificación crítica del pasado en «cambio»— fueron la insistencia en la simplificación del habla (al punto que a veces parecen cuentos mal traducidos) y de las estructuras narrativas; la adopción del sincretismo de culturas como recurso identificativo (o sustitutivo) de la cubanidad; la recuperación de la tradición oral y el tema rural; la tendencia a no ir a las esencias, a la elusión de los conflictos y al encartonamiento de los personajes; la romantización ingenua del mundo; influencias poco elaboradas de la narrativa ruso-soviética, de los narradores norteamericanos de posguerra, de los narradores latinoamericanos (el mexicano Juan Rufo principalmente); lenguaje hipercoloquial; ensayo (y abuso) con la segunda persona; anécdotas muy visibles sin inquietudes filosóficas; perances estilísticos de los cuales, por supuesto, no se librarían las narradoras.

Del discurso de la «dureza», y en general de buena parte de la problemática en debate, la narrativa de la mujer quedó excluida, del otro lado de la frontera. Los asuntos preponderantes, basados, como se ha dicho, en la violencia, colocaron el discurso narrativo femenino en una situación preterida, no solo de la experiencia y de la anécdota, sino del propio cuerpo narrativo hegemónico y prioritariamente publicado por el gusto oficial. Mas, contra ventoleras y marejadas, las cuentistas empezaron a hacer sentir su presencia con libros, premios y publicaciones en las revistas. A principios de los años 70, la oposición entre las tendencias se exasperaría hasta extremos tales que llegarían a desencadenar, como es de sobra sabido, crisis extraliterarias. Es el momento de mayor agudización de la lucha ideológica y el conflicto que provocaron las dos actitudes polares —aquella eminentemente reproductora de un realismo primario y la otra que reclamaba el tratamiento de zonas más complejas de la realidad— se resolvió, como era de suponer, en favor de la primera. Desaparecieron las antologías de cuentos fantásticos, se borrarón nombres de diccionarios y de cursos académicos, en los talleres literarios se inculcaba a los educandos la «mejor manera de escribir acerca de la realidad real». Muchos de los adalides de estas cacerías de brujas —y de brujos, por cierto!—, han desaparecido de la vista. Lo asombroso es que la búsqueda de literatura popular y “realista” creó la paradoja de un realismo inverosímil. De entrada eran dos experiencias válidas por sí mismas, mas llevadas a

sus extremos se volvían carenciales, sobre todo desde un punto de vista estético. La gestión oficial amparó al primero de estos polos, lo cual inclinó la balanza hacia la pobreza de la literatura *publicada*.

En esos años 70 salió a la luz mucho libro mediocre, de caricaturesco maniqueísmo, enrolado en un «realismo socialista» tropical que no logró captar tantos adeptos como algunos hubiesen querido. Reiteración temática, exceso de «leyenda», explicitéz y salgarismo, diálogos estereotipados, insistencia en modelos “aceptados” por su eficacia o por su ortodoxia, fueron muchos de los maleficios colectivos de la narrativa —naturalmente con sus brillantes excepciones. Algunos de sus teóricos y practicantes escudaban sus incapacidades formales en el quehacer de una literatura para una supuesta mayoría o en un falso didactismo. Se aferraron a la retórica que demostraba tener éxito o fácil aceptación. El lector, que no se equivoca nunca, los ha olvidado.

A finales de los años 70 fue apareciendo ya una segunda promoción que continuaría con el énfasis en lo cotidiano y que iría transitando de manera gradual desde un modo discursivo hacia una interpretación más reflexiva. No obstante, la confrontación latente entre los dos universos y la casi general inmadurez para asumir nuevos modelos literarios, mantuvo todavía a la mayoría dentro de las sujeciones de un realismo rasante, que algunos justificaban por lo difícil que resultaba la aprehensión de una realidad tan convulsa. Alternando ya con otros asuntos y otras libertades estilísticas, siguieron apareciendo narraciones que acudían más a lo externo anecdótico que a la interiorización del mundo. Por otra parte, había desaparecido casi por completo el afán de experimentación formal que, aunque a veces no haya cuajado, al menos ventilaba la narrativa en la década de los 60.

Por estos tiempos, ha empezado a darse a conocer la literatura cubana escrita en el exilio, con la otra cara de la moneda de la literatura del «cambio».¹²

Poco tiempo más tarde, la segunda y ya también la tercera promoción de narradores —nacidos en la primera mitad de los años 50—, iniciaron una apertura hacia temas distintos, de los cuales algunos aparecían por primera vez en la narrativa cubana. Por ocuparse de la revelación de sucesos nuevos con una mirada subjetiva que se colocaba generalmente en un personaje niño o adolescente, y también por adjudicarse recursos del llamado «realismo mágico», los críticos llaman a esta etapa «cuentística del deslumbramiento».¹³

Algunas narradoras publicaron en este momento sus primeros libros, en algunos casos abriendo el espacio del «asombro». Si bien todavía sin una conciencia clara del punto de vista femenino, estas narradoras comenzaron a conjugar problemas colectivos con los particulares de su género y —al igual que algunos de los mejores entre sus colegas masculinos— desmantelaron los extremos en conflicto, sin asustarse por el hábito tradicional que se movía en la vieja solicitud de heroísmo y épica.

La década de los 80 fue otro momento llamativo de la narrativa cubana contemporánea. Los antiguos conflictos se habían ido disolviendo en la corrosión de los errores repetidos. Los nuevos narradores —y algunos que recuperan su sendero después de algunas vacilaciones—, no tienen que buscar intencionalmente un lenguaje popular o probar a toda costa que son «cosmopolitas».

La obligación primaria de propasar la frontera de la marginalidad y la urgencia de romper con esquemas ajenos a la literatura, llevó a que las narradoras fuesen de las primeras en rebasar la visión maniqueísta y esforzarse en el empeño de una complejización de la representación imaginal. Entre las cuentistas, junto al «exteriorismo» propio de nuestra cuentística y los tópicos que se han reproducido con mayor o menor eficacia, se presenta un discurso —a veces poético, a veces crudo— de recomposición de los valores y de las costumbres hasta ahora dadas como inamovibles, con develaciones del mundo interior desacralizador de la vida personal, sin que duelan prendas a la hora de hablar del cuerpo femenino (o masculino) y de las relaciones sexuales. Las narradoras en sus cuentos —desafiando a los jinetes del apocalipsis de la frontera entre los géneros y de entre ellos el peor, como ya se ha dicho, la autocensura— abordaron ya temas “conflictivos” como la marginalidad o los desajustes generacionales que rozan la crítica a la sociedad y a instituciones aceptadas o sagradas, entre ellas la del matrimonio.

Con la irrupción de la parodia y la intertextualidad, el mayor interés en las relaciones humanas y la recuperación del entorno urbano, en rechazo al «tojosismo» imperante en las etapas anteriores, la cuentística cubana en general —y en especial la escrita por mujeres— se fue alejando de la épica y de un realismo con demasiadas riberas. Al salir de la estética de «los años duros», de hecho se estaban echando abajo los muros de la frontera entre la ficción escrita por mujeres y «la otra». Lo cual no quiere decir, insisto, en que esta participación en la corriente estética de la época impida la representación literaria específica femenina y de la conciencia de su ser.

Debo hacer alusión en este recuento a la beneficiosa influencia de la literatura latinoamericana —de autores de ambos sexos— y, por otro lado, agradecer al dique de contención del «nuevo periodismo» norteamericano, que advirtió de los riesgos de la falsa mitificación y el abuso de «lo poético». Las mayores virtudes de esta última etapa que comenzó en los años 80 y todavía continúa, pueden identificarse como una ampliación del rango de la realidad, la recuperación del sentido de eticidad, la personalización del conflicto y la integración cotidiana a la fantasía y el humor.¹⁴

La cuentística cubana contemporánea —y el discurso narrativo femenino como integrante sustancial de ese *corpus*— se ha movido en un ir y venir entre la imagen y la historia, la utopía y el espacio concreto, lo mítico y el realismo directo, del universo cosmopolita a la aldea criollista, de Virgilio a Onelio, de Dora Alonso a Dulce María Loynaz. Las herencias aceptadas de los juegos

intelectuales de Lezama, la densidad temática de Alejo, la estilización del lenguaje popular de Onelio, el desenfado en la anécdota de Virgilio, y otros autores, sirven de pauta magistral para la producción cuentística de estos tiempos finiseculares. Y aunque la prosa de Dulce María Loynaz y la de Lydia Cabrera no han sido todavía suficientemente publicadas o divulgadas, su lectura de trasmano da prueba de que la reflexión filosófica, el dominio del mundo objetivo, la recreación de los mitos o la fantasía no son «solo para hombres», como antaño lo fuera el Teatro Alhambra.

La búsqueda de la identidad ha sido una inquietud y un desafío para todos, y dentro de esos desvelos, las narradoras cubanas como la bíblica *mujer de Lot*, aun corriendo el riesgo de convertirse en estatuas de sal, han abierto los ojos y miran... y cuentan.

Notas

1. Patricia M. Spacks, *La imaginación femenina*, Madrid/Bogotá: Ed. Debate/Ed. Pluma, 1980: 358.

2. Los llamados «estudios de género» consisten en el abordaje de la mujer, tanto como objeto y sujeto social, como en sus proyecciones culturales. Dentro de las ciencias humanísticas, la crítica literaria feminista ha alcanzado un lugar predominante en los últimos tiempos, en particular para demostrar la peculiaridad del discurso femenino sin que ello implique limitaciones. Según Mária Rusotto («Identidad, espacio y otras afinidades culturales en la narrativa de Margaret Atwood», *Casa de las Américas*, La Habana, (196), julio-septiembre, 1994: 24):

De allí la especificidad de sus intereses [de la crítica feminista] y de su comportamiento crítico ampliamente conocidos: el rechazo de nociones esencialistas o «universales» sobre la mujer (o sobre cualquier otro objeto de estudio), la revisión de códigos culturales que guían la valoración del hecho estético, la reformulación de convenciones y estereotipos —con sus cánones de jerarquía y excelencia— formadora del juicio, la atención sostenida sobre las técnicas de representación artística vinculadas a las ideologías imperantes y a las circunstancias epocales, la revalorización de la experiencia y, finalmente, la arqueología legitimizadora de obras del pasado, de autoría femenina, para desconstruir la serie de imitaciones, desvíos y oblicuidades, pactos y rebeliones, en la constitución —real y simbólica— del sujeto femenino.

3. Helena Araújo, «Narrativa femenina latinoamericana», *Revista Hispamérica*, 11 (32), 1982: 28.

4. Jean Franco, «Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana», *Revista Hispamérica*, s/d: 41.

5. Daisy Cocco de Filippis, «Prólogo», en *Antología de cuentos escritos por mujeres dominicanas*, s/d: 37.

6. *Ibid.*

7. Aralia López González, *De la intimidad a la acción. La narrativa de escritoras latinoamericanas y su desarrollo*, México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), 1985: 63,81; (Cuadernos Universitarios; 23.)

8. Las narradoras no han sido tantas como las poetisas, y en eso se sigue la corriente general, como tampoco la tradición crítica escapa de lo habitual en el uso de la «escritora muestra», hecho fácil de comprobar en el rastreo de las antologías, congresos y panoramas literarios.

9. En *La narrativa femenina cubana*, su autora, la investigadora Susana A. Montero hace un recuento de la narrativa escrita por mujeres hasta la fecha tope de 1958, tomando como punto de partida para su investigación el año de 1923, en que se celebra el Primer Congreso Nacional de Mujeres en Cuba. En su tesis, ella considera que sí puede hablarse de una intencionalidad *feminista* en las autoras que estudia —lo cual diferencia de un discurso femenino— que surgió como proyección de la acción de las mujeres dentro de las luchas del movimiento social cubano. Véase Susana A. Montero, *La narrativa femenina cubana 1923-1958*, La Habana: Editorial Academia, 1989.

10. Basta con pasar revista a las antologías de aquellos tiempos. Y según pasan los años: a los listados de jurados de narrativa, a los consejos de redacción de las revistas e instituciones literarias, a los catálogos de las diversas editoriales, a los diversos textos críticos y ensayísticos, a las memorias de congresos, ferias del libro y otros juegos florales por el estilo. Por ejemplo, en el célebre grito de guerra de los primeros «caimanes», el “Nos pronunciamos” de su primer número, no aparece rubricado por ninguna mujer. Y aunque algo se ha progresado, sin ir más lejos, en el *Anuario* de cuento 1994, editado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en el mismo año en que se estaba terminando este amplio Panorama, aparecen solo cuatro nombres de narradoras contra ¡91 narradores!

11. Numerosos críticos han abordado la narrativa cubana de esta etapa: Seymour Menton, J.M. Caballero Bonald, Liliane Hasson, entre otros del extranjero; junto a los muchos cubanos Salvador Bueno, Rogelio Rodríguez Coronel, Salvador Arias, Madelin Cámara, Leonardo Padura, Salvador Redonet Cook, Francisco López Sacha, Arturo Arango, Gustavo Pérez Firmat, Eliana Rivero, Sergio Chaple y, *last but not least*, Ambrosio Fornet, entre otros. Hay, sin embargo, mucha tela todavía por donde cortar, como esta que ahora queda en la exposición acerca del discurso narrativo femenino o sobre (lo que intuyo se pondrá a los cuatro vientos) acerca de la emigración y la identidad de la literatura cubana escrita en el exterior.

12. No quiero dejar de comentar la presencia de «la otra orilla» de la cuentística cubana, puesto que los autores del exilio pertenecen a la literatura cubana, quieranlo o no. En el caso de las narradoras, la figura más deslumbrante es Lydia Cabrera. Otras autoras que se marcharon jóvenes no siguieron publicando, mas sus textos editados en Cuba pertenecen a ese legado que conforma el actual discurso femenino cubano. Han surgido nuevos nombres y el hecho, entre las más recientes autoras, de escribir en una lengua intermedia, o llanamente en el idioma del país donde se han formado, en inglés. La dilucidación de este complejo fenómeno solo ha comenzado por ambas partes hace apenas muy poco.

13. Todavía es imposible hacer una revisión crítica de la nomenclatura de las distintas manifestaciones: realistas, esteticistas, violentos, exquisitos, deslumbrados, tojosistas, novísimos, del cambio, de adentro, de afuera, los duros, los blandos... Cabe esperar que la sedimentación del tiempo reorganice este *maremagnum*.

14. Por su parte, entre los más jóvenes, muchachos y muchachas, todavía sin madurar estéticamente aunque ya presentes en antologías de juvenilia, los hay que atraviesan por el sarampión de querer romper a toda costa las estructuras con desmontajes a veces no justificados del todo, uso reiterado de claves semiocultas, supercultismos y en muchos casos con un tono de una brutalidad intencional que tiene mucho sabor todavía a adolescencia rebelde. Pero, sin lugar a dudas, algunas de ellas tendrán asegurado su lugar en una supuesta reedición ampliada (¡socorro!) de este Panorama.

La mujer joven: inserción y proceso social

María Isabel Domínguez

Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

La mujer joven no ha sido precisamente un sector al que se le haya prestado la suficiente atención desde la óptica de las investigaciones sociales en Cuba, tal como parece haber ocurrido en América Latina y otras regiones.¹

La tónica más común en nuestro país ha sido encontrar estudios generales sobre la juventud, sin distinción de sexo (yo misma he incurrido en esa falla a lo largo de años de estudio sobre la juventud cubana) o estudiar a la mujer sin distinciones generacionales.² Solo ha sido objeto de estudios específicos en aquellos temas vinculados con la temática sexual y reproductiva: embarazo en la adolescencia, abortos, maternidad soltera, y más recientemente, prostitución.

Desde nuestro punto de vista lo más complejo no es que no exista investigación sistemática sobre la mujer joven, sino la ausencia de pensamiento social integral sobre ella. Es cierto que las jóvenes comparten el conjunto de problemas de su generación y, también que en su situación repercute toda la problemática de la mujer en la sociedad; sin embargo, el entrecruzamiento de esa red de contradicciones, al actuar sobre el mismo sector, lo convierte, tal vez, en el más vulnerable de ambos grupos sociales y, por ello, en el que requiere una

comprensión más clara del problema y una política social diferenciada con mayor urgencia.

La mujer dentro del grupo juvenil

Si bien la definición de los límites de edad de la juventud y la delimitación de sus subgrupos etéreos internos resultan complejas en sentido general, cuando se trata de enmarcarla para el sector femenino dicha complejidad aumenta, porque muchas de las actividades y responsabilidades sociales que definen los roles adultos son asumidas por las muchachas desde edades más tempranas que por los varones, y porque las pautas culturales de nuestra sociedad marcan diferencias por sexos al valorar el *status* juvenil.

En Cuba, se considera joven al grupo de personas comprendidas entre los 14 y 30 años. Según nuestras investigaciones hemos diferenciado claramente tres subgrupos en su interior:

1. La juventud temprana: entre 14 y 17 años.
2. La juventud media: entre 18 y 24 años.
3. La juventud madura o tardía: entre 25 y 30 años.³

Sin embargo, si se tiene en cuenta que más de la mitad de las mujeres se casan antes de los 25 años (los estimados de las uniones consensuales que han alcanzado una alta proporción, señalan edades más tempranas que los matrimonios formales), mientras que entre los hombres solo la tercera parte lo hace;⁴ si se considera además que la edad al tener el primer hijo es inferior para la madre que para el padre, y que más de la mitad de las mujeres completa su ciclo reproductivo antes de los 25 años (los nacimientos de madres menores de 25 años representan el 54 % del total),⁵ es obvio que dos de los más importantes roles que cumple la mujer, los de esposa y madre, se inician e incluso se consolidan antes de llegar al último segmento de la etapa juvenil.

Si a ello se añade que una elevada proporción de las mujeres en esas edades, no realiza otra actividad social que la de ama de casa (no así en el caso de los varones, que tienen una tasa de ocupación mucho mayor), podemos considerar que la etapa de preparación para asumir los roles del mundo adulto culmina mucho antes de los 30 años para una buena parte de ellas.

Por supuesto, el análisis de la relación entre mujer y *status* juvenil no puede hacerse al margen de la clase social y el sector ocupacional en que se insertan, pues en buena medida esta pertenencia clasista y ocupacional es la que define la amplitud de los roles, el grado de preparación que requieren para desempeñarlos y los plazos en que estos se inician y consolidan. Por tanto, debemos ser muy cuidadosos, para no pensar en *la* mujer joven como si fuera una sola, sino tomar en consideración los múltiples sectores que la componen, y atender no solo a sus problemáticas comunes, sino sobre todo a sus diferencias, tanto a la hora de efectuar su estudio como, especialmente, a la de trazar políticas.

Según nuestra experiencia de investigación con jóvenes cubanos de uno y otro sexos, hemos podido apreciar, como tendencia, la presencia de expectativas relativamente comunes y una participación social también similar entre hembras y varones pertenecientes a un mismo grupo social, y mayores distancias con su mismo género de otro grupo social (por ejemplo entre obreras y profesionales, o entre amas de casa y estudiantes universitarias). No obstante, siempre entre las mujeres, con independencia de su grupo social, encontramos un peso mayor de la esfera familiar que entre los hombres: las aspiraciones referidas a la relación de pareja estable, el amor, tener hijos, su cuidado y educación, la atención del hogar, etcétera, ocupa un lugar superior.⁶

Un estudio más reciente realizado en el momento más álgido de la crisis económica (finales de 1992-1993)⁷ encontró una mayor homogeneidad generacional con independencia del sexo o el grupo social de pertenencia en cuanto a aspiraciones y proyectos de vida, con un predominio de la esfera del consumo material. Sin embargo, la coyuntura concreta que atravesaba y aún atraviesa el país, puede estar condicionando la subjetividad juvenil bajo la presión de las necesidades

reales y producir cierta homogeneización temporal de grupos diversos.

La mujer joven dentro del sector femenino

Los propios estudios sobre diferencias y relaciones intergeneracionales que realizamos desde hace algunos años, permiten apreciar cómo las mujeres jóvenes comparten con el resto del sector femenino valores, orientaciones culturales y la preservación de ciertos espacios de acción «naturales», en cuanto al hogar, la maternidad, el cuidado de los hijos y otros.

Pero este proceso hay que enmarcarlo a partir de la profunda ruptura que protagonizó la generación de los 60 especialmente el «grupo generacional de transición», compuesto por las personas nacidas entre 1944 y 1949,⁸ ruptura en la que desempeñaron un papel de primera línea las mujeres.

Precisamente, junto a los trascendentales cambios socioeconómicos y políticos que impulsó la Revolución, se produjeron otros, que bien pudieran calificarse como otra revolución en el plano de la liberación de la mujer: su acceso masivo a la educación; la incorporación al mundo del empleo; la salida del hogar paterno desde edades tempranas para cumplir tareas sociales (alfabetización, recogidas de café, becas, etc.) que implicó una fuerte movilidad geográfica y social; la paulatina desaparición del mito de la virginidad, de «la divorciada», del matrimonio interracial. Ese sería el nuevo marco de referencia para la mujer joven de los 70 en adelante.

No obstante, existe una profunda diferencia entre estas generaciones, pues aunque las mujeres que socializaron a las jóvenes de hoy pertenecen, ellas mismas, a una época de cambios y fueron sus protagonistas, los vivieron en la ambivalencia y la contradicción, y les produjeron desgarraduras, mientras que para estas últimas ha formado parte de lo incontestable cotidiano.

Es precisamente en lo cotidiano donde la definición del rol de la mujer joven es aún contradictoria, pues se espera que estudie, trabaje y participe, pero también que asuma sus responsabilidades de esposa, ama de casa eficiente y madre ejemplar; con lo cual se le sobrecarga de exigencias y responsabilidades en mayor medida que al varón. Es decir, se le han añadido nuevas áreas al rol de la mujer, pero este no se ha redefinido íntegramente, ni en la relación con el rol masculino. Por eso se producen profundos conflictos que una parte de las mujeres jóvenes evitan, refugiándose en el espacio doméstico tradicional. De ahí que dentro del sector femenino, la mujer joven tampoco representa un grupo homogéneo.

A la luz de esas diferencias, se hace necesario profundizar en estudios que respondan a un conjunto de interrogantes aún no resueltas, con el fin de explicar algunos de los actuales procesos (sobre los que nos detendremos más adelante). Entre estas preguntas estarían:

- ¿Cuáles son las principales diferencias en la socialización que reciben hembras y varones durante la infancia y primeros años de la juventud?
- ¿Esas diferencias se encuentran solo en la socialización que brinda la familia, o el resto de las instituciones también las refuerzan?
- ¿Tiene esto que ver con el rendimiento escolar de ambos sexos, sobre todo en la etapa de la enseñanza media?
- ¿A partir de qué momento comienza a deslindarse la participación social de hembras y varones? ¿Influye en esto la extracción social de sus familias de origen?
- ¿Cómo se comportan hoy los niveles de participación social por sexos dentro de un mismo grupo social (digamos por ejemplo, entre estudiantes universitarios o profesionales recién graduados)?
- ¿Predominan las similitudes o las diferencias en las aspiraciones y proyectos de vida de hombres y mujeres jóvenes pertenecientes a un mismo grupo social?
- ¿Qué es más fuerte: la identidad generacional o la de género? ¿Esa correlación es transitoria o permanente?

La mujer joven de los 90

Para iniciar este análisis quisiera hacer referencia al significado del grupo juvenil femenino en el conjunto de la población y del sector femenino en su totalidad.

A comienzos de los 90, todavía la población cubana tiene un fuerte peso de personas jóvenes, como resultado de la explosión demográfica que se produjo durante los años 60, seguida de una contracción de la natalidad a partir de 1972. Eso hace que las personas entre 14 y 30 años representen aún en esta década cerca del 30 % del total, con tendencia a concentrar un mayor peso en el último segmento. La mitad de los jóvenes son mujeres (49,3 %), que hacen un total de 1 621 700.⁹ Su distribución por grupos quinquenales de edad puede apreciarse en el siguiente cuadro.

Distribución de la población joven femenina por grupos quinquenales de edad

Grupos etáreos	Población joven femenina	%
15 - 19 años	477 408	29,4
20 - 24 años	564 888	34,8
25 - 29 años	579 426	35,7
Total	1 621 722	100,0

Fuente: *Annuario demográfico de Cuba. 1993*, La Habana: Comité Estatal de Estadísticas, Tabla 1.14, p. 123.

Esa cifra representa el 15 % del total de la población cubana y el 30 % del total de mujeres del país. Es decir, que hablar de la problemática de la mujer joven es referirse a casi la tercera parte de las mujeres y a casi un sexto de toda la población.

El grupo es predominantemente urbano (73 %) ¹⁰ en correspondencia con la transformación experimentada por toda la población, que en solo 17 años incrementó su proporción urbana del 60 % al 72 %. ¹¹ Son portadoras de niveles más altos de instrucción y calificación que cualquier otra generación de mujeres y superan el número de graduados universitarios del sexo masculino dentro de su generación. Desde el punto de vista ocupacional, al iniciarse esta década representaban una importante proporción entre los trabajadores jóvenes, sobre todo en la fuerza de trabajo calificada.

Efectos de la crisis económica y la estrategia de reestructuración

Desde 1990, Cuba atraviesa la mayor crisis económica de todo el siglo, cuyos efectos han recaído sobre toda la vida de la sociedad y sobre cada uno de los sectores que la integran. Ello ha obligado a su vez a una acelerada estrategia de reestructuración socioeconómica que impacta y transforma desde los sectores claves en que se apoya la economía y la propia estructura social, hasta las políticas sociales, las condiciones de trabajo y de vida de los distintos grupos sociales y su cultura política.

Estas nuevas circunstancias tienen repercusiones particulares —en ocasiones más directas e intensas— sobre la juventud que sobre otras generaciones, por el momento de la vida en que se encuentran tanto en términos sociales como psicológicos. Algunas de esas repercusiones son mayores aún para el sector juvenil femenino, por la mayor vulnerabilidad antes señalada —ser joven y mujer a un mismo tiempo— o incluso por circunstancias coyunturales procedentes de la evolución de ciertos procesos en momentos anteriores. Por tanto, uno de los pasos inmediatos que debe dar la investigación social (para conocer la problemática particular de la mujer joven) es evaluar en qué medida se entrecruzan los efectos sociales que las nuevas circunstancias tienen sobre la juventud y sobre las mujeres.

A continuación expondré algunas reflexiones —aún preliminares e incompletas— acerca de la manifestación de ciertos procesos por los que atraviesa la juventud en su sector femenino.

Una de las áreas donde se ha expresado con más claridad la estrategia de reajuste es en la calificación profesional, cuya principal dirección es una reducción de la enseñanza superior y una ampliación de la politécnica, tanto en el nivel básico como medio, aparejado a cambios en los perfiles, con predominio de los vinculados al sector agropecuario.

Esa reestructuración ya había sido planteada desde 1988 como vía de equilibrar las desproporciones que se crearon en la composición de la fuerza de trabajo

Son portadoras de niveles más altos de instrucción y calificación que cualquier otra generación de mujeres y superan el número de graduados universitarios del sexo masculino dentro de su generación. Desde el punto de vista ocupacional, al iniciarse esta década representaban una importante proporción entre los trabajadores jóvenes, sobre todo en la fuerza de trabajo calificada.

calificada, en la que era muy limitado el nivel básico, y el superior comenzaba a hipertrofiarse. Así, en el curso escolar 1989-90 se ampliaron las capacidades tecnológicas con la construcción de más de 30 institutos politécnicos de nivel medio.¹² Posteriormente ese proceso se intensificó y para el curso escolar 1993-94, casi 100 centros preuniversitarios o de secundaria básica habían pasado a ser institutos politécnicos.¹³ Como resultado, mientras que, en 1990, de cada tres graduados de noveno grado, dos ingresaban al preuniversitario y solo uno iba a la enseñanza politécnica, ya en el curso 1992-93 el comportamiento se produjo a la inversa: dos para los politécnicos y uno para preuniversitario.¹⁴

Igualmente, se redujo la matrícula en la enseñanza superior: la cifra de estudiantes universitarios en el curso 1994-95 fue 43,7 % menor que la del curso 1989-90.¹⁵

Estas transformaciones en el sistema de calificación de los jóvenes deben tender a reforzar, perspectivamente, cambios en la estructura de ocupaciones, al garantizar una mayor preparación para las principales líneas de desarrollo planteadas, como son las vinculadas a la biotecnología, el turismo y el sector agropecuario y lograr una ampliación de los perfiles que evite la especialización estrecha. A su vez, deben contribuir a la reducción numérica de la intelectualidad —demasiado amplia para nuestras condiciones—, y a una mayor calificación básica de la clase obrera.

Sin embargo, la ruptura de la línea continua que existía entre calificación, empleo y condiciones de vida, ha provocado una cierta devaluación de la educación, que ha tenido su expresión en el incremento de la deserción escolar. Estudios realizados evidenciaron su crecimiento a partir de 1990 en los diferentes niveles de enseñanza, en particular en los institutos preuniversitarios en el campo y los politécnicos agropecuarios¹⁶

¿Cómo se expresan estos procesos entre las muchachas?

El comportamiento del proceso educacional, en los últimos cinco años, ha reforzado la tendencia que ya se expresaba desde el segundo lustro de los 80, consistente en un predominio femenino, a partir de noveno grado, en los diferentes tipos de enseñanza de nivel medio (preuniversitarios y politécnicos), pero con una marcada

diferencia en los primeros; para consolidar una presencia mayoritaria en el nivel superior.

Diferentes factores parecen actuar para conformar esa tendencia. Esta se potenció a partir del momento en que la demanda de estudios superiores fue mayor que la oferta disponible, por el arribo masivo a la etapa juvenil, en la década del 80, de los nacidos durante el *boom* demográfico de los 60. Ello obligó al establecimiento de mecanismos de selección para el otorgamiento de carreras, basados en el rendimiento escolar durante la enseñanza media. Así, son las hembras las que ocupan posiciones más favorables en el ordenamiento para ingresar a las universidades.

Ello está condicionado por varios factores, entre estos una maduración (biológica y psicológica) mayor en las hembras de esas edades y, sobre todo, por una socialización con un más alto grado de control familiar, que favorece una mayor aplicación y disciplina ante el estudio y desarrolla un nivel de responsabilidad más elevado. Por su parte, la socialización del varón induce la aspiración —y a veces la necesidad real— de no postergar demasiado el inicio de la vida laboral, y en otros casos, el llamado (o la perspectiva del llamado) a cumplir el Servicio Militar General interrumpe, desestimula o pospone la continuidad de los estudios.

La reducción de las oportunidades de estudios superiores que ha provocado la crisis de los 90 ha acentuado la tendencia a la feminización. Como resultado, en el período 1990-95, el 57 % de todos los estudiantes universitarios del país son mujeres. No constituyen mayoría solo en aquellas carreras vinculadas a la tecnología (las diferentes ingenierías) y a la rama agropecuaria.¹⁷

Esta tendencia, aunque es general a nivel del país, tiene una fuerte expresión en la capital. En la Universidad de La Habana esas proporciones son muy superiores (han representado el 61,6 % del total de estudiantes en igual período). En 15 de las 25 carreras que se estudian en ese centro docente las hembras constituyen más de las dos terceras partes del total de alumnos.¹⁸

Sin embargo, este proceso de feminización de la enseñanza superior no marcha solo. Va acompañado de la tendencia a la autorreproducción de la intelectualidad que también se manifiesta desde la segunda mitad de los 80 —es decir, la concentración del estudiantado universitario en los hijos de otros profesionales— y en

personas de la raza blanca.¹⁹ Los recortes en el ingreso a las universidades han reforzado estas tendencias, por lo que esas elevadas proporciones de mujeres jóvenes que cursan estudios superiores son fundamentalmente blancas e hijas de profesionales.

La feminización del grupo profesional tiene un conjunto de efectos sociales actuales y perspectivas. En primer lugar, en la esfera laboral, donde desde hace ya varios años la proporción de mujeres dentro de la fuerza de trabajo calificada es superior a la de los hombres. En los últimos años ese proceso se ha acentuado por una menor racionalización de la fuerza de trabajo en actividades laborales con mayor peso de mujeres y por una más alta graduación de profesionales y técnicas. Eso ha hecho que mientras la fuerza de trabajo masculina se redujo entre 1989 y 1994 en 150 000 hombres, la femenina creció en un 1 %.²⁰

El incremento del papel de la mujer en la fuerza de trabajo técnica entra en contradicción con el bajo peso que tiene entre los cuadros de dirección (administrativos y técnicos), lo que empieza a generar ciertos conflictos e implica un subaprovechamiento de sus potencialidades.

Por otra parte, la alta preparación profesional de la mujer tiene también importantes implicaciones en el plano de la familia, pues entre otros factores, incrementa las exigencias en la búsqueda de pareja y en su rol dentro del núcleo familiar. La mayor presencia de mujeres jóvenes en la sociedad, con una alta preparación, respecto a la proporción de hombres con iguales condiciones, puede generar ciertas tensiones, si se tiene en cuenta que tradicionalmente ha predominado la tendencia a conformar parejas dentro del propio grupo social y a un mayor nivel educativo y ocupacional del hombre. Ello puede dar lugar a una postergación del matrimonio y a un incremento del número de mujeres solas y de la maternidad soltera, o a un cambio de patrón en la constitución de pareja (mujer de mayor nivel educacional y ocupación intelectual con hombre de menor nivel educacional y ocupación manual).

A su vez, tanto solas como acompañadas, el proceso puede tender a reforzar el papel de la madre en la educación de los hijos —ya bastante hipertrofiado en nuestra sociedad—, pues estarían mejor preparadas para atender su educación, ayudarlos en sus tareas escolares, etcétera.

Sin embargo, no se debe perder de vista que las jóvenes con los más altos niveles de instrucción son solo una pequeña porción del total (la quinta parte, aproximadamente). Una proporción más o menos similar egresa de la enseñanza politécnica de nivel medio. La inserción de este grupo en el mundo del trabajo, en correspondencia con los estudios realizados, no se garantiza de igual forma que en el anterior, tanto por dificultades sociales como por un mayor desinterés de las propias jóvenes de emplearse en aquella actividad en la que se calificaron —muchas veces por no tener otra opción o por presiones familiares.

Todavía queda un grupo, que representa más de la mitad de las jóvenes, que no alcanza una calificación

profesional mediante el sistema de enseñanza regular, y que nutre los empleos poco calificados o se refugia en su casa.

Los cambios que se han operado en la estructura de la calificación y la ocupación, parece no haber afectado sustancialmente a las mujeres ya ocupadas, pero su efecto sobre las jóvenes que no han terminado estudios y no se han incorporado al trabajo puede ser diferente. Por ejemplo, llama la atención que el único tipo de enseñanza en el cual las muchachas no son mayoría, a partir de noveno grado, es en el nivel técnico profesional, precisamente el jerarquizado en estos momentos. Muchas de las profesiones para las cuales califica ese tipo de enseñanza —sobre todo las agropecuarias— no resultan atractivas a las jóvenes. Ello está originando la desvinculación del estudio de un grupo considerable de muchachas, una vez terminada la secundaria básica, con pocas opciones de empleo en la economía formal, pues esta tiene una oferta limitada. Una de las opciones que se abre entonces para estas jóvenes es la economía informal, como trabajadoras por cuenta propia, pero sobre todo como ayudantes no remuneradas dentro de una economía familiar. Aun cuando no se dispone de los datos que permitan confirmar esta suposición, a nivel de observación empírica se aprecia que en este tipo de actividades van alcanzando cierto peso.

Sin embargo, la mayor parte de las jóvenes que no continúan estudios o no se insertan en la economía formal, se refugian en los llamados «quehaceres del hogar», que generalmente encubren una desocupación no explícita.²¹ Esta condición favorece la constitución prematura de una pareja (ya sea una unión matrimonial o consensual) y el nacimiento temprano de hijos. Por ejemplo, del total de niños nacidos durante 1993 de madres menores de 20 años, el 83,7 % de ellas se dedicaban a los quehaceres del hogar.²² Esta maternidad temprana tiene implicaciones negativas para el niño que nace, pero también limita las perspectivas de cambio de situación para la joven que ahora es madre.

Este es un sector de una elevada fragilidad, pues por un lado tienen un mayor nivel educativo que las amas de casa tradicionales (la generación de sus madres y abuelas), y por otro deben asumir la responsabilidad de formar nuevos miembros de la sociedad sin estar aún preparadas para ello. Asimismo, después de haber pertenecido a medios de socialización más amplios y haber desplegado algún tipo de participación social en el medio escolar y de las organizaciones estudiantiles, ven reducidos nuevamente sus ámbitos de interacción entre pares.

La mayor parte de estos procesos no son nuevos, pero la crisis y las transformaciones sociales que esta ha implicado tienden a reforzarlos, a darles nuevas magnitudes y más profundas implicaciones.

Un fenómeno que sí ha reaparecido con la crisis, después de haberse eliminado en los primeros años posteriores a la Revolución, es el de la prostitución. Aunque no resulta exclusivamente femenino, las jóvenes son el grupo mayoritario. El trabajo sexual, o como se

El incremento del papel de la mujer en la fuerza de trabajo técnica entra en contradicción con el bajo peso que tiene entre los cuadros de dirección (administrativos y técnicos), lo que empieza a generar ciertos conflictos e implica un subaprovechamiento de sus potencialidades.

le ha dado en llamar en Cuba, el «jineterismo», es una de las vías alternativas —de las más visibles— que ha asumido un sector de la juventud caracterizada por un fuerte deterioro de valores morales, la jerarquización del consumismo como elemento central de su escala de valores y la desconexión de toda relación con el esfuerzo personal mediante el trabajo.

El origen de este fenómeno no puede ubicarse en la crisis, sino en insuficiencias anteriores en la socialización, tanto la del Estado como la de la propia sociedad civil, incluida la familia. Pero no cabe duda de que la situación actual lo ha potenciado. El desequilibrio financiero, con la consecuente reducción del papel del trabajo en la satisfacción de las necesidades; la disminución de las posibilidades laborales; la libre circulación del dólar y la pérdida de valor de la moneda nacional, entre otros factores, han ejercido un efecto desocializador sobre los jóvenes.

Un factor que ha incidido negativamente con mucha intensidad en la difusión de ese estilo de vida consumista, y que a su vez se convierte en una vía de acceso a este, es el turismo extranjero.²³ El turista que viene a Cuba, procedente en su mayoría de sectores medios de sociedades capitalistas, actúa durante su visita como un representante directo del consumismo. A ello se añade que las condiciones creadas para este tipo de servicios son muy superiores a aquellas con las que cuenta la población. Aunque esto es así en todas partes del mundo, siendo normal que las instalaciones turísticas dispongan de condiciones superiores, el deterioro de la situación económica y social del país y de los niveles de consumo de la media de las personas marca aquí una distancia muy significativa.

Por otra parte, la conciencia igualitarista que se ha desarrollado en la población cubana hace pensar que si unos tienen acceso a condiciones mejores, el resto también debe tenerlo —aunque «unos» sean los turistas extranjeros y el «resto» la población del país. Lo cierto es que el turismo es una vía directa para mostrar a sectores amplios de la juventud un modelo de bienestar propio de sectores medios de sociedades capitalistas, que se asume como el modelo imperante para todos en dichos países.

La prostitución —en sus distintas variantes— se ha constituido en uno de los canales alternativos para entrar en contacto con ese mundo y acceder a la divisa o al tipo de servicio que con ella se obtiene.

No se dispone de datos suficientemente exactos y confiables sobre la magnitud de este fenómeno. En primer lugar, por tratarse de una conducta social inadecuada que tiende a ocultarse, pero además, porque asume formas diversas, que en ocasiones hacen dudar de si constituye una forma prostitución o no —por ejemplo, el matrimonio con extranjeros como vía de salida del país.

Sin embargo, según estudios realizados, ha sido posible apreciar una tendencia al crecimiento del grupo, con mayor presencia de muchachas muy jóvenes (menores de 25 años, aunque con peso del grupo de menores de 20 años) y a una alta proporción de las jóvenes negras y mestizas.²⁴ La mayoría están desvinculadas del estudio y el trabajo, aunque algunas trabajan y estudian (incluso en la enseñanza superior). También en determinados casos se trata de jóvenes con hijos, que reciben ayuda de la familia para su cuidado.

Esta es un área de estudio aún poco abordada, que requiere de una mayor profundización por sus implicaciones de todo tipo para las jóvenes involucradas, pero también para toda la sociedad, por lo que se hace necesaria una política social efectiva que detenga su crecimiento y permita luego su reducción.

¿Concluir algo que apenas comienza?

Intentar una evaluación del conjunto de efectos de las actuales circunstancias para la mujer joven de los 90 es difícil en tan breve espacio, aun cuando solo se trate de reflexiones preliminares, y se corre el riesgo de no incluir elementos que desde otra óptica de análisis también pueden ser relevantes.

Por eso, en lugar de hacer un inventario exhaustivo, he tratado de mostrar la gama de matices que reflejan la posición social de la mujer joven cubana hoy, más bien desde el punto de vista de su inserción social y casi sin rozar su mundo espiritual. Mi intención ha sido mostrar cómo se incrementa la heterogeneidad del grupo, que se expresa en una cierta polarización de situaciones, cuyos extremos son representados por el simultáneo crecimiento de la proporción de muchachas en las aulas universitarias y en el trabajo sexual.²⁵

Escribir estas ideas ha significado un reto, y me ha servido sobre todo de estímulo para abordar los estudios de la juventud con un enfoque de género.

Noviembre de 1995.

Notas

1. Todo el balance realizado en América Latina sobre los estudios de juventud, con vistas a la celebración del Año Internacional de la Juventud (AIJ), declarado por Naciones Unidas en 1985, planteó el tema de la mujer joven como uno de los principales vacíos. Se recomendó priorizar su análisis y el establecimiento de políticas específicas como uno de los principales objetivos, tanto en el «Plan de Acción Regional para América Latina y el Caribe en relación con el AIJ», como en el «Informe de la Reunión Regional de América Latina y el Caribe, Preparatoria para la Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer: Igualdad, Desarrollo y Paz», celebrado en La Habana, en noviembre de 1984. Sin embargo, en el Primer Informe sobre Juventud de América Latina, publicado en 1990, se reiteraba esta ausencia.

Por otra parte, en un artículo publicado en 1994 por Valentine M. Moghadam, directora y coordinadora del Programa de Investigaciones sobre la Mujer y el Desarrollo en el Instituto Mundial de Investigación sobre Economía para el Desarrollo de la Universidad de las Naciones Unidas, en Helsinki, Finlandia, titulado «La mujer en la sociedad», se expone un balance de la situación actual de la mujer en diferentes regiones del mundo y de los estudios que se realizan al respecto; pero omite por completo las diferencias generacionales en la situación de la mujer y no hace referencia a ninguna especificidad en el caso de las jóvenes, aun cuando muchos de los temas que aborda como generales, tienen una incidencia exclusiva o mayor en este sector.

2. Solo recientemente y auspiciado por la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana, se han iniciado algunos estudios que enfocan a la mujer desde una perspectiva generacional. Ver por ejemplo los trabajos de Norma Vasallo y Albertina Mitjans sobre representaciones sociales en diferentes generaciones de mujeres cubanas.

3. Véase María Isabel Domínguez, *Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual* [tesis doctoral], La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, 1994. (Inédita.)

4. Datos elaborados a partir del *Anuario Demográfico de Cuba, 1993*. Comité Estatal de Estadísticas, Tabla IV.9, p.223.

5. *Ibidem*, Tabla II.7, p. 141.

6. Véase María Isabel Domínguez, M.E. Ferrer y María Victoria Valdés, «Diferencias y relaciones generacionales en la clase obrera y los trabajadores intelectuales» [informe de investigación], La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), 1989; «Diferencias y relaciones generacionales en el campesinado» [informe de investigación], La Habana: CIPS, 1990; «Características generacionales de los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo» [informe de investigación], La Habana: CIPS, 1990.

7. Véase María Isabel Domínguez y M.E. Ferrer, *Jóvenes cubanos: expectativas en los 90*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, Colección Pinos Nuevos. (En prensa.)

8. Según investigaciones realizadas, la estructura generacional de la población cubana actual está integrada por cuatro grupos:

Generaciones*	Nacidos entre	Edades en 1995
Primera	1922 y 1943	entre 52 y 73 años
Segunda	1944 y 1949	entre 46 y 51 años
Tercera	1950 y 1961	entre 34 y 45 años
Cuarta	1962 y 1975	entre 20 y 33 años

* Los menores de 20 años se están formando actualmente como generación.

Véase María Isabel Domínguez, «Generaciones y procesos sociales en Cuba», *Contracorriente* [La Habana], 1(1), julio-septiembre, 1995: 57-63.

9. Véase *Anuario Demográfico de Cuba, 1993*, La Habana: Comité Estatal de Estadísticas, Tabla I.14 p. 123.

10. *Ibidem*, Tabla I.10.1, p. 47.

11. Véase *Anuario estadístico de Cuba, 1988*, La Habana: Comité Estatal de Estadísticas.

12. Véase J.L. Almuíñas y otros, *Proyección del número de graduados hasta el año 2005*, La Habana: CEPES/MINED, 1989.

13. Datos del Departamento de Estadística del MINED.

14. *Ibidem*.

15. Elaborado a partir del Resumen Nacional del MES. Tabla: Matrícula por ramas de la ciencia, 1985-86 a 1994-95.

16. Véase J. L. Hernández, «El tránsito de los escolares por el Sistema Nacional de Educación» [informe de investigación], La Habana: MINED, Instituto Central de Ciencias Pedagógicas, 1992.

17. Elaborado a partir del Resumen Nacional del MES. Tabla: Matrícula de mujeres por ramas de la ciencia 1985-86 a 1994-95.

18. Datos del Departamento de Estadísticas de la Universidad de La Habana.

19. Estudios realizados a finales de la década anterior evidenciaron este proceso y alertaron sobre sus implicaciones para la reproducción socioclasista de nuestra sociedad. Véase María Isabel Domínguez, M.E. Ferrer y María Victoria Valdés, «Las generaciones en la sociedad cubana actual» [informe de investigación], La Habana: CIPS, 1990.

20. Datos tomados de la intervención de Pedro Ross en Actividad por el Día Internacional de la Mujer en la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), el 6 de marzo de 1995.

21. Decimos no explícita, porque en realidad no están buscando trabajo, por tanto no pueden calificarse como desocupadas, pero no son verdaderas amas de casa. En muchas ocasiones se trata de muchachas solteras que conviven en el hogar paterno y cuya madre es la real ama de casa.

22. Datos elaborados a partir del *Anuario demográfico de Cuba, 1993*, Op. cit., Tabla II.12, p. 141.

23. Al parecer ese es uno de los costos sociales típicos del turismo dondequiera que se desarrolla amplia y aceleradamente. Por ejemplo, el sociólogo español José Luis Alvaro, de la Universidad Complutense de Madrid, afirmaba: «Lo que transformó más radicalmente la escala de valores de la sociedad española fue el efecto del turismo.» Conferencia ofrecida en el CIPS, en La Habana.

24. Véase Esperanza Fernández, «Prostitución femenina en los 90». Ponencia presentada al Encuentro Internacional «Mujeres en el umbral del siglo XXI». La Habana, Universidad de La Habana, noviembre de 1995.

25. Si bien en algunos casos esos extremos se tocan, pero más bien como excepción.

La mujer pintada en Cuba

Adelaida de Juan

Profesora. Universidad de La Habana.

A Rosario Novoa, maestra

El tema, considerado como esa suerte de acuerdo tácito entre el creador y el destinatario de su obra acerca de lo que es portador de una carga significativa, es revelador de muchas condicionantes de la producción artística. La valoración del mismo es múltiple y cambiante, más allá de la polisemia inherente a su lectura. La imagen de la mujer, que aparece en el arte desde épocas antiguas -nos referimos específicamente a las obras privilegiadas en las historias euro céntricas del arte- ha sido, en su casi totalidad, una imagen presente en el arte consagrado, hecho mayoritariamente por hombres, para satisfacer un patrón establecido por hombres.

Hombres, en tanto varones, han canonizado esta imagen, no por variable menos estable en su trascendencia última. La imagen de la mujer en el arte (generalmente el arte hegemónico de galerías y museos) despierta no pocas interrogantes: qué mujer es escogida como tema y cómo es representada; por qué esta tipología femenina y no otra, activa socialmente; hasta qué punto esta imaginaria ha representado la vida de la

mujer en relación con los demás seres humanos que la rodean e interactúan con ella. Estas son algunas de las preguntas que han motivado las reflexiones siguientes sobre la visión histórica del tema de la mujer en la pintura en Cuba durante los dos últimos siglos.¹

Desde el principio, el símbolo de La Habana fue una mujer. Hace tres siglos que la *Giraldilla* o *Bella Habana* corona el Castillo de la Fuerza; durante ese tiempo ha presidido muchas representaciones de la ciudad. Graciosa, coqueta, esa figurilla que sostiene la llave de la ciudad como un abanico o un quitasol es la encarnación fantasiosa de la villa, a la entrada de su bahía.

Los primeros artistas de Cuba se dirigieron al tema de la mujer; lo convirtieron en uno de los vehículos simbólicos del poder de la capa hegemónica de una sociedad dominada por hombres.

Al ampliar la pintura colonial su radio más allá de la iconografía de la religión católica, el tema de la mujer -la blanca, la adinerada- se instala en los cuadros de asunto colectivo. Ejemplos de ello son el retrato de la familia del Conde de Casa Bayona, en una pechina de la iglesia de Santa María del Rosario, hecho por Nicolás de la

Escalera (1734-1804) entre 1760 y 1766; los personajes que pintara Juan Bautista Vermay (1748-1833) en el Templete de la habanera Plaza de Armas en 1827, para representar la *Primera Misa*; y, sobre todo, una serie de retratos, reveladora por muchos conceptos.

Tales retratos, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX tienen como tema las personas de jerarquía oficial y económica. Juan del Río (1748-1819), Eliab Metcalf (1785-1834), Vicente Escobar (1757-1834) -a más de otros pintores, algunos de los cuales permanecen aún anónimos- han dejado una verdadera galería de personajes de las décadas iniciales del siglo pasado, muchos de ellos femeninos, que representan la clase hegemónica de la Isla. Las mujeres de las familias Bermúdez, Alió, Zequeira, Ximeno, Abreu, y las de títulos nobiliarios -las condesas de Fernandina, de Merlín, de Jaruco, las marquesas de la Real Proclamación, de Santo Domingo- justificaban un aspecto de la función del pintor de la época: personificar uno de los símbolos de una posición social elevada, la consagración de su jerarquía predominante.

Estos retratos, aparte de la influencia de escuelas pictóricas diversas (inglesa en el caso de Metcalf, española e italiana en los demás) tienen varios caracteres en común. De factura académica aparentemente realista, son versiones estereotipadas e idealizadas de su asunto. La pose de la retratada se ajusta a un esquema casi uniforme con pocas excepciones, por lo demás posteriores, como el caso de la *Señora de Malpica*, pintada por Guillermo Collazo (1850-1886) en 1883. La figura aparece generalmente sentada y con algunos accesorios que señalan sus intereses y actividades de ocio: una mano enojada sostiene un abanico fino, un pañuelo de encaje, un relicario. En algún caso, como en el retrato que hiciera Metcalf en 1820 de la Marquesa de la Real Proclamación, ella está al lado de un escritorio; generalmente el mobiliario se reduce a un butacón tallado, y, a veces, a alguna mesita ornamental que le sirve de apoyatura. Todo el interés del pintor, que responde por supuesto al interés de su patrocinador, se centra en la figura: el rostro que debe ser embellecido, las manos que lucen múltiples sortijas; estos rasgos se complementan con vestimentas ricas, incrustadas de encajes y pedrerías.

No hay indicación del lugar o el país donde se encuentra la retratada. El fondo oscuro y neutro tiene como única función la de destacar a la mujer como objeto de lujo, con los símbolos de la riqueza de su señor.

En la segunda mitad del siglo, cambia un tanto el contorno ambiental de las figuras. Las dos versiones de *La siesta* de Collazo señalan este cambio: aunque es evidente que se trata siempre de la clase hegemónica, el título de los cuadros ya no identifica necesariamente a

la figura por su nombre. Una variante por la elegancia y finura de percepción, está constituida por el retrato de la joven *María Wilson*, que realizara en 1887 Federico Martínez (1835-1912).² Se suele entonces sacar a la retratada del ámbito oscuro del estudio para colocada en un jardín o en un zaguán abierto. Esta alteración es de estilo y proviene, como el anterior, de Europa. La Academia privilegia ahora al paisaje y deja entrar, como elemento importante del cuadro, el sol, la vegetación y los juegos de luz sobre los objetos. Tal es el caso de *En el jardín*, de José Francisco Arburu Morell (1864-1889), donde aparece una dama sentada sobre una butaca de mimbre al lado de una fuente: aquella sigue sosteniendo, como sus predecesoras, un gran abanico en la mano.

La Señora de Malpica, ya citada, es un retrato de cuerpo completo: la figura erguida le ofrece al pintor un magnífico campo, que sabe potenciar, para desplegar toda su técnica pictórica al representar la suntuosa textura de la tela del traje. Con razón Julián del Casal escribió en 1888 que «El Sr. Collazo es el pintor de las grandes damas [...] Todo lo que brota de su pincel es refinado, exquisito y primoroso».³

La mujer es tomada en este período, ya no solo para los retratos, sino también como modelo del tema en sí, para cuadros de ambientación, estudios académicos, o alegorías. Juan Jorge Peoli (1825-1893), por ejemplo, es conocido por obras en todos estos géneros: citemos tan solo su retrato de Isabel Fuentes de Ximeno; su cuadro de academia *La joven alemana*, que ha sido destacado como ejercicio técnico en las gradaciones cromáticas en el tratamiento de la piel; sus alegorías *La poesía*, *La tragedia*, etc., y *La dama del lago*, que Martí describiera, en 1893, «envuelta en vagos velos, como luz en bruma espesa»,⁴ y que acaso aludiera al poema homónimo de Walter Scott. Sin embargo, merece señalarse que la labor de Peoli como caricaturista -mucho más ágil y vivaz que como pintor académico- no se interesará mayormente por la mujer. Por la índole misma de la caricatura personal, el sujeto ha de ser conocido ampliamente por el público y, por consiguiente, de fácil identificación en unos pocos rasgos. Evidentemente, la mujer no llenaba esos requisitos.

Debemos señalar que, a lo largo del siglo XIX, el tema de la maternidad no parece interesar a los pintores. La familia surge en la pintura como un retrato colectivo en el cual el espacio dominante está ocupado por la figura masculina. Escalera realizó un retrato familiar, que hemos mencionado, en Santa María del Rosario; el matrimonio Manrique de Lara con su pequeño hijo, es el tema de un óleo académico atribuido a Vermay. En las escenas que representan la vida socialmente jerarquizada de la época aparece la mujer blanca, acompañada por algún miembro de su servidumbre,

un esclavo o una persona de su propia clase, y constituye un elemento de elegancia. En un cuadro anónimo de cierta gracia, que se encuentra en el Museo Nacional, *La plaza de noche*, se pasean las damas en pareja o escoltadas por un esclavo o sirviente; es el momento - el reloj del cuadro marca las nueve y cinco del cortejo, del comentario frívolo, del paseo ocioso.

En este como en algún otro cuadro y, marcadamente, en muchos grabados, se ha buscado plasmar la vida de la capa enriquecida del país. En ellos la mujer aparece como un atributo, como símbolo jerárquico de la posición de poder del hombre blanco.⁵

Este poder tiene sus raíces económicas en el campo, particularmente en la zona azucarera. Eduardo Laplante (1818-?), cuya obra mayor son las litografías - encomendadas por el hacendado Justo G. Cantero en 1857- de las vistas exteriores e interiores de los principales ingenios azucareros de mediados de siglo, ejecutó en 1852 un óleo de grandes dimensiones (89 x 161,5 cm), similar al grabado posterior del mismo nombre: *Trinidad, desde la Loma de la Vijía*. El subtítulo del cuadro, —*Paseo campestre de la familia Cantero Iznaga*— subraya el acento puesto sobre los dueños del ingenio. Las figuras de Laplante siempre parecen maniqués: rígidas, faltas de vida, con indicaciones poco convincentes de movimiento. Sin embargo, la jerarquización de aquellas es reveladora: en primer plano, con mayores detalles y trajes minuciosos, está la familia con todos sus atributos: las mujeres y los niños lujosamente trajeados; luego, los coches, los caballos, los esclavos domésticos, los sirvientes. Algo más alejados, los soldados marchan en fila; aún más lejos, apenas perceptibles, los esclavos de campo se afanan en las labores meniales.

Los esclavos -y no olvidemos que la esclavitud no fue abolida en Cuba hasta 1886- pasarán a primer plano como tema de las litografías anónimas, sobre todo las de las cajetillas de cigarros, y en la obra grabada y pictórica de Víctor Patricio de Landaluze (1828-1889). Este último dedicó gran parte de su copiosa producción al tema del negro. Buen dibujante costumbrista, observó detenidamente los trajes y adornos de los esclavos en días de fiesta, durante los cuales se les permitía su música y vestimentas propias. Y sobre todo, presentó, con una visión halagüeña, la versión de la «mulata sandunguera», imagen de una criatura hermosa, sensual y coqueta, a menudo festejada por el esclavo doméstico o el calesero. Las numerosas acuarelas y grabados de Landaluze sobre este tema poseían, sin dudas, considerable gracia para su destinatario inmediato. Las mulatas de Landaluze son siempre mujeres jóvenes y bellas; jamás están empeñadas en trabajos duros: son objetos de disfrute para el varón. Así Landaluze pone de manifiesto dos aspectos de la ideología colonial: por una parte, apoya

la persistencia del régimen de la esclavitud al ofrecer la imagen del esclavo doméstico y el sirviente ociosos y despreocupados, que llevan una vida muelle y alegre; por otra, insiste en la imagen de la mujer mulata como objeto de placer.

Algo similar ocurre, en forma más basta, con los cromos de las cajetillas de cigarros. Estas eran de consumo nacional y popular, a diferencia de las lujosas cajas de tabaco, cuya habilitación se dirigía a las capas pudientes y, en gran medida, a la exportación. Las cajetillas solían traer litografiadas en su envoltura escenas en serie. Una, titulada *Tipos ingleses*, estaba constituida por retratos de mujeres de nombradía, preferiblemente de la nobleza europea, como la reina Victoria, la princesa Helena y Miss Hamilton; otra serie, posterior a la exposición de Londres de 1862, presenta una colección de figuras femeninas en marcadas significativamente por un camafeo sostenido por unos angelitos. Evidentemente, estas series cumplimentaban cierto elemento de ensueño y evasión al ofrecer una tipología idealizada y lejana.

Pero entre las series de mayor interés para nosotros, se encuentran varias que se refieren a la *Vida de la mulata*. Este tema, de variada extensión, desarrolla una secuencia similar que va desde el nacimiento de la mulata, hija de blanco y negra, a su muerte temprana, después de haber sido celebrada -usada- y luego abandonada por el señorito blanco.⁶ Estas son las visiones que más claramente indican la posición de la mujer negra en la sociedad de esa época. En efecto, se ha señalado que el gran aprecio por el honor de las mujeres aparece sobre todo como un instrumento para lograr la endogamia de clase en una sociedad jerárquica [...] mientras que el donjuanismo o machismo [...] resulta ser un elemento derivado, secundario, de este sistema de valores.⁷

Acentuada su doble inferioridad social -mujer y negra-, también aparecerá en otras litografías de las cajetillas: de manera burlona y despectiva, emborrachándose, bailando desenfrenadamente, robando; y, en otros casos, sirviendo cumplidamente a las damas blancas que meriendan en el jardín de la casona.

El antecedente gráfico de estas litografías se remonta a los grabados hechos por Elías Durnford en 1764/5, sobre todo el que representa el mercado público de La Habana. En estos grabados, como en los que posteriormente realizaran Hippolite Garneray (1787-1858), Frederic Mialhe (1810-1881) y James Gay Sawkins (1808-1879), las plazas y calles están pobladas de tipos populares, entre los cuales la mujer humilde -mulata, negra y, en menor medida, blanca- realiza diversas faenas.

Significativamente, los autores de estas litografías fueron europeos que estuvieron durante un tiempo en

Cuba; son representativos de la búsqueda del tipicismo exótico, de las indagaciones en tierras que representaban lo otro, que propició y alimentó la boga de los Baedeker, guías turísticas populares en la época.

No será sino hasta finales de siglo que la mujer trabajadora ingrese como tal en la pintura. Cuando José Joaquín Tejada (1867-1943) pinta en Barcelona su cuadro más conocido, *La confronta* (también citado como *La lista de la lotería*), coloca en el grupo callejero a dos mujeres. Martí las describe así en 1894:

a la modista se le ve la lozanía por las ropas dóciles y la salud del cabello, enroscado a la nuca [...] la bondad del trabajo rebosa, y el alma madraza de la española pobre, en la cuarentona de pañuelo y cesta que oye al vejete parlanchín [...] y dice el lienzo todo que el trabajo da salud, que la mujer es hermosa y consueta, que la humanidad codicia y hierve.⁸

Coetáneos de Tejada, Armando Menocal (1863-1942) y Leopoldo Romañach (1862-1951) también habrían de tomar a la mujer humilde como tema. Pero en ellos se da más como elemento de un sentimentalismo complaciente. *La guajira*, de Menocal, sentada sobre un taburete con una pieza de costura en la mano, trae a la mente una cuidada dama en reposo antes que una mujer acostumbrada al trabajo asignado a ella en la vida de campo. En Romañach predomina la nota sensiblera y melancólica. *La promesa*, *La convaleciente*, *Abandonada*, *La última prenda*, son fáciles llamados al reclamo emocional por el resignado desamparo de la mujer. En algunos cuadros, como *La criadita* y *La muchacha del coco*, parece retomar, con una pulida factura académica, la temática de Landaluze sin la inmediatez ni la intención de esta. Tanto Romañach como Menocal -sobre todo este último- realizaron numerosos retratos de mujeres socialmente jerarquizadas de la época, algunos de los cuales son ejemplos de su escuela pictórica.

Otra versión de la mujer en la pintura finisecular y de inicios de este siglo, la presenta cumpliendo ritos religiosos. *Viernes santo*, de Manuel Vega (1892-1954) se centra en las figuras de mujeres arrodilladas alrededor de un Cristo crucificado que yace en el suelo. *Cumpliendo el voto*, de Romañach, participa de este mismo espíritu, así como *En la iglesia*, de Ramón Loy (1894-1986). La imagen de la mujer que dedica una considerable parte de su tiempo a los oficios religiosos formaba parte de la representación de las ocupaciones socialmente asignadas a ella.

Alrededor de 1925, se inicia la pintura moderna en Cuba. Al igual que en otros países latinoamericanos de la época (notablemente el precursor caso de México y, en otro orden, el de Brasil) la vanguardia estética se acerca a la vanguardia política. Los artistas proponen no solo el rechazo del arte académico, sino la inserción

de esa rebelión dentro del ámbito mayor del rechazo a los valores sociales hegemónicos. De ahí que este cambio formal en la pintura vaya vinculado a un cambio temático: no solo manejan otros asuntos sino que, sobre todo, introducen una nueva manera de ver los temas. No es azaroso que reclamen como antecedentes pictóricos cubanos solo a Escobar y a los grabadores del siglo XIX, descartando la obra de los maestros reconocidos. Los epígonos de estos continuarán haciendo retratos de la alta burguesía; continuarán los paisajes románticos y suaves, los estudios de cabezas, ancianos y niños, pero constituirán ya una especie de cultura paralela y oficial de estancamiento y repetición.

El cuadro que ha llegado a ser visto como heraldo de la vanguardia es, precisamente, una cabeza de mujer: la *Gitana tropical*, que Víctor Manuel (1897-1969) pintara en 1927. No se trata del retrato de una dama elegante ni de una idealización romántica o costumbrista. Víctor Manuel creó un tipo mestizo que se convirtió en tema de muchos de sus cuadros posteriores. Los innovadores harán paisajes en los cuales el elemento humano adquiere una dominante fuerza expresiva en el cuadro; uno de los puntos más altos de denuncia social dentro de esta temática la dará, en 1936, Carlos Enríquez (1900-1957), en su cuadro *Campesinos felices*. El título ironiza la terrible situación del guajiro: la familia, en la cual la mujer resalta particularmente, está constituida por un grupo de seres emaciados en un ambiente de marcada sordidez. Ese mismo año, un pintor de la siguiente generación, Mariano Rodríguez (1912-1990), pinta *Unidad*, versión más combativa de la misma realidad que denuncia Enríquez: la pareja mestiza es joven y su actitud desafiante presagia un nuevo espíritu de lucha. La mujer tiene el mismo peso pictórico que el hombre; ambos están tratados con el mismo carácter macizo y fuerte (Mariano estaba aún bajo el influjo de su entrenamiento mexicano) y representan, por este enfoque, una igualdad de condición y propósitos.

Aun en otros cuadros en los cuales el elemento social se hace menos evidente, resalta el afán de los pintores por cambiar la proyección de su pintura. Los retratos hechos por Víctor Manuel, Fidelio Ponce de León (1895-1949), Arístides Fernández (1904-1934) son, por lo general, los de sus amigos y amigas personales - muchas veces son otros artistas o escritores- y de su familia inmediata. Arístides, por ejemplo, dejó algunos retratos memorables de su madre; su obra mayor, *La familia se retrata*, merece especial atención. La escena se sitúa en el campo; la familia está integrada por cinco mujeres que, con aire turbado, se han colocado ante la mirada comprensiva del retratista. Estas mujeres presentan una humanidad dolorosa: en la misma torpeza de su posición, en la expresión de sus rostros, en las ropas uniformes, en las manos que no han sido

ejercitadas para el abanico ligero, sino para el trabajo duro, ha cifrado el pintor el dolor de la campesina cubana. Insistirá en este aspecto (*Lavanderas, El batey*) y también en versiones más optimistas como *Idilio*; destaquemos que en las acuarelas, donde abocetó un proyecto de mural, representa a un grupo de mujeres leyendo y estudiando.

Otros enfoques menos dramáticos de la campesina interesan a varios pintores durante la década del 30. *Los guajiros* y *El adiós*, de Eduardo Abela (1891-1965); *El jagüey*, de Domingo Ravenet (1905-1969); *¿Quiere más café, don Nicolás?* de Antonio Gattorno (1904-1968) presentan a la guajira inserta en su ambiente propio. Una atmósfera creada por el pintor y que, sin embargo, refleja determinados aspectos del campo cubano de la época es la lograda por Carlos Enríquez. Pintura eminentemente sensual en la que el desnudo femenino es reiterado con delectación, a través de formas transparentes y lustrosas, Enríquez aspiró a crear plástica y literariamente un «Romancero criollo». El tema de la violencia en el campo -violencia de la naturaleza, de las bestias, y, sobre todo, del varón- lo llevará a cuadros como *El entierro de la guajira* y *El rapto de las mulatas*. En estos cuadros, Enríquez funde plásticamente la figura femenina con las ancas del caballo, imbricándolas de tal manera que resulta difícil distinguir una de otras. Se trata, en estos cuadros que constituyen la sección más amplia de su obra, de la mirada fruitiva del varón al cuerpo desnudo que se le ofrece.

Apuntemos un elemento de unión, durante este período, en la pintura de la mujer realizada por Enríquez y Gattorno. Con estilos personales bien diferenciados, coinciden esencialmente en su tratamiento de la figura femenina como materia pictórica. Salvo en algún caso (como el ya citado cuadro *Campesinos felices*), Enríquez dará existencia plástica a la sexualidad, personificada en el desnudo de la mujer, que corporeizará, por extensión, en la grupa del caballo. Gattorno -a quien, con razón, Ernest Hemingway llamó en 1935 «un pintor que pudo haber devenido **un** gran abstracto»⁹- también situará sus escenas en el campo y dentro de ellas, el papel protagónico será el de la mujer, preferiblemente desnuda. Retornando una línea decimonónica europea, este desnudo aparece en **un** ambiente bucólico, sola (*La siesta*, 1940) o acompañada de otras figuras a menudo vestidas (*Merienda*, 1934). Con similar antecedente, en su *Autorretrato y modelos* (1926), el artista mira al receptor mientras las modelos son un complemento pasivo de la escena.¹⁰ Estos pintores, formalmente distantes, utilizan ambos el cuerpo de la mujer con fruición aunque su abordaje plástico se diferencie radicalmente en lo que pudiera considerarse la polaridad clasicismo/romanticismo. Esta modalidad parece haberle ofrecido a los pintores una solución a

dos planteos. Por una parte, la intencional connotación geográfica dada por el paisaje; por otra, una valoración plástica cuya indagación embargaba a los creadores en la época: un tema tradicional como el de la mujer ofrecía, con las variantes que hemos apuntado, un terreno propicio para el despliegue de formas no académicas en nuestra pintura, dominada aún de modo casi total por la visión de los artistas hombres.

Tal acercamiento se mantiene durante los años 40 para aquellos pintores que van a adoptar cierta visión surrealizante. Es el caso de Luis Martínez Pedro (1909-1989) en *Retrato con paisaje cubano*, de 1941, y la serie de dibujos titulada *Tauromaquia*, de 1942. En estas obras se presenta a la mujer como figura alegórica en un paisaje imaginario que conserva algunos datos -sobre todo la palmera- que lo vinculan a la naturaleza cubana. En otra vertiente, Wifredo Lam (1902-1982) se dirigirá a un aspecto más telúrico, referido a formas y mitos provenientes de la religión sincrética de raíz africana. La alusión a la mujer se presenta en cuadros como *Figura*, *La despedida de Kirivina* o *Mujer sentada*: el rostro aparece sustituido bien por una máscara dentada, bien por formas alegóricas o animales. Pero es sobre todo como símbolo de fecundidad que se integra la mujer a los cuadros de Lam. *La jungla*, de 1943, es un excelente ejemplo de fusión de formas vegetales, elementos sexuales y elementos visuales de las creencias sincréticas del país. Otro modo en su pintura de aludir a la mujer se cifra en los senos maternos, nutricios, elemento mítico que será retornado en otras modalidades por pintores posteriores como Ever Fonseca (1938) y Manuel Mendive (1944). Mendive, sobre todo en su producción previa a la década del 90, introducirá además deidades femeninas del panteón yoruba, notablemente las referidas a la muerte (Ikú, por ejemplo) y hará una serie sobre los Enkokó (coitos) y *La violación*. Las deidades actúan de forma bienhechora, como la Ikú que separa a los cimarrones de sus perseguidores en *El palenque*, mientras en otras obras las mujeres sufren el ataque sexual.

Otra línea marcadamente diferenciada fue la cultivada por Amelia Peláez (1897-1968). Tras un inicial aprendizaje académico, Amelia se inscribe en una producción de raíz cubista, que parte de sus estudios parisinos con otra extraordinaria artista, Alexandra Exter. Iniciará así una temática de doble vertiente -la naturaleza muerta y la figura de la mujer-, ambas inscritas en un ámbito dominado por ciertos elementos del habitat tradicional de la arquitectura colonial. Las mujeres, como el entorno arquitectónico y los elementos integrantes de sus naturalezas muertas, son aquellos cercanos a la cotidianidad de la creadora.

Son versiones basadas en sus familiares y conocidas cercanas; no a la manera de retratos, sino como puntos

de partida para la composición plástica. El título del cuadro puede aludir a las hermanas, a las mujeres en general: Amelia busca -halla- el género en lo particular sin personalización. Las obras carecen de datos referenciales inmediatos y se convierten en símbolos generalizadores del tema en sí. De ahí que con frecuencia carezcan de indicación de la boca en el rostro: «Dénle ustedes la voz», comentó irónicamente en alguna ocasión. En algunas obras (*La costurera*, 1936), los dos temas se imbrican en una misma obra: la figura de la mujer se funde a los azulejos y la herrería representados. Desde finales de la década del 20 -*Mujer* es de 1928- hasta su muerte, Amelia fue una trabajadora infatigable, que ejecutó innumerables variaciones sobre sus temas escogidos.

Aparentemente desasida de las condicionantes de su realidad social inmediata, Amelia fue de los artistas que introdujo, como parte consustancial de su composición, ciertos elementos de cubanía que van de las frutas tropicales al azulejo, del medio punto de colores a las rejas de hierro, de la mujer a su entorno casero. Y fue, además, la que se dirigió a la figura de la mujer como un elemento válido dentro de la recia producción que la caracterizó.

Con un afán similar de profundizar en aspectos tradicionales de las formas de raigambre cubana, René Portocarrero (1912-1985) ejecuta su serie de *Interiores del Cerro* durante los primeros años de la década del 40. Mientras Amelia geometriza tanto la figura de la mujer como la de los integrantes de su ámbito -frutas, arquitectura- para subordinados a una composición controlada por la gruesa línea negra, Portocarrero, por el contrario, enrosca infinitamente las líneas que integran su estructura. *La Muchacha del Cerro* forma parte del cuarto donde se encuentra; de la misma manera que las *Figuras* o *Las hermanas* de Amelia forman parte de una composición totalizadora. Pero en Portocarrero -y él permaneció constante en su expresión- esa fusión no se realiza para destacar los valores estructurales geométricos que son comunes a la figura humana y a todo lo que alcanzamos a ver -como hace Amelia-, sino para crear una unidad que fluye, regresa sobre sí misma y vuelve a ejecutar curvas hasta el infinito. Esta forma abierta nos engloba: la silueta de la mujer -tema reiterado en Portocarrero- adopta distintas modalidades, pero él siempre permaneció fiel a esta idea. Desde *Mujer con mariposa* de 1942 a *Mujer en gris* de 1961, Y las posteriores *Cabezas ornamentadas* y *Flora* (una variante de esta última fue elegida en Japón para simbolizar el Año internacional de la mujer), todas son la base para las líneas que se mueven infinitamente, los colores que reverberan y el punto fijo del cuadro que son los grandes ojos inmóviles de la mujer que nos mira, más que el hecho de ser miradas.

Iniciándose paralelamente a Portocarrero, Mariano habrá de partir del tema de la mujer para obras de variada intención. Después de *Unidad* (cuadro ya citado y que cierra, en 1936, un período de esperanzador ímpetu de cambios renovadores), Mariano, al igual que los demás pintores de su época, se dedicará, durante los años 40, a una pintura más íntima en su proyección y de una creciente seguridad formal. Coincide con Amelia y Portocarrero en unificar a la mujer, las frutas, el interior de una estancia.

Pero cada uno de estos pintores logró una independencia marcada en el manejo de estos elementos. Mariano es un pintor de la forma sensual y sólida a la vez. *Mujer de la sombrilla* (1942) y, sobre todo, *Maternidad e Interior* (ambos de 1943), anuncian ya una posterior serie de Mariano, iniciada alrededor de 1967: *Frutas y realidad*. En esta serie, en la cual insistió durante una década, Mariano acentúa dos de los puntales en los cuales afianza su visión del país: las frutas, floración de una naturaleza generosa, y la mujer: como madre, como revolucionaria, estudiante y trabajadora, y, siempre, como amante. Toda esta obra de Mariano rebosa una extraordinaria sensación de alegría y disfrute sensual. Pocos pintores han sido, a la vez, más sensibles a los cambios sociales del país. El paisaje urbano y rural que rodea a las mujeres que pintaba en la década del 40 es un encuadre en el cual la figura de la mujer funciona como una sección plásticamente integral: mujer, arquitectura, figura y vegetación, son manejadas con el mismo idioma pictórico. En *Frutas y realidad* ha logrado una visión que no requiere de la dependencia al dato inmediato; este se ha hecho tan evidente que el asidero anecdótico es innecesario. En todas estas variables, hay una constante: la figura de la mujer se da persistentemente como un elemento de fruición y de sensualidad bien diferente de la que caracterizó la obra previa de Carlos Enríquez por el carácter sólido y constructivo que permea aun sus figuras dibujadas.¹¹ Mariano incide, a lo largo de su carrera, en la figura del gallo erguido y orgulloso, hasta el punto de considerarse una suerte de autorretrato: el gallo como dueño y señor del gallinero es una metáfora clara de la expresión del machismo predominante. Las derivaciones interpretativas son demasiado evidentes para requerir una explicación adicional.

En 1964, Antonia Eiriz (1929) tuvo su primera muestra personal en la Galería de La Habana. Escribimos entonces que *La anunciación* era el cuadro importante con que se inicia la exposición. La mujer sentada en una silla de respaldar alto, frente a su máquina de coser, recibe espantada la visita anunciadora: el ángel es como un esqueleto. No se puede menos que recordar, no solo por la similitud temática sino por la visión expresionista parecida, algunos de los poemas

de *Versos sencillos* de Martí como los que concluyen: «Mi paje, hombre de respeto/ Al andar castañetea:/ Hiela mi paje, y chispea:/ Mi paje es un esqueleto».² En Eiriz, la obra se da por el gesto de imprecación, brusco y tajante; disfraza lo tierno de macabro; lo solemne, de burlón; lo considerado simple, de tremendo. Si pinta *Mis compañeras*, lo hará con una intensidad de tono que convierte a las dos mujeres en un tipo de muñecón grotesco que es como ella las ve, no exenta de profunda comprensión: son sus compañeras, es ella misma. La realidad -y la mujer forma parte significativa de ella adquiere otro contexto cuando Eiriz la lleva al lienzo (a menudo intencionalmente chamuscado) o cuando construye sus *Ensamblajes*. La conciencia viva del mundo de todos los días se incorpora y aflora en su trabajo. No parece tener piedad ni compasión, pero se salva por la misma violencia de su expresión, pues se hace sentir, bajo todos estos trazos decididos, su fuerza profunda y apasionada.¹³ No consideramos azaroso que, en su exhibición realizada en La Habana en 1991, una de las obras más recientes fuera el ensamblaje *Homenaje a Amelia Peláez*, con lo que la artista rendía tributo a otra grande de la pintura.

La manera violentamente expresionista de Eiriz contrasta con la obra realizada una década después por Servando Cabrera Moreno (1923-1981). En 1975 expone una muestra personal titulada *Habanera tú*, en la cual el tema reiterado es la figura de la mujer, centrado en el rostro. Este, trabajado fundamentalmente por el dibujo con la adición de colores por lo general pasteles, adopta rasgos idealizados que se combinan con flores y otros atributos tradicionalmente vinculados a la presencia femenina. En otras obras de corte menos placentero, Cabrera Moreno realiza torsos femeninos y/o masculinos con una gama monocromática predominante, como *Rojo en la calle Neptuno* o *Azul en la calle Curazao*. Son versiones eficientes de una materia pictórica, sin la óptica sexual masculina presente en otras obras mencionadas, como las de los desnudos femeninos de Enríquez y Mariano.

Por su parte, Raúl Martínez (1927-1995) ha presentado, sobre todo a partir de la década del 70, a la mujer como parte integrante de una colectividad humana. Resulta significativo comprobar los títulos que le diera a dos antológicas exposiciones celebradas en La Habana: *La gran familia* (1978) y *Nosotros* (1988). Ellos indican la voluntad del creador de considerar a todos los seres humanos -mujeres, hombres; negros, blancos; niños, ancianos- como integrantes de una colectividad. En *Amor se escribe con pñña*, acrílico que forma parte de la primera exposición citada, la pareja mulata nos contempla serena, a través de cuatro décadas, con una mirada muy distinta de la desafiante y agresiva de *Unidad*. Raúl Martínez, que ha desarrollado

una labor notable en tres vertientes de la plástica - pintura, diseño gráfico y fotografía-, combina las ganancias formales de las tres en muestras como las que hemos citado. Parte de fotografías tomadas por él y las reelabora con un lenguaje que plasma en combinatorias surgidas de su práctica como pintor y como diseñador. (Recordemos algunos de sus afiches notables, como el que hiciera en 1968 para el filme *Lucía*, el cual narra la historia de tres mujeres en momentos cruciales de la historia por la liberación de la nación.) Sus figuras de mujer tienen el mismo peso formal que el de las otras figuras que integran la totalidad.

A partir de la década del 70, son varias las artistas que comienzan a desarrollar una labor pictórica sostenida. Resalta el número de mujeres creadoras que en las dos últimas décadas se integrarán a las nuevas modalidades de la producción plástica del país.¹⁴ Sin embargo, en general no patentizan una diferenciación temática o modo de abordar los referentes con respecto a los pintores hombres que les son coetáneos. Esta relativa ausencia en la plástica de una toma de posición manifiesta con respecto a la problemática de la mujer, parece una constante. En fecha reciente (abril, 1993), Antonia Eiriz me reafirmó su criterio de que la producción artística no era, no debía ser, evaluable ni determinada por el sexo de su creador.

Comentamos entonces cómo Víctor Manuel -en la década del 50- solía manifestar que Amelia Peláez era «un gran pintor» (con lo cual, evidentemente, subrayaba la valoración masculina del arte). El criterio de Antonia, sobre todo referido a su propia producción, es compartido por otras artistas, no solo cubanas: recordemos a la estadounidense Georgia O'Keeffe, quien- con firmeza negó la existencia de elementos de forma o contenido pretendidamente «femeninos» en la obra de arte, no permitiendo la exhibición de obras suyas (temática de flores) en una magna muestra de artistas mujeres ni la inclusión de su reproducción en el libro-catálogo de las mismas (1977), presumiblemente por temor de que fueran mal interpretados en el contexto de ese tipo de exposición.¹⁵

Zaida del Río (1954) ha integrado figuras de mujer en su notable creación de una imaginería fantástica nutrida de leyendas campesinas y mitos africanos. En los años finales de la década del 80, trabajó una serie basada en historias de amor heterosexual con diferentes finales. Privilegiando siempre el dibujo, Zaida logra una visión no exenta de ocasional dramatismo y permeada de un humor que participa a veces de cierta ironía caricaturesca. Zaida ha manifestado que siempre se pinta a sí misma (1994) y ha participado personalmente en un ballet basado en su imaginería femenina (1995): cuerpo de mujer, cabeza de pájaro. Al hacer la

escenografía para la puesta en escena, las máscaras de las bailarinas, su propia participación, Zaida del Río imbrica elementos de los mitos de raíz africana con sus propias actitudes vivenciales. Al propio tiempo manifiesta la influencia que ha tenido en ella la entrada en el conocimiento de la santería, de donde surge - siempre según Zaida- la figura de la mujer con cabeza de pájaro (su interpretación de una de las variantes de Yemayá).

Una versión de otro tipo al de Zaida del Río es el desplegado por María Magdalena Campos (1959), quien lo aplica a la temática de la sexualidad, en especial para subvertir la fetichización de la mujer como objeto de satisfacción sensual para el varón y la pasividad de la hembra. Obras como *Cinturón de castidad* (1985) o *Anticonceptivo* (1987) juegan, al mismo tiempo, con el cuestionamiento y la recontextualización de los signos pictóricos de la tradición moderna. Aun otro acercamiento es el de Belkis Ayón (1967), quien se ha hecho acreedora de atención por sus grabados de excelente factura. (Pensamos sobre todo en las colografías premiadas en el concurso *La joven estampa* convocado por la Casa de las Américas en 1993.) Tomando como punto de partida el mundo mítico-religioso de raigambre afrocubana, Ayón privilegia la imagen-concepto de la mujer para hacer de ella el centro ideológico de sus composiciones.

La labor en Cuba de Ana Mendieta (1948-1985) ejerció marcada influencia sobre los artistas que irrumpieron a inicios de la década del 80. En 1981, Mendieta realizó en las cuevas de la región de Escaleras de Jaruco, cerca de La Habana, esculturas rupestres con la forma de su propio cuerpo, vinculando así varios aspectos de su conceptualización artística: mantuvo un continuado diálogo entre el cuerpo femenino, el paisaje natural y la incorporación antropológica de culturas pasadas. La imbricación entre su propio cuerpo y el mito icónico de la Diosa- Tierra¹⁶ se inserta en una corriente del arte feminista que tuvo varias cultivadoras en diversos puntos de la producción artística internacional. Así, es significativo que haya escogido para su trabajo en Cuba un sitio ceremonial precolombino. Hasta su muerte, Mendieta desarrolló siempre la vinculación producción artística-silueta del desnudo femenino, casi siempre el suyo.¹⁷ La irradiación de la figura y la obra de Mendieta continúa en la década del 90. Tania Brugueras (1968), por ejemplo, expuso en 1992 *Ana Mendieta- Tania Brugueras*, una muestra personal con un acentuado énfasis en el carácter conceptual de su producción artística. La pieza que expone en una exposición colectiva de mujeres artistas (*Una brecha entre el cielo y la tierra*) celebrada en 1994 reitera, mediante la recreación de una obra de Mendieta, esta comunión entre las dos creadoras.

Un caso notable de la potenciación de una experiencia vital propia será el de las series *Para concebir* (1985-1986) y *Recuerdos de nuestro bebé-1987*, hechas por Marta María Pérez (1959). Mediante la incorporación de elementos aparentemente disímiles como la pareja de muñequitas, el cuchillo, los collares, a los cuales se unen textos, la artista nos hace partícipes del nacimiento de sus jimaguas. Tales conjunciones, que remiten a determinados contextos fusionados en el sustrato transcultural del país recontextualizados por la creadora, se fijan en autofotografías que descarnadamente tienden a la desmitificación de una imaginaria estereotipada del cuerpo femenino y su función reproductora. En el desarrollo de la artista, de quien recordamos juveniles trabajos en *land art* que así mismo pierden su carácter efímero por la fijación fotográfica, estos ensayos visuales representan un punto focal de importancia. Ella ha escrito al respecto: «se convertirá en un álbum de imágenes de categorías carnales independientes a los sentimientos, o sea, la relación material de la maternidad y de alguna manera cuestionar al espectador acerca de lo que queda al otro lado de esta misión».¹⁸

Más recientemente, *Subyacencias (visión de cuatro mujeres)* es una instalación-ensayo que Caridad Ramos (1955) ha realizado con sus hermanas Rosa, Marta y Doris, y que fuera visto por primera vez en su casa santiaguera durante el Festival del Caribe de 1993, y expuesto en La Habana en mayo de 1994. Utilizando pintura, lienzo, yeso, sogá, metal y soporte de cartón y madera, el ensayo se desarrolla a través de ocho temas que van de la incomunicación y la evasión a la sexualidad y la maternidad, todos ellos como expresión de vivencias y conceptualizaciones de la mujer de hoy. En muchas de las obras, la artista consideró innecesario hacer visibles los rasgos del cuerpo y el rostro de la mujer. Quedan, como envolturas que mantienen la forma de su ocupante ausente, las ropas o las huellas de su presencia reiterada. Un acercamiento hasta cierto punto coincidente por el poder de lo ausente, es hecho por Jacqueline Maggi (1948): no aparece la figura de la mujer, pero ella está siempre presente porque el entorno creado es marcadamente el de la mujer en su cotidianidad casera. Esta creación de momentos evocadores del devenir vital de la mujer, que van de los zapatos gastados al costurero, del «primer beso» al «anhelo inútil» adquieren una fuerza notable por la ausencia misma de la protagonista: es el escenario que ha quedado vacío para que el espectador llene y complete todas las posibles ocurrencias evocadas. Linda Nochlin ha subrayado que

las representaciones de la mujer en el arte se fundan en y sirven para la reproducción de asunciones aceptadas sin discusión por la sociedad en general, los artistas en particular [...] sobre el poder, la superioridad, la diferenciación y el necesario control del hombre sobre la mujer.¹⁹

La pintura recoge la mutación del papel desempeñado por la mujer en nuestra sociedad durante los dos últimos siglos.

De los retratos de las damas ricas y ociosas que patentizan la jerarquización social del hombre blanco dominante, de los grabados sobre la mujer negra humilde y prostituida, a la mujer que se esfuerza por lograr una más justa posición social como ser humano, la pintura documenta esta transformación vital. Se decía de la *Giraldilla* o *Bella Habana* que se podía ir a La Habana y no ver La Habana. Esa figura de mujer que podía no verse, aunque fuera el símbolo de la ciudad, se transforma en una figura que ocupa, en cierta pintura, un papel hegemónico. En lugar de sostener, como la estatuilla de hace siglos, una llave de mentira, la mujer, en algunos cuadros, murales, afiches e instalaciones, ostenta instrumentos de trabajo, de estudio, de lucha, con los cuales pueda entrar de veras en la historia mayor.

La Habana, 1995.

Notas

1. El interés por la imagen pintada de la mujer, imagen reveladora del espacio que a aquella le ha sido asignado socialmente, me llevó hace más de dos décadas (en «Cuba: la mujer pintada», *Cuba Internacional*, marzo, 1972) al análisis de la pintura y el grabado en mi país desde el siglo pasado. Ese estudio formó parte de una serie de ensayos recogidos en mi libro *Pintura cubana: temas y variaciones* (La Habana, UNEAC, 1978; 2a. ed., México, UNAM, 1980). Ahora vuelvo sobre el tema, no solo con una visión actualizada de las nuevas promociones artísticas, sino con mayor amplitud, a partir de diversos abordajes feministas del arte (que cito) y de una reflexión más detenida sobre la cuestión. Este texto constituye la primera parte de un estudio cuya segunda sección atenderá, no al objeto representado en el arte, sino al sujeto productor del mismo. Trato de desentrañar lo que Josefina Ludmer ha llamado agudamente «tretas del débil», desarrolladas por las cubanas que se expresan - nos expresan - con el lenguaje de las artes plásticas.

2. Jorge Rigol, *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba*, La Habana: Letras Cubanas, 1982: 228-31.

3. Julián del Casal, «Los pintores», *La Habana Elegante*, 24 de junio de 1888, en: *Julián del Casal. Prosas*, La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963; e. 1: 151.

4. José Martí, «Juan J. Peoli», *Patria*, Nueva York, 22 de julio de 1893, en: *José Martí. Obras completas*, La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963; t. 5: 283.

5. Para un estudio comparativo, véase Adelaida de Juan, *Pintura y grabado coloniales cubanos*, La Habana: Pueblo y Educación, 1974; 2a ed., 1985.

6. Para un análisis factual contemporáneo, véase el abolicionista puertorriqueño radicado en Cuba Eduardo Ezponda, *La mulata. Estudio fisiológico, social y jurídico*, Madrid: Imp.de Fortanet, 1878.

7. Véase Martínez Alier, «El honor de la mujer en Cuba en el siglo XIX», 1970. Citado en Adelaida de Juan, *Pintura cubana: temas y variaciones*, Op. cit.: 47.

8. José Martí, «Joaquín Tejada. El pintor cubano y su cuadro *La lista de la lotería*», *Patria*, Nueva York, 8 de diciembre de 1894, en José Martí, Op. cit.; t. 4: 286.

9. Ernest Hemingway, *Gattorno*, La Habana: Imp. Ucar García, 1935: 14.

10. Véase, sobre temática de artistas con sus modelos, Linda Nochlin, *Women, Art, and Power*, Nueva York: Harper, 1989: 17 *et passim*.

11. El tema de la mujer será tocado esporádicamente a lo largo de varias décadas por Mario Carreño (1913), Julio Girona (1914), Carmelo González (1920-1990), Adigio Benítez (1924), Lesbia Vent Dumois (1932) y otros.

12. José Martí, «Poema XI», *Versos sencillos*, en *Poesía completa* (edición crítica), La Habana: Letras Cubanas, 1985; t. 1: 248.

13. Véase Adelaida de Juan, «De lo tremendo en la pintura cubana», *Cuba*, La Habana, abril, 1964: 53.

14. Citemos, entre otras, a la autodidacta Minerva López (1934) y a Flora Fong (1949), Nérida López (1950), Consuelo Castañeda (1958), Sandra Ceballos (1961), Ana Albertina Delgado (1963).

15. Anne Sutherland Harris y Linda Nochlin, *Women Artists. 1950*, Los Angeles County Museum of Art, Nueva York: Knopf, 1977: 59.

16. Véase Gloria Feman Orenstein, «The Reemergence of the Archetype of the Great Goddess in Art by Contemporary Women», dedicado a Ana Mendieta, 1978, en: Arlene Raven, Cassandra L. Langer y Joanna Frueh, *Feminist Art Criticism An Anthology*, Nueva York: Icon Editions, 1991.

17. Véase Lucy Lippard, *Mixed Blessings*, Nueva York: Pantheon, 1989: 86.

18. Marta María Pérez, en Catálogo de la Exposición *Made in Havana*, 1988-1989, Sydney, 1988: 28.

19. Linda Nochlin, *Women, Art, and Power*, Op. cit.: 1-2.

Por una mirada divergente

Mayra Vilasis

Cineasta y escritora. Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC).

Las tendencias menos sectarias de la crítica feminista cinematográfica, en especial la realizada en los Estados Unidos, se han empeñado durante años en la consecución de tres objetivos comunes:

1. Desmontar los estereotipos en la imagen femenina del mejor cine, clásico y contemporáneo, producido por Hollywood y Europa.
2. Definir los códigos sexistas históricamente establecidos en el lenguaje cinematográfico desde una perspectiva de género.
3. Proponer nuevos contenidos narrativos y semánticos para lograr un discurso cinematográfico menos discriminativo en la representación de la imagen femenina y, como consecuencia, un protagonismo de esa imagen en *zonas temáticas exclusivamente femeninas*, también desde una perspectiva de género.¹

Con estos fines, cientos de obras desde, por ejemplo, *La dama de las camelias* (George Cukor, 1936), hasta filmes contemporáneos realizados por cineastas feministas independientes, engrosan la filmografía objeto de estudio en una extensísima relación de libros de consulta para múltiples y diversos cursos impartidos en

universidades y centros de estudios superiores de los Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia y Alemania, fundamentalmente.²

La metodología elaborada por la crítica feminista a principios de la década del 70, con un basamento esencialmente sociológico y político, ha ido incorporando elementos del psicoanálisis, la semiología y el estructuralismo, entre otras fuentes, para la conformación de un cuerpo teórico aplicable al estudio de la obra cinematográfica. Con frecuencia, muchos de esos presupuestos teóricos se han hecho extensivos a la crítica de otras manifestaciones artísticas, como el teatro y la pintura, así como el medio televisivo.³

Si existe algún factor aglutinador dentro de las numerosas y variadas corrientes de la crítica y la teoría cinematográficas feministas, este es reconocer como referencia obligada el ensayo «Visual Pleasure and Narrative Cinema»,⁴ publicado por la británica Laura Mulvey en 1975. Su autora elabora el concepto de *la mirada masculina* como elemento decisivo para una aproximación feminista al hecho cinematográfico. Esta teoría se basa en diferencias culturales (en la más amplia acepción del término *cultural*), atribuidas a los géneros,

y aceptadas por el conjunto de la sociedad donde prevalecen valores —como patrones de medida— de hegemonía patriarcal.

El concepto de género y la sociedad patriarcal

Antes de describir en qué consiste *la mirada masculina* y cómo funciona para una aproximación a la obra cinematográfica, es imprescindible establecer algunos términos y conceptos —aunque ello pueda parecer innecesario o elemental a simple vista:

1. El *sexo* está biológicamente determinado: hembra-macho.
2. El *género* está socialmente condicionado: mujer-hombre. O sea, se nace hembra y se aprende a conducirse como mujer; nacer macho implica aprender a comportarse como hombre. En este proceso de aprendizaje —fenómeno individual socialmente determinado—, se adquieren y asumen las cualidades o atributos *precondicionados por la sociedad* sobre la base de la separación y diferencias de géneros. Algunos ejemplos ilustrativos tomados al azar pueden ser:

Cualidades	
Hombre	Mujer
valor	cobardía
audacia	indecisión
rudeza	delicadeza
fuerza	debilidad
energía	pasividad
agresividad	inhibición
no llora	llora

3. Las cualidades atribuidas a los géneros adquieren valores negativos si se intercambian entre sí:

hombre cobarde
mujer agresiva

Los portadores de estas suelen ser objeto de censura, al no satisfacer *las expectativas inherentes a la conducta socialmente aceptada para ambos sexos*. Así, las cualidades condicionadas de los *géneros* en el conjunto social se asumen como rasgos *biológicamente determinados* por la pertenencia a uno u otro sexo.

4. Los valores positivos de las cualidades atribuibles a los géneros funcionan como patrones de medida en la sociedad occidental contemporánea, donde el poder político y social mayoritario —hegemónico— pertenece al género masculino. Por consiguiente, las cualidades genéricas en el poder ejercido y la aceptación de dichas cualidades como normas de conducta por el conjunto social conforman los valores «culturales» predominantes e históricamente condicionados que definen a la sociedad *patriarcal*.

5. La mayoría de las obras cinematográficas realizadas en la sociedad patriarcal contemporánea incorpora en sus personajes comportamientos genéricos tradicionalmente aceptados por el conjunto social; solo una voluntad artística con conciencia de la necesidad de subvertir esas desigualdades genéricas posibilita la creación de filmes que intentan cuestionar los condicionamientos sociales que se les atribuyen a las diferencias existentes entre los sexos y el desafío del discurso cultural hegemónico.

La mirada masculina

La teoría de *la mirada masculina* debe explicarse en el contexto del proceso de comunicación cinematográfica. En ese fenómeno, *la mirada* tiene lugar en tres espacios/tiempos interrelacionados entre sí:

1. **En la historia narrada por el filme:** los personajes tal como se ven los unos a los otros, cómo y dónde se sitúan, cómo se comportan y desplazan; generalmente, *los hombres miran* a las mujeres, las convierten en objetos de su mirada.
2. **En la mirada del público:** debido a la forma en que la mujer es «situada» por la historia narrada (colocada en una posición de lectura preferencial) y por sus experiencias culturales con respecto al «mirar», el público es conducido a *identificarse* con la mirada masculina, trasmutando a las protagonistas en objetos-receptores de su mirada.
3. **En la mirada de la cámara al filmar:** los encuadres, las angulaciones, la iluminación, etc., normalmente, se estructuran a partir de criterios semejantes a los ya señalados y transforman a las protagonistas en objetos de la mirada —masculina— al acentuar su *objetivización* en la historia y, en términos generales, dentro del discurso fílmico.

Casi siempre, y como consecuencia de *la mirada masculina*, el discurso fílmico hegemónico es también masculino, y las mujeres suelen ser/estar *silenciadas, ausentes o marginadas*: activan o encarnan las cualidades genéricas que la hegemonía masculina de la sociedad patriarcal les atribuye; y, con mucha frecuencia, son *objetos* de una gratificación erótica para esa mirada.

El cine cubano más reciente: algunos comentarios alternativos

No se trata de realizar una crítica feminista a las últimas películas cubanas. El propósito es intentar destacar otras alternativas —casi nunca asumidas por la crítica especializada— para una aproximación al fenómeno cinematográfico en el contexto cubano.

En varios filmes de la producción de *estos últimos años han resurgido imágenes femeninas convencionales y estereotipadas* que habían desaparecido muy

El discurso fílmico hegemónico es también masculino, y las mujeres suelen ser/estar silenciadas, ausentes o marginadas: activan o encarnan las cualidades genéricas que la hegemonía masculina de la sociedad patriarcal les atribuye; y, con mucha frecuencia, son objetos de una gratificación erótica para esa mirada.

tempranamente en la historia del cine cubano con la realización de películas como *Mannuela* y *Lucía*, ambas de Humberto Solás, en la década del 60, por mencionar solo dos de las más conocidas con protagonistas femeninas. Y este resurgimiento no ha sido considerado en toda su peligrosa dimensión por los especialistas —peligrosa por su probable doble carácter de retroceso y concesión coyunturales.

¿Por qué han resurgido esos estereotipos? Este es el momento para proponer un pesquisaje de las posibles razones y sugerir que se valoren las siguientes premisas para llevar a cabo esa investigación:

1. Durante más de treinta y cinco años el proceso revolucionario ha proporcionado a las mujeres cubanas todas las oportunidades para su desarrollo y participación en los ámbitos social y económico de la sociedad.
2. Las mujeres cubanas han sabido aprovechar esas posibilidades y han luchado abnegadamente por los objetivos revolucionarios de la sociedad en su totalidad y por el ejercicio de sus derechos como mujeres e integrantes activas del conjunto social.
3. Después de más de treinta y cinco años, la sociedad cubana no ha perdido su esencia definitoria que la caracteriza como sociedad patriarcal.
4. Los asuntos y/o problemas de la mujer han sido «circunscritos a las mujeres»; no se han asumido como síntomas inequívocos de la urgente necesidad de transformar, de manera radical, la esencia patriarcal de la sociedad cubana.
5. Dentro de la cultura hegemónica, una de las más grandes contradicciones reside en que el carácter patriarcal de la sociedad ha devenido una camisa de fuerza para los logros que el propio proceso revolucionario ha materializado en la mujer cubana de hoy.
6. ¿Hasta qué punto los cambios económicos y estructurales que tienen lugar en el país, para vencer la crítica situación en que se encuentra, ejercen una influencia importante en el reforzamiento de la esencia patriarcal de la sociedad cubana actual?

Si se caracteriza la producción cinematográfica cubana del lustro recién finalizado, pueden observarse tres líneas generales: la introspección femenina, la crítica social y la adaptación de obras literarias al cine. Estas vertientes no existen totalmente separadas y en muchos

casos se entrecruzan. A la primera línea corresponden filmes como *Mujer transparente* (dirección colectiva, 1990) y *Madagascar* (Fernando Pérez, 1995). Este último, además, se inspira en una obra literaria de Mirta Yáñez, «Beatles contra Durán-Durán». En ambas películas el tema de la mujer con sus conflictos aparece en un primer plano. La imagen femenina no es marginada, ni está silenciada ni ausente. Es decir, los personajes femeninos de estos filmes escapan de *la mirada masculina* para trasmutarse en *sujetos actuantes* y/o promotores de la acción.

El primer cuento de *Mujer transparente* (Isabel), dirigido por Héctor Veitía con guión de Tina León, resulta particularmente interesante desde una perspectiva de género. El conflicto de la protagonista, al principio de forma inconsciente, yace en su necesidad de revertir las cualidades genéricas que la han definido y limitado durante toda su vida hasta el comienzo de la película. De forma progresiva, Isabel va tomando conciencia de ese reclamo de rebeldía que la mantiene insatisfecha, aunque al final de la historia su «acto de subversión» no deje de resultar ingenuo. La mayoría de las escenas con su esposo parecen soliloquios del hombre. Isabel no solo está ausente, sino que *no existe* (el marido se sienta sobre los zapatos recién comprados por Isabel). Cuando ella emite una opinión (escena de los hombres jugando dominó en la playa), el esposo la llama a capítulo: «¿Y tú que sabes de eso, Isabel?». Es decir, la silencia abiertamente, la margina del tema en discusión porque ella *transgrede las expectativas inherentes a la conducta socialmente aceptada por su condición de mujer*. En la historia, él siempre espera de Isabel el comportamiento tradicional para el cual ha sido educada en la sociedad patriarcal, mientras que ella constantemente se cuestiona a sí misma en sus relaciones con quienes la rodean, a partir de su cambio de *status* laboral (es ascendida a un nivel de jefatura y toma de decisiones). Este hecho es determinante al desencadenar su necesidad de transformar el papel de subalterna que ha desempeñado en todas las esferas de su vida.

Madagascar es un filme de múltiples lecturas. Su protagonista es una madre soltera, jefa de familia y profesora universitaria supuestamente realizada. Las relaciones que mantiene con su hija están marcadas por una incomunicación que trasciende la que puede y naturalmente debe existir entre mujeres pertenecientes a diferentes generaciones. La película es una metáfora que se traduce en los conflictos de ella consigo misma y

En varios filmes de la producción de estos últimos años han resurgido imágenes femeninas convencionales y estereotipadas que habían desaparecido muy tempranamente en la historia del cine cubano.

con su medio. Afortunadamente, la protagonista y su hija no solo se escabullen de *la mirada masculina*, sino que es justamente mediante una *mirada diferente* que el público se identifica con ellas en sus papeles activos como *sujetos* de la historia. El proceso de identificación alterna entre la una y la otra (madre e hija) y en ambas la lucha central reside, también, en *la subversión* de los rasgos genéricos que la sociedad les ha atribuido: son adversarias aparentes. La mirada de la cámara es cómplice y partícipe de esa *otra mirada*, con bellísimos encuadres y en la búsqueda de atmósferas consecuentes con el conflicto de estas mujeres-sujetos en un medio que las asfixia y pretende forzarlas a llevar vidas mediocres.

Reina y Rey (Julio García Espinosa, 1994) puede inscribirse en la corriente de los filmes de crítica social. En una primera parte, el conflicto principal lo lleva una anciana que vive sola con su perro. En la segunda, los antiguos dueños de la casa donde esta reside regresan al país y pretenden llevársela con ellos a los Estados Unidos, para que continúe trabajando como la sirvienta que antaño había sido. El resultado es artísticamente sugerente, aunque la película no logra su urdimbre lingüística por su timidez o voluntad expresa de no asumir una perspectiva de género en su concepción del personaje protagónico. Reina es vista con simpatía y hasta con ternura, pero la mirada que la traslada a la pantalla no se despoja de un pesado velo patriarcal que, entre otros factores, afecta el propio discurso narrativo propuesto por el filme: en la segunda parte, el protagonismo de Reina se diluye y es suplantado por otro personaje femenino que se salva del esquematismo —aunque es un estereotipo— por la excelente interpretación de Coralita Veloz. La película es un homenaje al neorrealismo, que se hubiera enriquecido de haber asumido una perspectiva de género —en la concepción del personaje de Reina— que posibilitara establecer los nexos o conexiones entre el conflicto dramático y el medio en que este se desenvuelve. Este tratamiento habría despojado al conflicto de su carácter excepcional, sobre todo en la primera parte del filme, y hubiera creado un equilibrio más armónico entre Reina como protagonista y los otros personajes en la segunda. *Reina y Rey* es una exploración interesante de un tema muy pocas veces tratado por la cinematografía cubana, a pesar de que más de un tercio de la población pertenece a la llamada tercera edad y esta es mayoritariamente femenina. Bien merece un análisis profundo desde una perspectiva genérica.

Las películas cubanas de estos últimos años que se inspiran en obras literarias, o que son adaptaciones de estas, necesitan mucho más que breves comentarios alternativos.⁵ Para apreciarlas desde una perspectiva de género, requieren de un análisis previo de la literatura originaria y de un estudio sincrónico entre la obra literaria y la cinematográfica que respete las características propias de cada discurso. Descubrir las esencias del comportamiento de *la mirada masculina* en esos filmes —dentro de la cultura hegemónica del período histórico que cubren tanto la obra literaria como su versión cinematográfica—, son propósitos que desbordan los objetivos de estos comentarios.

En la mayoría de las películas que asumen perspectivas de crítica social: *Alicia en el pueblo de Maravillas* (Daniel Díaz Torres, 1991); *Adorables mentiras* (Gerardo Chijona, 1991); *Vidas Paralelas* (Pastor Vega, 1992); y la exitosa *Fresa y chocolate* (Tomás Gutiérrez Alea y Juan C. Tabío, 1993), los conflictos activados por los personajes femeninos no se relacionan con las disparidades entre los géneros. Al parecer, cuando se tratan algunas contradicciones sociales suelen excluirse aquellas que pueden ser contentivas de una esencia genérica, y aun cuando son abordadas, casi siempre se limitan a ser meras exposiciones epidérmicas de los problemas: estos filmes continúan asumiendo el carácter patriarcal de la cultura hegemónica y, por tanto, consideran esos conflictos como «locales», «pintorescos» o «secundarios». Exactamente por la carencia u omisión de una aproximación genérica en la conformación de los personajes femeninos y en el tratamiento de las desigualdades existentes, se abre una brecha por la que se reintroducen los convencionalismos, *clisés* o estereotipos discriminatorios de la imagen femenina.

La crítica feminista y el cine cubano

Durante más de veinte años, la crítica feminista ha desarrollado un interés especial en examinar filmes dirigidos por mujeres de otras latitudes. Entre estos, *De cierta manera* (Sara Gómez, 1974) se ha ganado una merecida posición por ser uno de los primeros realizados por una latinoamericana y caribeña —y en un país revolucionario— durante la década del auge de la crítica feminista en los Estados Unidos. Otras películas cubanas han sido estudiadas con esmero, pero ninguna de forma tan profusa, constante e inteligente.⁶ Desde los primeros artículos escritos por Julia Le Sage para la revista *Jump Cut* en 1979 y 1980, pasando por E. Ann Kaplan con su

libro *Women and Film (Both Sides of the Camera)*, publicado en 1983, hasta *The New Latin American Cinema (A Continental Project)*, texto dado a conocer en 1993 por Zuzana M. Pick, *De cierta manera* se ha mantenido ocupando espacios apreciables en la literatura cinematográfica feminista.

Aunque desde perspectivas diferentes, la crítica feminista concuerda en colocar el eje del conflicto dramático de la obra en el debate sobre *el género* y las relaciones hombre-mujer. Los contenidos relativos al subalterno racial, el marginalismo y las clases sociales se asumen como factores de mayor o menor envergadura, según los objetivos de los estudios.⁷

Otro foco de coincidencia sistemática en el análisis feminista de la película estriba en el esmerado y eficaz entretejido *conflicto central-discurso cinematográfico*, al utilizar la yuxtaposición ficción-documental. La creación de una atmósfera «ficcional», con la ficción en sí misma, paralela a imágenes documentales, denuncia la hegemonía patriarcal y la necesidad del cambio social. La historia de ficción, además, expone la existencia de una subcultura —dentro de la predominante— donde se exageran los valores machistas. La inserción del personaje femenino dentro de esa subcultura agudiza el conflicto personal mujer-hombre (Mario-Yolanda). Los espacios documentados que describen las transformaciones generales de la sociedad adquieren un carácter metafórico en función del tema principal: eliminar las disparidades genéricas para reconstruir las relaciones hombre-mujer es tan difícil de alcanzar y requiere de tanto esfuerzo como el necesario para destruir viejas ciudadelas y construir edificios nuevos.

El filme de Sara Gómez es una obra imperecedera que suscita múltiples y complejas lecturas. Dentro de la crítica cinematográfica feminista, coloca en primer plano de discusión la opción del lenguaje realista, muy cuestionado con el argumento de que no es suficiente representar la realidad de la opresión de que es objeto la mujer para hacer cambiar la conciencia de la sociedad. Es una película probadamente excepcional. Y lo es en tanto que la opción *De cierta manera* es irrepetible.

Otra mirada

En reiteradas ocasiones, Humberto Solás, uno de los cineastas cubanos que más ha tratado en sus películas la complejidad de la desigualdad de la mujer, ha explicado que en la figura femenina suelen resumirse las contradicciones de cualquier época de la sociedad en que vive. Por su condición subalterna dentro de la cultura patriarcal, la mujer constituye una representación fehaciente de los conflictos dramáticos indispensables para la realización de la obra cinematográfica.

Una de las más destacadas cineastas latinoamericanas, la argentina María Luisa Bemberg, recientemente fallecida, no solo nunca separó la condición femenina

de su discurso fílmico, sino que logró el equilibrio necesario para transformarlo en obra estética, universal, de altos quilates.

La crítica y cineasta alemana Jutta Brückner, en «Mujeres tras la cámara»,⁸ hace referencia a la existencia de una estética feminista y explica que para las mujeres es muy difícil, al principio de tomar la cámara, «funcionar como creadoras y construir lo que la sociedad les ha impedido desarrollar». Si existe o no una estética semejante, si es exclusividad de las mujeres ser las protagonistas de su elaboración, son temas a debatir. Lo que sí resulta obvio es que existe una sensibilidad distinta que trasciende los condicionamientos patriarcales para uno u otro sexo. Y de ello han surgido obras diferentes. Independientemente del sexo de la persona que esté detrás de la cámara, hay que aplaudir la presencia, casi atribulada, de esa mirada divergente.

Notas

1. E. Ann Kaplan propone la *maternidad* como zona temática donde la mujer puede reformular su posición, al considerar que la sociedad patriarcal no la ha abordado en el plano teórico ni en la esfera social. Argumenta que *la maternidad* ha sido reprimida en función de la hegemonía cultural patriarcal y, por tanto, ha sido hipostatizada, romantizada e idealizada. Ver, en especial, el capítulo «Conclusions» en *Women and Film: Both Sides of the Camera*, Londres: Routledge, 1983. Esta propuesta la desarrolla más extensamente en *Motherhood and Representation: The Mother in Popular Culture and Melodrama*, Londres: Routledge, 1992.

2. Estos cursos se imparten de modos diversos: asignaturas y/o especialidades dentro del plan de estudios en diferentes carreras o cursos de posgrado; en facultades de comunicación social, cine y audiovisuales, arte y literatura y estudios sociales; también se les conoce como *Women Studies Program*.

3. Véanse, por ejemplo, Sue-Ellen Case, *Feminism and Theatre*, New York, Methuen, 1988; Tania Modleski, *Loving with a Vengeance: Mass-Produced Fantasies for Women*, London: Routledge, 1982.

4. Laura Mulvey, «Visual Pleasure and Narrative Cinema», *Screen*, 16(3), 1975: 6-18.

5. Por ejemplo, *El Siglo de las Luces* (Humberto Solás, 1992), *Derecho de asilo* (Octavio Cortázar, 1994); ambas basadas en las obras homónimas de Alejo Carpentier, y *María Antonia* (Sergio Giral, 1990), adaptación de la obra teatral del mismo nombre de Eugenio Hernández.

6. Estas son: *Lucía* (Humberto Solás, 1968); *Retrato de Teresa* (Pastor Vega, 1979), *Hasta cierto punto* (Tomás Gutiérrez Alea, 1983) y, más recientemente, *Mujer transparente* (Héctor Veitia, Mayra Segura, Mayra Vilásis, Mario Crespo y Ana Rodríguez, 1990).

7. Por ejemplo, Zuzana M. Pick titula su examen de la película «The Dialectics of Race and Class», en: *The New Latin American Cinema: A Continental Project*, Austin: University of Texas Press, 1993.

8. Jutta Brückner, «Mujeres tras la cámara», en: Gisela Ecker, ed., *Estética feminista*, Barcelona: Icaria Editorial, 1986: 155-60.

Otra vez viajeras al Caribe

Nara Araújo

Profesora. Universidad de La Habana.

Las ediciones individuales o las compilaciones con fragmentos de libros de viaje han priorizado a los hombres. La gran tradición de viajeros-descubridores (Marco Polo, Colón), viajeros-cronistas Joinville, Díaz del Castillo), viajeros-científicos (La Condamine, Humboldt), no incluye mujeres. «Lógicamente» excluidas de hazañas como el Descubrimiento y la Conquista, las Cruzadas religiosas y expediciones naturalistas, eran escasas sus posibilidades de participar y dejar testimonio de tales empresas.

En el siglo XIX, con el desarrollo de las vías marítimas y las férreas, aumentan los desplazamientos internacionales. Con este mejoramiento se incrementa el interés por viajar y la difusión editorial de estas experiencias. Los cambios técnicos influirían en las posibilidades de las mujeres de conocer nuevas tierras, aunque, por razones «naturales», tendrían menos oportunidades que los hombres. A pesar de las restricciones sociales y económicas se lanzaron a lo desconocido, a veces acompañando a sus maridos y, en ocasiones, por motivos propios, en busca de salud, entretenimiento o trabajo.

La compilación *Viajeras al Caribe*¹ reunió la producción textual -diarios, cartas, memorias, libros de viaje- de europeas y estadounidenses, visitantes a territorios insulares o continentales de la cuenca del Caribe, en el siglo XIX. Su presentación entonces, al lector de habla hispana, pretendió descubrir la voz de mujeres, asomadas a la escritura con la intención de alcanzar autoridad intelectual, como la Condesa de Merlín o, sin sospechar la trascendencia, como Lady Nugent. Pero la perspectiva de género no rebasaba la voluntad de reunir las en un volumen y aproximarse, tímidamente, a los intereses «femeninos»: curiosidad por las otras mujeres, su educación y la de los niños, sus vestimentas, y otros tópicos afines.

Aquella tentativa, inédita en el contexto cubano -y, al parecer, en el latinoamericano-, se inscribía en una de las tendencias en el estudio de la literatura de viajes:² considerarla fuente documental complementaria de la historia, crónica personal de acontecimientos. Participaba también de la inclinación a enfatizar lo subjetivo y los aspectos propiamente literarios del relato como el estilo y el tono.

No se desconocía entonces que los libros de viaje han construido una cierta imagen del llamado Primer mundo, y que las ideologías subyacentes -colonialismo y racismo, antiesclavismo y liberalismo- permean esta lectura del otro/Tercer mundo:

algunos [viajeros] fijaron una serie de estereotipos y clichés que acabaron por difundirse en todo el mundo o por lo menos en todo el mundo europeo y anglosajón con mayor lentitud, pero con la misma eficacia que luego tendrían otros medios como la radio, el cine y la T.V.³

Más de diez años después sigue vigente el estudio de la literatura de viajes, como espejo de costumbres e historia de sociedades diferentes, o relato autobiográfico, cercano a la ficción. Al mismo tiempo, se ha fortalecido la perspectiva de los estudios interdisciplinarios, en los que la literatura se vincula con la ideología, la antropología cultural y la etnografía.

Un ejemplo de este tipo de estudios es *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Su autora se propone «descolonizar el conocimiento» y la construcción que los europeos hicieron del «sujeto doméstico», combinando el examen de la escritura de viajes con la crítica de la ideología.⁴

La inclusión de viajeras en este libro es significativa, no solo por su ubicación junto a los relatos maestros. El análisis de género sexual, una de las direcciones dentro de los estudios culturales, permite, al comparar textos de hombres y mujeres, encontrar marcas distintivas. La reiteración del espacio doméstico en textos femeninos puede connotar, como demuestra Pratt, no solo una esfera de interés o habilidad, sino los modos de construir el conocimiento y la subjetividad.⁵

Más de diez años después, *Viajeras al Caribe* tendría que ser asumido de otra manera. Una nueva lectura debe considerar los avances de los estudios culturales y una crítica feminista que ha rebasado la «imagen de la mujer». Crítica para la cual la teoría feminista analiza la relación entre lo femenino y las instancias de poder, y el funcionamiento de la diferencia entre lo masculino y lo femenino, en sus vínculos con el saber y los géneros de discurso.⁶ También, abordar el análisis temático desde la perspectiva del género sexual.⁷

Las relaciones entre lo público y lo privado son tópicos recurrentes en los estudios feministas que refutan el privilegio otorgado en nuestra cultura al espacio público (lo económico/ político/ social/ profesional/ intelectual), considerado como masculino, en detrimento del espacio privado, (lo emocional/ sexual/ doméstico), considerado femenino. Como ha apuntado Gayatri Spivak, la desconstrucción de estos opuestos, lo privado y lo público, constituye un cierto programa, al menos implícito, en toda actividad feminista. Para Spivak, no se trata tanto de invertir la oposición, privilegiando la valía de lo privado/sexual/

emocional/ doméstico/ femenino sobre lo público, sino su desplazamiento. En la medida en que lo (llamado) público está tejido de lo (llamado) privado, la definición de lo privado está marcada por un potencial público, al constituir la «textura de la actividad pública».⁸

No se trata entonces de ignorar esa dicotomía enraizada en la cultura, sino de socavada al revelar las maneras en que sus supuestos compartimientos estancos no son tales, sino espacios móviles, permeables y/o intercambiables. Lo público y lo privado son categorías espaciales y por tanto imprescindibles en el análisis de la literatura de viajes.

La literatura de viajes es por antonomasia literatura de espacios, no solo físicos sino también culturales. El tránsito de lo conocido a lo desconocido, de lo propio a lo ajeno, de lo Uno a lo *otro*, de la mismidad a la alteridad, impone ciertas exigencias a este tipo de escritura. Escritura de lo público, pues el espacio a recorrer se inscribe, básicamente, en esta esfera.

Las mujeres que viajan participan de esta manera en una dimensión espacial de lo público; cuando escriben sus textos, con el fin de publicados luego, esa dimensión se multiplica, pues mediante la escritura acceden a una forma de autoridad social. La interrelación entre lo público y lo privado quizás se hace más evidente en los textos de viajeras, puesto que las exigencias propias de esa forma discursiva las obliga a participar como sujetos enunciativos en espacios abiertos.

La escritura tiene en este caso como asunto normado, como expectativa formal, el espacio público. Las incursiones en el mundo de la familia o la vida cotidiana, de la intimidad, tendrán esa proyección, y no es por azar que en los textos de las viajeras estos aspectos ocupan más la atención que en los de los hombres.

La evaluación de ese espacio abierto implicará, como forma elocutiva privilegiada la descripción, otra exigencia de la escritura de viajes. La prolijidad y el detallismo de los textos de viajeras -por supuesto igualmente presentes en textos de viajeros, pero particularmente visibles en los de las mujeres- harían pensar más que en virtudes «naturales», propias del sexo, en un impulso determinado, quizás, por una voluntad de hacer creíble el relato, de darle densidad, de legitimarlo.

La relación en estos textos de los detalles del físico de instalaciones o personas, tanto de sus rasgos externos como modos de comportamiento o maneras de vestirse, transparentan un esfuerzo por apresar la realidad y una posición frente al conocimiento y el saber. Ese apresamiento pretende ser total, pues los tópicos van más allá de las iniciales descripciones -esperadas- de la entrada en un puerto o la llegada en el ferrocarril.

La escritura de viajes de las mujeres incorpora una amplia gama de asuntos. No es simple costumbrismo, es descripción factualista y evaluación de los sistemas de explotación -esclavitud o trabajo asalariado-; las instalaciones -ingenios, cafetales y factorías-; sistemas de leyes, educativos y políticos.

Nada parece escapar al afán totalizador de estas viajeras que, aristocráticas o republicanas, conservadoras o feministas, asumen el nuevo espacio público en toda su dimensión humana. Para hacerlo, recurren a datos de altitud y distancia, históricos y antropológicos, etnográficos y económicos, gastronómicos; a cifras de producción, registros de precios y costos. Esa factualidad contribuye a producir un efecto de veracidad, aun cuando el lector sospeche que puede haber (y hay) errores.

Viajeras en el espacio público

Las mujeres del XIX que desde los Estados Unidos o Europa viajan al Caribe, irrumpen en el espacio público por el hecho de salir al mundo, pero, sobre todo, porque establecen con ese espacio una relación vinculada con el conocimiento y la autoridad. Para validar sus discursos se sirven del factualismo historicista.

Si Mathilde Houston, en *Texas and the Gulf of Mexico; or Yatching the New World* (1884), incluye una noticia histórica de Cuba, Frederika Bremer en *Homes of the New World* (1853) se extiende sobre los bailes de negros con una inclinación etnográfica evidente. Si Julia Howe en *A Trip to Cuba* (1860) dedica un capítulo a la esclavitud, las leyes cubanas y sus instituciones, Rachel Wilson Moore en *The Journal of Rachel Moore* (1867) abunda sobre el trabajo esclavo, el asalariado y la educación. En *Porto Rico and West Indies* (1899), Margherite Arline Hamm construye (prácticamente) un proyecto de expansión imperial sobre la base de una detallada descripción e información de cada uno de los aspectos de Puerto Rico. Estas viajeras asumen las exigencias de la recepción de la escritura de viajes y, en algunos casos, las sobrepasan.

En el *Journal of a Voyage to and Residence in the Island of Jamaica from 1801 to 1805...* (1839) de Lady Nugent, la dimensión espacial es revelante. Esposa del Gobernador inglés en Jamaica, Mary Nugent vivió en esa colonia británica entre 1801 y 1805. Esa residencia le permite un registro íntimo de su vida pública, como esposa del representante de la monarquía británica en la pequeña colonia. Lleva un diario durante esos años con una minuciosidad extrema y sostenida. En sus páginas asienta, detalladamente, sus actividades, las de su esposo y el entorno doméstico. Su habitación es un espacio privado del cual sale a un ambiente público que puede

resultar asfixiante, por la vulgaridad de los plantadores, también súbditos de la corona, pero diferentes a aquellos que viven en la metrópoli, o la estrechez mental de las damas criollas, entre otros agobios.

La Nugent va tejiendo una historia y un discurso de la que su marido es actor principal pero *ella* es protagonista y sujeto enunciativo. La habitación y el diario son cajitas chinas que encierran un espacio *construido* por Lady Nugent. Las recurrentes descripciones de las casas de las plantaciones revelan que la casa es imagen protectora de un medio adverso que los hombres conquistan y defienden con las armas y la explotación del trabajo esclavo. El espacio privado de la escritura es el dominio de Mary Nugent, la instancia en que ella puede argumentar con los plantadores, describir y criticar a sus mujeres, elaborar una política de moralización de una sociedad (por ahora) inevitablemente esclavista, cruel por amoral. Es un espacio discursivo de lo privado donde ocurre la interrelación conflictual con lo público.

La casa en *La Havane* (1844) es el espacio en el cual se reconstruye y recupera la identidad. María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo ha nacido en La Habana pero se ha arraigado en Europa, donde, por matrimonio, obtiene un título de nobleza, e intenta hacer carrera literaria. Cuando regresa a Cuba en 1840, reencuentra un espacio albergado en su memoria y en las páginas de una autobiografía anterior, *Mis doce primeros años* (1831).⁹

Su cuaderno sobre este retorno al país natal combina lo privado y lo público, el alegato reformista y la vida íntima habanera. Dividido en treinta y seis cartas, dirigidas a figuras públicas como Georges Sand o el Barón de Rostchild, estas pueden subdividirse a su vez de acuerdo con esas dos direcciones. El alegato participa de las ideas de la avanzada sacarócrata cubana, cuyos postulados son esclavitud sin trata, autonomía sin independencia, e inmigración blanca.

Este lado «público» de su libro, inscrito en una acción social y política, tiene su respaldo en el lado «privado» del relato. La distinción que la autora establece entre habaneros y españoles se corresponde con la toma de distancia de los criollos en relación con los peninsulares.¹⁰ Esos criollos aún no *cubanos* pero *habaneros*, son definidos en el texto como diferentes a los *canarios* o *catalanes*, que viven en la Isla.

La casa es el espacio idílico de la familia criolla/patriarcal/ esclavista, aquella que es depositaria de los valores/ sostén del proyecto reformista. Proyecto reformista que es casi un anteproyecto de nación. Lo privado es sustrato de lo público, lo apuntala y justifica. Los intelectuales orgánicos del momento: José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte usan el ensayo como forma discursiva de «combate».

María de las Mercedes Santa Cruz utiliza el relato costumbrista del espacio doméstico para impulsar la argumentación factualista del espacio público.

En el contexto «inocente» de un libro de viajes, dedicado al Capitán General de la Isla de Cuba, ratifica la condición «española» de los cubanos, a la par que articula un pliego de demandas criollo/reformistas. Trasgrede doblemente: se apropia de una forma discursiva generalmente masculina y de los puntos de vista, también masculinos, para insertarlos en un texto heterogéneo, no convencional (¿femenino?).

Algunos representantes de la intelectualidad orgánica de los dueños de plantaciones, vinculados al círculo delmontino,¹¹ la ayudaron con apoyo personal e información. José Antonio Saco le pide a Luz y Caballero que lo ponga en contacto con ella;¹² Luz y Caballero le comunica a José Luis Alfonso, uno de los sacarócratas avanzados, que aguarda a la Merlín en La Habana para atenderla *comme il faut*.¹³ Domingo del Monte había comentado elogiosamente su primer texto autobiográfico en la *Revista Bimestre Cubana*.¹⁴

En la carta sobre el desarrollo intelectual en la Isla (XXVIII), la Merlín toma como ejemplos elocuentes a Saco, Luz y Caballero y Del Monte. La carta (XX), dedicada a la esclavitud, era muy cercana al ensayo de Saco, «Mi primera pregunta: ¿La abolición del comercio de esclavos africanos arruinará o arrasará la agricultura cubana?», y en ella, la autora le da crédito a Saco y lo califica de «patriota ilustrado».

Los nexos familiares de la Merlín -por intermedio de su padre (conde de Jaruco) y abuelo materno (Montalvo)-, con la sacarocracia insular, la hacían vocera confiable de ese grupo. Aun así, Saco expresó sus reservas, pues sospechaba que el propósito de la Merlín, con la publicación de la obra, era obtener beneficios personales. Le escribe a Del Monte que había colaborado para el libro de la Merlín sobre «la forma del gobierno en la isla de Cuba», liberándola de cualquier compromiso para omitir, aumentar o alterar.

Pero temeroso de las influencias sobre ella, Saco nunca quiso comprometerse con la revisión del libro, a pesar de los ruegos de Mercedes. Sobre esto le escribe a Del Monte: «[...] siempre he sabido sacar el cuerpo».¹⁵ Esta desconfianza podría explicarse por lo inusitado de un libro semejante de autoría femenina, concebido para ser publicado.

Lo público entra de lleno en el diario de Mary Nugent al quedar registradas las actividades de esa esfera. Su implicación personal en estas se hace evidente, mediante la escritura del diario. El espacio privado es apoyo del público en la medida en que es una instancia que permite a la autora proyectar su propia idea sobre la Isla. Pero esos dos espacios están en tensión (no en oposición), es el diálogo de un conflicto.

A diferencia del diario de Lady Nugent, el espacio construido por la condesa de Merlín en su escritura, alberga lo público y lo privado en otra dinámica, como partes de un solo discurso, aun si formalmente se constituyen en subtextos independientes (las cartas). La situación de estas viajeras es distinta. Lady Nugent enuncia su texto desde la posición de representante del poder imperial, frente a una clase social «nueva». Los plantadores en esta colonia británica eran ausentistas, lo cual retrasó el proceso de formación de la conciencia nacional, junto a la carencia de instituciones educativas semejantes a las de las colonias españolas.

Por eso, entre otras razones, las colonias inglesas no alcanzaron la independencia hasta la segunda mitad del siglo xx. Aun en esta situación, los intereses de los dueños de plantaciones y su formas de vida eran *diferentes*. Lady Nugent necesita un espacio personal donde expresar lo que la distancia de ellos. Como escribe para sí misma, puede expresar con libertad sus juicios, aun siendo «la señora del Gobernador». Por serlo, necesita del ejercicio de la escritura como una tribuna.

La condesa de Merlín, a medio camino entre la colonia y Europa, puede censurar como extranjera, pero necesita recuperar en su escritura un espacio de incipiente cubanía. A pesar de su enfático «somos profundamente y exclusivamente españoles»,¹⁶ su libro se inscribe en la tendencia del reformismo ilustrado, que aspira a desarrollar la economía insular, de acuerdo con los intereses de una clase pujante.

Para ella ese libro *sí* es un proyecto editorial y no hay que desvincular esa intención de lo explosivo de su contenido. La Merlín, además, vive en París, no en Madrid. No es un accidente que su libro aparezca en francés en París y que la edición española salga más tarde en Madrid, despojada convenientemente de las cartas «difíciles». El Diario de Lady Nugent será publicado en Londres, cinco años después de su muerte, para circulación privada.

Colocadas en situaciones enunciativas diferentes, ambas autoras recurren a información proporcionada por hombres, como para reforzar o legitimar sus discursos. El diario de Lady Nugent está constituido básicamente con sus opiniones, pero ella se sirve de los despachos militares de su esposo para añadir o confirmar datos. La puntualidad y detallismo de las descripciones, los nombres de personas y lugares, el registro de los horarios fijos, el recuento pormenorizado de actividades políticas, militares y sociales parecería indicar una búsqueda de seguridad, un esfuerzo por apresar la realidad, como si no bastara su evaluación sin lo factual y documental.

La condesa de Merlín acude a fuentes de ensayistas y novelistas y los asume como suyos, en una operación calificada por la crítica como plagio,¹⁷ pero que pudiera

indicar una necesidad de encontrar apoyo y sustento en un discurso ya legitimado.¹⁸ La Merlín hace explícita su inquietud por la veracidad de su relato:

y aunque muy a pesar mío me veo obligada, para no faltar a la verdad histórica, a mezclar a las tristes imágenes que ofrece esta carta [sobre los entierros], la pintura de este vestido lujoso y grotesco que aquí se lleva solamente en estos casos...¹⁹

Esta preocupación se vincula con las expectativas de credibilidad que quiere crear para su texto, y en la apelación algo retórica con la que quiere resultar convincente:

Qué feliz sería amigo mío, si los gérmenes que contienen esas observaciones de una mujer, guiada por el simple sentido común y por el amor al país, pudieran volverse fértiles para una de las regiones del mundo más mal administradas y más fáciles de regir; si los hombres de estado de España, entre los que se encuentran inteligencias superiores y sagaces, se detuvieran un momento para escuchar esta voz débil pero sostenida por la razón, por los hechos, por los intereses, posiblemente por los temores del porvenir.²⁰

En este fragmento la oposición genérica se articula sobre presupuestos convencionales: la mujer débil suplica al hombre inteligente que la escuche; su voz es débil, pero está sustentada en el sentido común y la razón, valores tradicionalmente masculinos -por lo tanto atendibles- y, por supuesto, en el amor al país. Colocarse por debajo de la inteligencia es asumir una posición tradicional; apoyarse en atributos que la masculinidad ha hecho sus emblemas es hablar, a los hombres, en un lenguaje reconocible: estrategia femenina de autodevaluarse por convencimiento o por argucia.

Otras viajeras apelan a ella. En *Life in Mexico during a residence of two years in that country* (1843) la marquesa Calderón de la Barca establece explícitamente los límites de su versión. Al despojada de un carácter definitivo asume una actitud autodefensiva. En otra forma de estrategia, también retórica, se protege del margen de error, reconociendo de antemano lo relativo de sus juicios. Rechaza de manera explícita ser enfática, aunque su discurso lo es. No tiene la verdad, no aspira a tenerla:

No pretendo formar juicio alguno acerca de La Habana, porque nos ha tocado en suerte verla *en beau*.²¹ [...] así en fruslerías como en cosas de importancia, es muy importante para el viajero el comparar sus opiniones en diversos períodos, a fin de corregirlos. Las primeras impresiones son de gran importancia si solo se les consigna como tales; pero hay que darles el peso de opiniones definitivas porque se incurre forzosamente en error.²²

Mathilde Houston en *Texas and the Gulf of Mexico* (1884), hablando de la esclavitud, se autodevalúa para, a renglón seguido, lanzar una diatriba que tiene la verdad como eje:

Después de escribir todo esto, se me ha ocurrido que la misma cosa ha sido dicha antes, y mucho mejor de lo que puedo yo decidir; pero dejemos eso. Es verdadero creo yo, lo que ya es algo en esta generación falsa. Ningún tema, y ahora escribo sobre la verdad, puedo afirmar que ningún tema como el de la esclavitud ha ofrecido jamás una prueba más fuerte de las profundidades en que yace enterrada esta virtud.²³

Jenny Tallenay, al final de su libro *Souvenirs du Venezuela* (1884), proclama su fidelidad pero se cuida de dejar margen a la imperfección:

El relato que se acaba de leer es un resumen fiel y por incompleto que sea esperamos que inspirará a otros el deseo de seguir huellas y completar nuestra obra con estudios nuevos y observaciones más extensas y más profundas.²⁴

Resumen «fiel» pero incompleto que deberá ser continuado con «observaciones más extensas y profundas». Se proclama la verdad pero se aceptan sus insuficiencias. Autodevaluación, ¿por convencimiento o por argucia?

Mary Lester («Soltera») concluye su *A Lady's Ride Across Spanish Honduras* (1884) con una apelación:

he regresado a casa más pobre (Dios me ayude) pero más sensata y feliz. La ley de la bondad ha convertido lo amargo en dulce. A esta ley apelo, si «Soltera» fuera lo suficientemente afortunada como para encontrar lectores del relato de su viaje a Honduras. Vale.²⁵

Solamente la fortuna podrá garantizar que la autora encuentre lectores. ¿Por qué? ¿Inseguridad, falsa modestia?

El afán o inquietud de validar un saber se expresa en los textos de viajeras mediante estrategias discursivas en las que se buscan formas de autoprotección; estrategias indicadoras de real incertidumbre o de una ironía de las autoras frente a los Saberes y Epistemes relacionados con la Verdad. Verdad que forma parte de las exigencias y expectativas de la escritura de viajes.

Al comparar estos textos de viajeras al Caribe con textos de viajeros a la misma región (específicamente a Cuba), y en el mismo siglo, aparecen marcas distintivas. En los textos de viajeros no suele haber autodevaluación sino reafirmación. En su prefacio de autor a *Cartas* (1829), el reverendo Abiel Abbot no deja lugar a dudas:

Las cartas fueron escritas cuando todavía estaban presentes ante él [Abbot] o vívidos en su mente los paisajes que trataba de pintar. No obstante, han sido sometidos a una cuidadosa corrección a la luz de datos posteriores. Se han expresado opiniones, y más adelante, al tener mejores informes se han abandonado o han sido modificados.²⁶

Abbot insiste en la frescura de sus impresiones y en su corrección posterior con fuentes librescas. No se autodisminuye, no se excusa, no se justifica ni suplica. Ha cumplido con la Verdad porque sabe que esta es objetivo de este tipo de escritura:

Los paisajes que ha ilustrado representan las cosas que estaban ante su vista, tan exactos en cuanto a las circunstancias como ciertos en lo que a la vida respecta, en todo lo que su lápiz ha sido capaz de retratar; y esta declaración en cuanto a los hechos está de acuerdo con sus convicciones, puesto que cree que todo viajero está tan obligado a decir la verdad como un testigo que declarase bajo juramento ante un tribunal de justicia.²⁷

Exactos, ciertos, verdaderos son los paisajes que «su lápiz ha sido capaz de retratar». Capacidad y mimesis, reproducción fiel. Abbot es monolítico, casi autoritario, masculino. Jacinto Salas y Quiroga en su *Viaje a Cuba* (1840) también alude a la verdad de su contar en tono enfático e igualmente declarativo:

Pero, como sea mi ánimo no enseñar, no dogmatizar, no predicar, sino decir sencillamente lo que he podido ver y observar en mis viajes, en lo físico y moral del mundo, no porque a mí haya acaecido, pero por el entretenimiento que pueda proporcionar su lectura, y la experiencia que reporten a los demás mis aventuras y observaciones; pienso ser franco y no mentir. Diré lo que he visto y callaré lo demás y así, si mi obra no produce bien, no inducirá al menos en los errores que siembran esos hombres que hablan de lo que ni escasamente entienden y quieren en vano adivinar.²⁸

Hay un decir verdadero que producirá entretenimiento y experiencia y, si así no fuera, al menos no inducirá a error. No hay vacilación sino certeza, aunque en el mismo párrafo se proclame que no es pretensión enseñar, dogmatizar o predicar. Salas y Quiroga, como Abbot, no necesita de estrategias ni simulacros. Ellos tienen y (por tanto) dicen la verdad. Su relación con los saberes y el conocimiento no es conflictual como sí parece aún serlo para aquellas viajeras al Caribe.

La particular dinámica entre el espacio público y el privado, sus desplazamientos en la escritura de las viajeras, está a su vez en relación con las maneras en que esos espacios son textualizados. Factualidad y documentalismo, detallismo e historicismo son rasgos reiterados que traslucen una conciencia de la necesidad de legitimar el relato. Las estrategias retóricas de autodevaluación o autolimitación -auténticas o simuladas, directas o irónicas-, caracterizan a un sujeto de la enunciación, femenino.

Ese sujeto focaliza no solo el espacio público (profesional/ económico / político/ intelectual) cumpliendo los requisitos de la escritura de viajes, sino también el privado (emocional/sexual/doméstico). Los espacios de la familia -la casa, las comidas, la servidumbre, el mobiliario- las actividades propiamente domésticas, la dinámica del núcleo familiar son *topoi*, como lo son la entrada en la ciudad y la primera visión del nuevo territorio, la esclavitud o el despotismo.

En ese escenario, personaje principal es la mujer que se mueve dentro y fuera de la casa, siendo de interés justamente ese movimiento. Los viajeros no se detienen,

particularmente, en sus congéneres, si no es para apoyar la presentación y evaluación de un asunto público; ni tampoco en la vida doméstica. Las mujeres muestran una conciencia de género, no solo en la escritura de viajes sino también en textos autobiográficos, poéticos, de ficción. Se interrogan sobre la condición de la mujer, su *status* e idiosincrasia, en términos de género sexual.

En las viajeras esta autoconciencia implica una diferencia; diferencia percibida tanto para la mujer blanca -que enuncia el relato o que es objeto de él- o para la negra esclava, la mulata o la mestiza. La mujer, siempre en la periferia, aun cuando pertenezca a las élites, merece renglón aparte.

La condesa de Merlin dedica la Carta XXV, dirigida a George Sand, a las mujeres de La Habana, y Margherite Arline Hamm, un capítulo a «El mundo de la mujer». La concentración y extensión del tópico se explica por la naturaleza de esos libros, verdaderos proyectos, el de la Merlin del reformismo, el de Hamm, del imperio. Dedicar textos específicos a las mujeres (criollas) en esos contextos revela la importancia que las autoras atribuyen a la mujer en la articulación de cualquier tipo de nuevo proyecto de Estado. Las críticas a sus congéneres están vinculadas con el «progresismo» de sus discursos respectivos (reformismo *vs.* absolutismo; neocolonialismo *vs.* colonialismo) y su inmersión explícita en terrenos públicos, de hombres.

Junto a estos ejemplos, casi programáticos, las referencias reiteradas y explícitas al sexo femenino en otras viajeras son la constatación de la autoconciencia y la diferencia. Desde el *yo*: «Ahora que tengo una hija me interesa la conducta de todas las mujeres»;²⁹ en *ella*: «Cecilia, la mujer negra, posee los más bellos ojos negros que he visto en un semblante negro...»³⁰ hasta el *ellas*: «La que esto escribe ha mencionado ya algunas decepciones, en cuanto se refiere a observar las cosas relativas a la posición del sexo en Cuba».³¹

La relación del yo con la *otra*, aun cuando participe de la construcción de un «sujeto colonial», forma parte de esa conciencia de género que determina una posición enunciativa. Posición ligada tanto con la dinámica de lo público y lo privado, como con la ansiedad de legitimarse, tratando de satisfacer expectativas de veracidad y exactitud.

Viajeras: conciencia de género

Al comparar dos textos de viajeros, un hombre y una mujer, referidos al mismo asunto -la visita a un ingenio cubano- la focalización y el orden de los respectivos relatos traslucen las diferencias entre los dos sujetos de la enunciación. Al mismo tiempo, revelan los desplazamientos textuales de los espacios públicos y privado y la (llamada) conciencia de género.

Frederika Bremer, en las cartas que constituyen *The Homes of the New Worlds* (1853), y Richard Henry Dana en el libro de viaje *To Cuba and Back* (1859) relatan su visita al Ingenio Ariadna, en Matanzas, Cuba. La visita de Bremer se produjo en 1851 y la de Dana ocho años después, así que la distancia temporal no es grande. Bremer le dedica a esa visita una extensa carta (que tiene como asunto la ciudad de Matanzas y el ingenio)³² y Dana dos capítulos, «The Sugar Plantation. The Labour»; «The Sugar Plantation. The Life».³³

El arranque de los relatos es significativo. Frederika Bremer comienza con una escena en la que *ella* sufre, noche y día, con la imagen de un grupo de *mujeres esclavas* que trabajan bajo el azote del látigo. A partir de esa imagen, afectiva, entra en la descripción de la vida de los esclavos: trabajo, alimentación y vivienda. En segundo lugar, habla de la familia propietaria del ingenio. De ella destaca al dueño, de origen francés, de quien *aprende* sobre las distintas etnias africanas. Luego cuenta la aventura vivida por él en su niñez en Saint Domingue, cuando la rebelión de los esclavos.

Dana comienza con una cena con los dueños del ingenio. Esta descripción de la cena (que le sorprende por su corrección y estilo), y los señores (*tres comme il faut*), antecede a una reflexión sobre la tenencia de las propiedades azucareras en Cuba. Entonces narra la misma aventura, contada por Bremer, vivida por aquel mismo anfitrión.

Bremer entra en el asunto de la esclavitud mediante la mujer, cuya imagen sufriente repercute en ella. Esa solidaridad de género le da pie al relato. Solo después se referirá a la familia de los dueños. Ha pasado de un asunto público, cuyo *leitmotiv* es la mujer, a lo privado. Dana comienza con una escena privada, familiar (donde por razones circunstanciales no participa la esposa del dueño), para pasar a un asunto público, la esclavitud. La homología de estos fragmentos reside en que ambos viajeros establecen una relación estrecha entre lo privado y lo público.

Pero la viajera ha privilegiado en su descripción a la mujer esclava, mientras que el viajero, al hombre blanco. La viajera ha focalizado la inserción de la mujer en la esfera pública, acentuando la irrupción (violenta) de lo privado en dicha esfera. El viajero ha privilegiado lo privado para colocarlo en la dimensión de lo público, en la medida en que el eje de esa cena es el dueño (y el sistema) de los esclavos. El desplazamiento de esos espacios sirve a la textualización de los respectivos puntos de vista.

Los relatos de la aventura vivida por el dueño, siendo similares, difieren. La anécdota consiste en su salvación por un negro esclavo de su plantación. Bremer la introduce luego de haber presentado al dueño como

un hombre jovial, que le ha enseñado todo lo que él ha aprendido *in situ* sobre los africanos:

Mi anfitrión, el señor Chartrain, es un francés vivo, charlatán y cortés, que posee gran agudeza y sagacidad y tengo que agradecerle muchas informaciones valiosas, sobre, por ejemplo, las distintas tribus africanas, su carácter, su vida y su estructura social en la costa, de donde procede la mayoría de los esclavos. [...] El señor Chartrain ha estado en la región, por lo cual es una fuente digna de crédito.³⁴

A renglón seguido Bremer se detiene en describir en detalle las distintas etnias africanas. Su información ha sido acreditada (y legitimada), convenientemente, por este hombre. La anécdota de la salvación tiene como protagonista al esclavo negro y comienza focalizándolo como tal:

Pero tengo que hablarte de un negro cuya historia —que me han contado- casi está unida a la de la familia dueña de la plantación. Es un bello testimonio de nobleza original del carácter de los negros, cuando este se desarrolla como es debido.³⁵

Es una historia de sacrificio del esclavo negro por salvar la vida de su dueño blanco, semejante a la de las novelas de la tradición del *bon negre*. Bremer coloca al subalterno en posición predominante, aun cuando conserva la visión filantrópica/negrófila del XVIII europeo: negro bueno/virtuoso que, bien tratado, protege y se expone por sus amos.

Estos dos fragmentos son la clave del resto del relato, Bremer describe el interior de las casas de los negros esclavos y libres, pero también, en detalle, el proceso de fabricación de azúcar de caña, para terminar con los bailes de los negros. Lo privado y lo público. Los dueños blancos amenizan el relato pero los protagonistas son los negros.

En su narración, Dana aclara al principio que el negro esclavo es realmente el héroe de aquella aventura y su anfitrión, el sujeto de esta. Pero Dana coloca en el centro del relato al hombre blanco:

He is the living hero, or rather subject, for Saturday was the hero, of that tale. His father was a wealthy planter of Santo Domingo, a Frenchman, of larger estates, with wife, children, friends and neighbors ...³⁶

(El es el héroe viviente, o más bien el sujeto de esta historia, porque Sábado fue el héroe. Su padre era un rico plantador de Santo Domingo, un francés que poseía extensas propiedades, con esposa, hijos, amigos y vecinos...)

Relato en el que el esclavo negro salva la vida de un niño que, educado en Carolina del Sur, se instala luego en aquella región cubana, como dueño de un cafetal que, con el cambio de los tiempos, tiene que convertir en ingenio azucarero. El blanco cultivado y de buenas maneras es protagonista de una historia de éxito en la que el negro es personaje auxiliar.

Las restantes descripciones tienen al ingenio como objeto: la sustitución del cultivo del café por la caña de azúcar, el proceso productivo cañero, la organización del día en el ingenio, las instalaciones. Pero su perspectiva es la de la familia esclavista como núcleo director de un sistema de explotación que, a los ojos de Dana, funciona.

Es lógico entonces que termine sus dos capítulos con reflexiones sobre el sistema de explotación esclavista desde la perspectiva de lo privado. Como ejemplo, un fragmento final del primero:

The only moral I am entitled to draw from this is, that a well-ordered private house with slave labour, may be more neat and creditable than an ill-ordered public house with free labor». ³⁷

(La única moral que puedo concluir a partir de esto es que una casa privada, bien ordenada, con trabajo esclavo, es más limpia y acreditada que una casa pública, mal ordenada, con trabajo libre.)

La casa privada como metonimia del sistema esclavista es la imagen clave del texto. El segundo capítulo concluye con una reflexión sobre el camino a seguir por los jóvenes que deben suceder a los antiguos dueños de las plantaciones. En esa casa privada el eje es un amo eficaz, inteligente y hasta benévolo.

Que el relato de Bremer comience con la mujer esclava sufriente y su eje sean los negros, que el de Dana se inicie con una cena impecable con los dueños y el eje sea la casa privada -célula directriz de la esclavitud-, son datos textuales y puntuales. De ellos podrían derivarse filiaciones ideológicas, y no solo.

Bremer estructura la solidaridad con los negros, «mensaje» de su narración, a partir de la simpatía *emotiva* con la mujer esclava. Dana -político y abogado antiesclavista de Massachusetts- se reconcilia con el sistema esclavista, mediante lo que reconoce como una tenencia eficaz. Su reticencia ideológica cede ante la eficiencia económica y el *savoir faire intelectual*. Sus respectivas estrategias se inscriben dentro de una tradición discursiva marcada por el género sexual y la oposición binaria: emoción/razón.

Volviendo un poco atrás: en el texto de la condesa de Merlin, la familia criolla/esclavista es *locus* ideológico de una incipiente cubanía. En el de Dana, los dueños extranjeros, el padre francés y el hijo estadounidense -la familia-, son ante todo, inteligentes administradores. La posición frente a uno y otro espacio «privado» es sustancialmente distinta. La operación de Merlin es ideológica, pero la (re)construcción de la familia criolla no está exenta de nostalgia y afectividad. Dana procede con recursos intelectuales. No lo unen a Cuba los vínculos de la Merlin, ni sus propósitos editoriales coinciden. Aun así no podrían desligarse, totalmente,

sus estrategias de sus marcas genéricas como sujetos de la enunciación.

¿Textos marginales?

La escritura de viajes como una forma de la producción textual femenina es un terreno fértil -y aún poco desbrozado- para estudiar aspectos como la relación de las mujeres con este género literario, su horizonte de recepción, las construcciones de género, raza, clase y nación que vehiculan, y sus nexos con el poder; así como sus marcas distintivas, en la comparación con textos de hombres. *Viajeras al Caribe* puede ser (re)visitada -ya ha empezado a serlo- con estas y otras expectativas. Los textos que en ella se reúnen forman parte de una escritura que, junto con la autobiografía y las memorias, han dejado de ser géneros literarios, marginales o menores, para ser incorporados por una crítica literaria que se abre a campos más abiertos; interesada en los problemas del sujeto, la enunciación y la representación.

México, diciembre de 1995.

Notas

1. Nara Araújo, comp., *Viajeras al Caribe*, La Habana: Casa de las Américas, 1983. Las citas de las viajeras se corresponden con esa edición.
2. Entre otros: Zenodia Bamod, *Les voyageurs français dans l'Inde aux XVIIeme et XVIIIeme siecles*, Paris: Société de l'histoire des Colonies Françaises, 1933; Ram Chandra Prasad, *Early English Travellers in India. A Study in the Travel Literature of the Elizabethan and Jacobean Periods with Particular Reference to India*, Delhi: Morital Banarsidass, 1980; Irving Leonard, comp., *Viajeros por la América Latina colonial*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992; Christopher Mulvey, *Transatlantic Manners*, New York: Cambridge University Press, 1990.
3. Nara Araújo, comp., Op. cit.: 7.
4. Mary Louise Prarr, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, New York: Routledge, 1992: 4.
5. Ibid.: 160-1.
6. Véase Jean Franco, «Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana», *Hispanérica*, (45), 1986: 31-43; «Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo», *Casa de las Américas*, (171), noviembre-diciembre, 1988: 88-96.
7. Ver el tratamiento del espacio en su vinculación con el género sexual en Ileana Rodríguez, *House/Garden/Nation. Space, Gender and Ethnicity in Post-Colonial Latin American Literatures by Women*, Durham: Duke University Press, 1994.
8. Chakravorty Gayatri Spivak, *In Other World*, New York: Routledge, 1988: 103.
9. Condesa de Merlin, *Mis doce primeros años*, La Habana: Letras Cubanas, 1984.

10. Ver Adriana Méndez Ródenas, «Voyage to *La Havane*: The Countess of Merlin's Preview of National Identity», *Cuban Studies*, (16), 1986: 71-99.
11. Jorge Ibarra, *Nación y cultura nacional*, La Habana: Letras Cubanas, 1981: 9-32.
12. José de la Luz y Caballero, *De la vida íntima*, La Habana: Universidad de La Habana, 1949: 183.
13. José de la Luz y Caballero, *Epistolario y diarios*, La Habana: Universidad de La Habana, 1945: 273.
14. Domingo del Monte, «La condesa de Merlin, *Mis doce primeros años*», *Revista Bimestre Cubana*, (1), 1831.
15. Domingo Figarola Caneda, *La condesa de Merlin*, Paris: Editions Excelsior, 1929: 119.
16. Condesa de Merlin, Op. cit., XXIV: 32.
17. Salvador Bueno, *De Merlin a Carpentier*, La Habana: Ediciones Unión, 1977: 42.
18. Adriana Méndez Ródenas, «A Journey to the (Literary) Source: The Invention of Origins on Merlin's *Viaje a La Habana*», *New Literary History: A Journal of Theory and Interpretation*, (21), 1989: 707-31. En este texto, la autora desmonta la crítica machista a Merlin.
19. Condesa de Merlin, Op. cit., XXI: 122.
20. Ibid., XXIII: 130.
21. Nara Araújo, Op. cit.: 85.
22. Ibid.: 103.
23. Ibid.: 158.
24. Ibid.: 374.
25. Ibid.: 418.
26. Abiel Abbot, *Cartas*, La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1965: 16.
27. Ibid.: 17.
28. Jacinto Salas y Quiroga, *Viajes*, La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1965: 16.
29. Nara Araújo, Op. cit.: 63.
30. Ibid.: 191.
31. Ibid.: 232.
32. En este análisis utilizo la edición de las cartas correspondientes a la estancia en Cuba de Frederika Bremer (*Cartas desde Cuba*, La Habana: Arte y Literatura, 1981). La visita al ingenio se corresponde con las páginas 78-99.
33. Richard Henry Dana, *To Cuba and Back*, Carbondale: Southern Illinois University Press, 1966.
34. Frederika Bremer, Op. cit.: 80.
35. Ibid.: 81.
36. Richard Henry Dana, Op. cit.: 52.
37. Ibid.: 66.

© TEMAS, 1996

Demandas judiciales de las esclavas en el siglo XIX cubano

Digna Castañeda Fuertes

Historiadora. Universidad de La Habana

Durante los últimos veinticinco años, los estudios destinados a mostrar el papel desempeñado por las esclavas de origen africano en las colonias caribeñas han aportado publicaciones cardinales, de carácter puntual, o teórico-metodológico, referidas fundamentalmente a las posesiones inglesas o francesas.¹ Sin embargo, en el Caribe hispano-antillano la producción historiográfica dedicada al tema aún no ha alcanzado esa envergadura.

En Cuba, la esclava de origen africano no ha sido objeto de estudio particular. Su vida se conoce a través de obras literarias como *Francisco*, de Anselmo Suárez y Romero; *Petrona y Rosalía*, de Félix Tanco, y la excepcional *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde.² Asimismo, existen estudios históricos o sociológicos que tangencialmente analizan aspectos de la vida de esas mujeres.³

Por esta razón, el trabajo que a continuación presento, y que adelanta otro más amplio, tiene por objetivo comenzar a cubrir el vacío existente en la historiografía cubana respecto al tema.

La esclava en Cuba frente a la opresión

Durante los primeros siglos de la trata en Cuba, las esclavas en los ingenios eran escasas. Aunque desde el 5

de mayo de 1528, los procuradores de las ciudades que ya habían sido fundadas expresaron su interés en introducir negras africanas, los hacendados se negaban sistemáticamente a ello, debido a la relativa facilidad con que obtenían esclavos en las costas de Africa, lo que hacía innecesaria la reproducción natural de la esclavitud. Solamente en Baracoa, los monjes belemitas admitieron negras en su ingenio y las casaron con sus esclavos.⁴

Sin embargo, a principios del siglo XIX, después de la restricción de la trata negrera, se comenzó a valorar la posibilidad de traer hembras de Africa para incrementar las dotaciones de esclavos mediante la reproducción. En esta línea de acción se destacó el economista criollo Francisco de Arango y Parreño, quien propuso —como síndico del Consulado de la Habana⁵— incrementar el número de esclavos mediante la introducción de hasta un tercio de negras en cada dotación, y que —para facilitar el proceso— se eximiese de todo pago de derechos la entrada de estas a la isla.

Con similares propósitos los diputados propusieron, entre otros aspectos, que el amo de negro de campo casado con esclava de otro sea obligado a venderlo por tasación siempre que el dueño de la esclava lo quiera comprar, contando también con la voluntad del negro, y entendiéndose con el amo del negro que no tenga un

tercio de hembras en su hacienda, y también cuando el amo del negro no le permita casarse.⁶

En ese marco fue promulgada la Real Cédula del 27 de abril de 1804, la cual ordenaba:

...que en los ingenios y haciendas donde solo hubiese negros, se pusieran también negras, limitándose el permiso para introducir negros en esas fincas a ese solo sexo hasta que estuviesen casados todos los negros que lo desearan.⁷

Aunque esto no se cumplió totalmente, a mediados del siglo XIX ya se encontraban negras esclavas en todas las haciendas, compartiendo las rudas faenas de las plantaciones con sus congéneres masculinos. El desempeño de las labores que aquellas estaban obligadas a ejecutar fue realizado con tal efectividad que algunos mayores llegaron a decir: «las negras son de más resistencia y de más consistencia que los hombres...»⁸

Esa aseveración se basaba en que los deberes de la mujer esclava no se limitaban a las labores agrícolas, sino que además, acometían otras, tanto en la ciudad como en el campo, pues eran utilizadas directamente por sus amos o alquiladas para servir de nodrizas o para realizar tareas domésticas (cocineras, planchadoras, costureras, etc.). También las dedicaban a parteras o comadronas.⁹ Muchas de estas labores, fundamentalmente las dos últimas, les sirvieron incluso para adquirir su libertad, la que también obtenían mediante la vida sexual común con un blanco, caso bastante frecuente.¹⁰

Además del rigor del trabajo a que estaban sometidas las esclavas, en campos y ciudades, también fueron víctimas de los más crueles y ultrajantes castigos, es decir, se las azotaba, se las enviaba al cepo y al bocabajo, aun cuando estuvieran en estado de gestación.¹¹ Asimismo, eran objeto del sadismo de algunos dueños, quienes manifestaban su aberración sexual a través de medidas inconcebibles en mentes sanas.

Ejemplo de esto último fue, en La Habana, don Ramón Saíz, quien prometió a la mulata esclava Florencia Rodríguez o Hernández¹², de catorce años de edad, otorgarle la libertad si «le prestaba su cuerpo», que en términos actuales quiere decir si sostenía relaciones sexuales con él. Logrado su objetivo no solo no la liberó, sino que la castigaba frecuentemente y la obligaba a trabajar en una herrería. Incluso, según palabras de la esclava, «trató de ponerle argollas de plata en la parte más secreta de la naturaleza».

Ante esta situación, en octubre de 1834, la esclava se quejó al Alcalde. A pesar de ello, el Alcalde no actuó y se limitó a decirle que hablaría con el amo, y que volviera para la casa. Ante esta situación la esclava continuó sus demandas en otras instancias, pues en la villa nadie le hacía caso, según declaró, porque el amo tenía dinero; agregó que pedía ayuda porque si la entregaban, ella moriría.¹³

También las esclavas eran víctimas de abusos, tales como el robo de sus pertenencias por sus amos. Así, por ejemplo, en la villa de Guanabacoa, en marzo de 1828, fue presentada una denuncia al Alcalde primero de la villa, por María del Carmen Gangá, africana, contra

su amo, porque este le había robado 21 onzas de oro y varias joyas que, según la esclava, eran producto de los ahorros de su marido. Aunque el amo fue citado en numerosas ocasiones, nunca compareció, según consta en los oficios y demás diligencias que integran el expediente.¹⁴ Mientras tanto, la esclava permaneció depositada en manos del síndico, lo que indica la parcialidad de las autoridades coloniales.

Las demandas de las esclavas y los procesos judiciales

En la batalla legal efectuada por las esclavas, predominaban tres tipos de demandas judiciales, las cuales revelan los atropellos más lacerantes a que eran sometidos los esclavos. Los principales objetivos de esas demandas eran: evitar la disgregación familiar, reclamar el derecho de coartación¹⁵ e impedir la venta de negros libres como esclavos. A continuación se ilustran algunos casos.

Evitar la disgregación de la familia

Ultraje muy común en la época pues, sin lugar a dudas, a mediados del siglo XIX, en Cuba existía una familia esclava, con características *sui generis*, porque aunque esta era propiciada¹⁶, reconocida teóricamente y protegida por la legislación hispana aplicada a esta colonia¹⁷, su situación era realmente dramática al sobrevivir en condiciones inhumanas.

En este contexto colonial esclavista, el papel de la mujer negra, esclava o liberta, fue relevante. Ella luchó, en la medida de sus posibilidades, incluso por medios legales, para proteger a sus familiares, ayudarlos a obtener su libertad o recuperarla, y mantenerlos unidos. Batalla ardua y compleja, pues habitualmente el núcleo familiar estaba disperso, a merced de diferentes amos, quienes impunemente violaban las leyes, casi siempre con la anuencia de las autoridades coloniales encargadas, supuestamente, de defender a los esclavos.

Uno de los métodos utilizados por los dueños de esclavos para violar las leyes que protegían a estos y a la integridad de su familia, fue enviar a los esclavos urbanos al campo, para allí esconderlos. Así, por ejemplo, en documento de la Secretaría de Gobierno Superior de la Isla de Cuba, del 12 de septiembre de 1837, iniciado en 1828, por María Dolores Frías, natural de Africa y vecina del barrio de Guadalupe extramuros consta, según relato de la demandante, que su hija Ana María, esclava de Marcos Padrón, se presentó ante ella quince días antes, quejándose de que su amo la maltrataba, por lo cual pidió al síndico licencia para buscar un nuevo dueño. Sin embargo, cuando fueron a comprarla, el amo la acusó de ser una cimarrona y de poseer múltiples defectos, con lo que desalentó al comprador. Una vez logrado su objetivo, la esclava fue enviada a Alquízar donde continuó siendo igualmente maltratada y, aunque estaba coartada en 350 pesos, el amo obstaculizó por todos los

medios su venta. En consecuencia, cuando en 1838 se le ordenó a Padrón permitirle a la esclava ir a la capital a buscar un nuevo amo, pues tenía un aspirante a comprador, el amo argumentó que hacía días la tenía vendida al administrador del ingenio Dolores.¹⁸

Otro ejemplo de los atropellos sufridos por la familia esclava lo ofrece el matrimonio de los morenos Hilario e Inés, pertenecientes a la dotación del ingenio Nazareno, propiedad de Juan de Dios Larrinaga, situado en el partido de Guanajay. Dicha pareja, en 1852, reclamó ante el síndico que le fuera devuelto su pequeño hijo de cuatro años, Juan Criollo. Explicaron que don Juan Benítez se autotituló dueño del negrito, y se lo llevó a otro lugar, y que sin él no deseaban seguir viviendo, pues este constituía toda su felicidad. El síndico, basándose en el Reglamento de esclavos de 1842, argumentó que este tenía, en todos sus artículos, a fomentar los principios de moralidad y de familia entre la clase esclava, y que el artículo 31 decía:

Quando el amo del marido comprare la muger (*sic*), deberá comprar también con ella los hijos que tuviere menores de tres años en razón á que según derecho hasta que cumpla esa edad deben las madres *nodrescerlos y criarlos*.¹⁹

Por esta razón le pidió a don Juan Benítez que se presentara en la capitania acompañado del negrito Juan, para firmar con el señor Larrinaga, previa tasación del síndico, la escritura de venta, pues los padres querían que Larrinaga comprase a Juan. Benítez se negó, argumentando que había criado al negrito como a su propio hijo, de manera que no lo vendía por ningún dinero, pues con él estaba mejor alimentado y cuidado y que, además, él quería entregarle la carta de libertad para que, cuando arribara a la mayoría de edad, lo heredase. En definitiva, todo parece indicar que hubo un arreglo entre los dueños, pues las autoridades le dieron la posibilidad a Benítez de comprar al párvulo, a quien le dio la carta de libertad, y se decidió que quedara al abrigo de este, que además estaba obligado a alimentarlo. En resumen, la familia quedó desmembrada.²⁰

Una práctica que también conducía a la disgregación de la familia, era el alquiler de los esclavos, lo que en ocasiones conducía a la separación temporal o definitiva de la familia.

Validar el derecho de coartación.

Obtener la libertad por medios legales era muy difícil para los esclavos pues debían sortear numerosos obstáculos, debido a que los procesos eran fraudulentos, dilatorios y generalmente no se solucionaban sus demandas. Existen numerosas pruebas que así lo atestiguan.

En La Habana (1837), la negra Jacinta, criolla esclava de don Jacinto Ferrer, presentó su caso a las autoridades. Ella argumentó que por su avanzada edad pretendía liberarse con el dinero que había podido adquirir —200 pesos— más cien que le había ofrecido un individuo de su color, siempre que fuese tasada en 300 pesos, como

ella aspiraba. Esta demanda fue desestimada. Por este motivo, el síndico Procurador General se quejó de la determinación tomada por el Alcalde, pero el caso no se solucionó.²¹

En otros casos la entrega del documento de coartación se dilataba. Así le sucedió a María Francisca Cañero, morena libre cuya hija estaba en poder de doña Loreto García, desde hacía 22 años, de los cuales llevaba más de 12 como coartada, faltándole para obtener su libertad solamente cinco onzas. La esclava enfermó y le fue entregada a su madre —durante dos años— para que la curase. En ese lapso, la liberta, con su peculio y sin recibir ayuda del ama, la atendió y curó; además le crió un hijo a dicha señora, lo cual le hizo suponer que, en consideración a la poca cantidad que restaba por abonar y a los servicios prestados, le sería entregada la carta de libertad a su hija.

En lugar de esto, una vez curada la esclava, se la arrebataron y la condujeron al cafetal Malverde, ubicado en el partido de Quivicán, donde se encontraba en 1849, cuando su madre presentó el caso a las autoridades coloniales para demandar el pago de los servicios prestados y que su hija fuese puesta en depósito. En definitiva la coartaron en 85 pesos, pero el proceso no continuó pues la esclava no se presentó a exhibir su patrocinio. No podía hacerlo, naturalmente, porque estaba cautiva.²²

También para obstaculizar la venta de los esclavos coartados, sus dueños utilizaron el método de incrementar continuamente el precio de estos. Por este motivo, los familiares —generalmente femeninos: madres, esposas, hijas— acudían a los tribunales para hacer que se cumpliesen las leyes. En 1849, la negra Damiana Montalvo se quejó ante el síndico, porque don Francisco Baños, amo de su hijo, José Victoriano Montalvo, lo maltrataba, razón por la cual este quería buscar un nuevo amo. Según explicó la madre, hacía un mes que dicho señor lo había comprado en 400 pesos. Sin embargo, en ese momento había un comprador que ofrecía 500; pero el amo exigía 700, lo cual era inadmisibles, pues en tan breve lapso el precio de dicho esclavo no podía haber aumentado tanto.

Como resultado del proceso judicial, el dueño fue obligado a comparecer ante las autoridades, pero al acudir, lo hizo en calidad de apoderado del «legítimo dueño», a quien, según expresó, se lo había vendido en 425. Además negó que castigase al esclavo ni que hubiese pedido 700 pesos por él; y que por esta razón, en su opinión, la reclamación de la negra Damiana no tenía lugar. Ante esta situación el síndico decidió desestimar la petición por falta de pruebas y porque el esclavo había logrado su deseo: cambiar de dueño.²³

Impedir el plagio o venta de negros libres como esclavos.

Este tipo de violación también fue padecido por las esclavas en su persona o en la de sus hijos y demás familiares. En este sentido, las madres debieron soportar

que sus hijos nacidos libres fueran ilegalmente vendidos como esclavos.

Así lo atestigua la situación que enfrentó la esclava María Dolores Español, propiedad de don Juan Peraza, quien en 1851 presentó una queja al síndico por la injusta servidumbre a que estaba sometida su hija, la parda María Francisca Librada. Esta joven había nacido libre en Madrid en 1832, año en que su madre viajó a la península en donde fue bautizada la niña. Al regresar a Cuba le hurtaron su hija a María Dolores y la vendieron como esclava por seis onzas de oro, lo que descubrió la madre al cabo de cierto tiempo. Aunque efectuó todas las diligencias pertinentes para que le enviaran la Fe de Bautismo desde la capital española, nunca lo logró. Así mismo, a pesar de que durante cuatro años el síndico de Bejucal estableció demanda contra don Isidro Hernández, quien había comprado a la liberta, solamente logró que esta fuera enviada en depósito a la Real Casa de Beneficencia, donde la alquilaban como a otros esclavos; decisión que no solucionó su situación, pues no le devolvió la libertad.²⁴

Quizás el caso de plagio más notable del siglo XIX fue el de Plassy Laurence, el cual llegó a convertirse en un litigio de derecho internacional, con visos de novela de aventuras. Esta morena, conocida en La Habana como María del Carmen, era esclava de don Pedro Pino cuando se inició la reclamación por el Cónsul inglés, el 15 de febrero de 1851. La negra argumentaba que había sido sometida impropriadamente a la esclavitud, durante treinta años, pues era nativa de la isla Nevis, perteneciente a la corona británica.

Según relató, en 1819 o 1820 —aconsejada por Juan Scabraugh— huyó de su madre, que era esclava de una finca. Este hombre la condujo a la isla de Saint Thomas, en aquel momento colonia danesa, donde fueron detenidos y entregados por el gobernador para que regresaran a Nevis; pero como ella no deseaba volver, se le escapó a los oficiales que la tenían retenida y se ocultó en casa de una nativa llamada Jane Huggins, quien la entregó a una negra, desde cuya casa fue puesta en un bote que la condujo a Puerto Rico. De allí fue trasladada a otro punto llamado Cadgoa. De este lugar también se evadió y ella misma se presentó a los jueces de la villa. No halló clemencia y fue encarcelada bajo custodia del Alcalde don Victoriano Sancalo, quien la vendió por 200 pesos a don Joaquín Delgado. Como este quería dedicarla al trabajo del campo, y ella se opuso, fue cambiada por un cocinero francés. El nuevo dueño la esclavizó durante dos años.

Ante la negativa de Plassy a trabajar como esclava, pues ella insistía en que era libre, el amo la envió hacia La Habana, a bordo de un bergantín con un grupo de negros africanos, con la advertencia de que no debía decir de dónde venía. Durante varios años fue pasando de dueño en dueño, unas veces vendida, otras cedida o heredada, siempre bajo protesta de su condición de libre.

María del Carmen, Plácida Lorenza, o Plassy Laurence —como indistintamente aparece en los documentos— deseaba regresar a Nevis con su familia.

Por esa razón acudió al Cónsul General de Inglaterra en Cuba, quien se hizo cargo del caso y presentó la demanda ante el gobierno de la Isla. Como era costumbre, mientras se realizaban las averiguaciones, la esclava fue depositada en el Hospital de Paula, obligada a asistir a los enfermos y expuesta a contraer cualquier enfermedad. Con estos argumentos el Cónsul le escribe al Capitán General solicitándole que la sacara de allí y la liberara, pues ella no había cometido ningún crimen.

Seis meses después de iniciados los trámites, nuevamente le escribe al Capitán General para que se ponga fin al caso, pues en su opinión, ya ha pasado suficiente tiempo como para haber hecho las averiguaciones pertinentes. Añadió que en esos momentos (2 de febrero de 1852), Plassy se hallaba en la Real Casa de Beneficencia, pero que intentaban restituirla al Hospital de San Lázaro, para que trabajara como los esclavos que se alquilaban. El diplomático insiste en que se aceleren los trámites, y que no se sujetase a Plassy al trabajo esclavo, pues debía considerarse una persona libre, súbdita de Su Majestad Británica.

En mayo de 1852 llegó a La Habana, procedente de Nevis, el negro Fippo Laurence —familiar de Plassy— con el objetivo de reconocerla. Así lo hizo, y declaró que conocía a la madre de la negra, llamada Elsie. Mientras tanto, el Cónsul inglés recibió la documentación que acreditaba todo lo expresado por Plassy. Incluso habían sido revisadas las listas de la hacienda propiedad de William Laurence, y en la del 14 de julio de 1817 apareció, con el número 70, el nombre de Plassy, de catorce años. En el registro de esclavos de Nevis, del 1 de enero de 1825, Plassy aparecía como ausente de la isla.

El diplomático británico envió las pruebas al Gobierno español de Cuba, y explicó que, siendo aún esclava, Plassy fue sacada de Nevis y vendida ilegalmente, y que, por nacimiento, era súbdita de Inglaterra, donde ya no existía la esclavitud. También quedó comprobado —por las marcas en su cuerpo— que Plassy y María del Carmen eran la misma persona. El Cónsul solicitó para su defendida una compensación monetaria, por haber sido mantenida, por más de treinta años, como esclava en Cuba y Puerto Rico. Con un cálculo de diez pesos mensuales —aunque ella había ganado más para sus amos— tal compensación ascendería a 3 500 pesos, pero él estaba en disposición de aceptar solo dos mil.

En las investigaciones realizadas en Cuba, algunos amos negaron que Plassy hubiera sido su esclava; otros habían fallecido. Por su parte, el Gobernador de Saint Thomas, la isla danesa, envió un informe en el cual aseguraba no tener indicios que mostraran que dicha esclava hubiera estado allí.

Vistas todas estas circunstancias, el Cónsul inglés envió una nueva carta al Capitán General, el 15 de junio de 1852, en la que expresaba que habiendo sido debidamente identificada Plassy Laurence como tal y como natural de Nevis, le solicitaba fuese puesta en libertad y se le permitiera regresar en el vapor que saldría del puerto de La Habana el 22 de ese mes. No obtuvo

Las demandas judiciales de mujeres esclavas —realizadas en condiciones totalmente adversas— sugieren que aquellas estaban dispuestas a utilizar cualquier resquicio legal para tratar de proteger la integridad de su familia, obtener o mantener el *status* de persona libre para ella o sus familiares, y reclamar otros derechos contemplados en la Legislación española sobre la esclavitud.

respuesta ni a esa ni a otras comunicaciones dirigidas al Capitán General hasta finales de diciembre de 1852.

Mientras el Cónsul se quejaba al gobierno colonial de Cuba de lo dilatado del proceso, Plassy huía a bordo de la fragata inglesa *La Vestal*. En investigaciones posteriores se evidenció que el diplomático británico se había entrevistado con Plassy —en inglés— poco antes de su escapada de la Casa de Beneficencia, en donde estaba depositada.

Este acontecimiento constituyó un verdadero escándalo internacional, reflejado por la prensa de distintos países. El *Morning Post* de Londres publicó un artículo sobre el caso, que fue reproducido por *La Gaceta de La Habana*, el 23 de febrero de 1853. En uno de sus párrafos decía:

El 1º de diciembre había en La Habana gran excitación a causa de haber sido llevada furtivamente (*kidnapped*) de la isla de Nevis, perteneciente a la Gran Bretaña a un súbdito de S. M. B., la negra Plassy Laurence, y vendiéndose como esclava en La Habana. El gobierno inglés había reclamado la entrega de la pobre mujer (*poor woman*) la cual se había refugiado a bordo de la fragata de S. M. B. *La Vestal*, donde su bizarro capitán (*Gallant captain*) no obstante hallarse debajo de los cañones de las baterías y rodeado por la escuadra española, la tenía segura bajo la protección de la bandera inglesa sin escuchar ninguna proposición para devolverla a sus amos.

El periodista de *La Gaceta de La Habana*, periódico oficial del gobierno español en la Isla, adujo que el retraso en responder por parte de las autoridades españolas era

no solo justo, sino indispensable en un país donde el sagrado derecho a la propiedad está garantizado por las leyes y bajo la custodia de autoridades celosas, que antes de obsequiar los deseos del Gobierno de S. M. B. relativos a la entrega de la citada Plácida Lorenza, se averiguase primeramente la verdad de los hechos en que tal reclamación se fundaba; y era también preciso aún después de comprobada la procedencia y nacimiento de aquella esclava, resolver una cuestión de derecho internacional de suma trascendencia para los intereses de esta Antilla.

Más adelante reiteraba:

No menos digna de elogio creemos la acertada determinación de nuestro gobierno de someter las actuaciones a la resolución de S.M., pues como hemos dicho antes tratábase de resolver una cuestión de derecho internacional, y en cuestiones de esta clase solo al poder supremo toca decidir.

En otro párrafo acusa a los del barco de cometer un acto indigno, al favorecer la evasión de una persona depositada por los tribunales, pendiente de resolución soberana. El periodista se pregunta qué podía esperarse de una mujer capaz de escaparse de su casa a los diecisiete años.

La noticia fue publicada también por periódicos franceses y norteamericanos como el *Journal des Débats Politiques et Littéraire*, del 18 de enero de 1853, el *Morning Courier* y el *New York Enquirer*. Las dos últimas publicaciones, bajo el título «Importante de La Habana» relatan la huida de Plassy, y caracterizan a *La Vestal* —al mando del Capitán Cospabrick Baillie Hamilton— como un buque que servía en el apostadero de Norteamérica y las Indias Occidentales. La posición de estos periódicos es favorable a Plassy, e incluso refieren que esta fue obligada a prostituirse y que sus hijos fueron vendidos como esclavos.

Como consecuencia del escándalo internacional que provocó el caso Plassy a partir de su huida, el Capitán General de la Isla sugiere al Presidente del Consejo de Ministros de Ultramar, la conveniencia de «declarar la libertad de la citada negra, para así dar patente muestra de desapasionamiento y de respeto a la más severa y estricta justicia» También critica la conducta del Cónsul inglés, el cual —dice— infiere ofensas a la dignidad y buena fe del Gobierno español, y abusa de las inmunidades y ventajas que le proporciona su posición.

Aun a mediados del año 1853, el gobierno español en La Habana se interesaba por el paradero de Plassy, como lo prueba una carta enviada desde el Consulado de España en Nassau, el 29 de agosto de ese año, en la que se informa no haber podido hallarla ni en Nevis ni en ninguna otra de las islas inmediatas.²⁵

En resumen, esta mujer —infeliz, pero decidida y osada— fue posesión de nueve personas, tuvo ocho dueños, fue vendida cuatro veces, cambiada una y heredada otra. Todo ejecutado —de manera fraudulenta— en cuatro islas del Caribe. Su caso alcanzó cierta notoriedad en su momento no tanto por su connotación humana, sino fundamentalmente porque era un magnífico expediente para el hostigamiento a la España esclavista, por parte de Inglaterra y Francia, que en esa fecha ya habían abolido la esclavitud.

Conclusiones

La batalla judicial librada en Cuba por las esclavas durante el siglo XIX, permite focalizar un ángulo novedoso e importante de la esclavitud africana en la Isla. Los documentos analizados indican cómo, además de aportar su trabajo en las plantaciones y residencias de sus amos, en disímiles y casi siempre rudas tareas, la mujer esclava era el centro de una familia —organizada en condiciones de precariedad y dependencia, amenazada constantemente con la disgregación— de la que tenían plena conciencia, y por la que lucharon —en la medida de sus posibilidades— en distintas esferas de la vida social.

Por su condición de núcleo de ese tipo de organización familiar, la mujer esclava contribuyó —quizás más que el hombre— a preservar y transmitir su cultura ancestral y, de ese modo, a evitar que el esclavo fuera reducido a mero combustible biológico, sino que pudiera sembrar su huella étnica y cultural en el contexto cubano.

Las demandas judiciales de mujeres esclavas —realizadas en condiciones totalmente adversas— sugieren que aquellas estaban dispuestas a utilizar cualquier resquicio legal para tratar de proteger la integridad de su familia, obtener o mantener el *status* de persona libre para ella o sus familiares, y reclamar otros derechos contemplados en la Legislación española sobre la esclavitud.

Aunque pocas veces lograron sus propósitos, las esclavas libraron lo que se puede caracterizar como una verdadera batalla judicial en la Cuba del siglo XIX. La documentación sobre ello, además de aportar nuevos datos sobre los horrores, abusos, injusticias, de la institución esclavista, permiten considerar a esas mujeres como precursoras de las luchas femeninas por sus derechos.

Notas

1. Son ejemplos notables: Hilary McD. Beckles, *Natural Rebels: A Social History of Enslaved Black Women in Barbados*, New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press, 1989; y Marietta Morrissey, *Slaves Women in the New World*, Kansas City, University Press of Kansas, 1989.

2. Anselmo Suárez y Romero, *Francisco*, La Habana, Dirección de Cultura, Ministerio de Educación, 1947; Félix Tanco Bosmeniel, *Petrona y Rosalía*, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1980; Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, La Habana, I. C. L., 1972.

3. Entre ellos destacan Fernando Ortiz, *Los negros esclavos*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1975; y Pedro Dechamps Chapeaux, *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, La Habana, Ed. UNEAC, 1971.

4. Fernando Ortiz, op. cit.:196.

5. Funcionario facultado, en las ciudades, para tutelar los derechos de los esclavos y administrarles justicia.

6. Fernando Ortiz, op. cit.:197.

7. *Ibidem*:198.

8. Anselmo Suárez y Romero, citado por F. Ortiz, op. cit.:198-199.

9. Cf. Pedro Dechamps Chapeaux, op. cit.:169-184.

10. Fernando Ortiz: Op. cit.:285.

11. *Ibidem*:230-231.

12. En los documentos aparece indistintamente con esos apellidos.

13. Archivo Nacional de Cuba (A. N. C.), Fondo Gobierno Superior Civil, legajo 936, n. 33047.

14. *Ibidem*, legajo 938, n. 33109.

15. Según Fernando Ortiz, «la coartación consistía en el derecho que adquiría un esclavo, entregando una cantidad de dinero a su amo, de no ser vendido sino por un precio prefijado del cual se descontaba dicha cantidad, pudiendo libertarse entregando al amo la diferencia en dinero que mediaba entre la entregada por la *coartación* y el precio prefijado». Para mayor información Cf. Fernando Ortiz, op. cit.:285-290.

16. La Real Provisión del Emperador Carlos V y el Cardenal Cisneros, del 11 de mayo de 1527, reiterada posteriormente, propiciaba la familia esclava. Cf. Fernando Ortiz, op. cit.:401.

17. La Real Cédula e Instrucción circular de Indias, sobre la educación, trato y ocupación de los esclavos, y el Reglamento de esclavos, artículos 29, 30 y 31, protegían legalmente a la familia esclava. Cf. Fernando Ortiz, op. cit.:411 y 446.

18. A. N. C., Fondo Gobierno Superior Civil, legajo 938, n. 33087.

19. *Ibidem*. legajo 948, n. 33487

20. *Ibidem*. legajo 947, n. 33431

21. *Ibidem*. legajo 938, n. 33094

22. *Ibidem*. legajo 946, n. 33365

23. *Ibidem*. legajo 946, n. 33351

24. *Ibidem*. legajo 946, n. 33376

25. *Ibidem*. legajo 947, n. 33381

Religiones de origen africano en Cuba: un enfoque de género

María Margarita Castro Flores

Investigadora. Centro de Estudios sobre América (CEA).

Asumir hoy en Cuba un enfoque de género en el tratamiento de la religión constituye un desafío, por constituir un aspecto poco abordado. Además, porque a pesar de la amplia legitimación del tema de la mujer en la actualidad, ello no se traduce necesariamente en la extensión de espacios de acción para esta, particularmente en la esfera religiosa, donde prima una fuerte sujeción a valores socio históricos, en forma de normas y prohibiciones.

La presencia de factores tendientes a la marginación de la mujer, en la base de las creencias religiosas en la Cuba actual, repercute en la influencia que han ejercido y ejercen en la mujer creyente cubana las diferentes expresiones religiosas confluyentes como resultado de la colonización.

Esta vino acompañada de dos corrientes principales, de las que se nutren algunas de las religiones presentes en la Cuba de hoy. Una de ellas es el catolicismo *sui generis* que profesaban los colonizadores, plagado de discriminación hacia la mujer e influido a su vez por varios siglos de dominación musulmana, religión que en sus preceptos contiene una profunda base excluyente de la mujer como ente social independiente.

La otra corriente está constituida por las creencias llegadas con los esclavos africanos de diversas etnias - objeto principal del presente análisis-, portadas por hombres y mujeres que eran seleccionados al azar, bajo el criterio utilitario de su efectividad económica potencial, y que dieron origen a algunas expresiones presentes hoy en Cuba, tales como la Regla de Ocha o Santería, la Regla Conga o Palo Monte y las sociedades secretas masculinas Abakuá, entre otras.

Las religiones traídas por los esclavos sufrieron modificaciones en relación con sus formas originales, a la vez que conservaron principios y preceptos considerados irrenunciables a través del tiempo, incluso hoy, entre los que resalta el papel subordinado de la mujer en el ejercicio de las prácticas religiosas. Este es reflejo del rol secundario atribuido a la mujer en la vida social, cuyas raíces hay que buscadas dentro del marco sociohistórico en que se desarrollaron estas etnias hasta el momento de su brusco desarraigo, así como en el contexto social donde se reinsertaron.

El tratamiento discriminatorio hacia lo femenino es un componente orgánico y estructural de la cultura africana que llega a estas tierras y que resulta potenciado

por la de los conquistadores. Esta añadía el racismo y el desprecio desde una óptica eurocentrista, caracterizada por una concepción de la «evangelización»¹ como proyecto que en la práctica argumentaba y justificaba el maltrato al negro. Por esta vía se imponía otra cultura y religión, dirigida realmente a destruir la cosmovisión original del africano, siguiendo las disposiciones civiles y eclesiásticas que establecían normas para la educación cristiana de los esclavos,² cuya conversión debía abarcar bautismo, comunión, confirmación, casamiento y aprendizaje de la doctrina cristiana. En la práctica estas regulaciones quedaron en lo formal, lo que generó un proceso de transculturación en algunos casos y asimilación forzada en otros.

Como resultado, desaparecieron algunos valores y pervivieron otros ocultos e incorporados como sustrato de una nueva nacionalidad que fue integrándose lentamente, sin disolverse, y que en lo religioso mantuvo su diferenciación cualitativa explícita, entre otras cosas, en los rasgos de sus deidades. Al decir de Fernando Ortiz, «los dioses negros son por lo común muy alegres; no sienten la agonía filosofante y el intervencionismo ético de los dioses blancos, y gustan de bajar a divertirse con sus creyentes, como camaradas confianzudos».³

A todo lo anterior se suma, para la mujer africana, la condición de objeto de reafirmación machista en que la situaba el régimen patriarcal del cual provenía. Lo femenino es subordinado no solo por el colonizador, sino además por el colonizado. Esta mujer violentada, es la portadora del mestizaje racial, cultural y religioso.

Estereotipos y etnos en las religiones afrocubanas

En cualquier sociedad se conforman estereotipos antropológicos que se fijan como preconceptos sociales. En Cuba estos afectan la esfera religiosa de diversos modos, y se manifiestan de manera particular en la multiplicidad de expresiones existentes y más específicamente aún en las de origen africano. La visión estereotipada está presente en algunos enfoques sociológicos del tema, de modo que, visto desde diferentes ángulos, estas pueden ser aceptadas o rechazadas.

Por un lado, existen diversos factores de índole social y espiritual que hacen más accesible y atractiva la práctica de estas religiones en Cuba. Desde cierto punto de vista, estas son valoradas positivamente en determinados sectores, que consideran al practicante iniciado como un individuo con poder y sabiduría, que posee explicaciones y en muchos casos soluciones precisas a problemas de diversa índole, ya sean de salud, laborales o conyugales. Esto le hace gozar de un alto

reconocimiento social, de manera que, aunque vivan de manera humilde, en ocasiones son objeto de halagos y beneficios de parte de sus ahijados. No necesariamente se trata de una práctica mercantilista, por más que casuísticamente pueda registrarse dicha deformación.

Otra arista del asunto se evidencia cuando enfocamos la religión en Cuba como una de las esferas en que más se manifiesta el prejuicio racial. Estos patrones heredados de los antecesores se expresan en las valoraciones respecto al color de la piel existentes en una parte de la población,⁴ que caracteriza al negro como «escandaloso, tosco, delincuente e indolente», y al blanco como «discreto, educado, que trata de vivir mejor y sabe comportarse».⁵ Como se observa, se potencian los valores según criterios aparentes de filiación racial y no conductuales, de modo que la persona blanca se constituye en modelo ético, estético y cultural. Tal prejuicio ha lastrado históricamente la valoración de la cultura y religión negras presentes en Cuba, reduciendo en muchos casos su análisis a lo folklórico y limitando su papel social. Así, por ejemplo, las creencias religiosas de origen africano han sido consideradas peyorativamente como «religiones de negros» y en tal sentido ubicadas en el patrón de prevalencia mencionado antes.

Si bien estas expresiones continúan siendo creencias mayoritariamente seguidas por negros y mestizos, en la actualidad su percepción social ha tenido cierta variación, pues se observa su extensión en el sector blanco de la población,⁶ a la vez que se ha profundizado su reconocimiento social. La explicación causal de este fenómeno requiere una mayor profundización. Un factor es la situación por la que atraviesa el país en el momento actual, en que se han acrecentado carencias materiales de la población y generado conflictos que requieren de respuesta inmediata y para los que el adepto espera soluciones mediante sus creencias. Otra causa posible es tener acceso a determinados beneficios económicos que permite la práctica activa de estas religiones, como se ha expresado anteriormente.

A ello se suman los que se incorporan naturalmente, por la vía de la tradición familiar o porque cubren sus expectativas espirituales. Estas razones no son necesariamente excluyentes, sino que en algunos casos se superponen.

Es importante mencionar el papel que desempeñó la aceptación de creyentes -a partir del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en 1991-, en el seno de la organización. Si se tiene en cuenta la politización de la sociedad cubana y su respaldo manifiesto a esta fuerza dirigente, se evidencia que muchos adeptos a las expresiones religiosas de origen africano ocultaban o no mostraban sus creencias, como mecanismo para evadir cierto rechazo ideológico

presente a nivel social. Si bien esta medida no representó un estímulo al crecimiento de estas religiones, indiscutiblemente contribuyó a que adeptos no manifiestos hasta el momento exteriorizaran su filiación religiosa. Este elemento puede conducir al criterio del incremento desmesurado del número de nuevos practicantes, cuando realmente se trata en muchos casos de la exteriorización de una vieja práctica.

Un factor a tener en cuenta al valorar estas manifestaciones religiosas es el hecho de que en la vida práctica estas son de acceso abierto a personas de cualquier nivel cultural.

Un requerimiento básico para el ejercicio de la condición de *oriaté* es la memoria y la sabiduría popular, aspectos que constituyen bastiones de la herencia africana, si consideramos que la transmisión de valores culturales y religiosos de los negros introducidos forzosamente en el Nuevo Mundo se llevó a cabo por vía exclusivamente oral, pues además de que sus lenguas eran ágrafas, en la mayoría de los casos el esclavista mezclaba individuos procedentes de diferentes etnias como recurso contra la sublevación de sus dotaciones, lo que hacía más difícil la comunicación entre ellos, a la par que propiciaba la búsqueda necesaria de un lenguaje común.

Mujer y religión

Si analizamos el panorama religioso cubano actual, observamos que, al igual que en el resto de las esferas sociales, la mujer ocupa un lugar muy importante, tanto en su condición de creyente-practicante, como en el papel de madre de familia transmisora de sus propias creencias, a partir de la función que como formadora asume en el hogar. No obstante, si profundizamos al nivel más esencial en las religiones de origen africano presentes en la sociedad cubana contemporánea, nos encontramos con que ese activo papel social no se corresponde con el que a nivel intrarreligioso le es permitido desempeñar a dicha mujer. Evidencias de lo dicho podemos halladas en las estructuras jerárquicas y en los sistemas adivinatorios de las expresiones de origen africano más representativas presentes en Cuba. Estas atravesaron un proceso de transculturación religiosa que abarcó tanto la interacción de las expresiones llegadas de África entre sí, como la de estas con el catolicismo español y algunos vestigios de las creencias aborígenes.⁷

A continuación abordaremos de manera sintética el fenómeno de la presencia de la mujer en las religiones, haciendo hincapié en la Regla de Ocha, conocida también como Santería. Como se verá, las evidencias muestran que en los diferentes niveles jerárquicos en que se estructuran las expresiones mencionadas, la mujer desempeña un papel limitado y a la vez trascendental.

Palo Monte o Regla Conga

Tiene su origen en las creencias de los esclavos africanos procedentes de la etnia Bantú.⁸ La máxima jerarquía la constituye el Tata Nganga, quien posee la autoridad que le permite confeccionar la «Nganga», un recipiente que contiene elementos de la naturaleza de origen variado (tanto mineral, como animal y vegetal, incluso restos óseos humanos) y que representa la base o *fundamento* del Palo Monte. El Tata Nganga también tiene facultades para iniciar nuevos fieles mediante el *rayamiento* (escarificaciones que se realizan en diferentes partes del cuerpo en el proceso de iniciación religiosa). También el Tata decide la validez del acto de comunicación con sus deidades. Etimológicamente el término Tata Nganga significa «padre de la Nganga», facultad que es generalmente válida para hombres, pues la posibilidad de la mujer de acceder a esta función está determinada por el fin de la etapa menstrual, hecho que también aparece en otras expresiones religiosas, en las que la menstruación se relaciona con la impureza.

Es interesante cómo un negro de nación consideraba que «la kiyumba (cráneo) de mujer es preferible, porque esa sí que no entra en razones; gente que sepa mucho, no sea voluntariosa, no sirve para la Nganga».⁹ Es poco común en el Palo Monte la máxima posición en la mujer, aunque existen casas principales regidas por ellas. Como tendencia general, les están destinadas otras funciones: las de bendecir, dar fe de la iniciación, participar en las ceremonias y cocinar los alimentos que se consumen.

Sociedades secretas masculinas Abakuá.

En el caso de las sociedades secretas masculinas Abakuá, originarias del Calabar nigeriano, la mujer no puede siquiera iniciarse como miembro. Esta restricción tiene su base en el mito-leyenda que le da origen, según el cual una mujer (la princesa Sikán) protagonizó un acto de indiscreción, devenido traición, que la estigmatizó para siempre y por la cual fue condenada a muerte, al revelar un secreto que ocasionó indirectamente la destrucción del pez Tanze, único capaz de reproducir el sonido del dios Abasí.

Este sentimiento de rechazo es expresado, entre otros, en el acto de iniciación del aspirante (indíseme) cuando se juramenta ante el tambor sagrado Ekué. «El indíseme jura no ser afeminado. Ese es otro pecado muy serio. Ekué odia a las hembras. El secreto es exclusivo de los hombres [...] los maricas no pueden acercarse a Ekué, como no pueden acercarse las mujeres».¹⁰ Incluso «la madera del Ekué no podía ser de árbol hembra, porque nada en Abakuá puede pertenecer al género femenino».¹¹

Para el Abakuá el sentido del honor radica en su hombría, concepción que reduce a la mujer a la condición de madre-hembra, criterio machista que prima también al nivel del resto de la sociedad, y que reafirma este rasgo.

Sin embargo, para el iniciado en esta expresión religiosa uno de los principios básicos es el respeto a la madre y a la esposa. No obstante, desde la ética abakuá este respeto no presupone, sino excluye, la condición de la mujer como parigual.

Regla de Ocha o Santería

La fundamentación de la existencia de prácticas discriminatorias en el sistema de la Regla de Ocha tiene un carácter más complejo, por ser esta expresión más estructurada. En ella, la mujer, aun cuando está presente en diferentes niveles, no tiene acceso a determinadas funciones.

Esta religión cuenta con importantes cultos, como el dedicado a Ifá, cuya máxima figura es el sacerdote de Ifá o babalawo, quien está facultado para conocer los secretos más profundos de su religión. Etimológicamente el término babalawo significa «padre de los secretos».

Su papel es esencial, indispensable; sin embargo, al igual que en las expresiones analizadas anteriormente, a la mujer le está limitado el acceso a la condición de más alto nivel. Esta no puede acceder, por ejemplo, a los sistemas adivinatorios que usa el babalawo.

Otros cultos propios de la Regla de Ocha son el dedicado a los orishas, cuyos iniciados son denominados babalochas o iyalochas, según sean hombres o mujeres respectivamente, y el culto a Añá, deidad que permite la ejecución de los tambores batá, acto ritual que cierra el proceso de iniciación religiosa y que solo es accesible a los hombres.

Existen también otras funciones auxiliares que —en la mayoría de los casos— están prohibidas a la mujer, entre ellas la de pinado, conocida como «cuchillo» y que permite al iniciado sacrificar animales de distinto tipo, incluidos los de cuatro patas, con vistas a la ceremonia de iniciación. Igualmente, a la mujer le está vedada la función de osainista, conocedor de las plantas que se ofrendan a cada deidad en el proceso de iniciación, y que se ocupa de la atención individual al creyente que se inicia.

En cambio, podemos mencionar otra interesante función propia de la mujer, la de apetebbí, quien en una de sus variantes puede fungir como ayudante personal del babalawo. La apetebbí, entre otras tareas, presenta la comida que se ofrenda y sirve a Orula, orisha de la adivinación. Para llegar a esa función, la mujer designada pasa por una ceremonia llamada cofá, donde

recibe los collares y otros atributos que la facultan para actuar.

Sin la presencia de estos personajes femeninos, el ritual no puede realizarse. He ahí, en gran medida, la esencialidad de la mujer en la Regla de Ocha.

Imagen y praxis femenina en las religiones de origen africano: el contexto actual

Lo planteado hasta aquí no excluye la presencia de mujeres que han contribuido de manera muy destacada al desarrollo de estas expresiones, y que, incluso han sido consideradas fundadoras de algunas de sus vertientes. La mujer constituye un elemento principal en la reproducción de los valores en el ámbito religioso. Este rol se explica aún más si tenemos en cuenta que en buena parte de la población creyente (fundamentalmente negra y mestiza) predomina la diada materna con jefas de familia, sin cónyuge, en núcleos familiares extendidos (de varias generaciones y colaterales), donde de hecho es la mujer quien asume la atención de los hijos y el hogar, por lo que es también la encargada de transmitir los principales patrones tradicionales.¹²

Este fenómeno tan extendido lleva implícita, para la mujer, la contradicción entre ser, por una parte, sustento económico de su familia y transmisora de valores esenciales —lo que implica un importante papel—, y por otra, no contar con el reconocimiento de la posibilidad de desempeñar roles más elevados en la religión que profesa.

Acciones como las mencionadas no se limitan al marco de la vida religiosa, si tenemos en cuenta la fuerte influencia que a nivel social ejercen estas expresiones, por su carácter tan extendido, que afectan a importantes sectores de la población femenina. Este proceso de interinfluencia reafirma las tendencias presentes a nivel intrarreligioso, así como integralmente dentro en el contexto social.

Tanto a nivel individual como colectivo ocurre que, de manera consciente o inconsciente, la propia mujer puede constituirse en portadora de valores de autolimitación, lo que contribuye a ejercer una influencia retardataria en el proceso de su emancipación en Cuba.

Resulta interesante validar cómo la incorporación de la mujer a estas expresiones religiosas se ha incrementado en los últimos años y presenta tendencias a seguir creciendo, en un contexto nacional que, sin embargo, muestra un elevado grado de independencia femenina. En tal sentido, un problema no suficientemente investigado es el de la visión de la subordinación, en estas prácticas religiosas, de parte de las propias protagonistas objeto de dichas exclusiones.

Se sabe que en el imaginario genérico se acumulan temores de raíz mística que circunscriben las funciones femeninas a determinados límites imposibles de franquear. ¿Qué fuentes contribuyen al incremento, en el sector femenino, de estas expresiones religiosas? Para responder esta pregunta acudimos a algunas investigaciones de campo que nos permiten un primer acercamiento al problema.¹³ El resultado muestra las siguientes tendencias:

- Presencia mayoritaria de mujeres amas de casa y desvinculadas laboralmente.
- Incremento de mujeres jóvenes (edades fluctuantes entre 15 y 35 años).
- Crecimiento del nivel de instrucción de las practicantes (enseñanza media superior).
- Aumento de la incorporación de la mujer blanca a las expresiones religiosas estudiadas.

En el estudio realizado, se comprobó que entre las mujeres encuestadas, la aproximación a estas expresiones religiosas tiene como causa fundamental la búsqueda de soluciones a problemas de salud y otros asuntos de carácter personal. De modo que su incorporación parece estar condicionada principalmente por razones utilitarias más que por convicciones místico-espirituales. Asimismo se expresa la concomitancia con otras expresiones religiosas, por ejemplo el espiritismo. En general, resulta muy común la práctica simultánea de más de una de las expresiones valoradas aquí.

En cuanto a la percepción de las propias protagonistas, un grupo mayoritario de mujeres asume la limitación de su *status* en la práctica religiosa como algo que no debe ser cuestionado. Algunas llegan incluso a sobredimensionar el lugar que se les asigna, en términos de concesión masculina que las beneficia.

Otro grupo acepta el lugar que les corresponde, con la diferencia de que admiten el contenido discriminatorio que entraña, aunque sin proponerse un cambio de valores que implique la transformación de esta situación.

Es evidente que el enfrentamiento a tales prácticas subordinadoras es un proceso que requiere, en primer lugar, auto conciencia de la situación en que se encuentran como requisito *sine qua non* para su superación real. Esto no es imposible, si se tiene en cuenta la ocurrencia de cambios formales y de contenido dentro de estas expresiones religiosas, así como la existencia de otros escenarios referenciales donde la situación de la mujer practicante se manifiesta en condiciones diferentes a la de Cuba.

Tal es el caso de Brasil, donde la *mae de santo* es el centro de la religión y constituye su máxima figura. Y en Nigeria, donde ocurre que, excepcionalmente,

cuando el babalawo no tiene descendientes masculinos, le sucede su hija mayor.

Desde cualquier punto de vista, es importante resaltar que aun en su situación de subordinación, en las expresiones religiosas de origen africano en Cuba, la mujer desempeña un papel esencial, ya que representa el bastión sobre el cual se sostiene su pervivencia y reproducción en las condiciones actuales. Se evidencia un crecimiento de las mismas muy denotado en el sector femenino, que constituye más del 59% de sus practicantes.¹⁴ A pesar de ello, estas se convierten, de hecho, en reproductoras naturales de un modelo de autolimitación.

En términos generales, el análisis del presente asunto desde la perspectiva sociológica suele ser diferente al de su enfoque desde la óptica intrarreligiosa, lo que abre las puertas a otros enfoques y genera puntos de desencuentro. Por otra parte, quedan muchas aristas del problema por tratar, en particular lo relativo al valioso aporte que ha representado la presencia de la mujer en estas expresiones religiosas.

Esto deberá ser objeto de otras investigaciones, que ahonden en la problemática de la mujer dentro de las religiones cubanas.

Notas

1. La evangelización realmente adoptaba un carácter puramente formal, pues en la práctica se reducía al bautismo en masa de los esclavos africanos y a la imposición de un nombre procedente del santoral católico.
2. Ver «Reglas para los hacendados que aspiran a proporcionar a sus esclavos la instrucción religiosa», citado por Manuel Moreno Fragnals, *El Ingenio*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
3. Fernando Ortiz: «La música sagrada de los negros yorubas en Cuba», en *Estudios etnosociológicos*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991: 92.
4. Vale aclarar que el criterio de filiación racial, para el análisis de este fenómeno en Cuba, no cuenta con una referencia que aporte parámetros antropológicos de medición, por lo que a los efectos investigativos asumimos la estandarización de lo blanco-mestizo-negro convencionalmente, según el color de la piel.
5. Estos criterios son avalados por los resultados del estudio de campo llevado a cabo por Rodrigo Espina y Magdalena Pérez, investigadores del Centro de Antropología del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente, y presentado al evento internacional Antropología 94.
6. Las personas blancas han estado presentes en estas prácticas desde épocas anteriores, aunque no mayoritariamente. Ejemplo de ello es que a mediados del siglo XIX la sociedad secreta Abakuá creó una *potencia* o *tierra* de blancos.
7. La presencia de vestigios de lo aborigen se pone de manifiesto en algunos elementos de la liturgia en las creencias religiosas de origen africano, tales como el hacha petaloide asociada al orisha Shangó, la ofrenda de maíz a algunas deidades, el uso del tabaco y otras

manifestaciones, lo que Fernando Ortiz denominaba «...una especie de pervivencia selectiva» en *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, (La Habana: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1951).

8. Véase Rómulo Lachatañeré, *El sistema religioso de los afrocubanos*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1992: 168; y Rafael L. López Valdés, *Componentes africanos en el etnos cubano*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985: 201.

9. Véase Lydia Cabrera, *El Monte*, La Habana: Ediciones CR, 1958.

10. Véase Lydia Cabrera, *La sociedad secreta abakuá*, La Habana: Ediciones CR, 1958: 245.

11. *Ibíd.*: 116.

12. Esta valoración constituye un resultado de investigación de Marcos Marín y Odalys Buscarón, del Centro de Antropología del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente. (Trabajo presentado al evento internacional Antropología 94.)

13. El trabajo de campo se realizó en 1994-1995, a través de encuestas y entrevistas aplicadas a mujeres residentes en Ciudad de La Habana. La autora participó como colaboradora del Departamento de Estudios Sociorreligiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). Una primera versión fue presentada en el 1 Encuentro Internacional de Estudios Sociorreligiosos, celebrado en Ciudad de La Habana en 1995.

14. Véase la investigación realizada por el Departamento de Estudios Sociorreligiosos del CIPS, a cargo del Dr. Jorge Ramírez Calzadilla. (Inédita.)

© TEMAS, 1996

Controversia

La globalización: una mirada desde la izquierda

Juan Valdés Paz
José Cademártori
Elvira Concheiro
Jaime Estay
Jorge Gilbert
Janette Habel
Klaus Meschkat
Manuel Monereo Pérez
Jaime Osorio
Lourdes Regueiro
Eduardo Ruiz

Juan Valdés Paz (moderador). Esta reunión se propone una discusión sobre los problemas de la globalización en el mundo contemporáneo. Se trata de un tema poco tratado en el debate público aquí en Cuba. Algunos de los tópicos que vamos a sugerir se dirigen a introducimos en esta problemática.

La primera cuestión es ¿a qué fenómeno de la actualidad se alude bajo el término de globalización?; ¿cuál sería el carácter de esta globalización?; ¿bajo qué criterios podríamos caracterizar lo que hoy se llama globalización en los medios académicos y en términos políticos?

Manuel Monereo. Es necesario entender la mundialización como una reorganización de la economía en el mundo capitalista. Parto de la idea de que existe una economía-mundo y por tanto una relación internacional específica. Estamos en una etapa de reorganización capitalista a la que corresponde una intensificación de las relaciones sociales. Y pongo mucho hincapié en los términos de las relaciones sociales y no solo en las económicas.

Esta definición no responde únicamente a criterios objetivos, de desarrollo de las fuerzas productivas, los medios de comunicación, la emergencia de nuevos sistemas tecnológicos; sino que, cualitativamente, es un proyecto político.

Hay muchas formas socialmente posibles de gobernar el proceso de mundialización. Y hoy se opta por una forma específica de globalización, en el marco de la ofensiva neoliberal. ¿Cuáles son las consecuencias de este proceso de globalización, y por tanto, su carácter? Digo que son básicamente tres.

La primera, una acentuación dramática de la desigualdad a nivel internacional. Desde mi punto de vista, la globalización significa, básicamente, un incremento

dramático, estructural, de las desigualdades, mediante un mecanismo de integración-exclusión. La vieja idea del desarrollo -un proceso mundial, homogéneo, que a todos les llegaba el capitalismo, la industrialización- entra en crisis.

El segundo punto es la concentración de poder. Estamos ante la emergencia de un nuevo orden político-económico internacional, con poderes constituyentes, donde organizaciones como las Naciones Unidas pasan a un segundo plano. Estas son solo un aparato de legitimación del Grupo de los 7, el que se está convirtiendo en auténtico poder. Alrededor del soberano, que son las empresas transnacionales, hay una *lex mercatoria*, que está articulando este proceso.

Y el tercer elemento es el declive relativo del Estado-nación y los procesos de transnacionalización.

El desafío frente a este proceso es definir estrategias frente a esta mundialización triádica, excluyente, que articula a los grandes centros protagónicos del desarrollo. Fuera de este marco, solo una parte pequeña -los famosos tigres asiáticos-, han conseguido un cierto desarrollo.

Como eje central quiero enfatizar dos problemas. El primero es el de la democracia. ¿Qué papel le queda a la política y a la democracia nacional -que había sido el mecanismo de articulación de los trabajadores y los ciudadanos- en este mundo? El segundo es el tema del internacionalismo. ¿Qué debemos entender hoy por internacionalismo, en el marco de este proceso?

Juan Valdés Paz. La intervención de Manuel nos da pie para las discrepancias.

Jaime Osorio. No quiero discrepar, sino poner énfasis en un aspecto: la idea de que la globalización constituye un proceso irreversible, de integración y de constitución de mercados mundiales. Conuerdo en que hay distintas formas de lograr la constitución de un mercado mundial cada vez más desarrollado e integrado. El proceso que se está desplegando sienta la égida de un determinado proyecto político con las características que Manuel resaltaba: heterogeneidad, polarizaciones sociales, y demás.

A la luz de esta idea, me interesa resaltar que la globalización constituye una forma de crear civilización, que tiene efectos positivos y negativos, en los distintos terrenos -político, económico, social.

A mí me parece positivo que se vaya constituyendo un gran mercado mundial, que haya procesos de integración y de apertura de las economías, que podamos acceder a bienes que se producen en distintas regiones. Estos son aspectos civilizatorios. La forma en que se está haciendo me parece totalmente negativa, pues conlleva que algunos puedan aprovechar ese tipo de ventaja y otros queden marginados.

En el campo político también hay aspectos tremendamente positivos: la valorización de la democracia del individuo, de los ciudadanos, la pluralidad. La forma como los intereses hegemónicos que encabezan este proceso leen estos temas, los convierte en verdaderos fetiches, no les dan la dimensión que deben tener a la democracia, la pluralidad, la ciudadanía.

Como este proceso tiene esta contraparte de intereses que reduce sus ventajas, yo lo llamaría un proceso civilizatorio bárbaro. Creo que hay que tener cuidado en cómo enfrentamos políticamente los aspectos bárbaros de este proceso civilizatorio, teniendo cuidado a su vez en no tirar por la borda todo lo que de civilizatorio pueda haber. Porque se nos pueden ir valores, procesos y eventos muy importantes, por querer condenar la forma que ese proceso está tomando, olvidándonos que podría tomar otra dirección, dentro de otro proyecto político y económico.

Juan Valdés Paz. Quizás podamos insistir en los aspectos contradictorios de este proceso, puesto que se han apuntado, pero no han sido desarrollados.

Klaus Meschkat. Aunque el análisis de Manuel fue bastante completo, para mí falta un elemento esencial para entender las contradicciones de este proceso de globalización. Si bien hay una creciente libertad de movimientos para el capital y con esto se completa la creación de un mercado mundial en el sentido amplio, -y se completa la prognosis de Marx en el siglo pasado por primera vez- hay una mercancía específica que no es móvil o cuya movilidad está restringida: la fuerza de trabajo. Y esto quiere decir que, al lado de esta creciente movilidad del capital, la fuerza de trabajo está necesariamente restringida. Ustedes en América Latina reconocen este fenómeno entre México y los Estados Unidos. En Alemania, después de la caída del muro de Berlín, hay otro muro, que es la frontera entre Polonia y Alemania. Y a veces los mismos que antes incitaron a que la gente saliera de un país determinado, ahora impiden que entren en la esfera de la Comunidad europea.

Este tipo de globalización se vincula con fenómenos no tanto de civilización como de barbarie. Esta es también la clave para entender que, junto con este proceso de globalización, vemos el resurgimiento de la xenofobia, del nacionalismo, que nos parecían ya superados.

Eduardo Ruiz. Es necesario recuperar la dialéctica de las contradicciones. No creo que en el capitalismo pueda haber fácilmente procesos civilizatorios propiamente tales. Cuando hablamos de neoliberalismo, tenemos que referirnos al sentido político y discriminatorio que tiene, y lo que significa el neoliberalismo real como recuperación de posibilidades anticrisis y de consolidación dentro del capitalismo. Habría que llamarlo neoconservadurismo. De tal manera, la globalización es una expresión de ese neoconservadurismo.

Naturalmente, lo que busca es mejorar la rentabilidad del capital. Esta teoría viene del siglo XIX, con la esclavitud. No es nueva. Es ilusorio creer que el capitalismo actual, para defenderse y mejorar la rentabilidad, podría humanizar, por decirlo así, este proceso de globalización. Concebirlo así sería no entender qué quiere decir capitalismo y cuáles son las formas reales de explotación que tiene.

La globalización no es simplemente un desarrollo de las comunicaciones y los intercambios. Eso nadie lo puede rechazar, se trata de algo que históricamente tiene que ir sucediendo. El problema es que lo asume el proceso de concentración del capital y lo transforma en un fenómeno capitalista neoconservador. Hay autores -como Chomsky- que sostienen que en este momento los organismos multilaterales financieros mundiales no están dirigidos por los Estados capitalistas, sino por las transnacionales financieras. No estamos ante una negociación puramente política para mejorar las condiciones, sino enfrentados al salvajismo en la rentabilidad del capital y fundamentalmente del capital financiero.

Jaime Estay. Quiero insistir en un par de cosas ya planteadas, que habría que poner en el centro de un acercamiento inicial a la globalización, como fenómenos que se encuentran detrás del proceso. Por una parte, enfatizar la idea de que una cosa es el proceso mismo de globalización -en términos de las tendencias objetivas que a través de él se expresan- y otra las formas que asume, dado el contexto social, nacional e internacional en que se desenvuelve. A esto yo agregaría un tercer elemento: identificar cuáles son las formas bajo las que se presenta el proceso de globalización. ¿Qué se nos ha hecho creer respecto de lo que este significa? En América Latina hay que hacer un esfuerzo muy profundo para tratar de limpiar conceptualmente a la globalización, para quitarle un conjunto de significados, que

de manera muy interesada se le han ido asignando. Y bajo esa perspectiva, habría que analizar todo lo que se ha dicho en los últimos años acerca del proceso de globalización.

Habría que revisar la novedad. ¿Qué tan nuevo es lo que estamos llamando globalización? ¿Hasta qué punto -pensando en las versiones más extremas- la globalización rompe absolutamente con todo el funcionamiento de la economía mundial? ¿En qué medida se trata de un proceso que inaugura una nueva época, por completo diferente? Y no solo una nueva época, sino hasta qué punto estamos ante un proceso que indica el fin del desarrollo histórico de la humanidad -tanto desde el punto de vista del seguimiento de las tendencias concretas, como desde el de las discusiones que se han dado en distintos momentos. Y tomar en cuenta que se ha atravesado también por momentos de profundo cambio en la economía internacional y de mayor vinculación entre los distintos países.

Habría que tener a la mano la discusión que se dio a principios de siglo, que me parece muy importante, en torno a la aparición del capitalismo monopolista, de los monopolios expandiéndose a nivel mundial. Ahí se dieron discusiones muy interesantes acerca de si en ese momento se estaba formando o modificando una economía mundial.

Además de la novedad, habría que considerar el problema de la linealidad del proceso de globalización. Se nos intenta presentar un proceso absolutamente lineal, al que habría que oponer la idea de un proceso discontinuo, en el cual hay profundas rupturas. Es necesario revisar estas rupturas, las grandes crisis cíclicas que ha habido a comienzo de los años 80, un momento de retroceso en algunos sentidos de esa tendencia a la globalización.

Y, sobre todo en América Latina, habría que revisar un tercer elemento: la idea de la imperatividad del proceso de globalización, que llegaría hecha a nuestros países, y solo nos queda tomada tal cual es. La visión de que, además de que no se puede hacer nada, tampoco convendría, porque el mundo globalizado es el mejor de los mundos posibles.

Es necesario dejar al descubierto las profundas contradicciones que trae consigo este proceso. Se decía hace un rato -y estoy de acuerdo- que la globalización acentúa no solo la subordinación, en el interior de las economías y entre los países, sino la exclusión. Parece que ahora el problema no es tanto bajo qué forma se subordinan sectores sociales completos, países y regiones completas del mundo, sino que hay sectores, regiones y países que quedan excluidos del funcionamiento del sistema; no es cuánto se explota, sino si se explota o no. Si tienen algún papel, en este nuevo orden mundial, regiones completas del planeta, o países, o millones de habitantes de los distintos países -lo que es evidente en América Latina, pero que también ocurre en los países desarrollados.

En resumen, hay que poner énfasis en la manera en que falsamente se ha entendido el proceso de globalización en América Latina, en la manera tan interesada en que ese proceso ha sido mostrado ante todos los habitantes de la región. En esta idea falsa de que la globalización es la llave mágica que nos va a permitir el salto al Primer mundo; que globalizar es homogeneizar; y que un mundo globalizado es un mundo homogeneizado e igualado hacia arriba; que cuando América Latina se globalice, va a funcionar igual que los países del capitalismo desarrollado.

Y a esta idea habría que oponer otra -nada nueva, pero muy importante-, la del desarrollo desigual, de profundización de las desigualdades del desarrollo a nivel internacional y a nivel nacional.

Juan Valdés Paz: Quisiera sugerir una nueva pregunta. Se ha apuntado cómo este proceso de globalización impacta al conjunto de las sociedades del planeta de

manera diferenciada. Uno de los viejos temas es que este sistema mundial está constituido por un centro y una periferia. Quizás fuera útil ahora analizar cómo ocurre la globalización en el centro y en la periferia -ya que aquí tenemos representantes de países más y menos desarrollados, y de países muy subdesarrollados.

Janette Habel: Yo quiero insistir sobre los factores y las contradicciones tanto en el Norte como en el Sur. En primer lugar, reforzar la idea de Klaus de que hay una mercancía -la fuerza de trabajo- que no tiene la misma libertad de circulación que las otras. Eso alimenta el antagonismo entre sectores asalariados o no asalariados del Sur, con sectores asalariados del Norte. Ese es un desafío muy importante de la globalización en curso.

En segundo lugar, la diferenciación está en la heterogeneidad del Norte y del propio Sur. La tecnología, por ejemplo, en el Sur no es un todo homogéneo. Hay diferencias colosales -para poner dos extremos-, entre el sureste asiático y África. En el Norte, también existen contradicciones, particularmente entre la Unión europea y los Estados Unidos, por conquistar nuevos mercados, que se concretiza también en la política hacia América Latina. Es un factor que no se debe subestimar, porque no estamos a nivel de conflicto, pero sí de tensiones y contradicciones importantes a nivel comercial.

Y, por último, la contradicción que se manifiesta más en el Norte, por supuesto, entre el Estado-nación y la regionalización y la globalización. Yo no creo que las multinacionales ya puedan sustituir al Estado-nación; hay un fenómeno de multinacionalización, pero todavía aquellas tienen su raíz en un Estado nacional que les facilita su acción; por lo menos a nivel europeo esto es obvio.

Y es que no hay poder político ni económico de última instancia a nivel internacional. Cuando hay que rescatar a México intervienen el Fondo Monetario Internacional (FMI) y los Estados Unidos; pero eso ocurre una vez. No se trata de un poder económico de última instancia, que no existe.

Para mí, lo más obvio es el problema que tenemos a nivel europeo, con la construcción de la Comunidad. Se trata de un reforzamiento colosal del centro de Bruselas, a nivel político, y un papel cada vez menor, aunque no llegue a la desaparición, del Estado nacional.

Lourdes Regueiro. Coincido con Jaime en que lo primero es identificar lo realmente nuevo en el proceso de globalización, y en ese sentido las ciencias sociales requieren un ajuste de cuentas sobre la legalidad de este proceso. En la perspectiva de América Latina, la visión neo liberal de la globalización descalifica la concepción del desarrollo según la cual la inserción de la región en la economía mundial y regional habría de producirse a partir del incremento de las exportaciones de productos con mayor valor agregado, resultantes del proceso de industrialización.

El concepto de globalización que hoy se impone, y las políticas instrumentadas en nombre de esa concepción, suponen la competitividad como articulador de toda inserción y la idea de que no se puede ser competitivo si no hay homologamiento tecnológico en la frontera internacional; esto entraña un retroceso en el concepto de desarrollo asociado a la industrialización en América Latina, y en la práctica se viene produciendo una restructuración productiva que apunta a una suerte de «reprimarización» de las exportaciones latinoamericanas.

En torno a las implicaciones de la globalización yo plantearía dos interrogantes: ¿Qué entender y cómo concebir el desarrollo en América Latina dentro de la globalización? ¿Significa la globalización la renuncia a los procesos de

industrialización en nuestra región, y en qué medida esto es legítimo desde el punto de vista económico, social y cultural?

Esto lleva al otro problema expuesto por Janette, el de la regionalización. Creo que resulta mucho más nítida la tendencia a la regionalización de la globalización que a la globalización en términos absolutos. El hecho es que la globalización también ha puesto en un lugar crítico a los procesos de integración entre países periféricos, y cuestiona su viabilidad. Parecería que hay una contradicción entre globalización e integración entre países periféricos, pues una integración exitosa requeriría un polo industrial hacia donde gravitara ese proceso, y el nuevo orden descalifica la industrialización en nuestros países como estrategia de desarrollo.

En este sentido me parece importante identificar diferentes formas de asumir la globalización, y que en el caso de América Latina esto ocurre «a la americana» con las expectativas de adhesión de los países latinoamericanos al Tratado de Libre Comercio (TLC) de América del Norte.

Yo creo que valdría la pena plantearse dos problemas más: primero, de ser viable la integración entre países periféricos, ¿permitirían estos procesos una cierta desconexión dentro del propio sistema capitalista? De hecho hay regiones y subregiones que están «desconectadas» de las corrientes orgánicas de capital. ¿Cómo funcionarían, dentro de ese patrón global, esas regiones relativamente desconectadas o excluidas?

Jorge Gilbert. A mí me pareció muy interesante la pregunta, y la forma en que la formuló Juan me parece decisiva: ¿cómo se ve este proceso de globalización desde la perspectiva del centro y de la periferia? Como un miembro del Tercer mundo que ha vivido y trabajado por 20 años en el Primer mundo, entiendo que este es un asunto que requiere una discusión más amplia. A partir de la caída del muro de Berlín se ha cerrado un conflicto entre el Este y el Oeste, pero se abre uno nuevo entre el Norte y el Sur. Ya no existe la amenaza del color rojo, ahora incluso estamos haciendo el amor con los rusos, pero sí se ve una confrontación muy fuerte entre países subdesarrollados y desarrollados. Y esto a nivel ideológico, a nivel de justificación dentro las sociedades del Primer mundo se presenta básicamente a través de tres problemas: la droga, la inmigración ilegal y el medio ambiente y los problemas ecológicos.

Los países del Norte empiezan a desarrollar una serie de estrategias con respecto al Sur. En este momento, la mano de obra, que antes tenía atractivo para ellos, ni siquiera les preocupa. Incluso en términos de los recursos naturales, se ha comprobado que los japoneses hoy en día han logrado producir sintéticos para remplazar muchos productos naturales. Muchas veces el interés por nuestra región no es por recursos naturales, sino por espacios marítimos o espaciales; y para ir a botar la basura que los movimientos ecologistas no les permiten en sus propios países.

Esta confrontación entre Norte y Sur se va agudizando, y se produce una tremenda insensibilidad por parte de los países desarrollados, pues mientras en el Tercer mundo estamos luchando por la sobrevivencia, en el Primer mundo se está hablando de la calidad de la vida.

Juan Valdés Paz. Manuel aludió antes al asunto del neoliberalismo, que luego fue retornado por Eduardo. La cuestión que quiero plantearles ahora es: qué relación guardan las políticas neoliberales con lo que hemos venido discutiendo.

Manuel Monereo. Quiero apuntar dos cuestiones. La primera es que la izquierda se equivoca cuando no lee autores conservadores. Y, sobre todo, creo que en la izquierda

latinoamericana ha habido escasos debates de la hipótesis manejada por alguno de estos autores acerca de una guerra entre civilizaciones. Ese es un tema a pensar, fundamentalmente porque resulta también un mecanismo cultural de occidentalización del pensamiento.

El componente más fuerte de esta situación es la mundialización de la comunicación -o de la incomunicación. Esta constituye un elemento decisivo en el control de las grandes transnacionales sobre el sentido común de la gente. Y afecta la identidad personal.

Se trata de un poder de aculturación, ante el cual fenómenos como el fundamentalismo y el nacionalismo resultan una respuesta, si se quiere, a un proceso de pérdida de identidad. Se dice que la modernidad significa un desanclaje y un reanclaje. El desanclaje del capitalismo ya transnacional implica un reanclaje, la cuestión es dónde. Es necesario advertir esa pérdida de identidad del yo individual en el marco de un conflicto colectivo, cómo afecta a los individuos y cómo reaccionan los individuos ante eso.

No podemos ser unilaterales ante el fundamentalismo. Y no quiero decir que tenga una opinión positiva al respecto. Pero no podemos terminar actuando como mano agresiva contra el fundamentalismo, cuando esa posición a lo mejor lo que quiere es, digamos, los pozos petroleros de los países árabes.

El segundo elemento que yo priorizaría en la reflexión es que la globalización significa una apuesta por el peor lado del capitalismo, por su contrariedad con el medio ambiente global. Se puede decir que la mundialización equivale a exacerbar los problemas globales y la crisis ecológica a nivel internacional, haciéndola mucho más grande e incontrolable, en la medida en que es una occidentalización del mundo y que nos impone modelos de desarrollo. Por ejemplo, la asunción por parte de China de este modelo de desarrollo. Se ha planteado lo que significará para el problema alimentario mundial el acceso -por cierto, con todo el derecho del mundo- a mayores niveles de consumo alimentario de los chinos. Se trata de la posibilidad de una crisis alimentaria mundial.

En un marco más global, no hay que hablar solo del aspecto económico, porque hay un aspecto cultural y de identidad. La mundialización sitúa la cultura como un tema central.

José Cademártori. Manuel tiene razón, la cultura pasa a ser un tema de primera importancia, pero es porque la economía sigue provocando unas transformaciones muy grandes en las relaciones sociales y en toda la sociedad a nivel nacional e internacional.

Para reenfocar la definición del proceso de globalización, yo quisiera partir de Marx y considerar aquella frase suya de que el capital tiene vocación universal. Yo creo que el capital no tiene límites desde el punto de vista del espacio geográfico.

Mañana vamos a ver fábricas en el espacio donde, por las condiciones al vacío, va a haber trabajadores creando productos para la Tierra. Por lo tanto es el capitalismo el que impulsa la globalización.

Pero lo ha hecho en distintas etapas y ha tenido factores contrarrestantes muy importantes. Yo creo que en el período 1930-1960 hubo un proceso que contrarrestó la globalización, pero a partir de los años 60, con el desarrollo de las transnacionales, se da un impulso tremendo a este proceso. Se incorporan grandes masas humanas de Asia. Esto es muy importante, porque modifica la composición de la población mundial desde el punto de vista económico. El grueso de la población trabajadora, de la clase obrera, ya no está en los países centrales, como se consideraba antes. Ahora los países centrales están disminuyendo considerablemente su participación en la clase obrera mundial. También es importante el hecho de que, si en un comienzo

la teoría podía plantear que el trabajo era un factor fijo, ahora tenemos trabajadores que se mueven de un extremo a otro del mundo, y una composición de la clase obrera cada vez más multirracial y diversificada desde el punto de vista cultural en todos los países centrales.

Este es un factor nuevo -aunque ya tocado por Marx en relación con el problema de Irlanda y de la situación de la clase obrera inglesa- que agrega nuevos elementos de contradicción, donde están los factores culturales.

No se puede entender la globalización sin ver primero el papel del capital, pues este es el que desarrolla -en las nuevas condiciones, bajo la forma de las transnacionales el proceso de globalización mundial. En este plano, la profundización del estudio del papel de las transnacionales y su impacto económico es decisivo. Por ejemplo, las transnacionales atacan al Estado-nación en muchos aspectos. ¿Cómo es posible que la clase obrera norteamericana, por primera vez, haya salido a las calles en lucha contra el TLC y otros sectores en los Estados Unidos hayan estado contra el TLC, cuando la posición a favor del TLC es la posición fundamental de las transnacionales y del gobierno norteamericano? ¿Cómo se explica eso?

A mi juicio, se explica porque la globalización está creando nuevos problemas, uno de los cuales es que desarrolla un nuevo tipo de contradicciones entre las transnacionales y los Estados nacionales.

Eso ya lo veíamos en los países dependientes, subdesarrollados. Pero lo vamos a ir viendo cada vez más en los países centrales. Porque los Estados nacionales están ante la alternativa de limitarse a seguir pasivamente la estrategia de las transnacionales -que es lo que hacen-, con lo que dejan de lado su influencia política en grandes sectores de la población obrera, e incluso, la pequeña burguesía; u optar por otra política.

Lo otro que quería apuntar es que la exclusión, de la que tanto se habla, no es tan absoluta como se dice. En mi modo de ver África no está excluida. África es una reserva del capitalismo.

El proletariado que está cesante, abandonado, que no participa directamente de los procesos de producción, es siempre una reserva. El capitalismo no se puede desarrollar sin explotar a la clase obrera y esta es la población de reserva en el mundo. Explota una parte, deja la otra cesante. Nunca ha tenido como misión incorporar a todos los trabajadores, a toda la población. Explota a una parte al máximo y a la otra la deja en reserva.

Me parece también muy importante señalar la evolución que ha tenido la tasa de plusvalía a nivel mundial. Esta empezó a modificarse en los años 60 con el desarrollo de las transnacionales, con la incorporación de las masas obreras que venían del campo en Asia y que ahora, con China, se abre una tremenda fuente. Eso ha desarrollado nuevas contradicciones también.

A mi juicio, todo lo que pasa en Europa se explica a partir de ese hecho, de la necesidad que tiene la burguesía europea de recomponer su tasa de plusvalía y estar a la altura de la superaploación de los pueblos de Asia y de América Latina. Entonces surge este tipo de nuevas contradicciones.

Klaus Meschkat. Cuando se habla de Norte y Sur, se sugiere una cierta homogeneidad, como si los intereses del Norte fueran compactos y opuestos a los del Sur. Es cierto que la diferencia entre los países del Norte y del Sur ha aumentado. Pero también es verdad que dentro de los países centrales -y yo vengo de uno de los países más ricos del mundo, Alemania- las diferencias internas han aumentado, como una consecuencia inmediata de los cambios globales. Y la fuerza de la clase obrera organizada se ha visto disminuida como consecuencia de esos procesos.

Estamos ahora en una situación donde muchos de los logros de la clase obrera, condicionados por la posición fuerte de su Estado nacional en la división internacional del trabajo, están en peligro, declinan. Incluso los sindicatos más fuertes pierden miembros. En mi país, hay 4 millones de obreros cuya situación empeora. Tenemos una discusión sobre –no sé bien cómo traducirlo– el lugar-Alemania, dentro de una estrategia de las multinacionales, que hace muy problemática la estrategia de los sindicatos. Nos amenazan con frases como que los sindicatos no estamos aislados, que los empresarios pagan aumentos salariales y distribuyen subsidios para el desempleo y que ellos van a invertir primero en Portugal y después en algún país asiático, donde las condiciones para la inversión son mejores.

Eso no quiere decir que no haya una inmensa diferencia entre la situación de un desempleado alemán y la de un ciudadano promedio en un país de África. Naturalmente. Pero eso no obsta para que el aumento de las diferencias sociales no se haga sentir también en los países ricos.

Jaime Estay. Quiero referirme a tres puntos. El primero es que no estamos ante contradicciones nuevas. Los problemas Norte-Sur, o capitalismo desarrollado-capitalismo subdesarrollado son viejos. Lo que probablemente ocurre es que, con el fin de la Guerra Fría, esos viejos conflictos y contradicciones parecen tener un lugar nuevo, al igual que los conflictos entre los propios países desarrollados -que tampoco son nada nuevo, pero aparecen siendo un objeto especial de atracción, ahora que el enemigo común ha perdido vigencia. Desde luego, los conflictos que ocurren en la actual economía mundial no se reducen a los problemas que pudiera haber entre los centros y las periferias, (y tal vez sería bueno identificar los varios centros con sus respectivas periferias). Pero en todo caso, lo que me interesa apuntar es la idea de que tanto en el centro hay pedazos de «periferia», que van adquiriendo una importancia creciente -los pedazos de Tercer mundo que están en las sociedades desarrolladas-, como también en las periferias hay unos buenos pedazos de «centros», que funcionan sobre bases totalmente distintas al resto del capitalismo atrasado. Son los trozos globalizados, importadores-exportadores, vinculados a la banca internacional, a las grandes transnacionales.

La segunda idea es que el concepto de globalización no solo traduce tendencias objetivas, sino también contradicciones. No se trata solo de tener presente que esta tendencia a la globalización o mundialización es contradictoria, sino que cada uno de los procesos específicos mediante los cuales va tomando cuerpo, también lo es.

Uno puede encontrar problemas de pérdida de identidad, pero también encuentra procesos de reafirmación -y a veces bastante violenta- de la identidad, que llegan a expresarse en conflictos armados y que tienen un componente de nacionalidad bastante fuerte. La globalización o mundialización no implica una desaparición del Estado-nación, aunque puede llegar a significar la desaparición de estados o naciones específicos. Pero el Estado-nación sigue existiendo, en la medida que le sigue siendo funcional al gran capital, como base de sustentación de la gran competencia a nivel mundial. Por lo tanto, ahí hay un proceso que, en principio, es contradictorio. Las propias transnacionales niegan muchos aspectos del Estado-nación, pero también reafirman otros y se apoyan en él como trampolín para poder competir internacionalmente.

En América Latina, parece que el capital se desarrollara sobre la base solo de negar el Estado-nación. No se ve claro que el gran capital que intenta moverse a nivel global tenga funciones muy definidas, como me parece que sí las tiene en los países desarrollados. Pareciera que en América Latina hay una negación, lo más fuerte posible, del Estado-nación, que es la perspectiva de los propios grandes capitales que funcionan en la región.

Y el último punto, que es la cuestión del neoliberalismo. Este es la forma más salvaje asumida por la globalización. Para mí es una manera de asumir lo que ocurre en el mundo -y no una de muchas, sino la manera en que desgraciadamente hasta ahora se ha asumido la reorganización capitalista. Hasta el presente el neoliberalismo aparece como una respuesta a una situación de crisis de funcionamiento global del sistema -no es solo eso, pero hasta ahora ha sido así. Un proceso mediante el cual se intenta orientar los mecanismos, por los cuales esa reorganización toma un sentido de funcionamiento ascendente de la economía mundial, como el que hubo en las décadas de posguerra y que se ha perdido en las décadas más recientes.

Jaime Osorio. Yo tomaría por cierta la afirmación de Manuel de que la izquierda latinoamericana no discute con el pensamiento conservador. Discreparía en que es una característica de la izquierda latinoamericana, me parece que es una característica de una izquierda mucho más amplia. Esta incapacidad de debate y de lectura del pensamiento conservador podría interpretarse como una forma de defensa e identidad, desde una perspectiva también conservadora, en este caso de la izquierda.

Se ha manejado la idea de que lo que caracteriza al mundo futuro es la confrontación de culturas y que, detrás de este proyecto ideológico y político, lo que está en juego es la idea occidental de cómo entender la cultura, la filosofía, etcétera. Se trata de que todos los valores occidentales son los que tienen que prevalecer en el mundo que viene, porque esos son los valores positivos. Sin embargo, yo diría que es la forma como lo entiende el pensamiento neoconservador acerca de la política y de la cultura, el individuo y la democracia. Son estos los valores que este discurso conservador está lanzando como modelo de organización del mundo.

Y esto efectivamente trae problemas demasiado serios. Trae lo que aquí se ha destacado ya, el problema de una lucha por la identidad. La pregunta que yo me haría es qué es la identidad hoy día en este mundo. Si la identidad que tenemos que defender hoy es la misma que cincuenta o cien años atrás. El sentido común nos puede llevar a la conclusión de que no es la misma. Hay cosas que están variando. Este es un primer problema.

Un segundo problema es que en esta defensa de la identidad puede haber formas de defensa hacia atrás y hacia adelante. Tengo la impresión de que muchas de las guerras que se desarrollan en Europa son una forma de defensa de la identidad hacia atrás. Los fundamentalismos, en la forma en que están planteados, independientemente de que haya una forma de defensa del Estado nacional, están apuntando hacia una forma pasada de defensa de la identidad.

Sin embargo, en América Latina -y en México, en particular-, me da la impresión de que se está dando una forma avanzada de defensa de la identidad. Lo que está ocurriendo en Chiapas, lo que está haciendo el movimiento de los zapatistas de reclamar autonomías indígenas, formas de organización y de autonomía de, los movimientos indígenas, está mostrando cómo se puede entender el problema de la identidad en un mundo que se globaliza.

¿Cómo podríamos recuperar lo que yo llamaba los aspectos civilizatorios de la globalización? No podemos renunciar al intercambio cultural, ni al intercambio que los medios de comunicación están haciendo. Podemos discutir muchos de los valores que a través de esos medios hoy día se están desarrollando. Y creo que el ejemplo del subcomandante Marcos es muy claro al respecto. Marcos utiliza el Internet, el correo electrónico, todo lo que se podría llamar el aspecto civilizatorio de la globalización y al mismo tiempo plantea una defensa de la identidad que me parece progresista.

Elvira Concheiro. Quisiera regresar a un punto tocado antes y que se relaciona con este tema: el problema de la movilidad de la fuerza de trabajo; y la libertad de las mercancías. En general, como un requerimiento de los procesos capitalistas. Este rasgo no es nuevo, pues tuvo una gran significación durante el siglo XIX y todo el siglo XX.

Como defensa frente a ese problema de la movilidad de la fuerza de trabajo, y otros similares, se genera durante el siglo XX lo que conocemos como Estado social. Y este Estado, en la lógica propia del capitalismo, distorsiona estos procesos. No solo protege a la fuerza de trabajo, sino que extrae de la circulación de mercancías pedazos de tierras, o algunas provisiones como pudieran ser las medicinas, etcétera, que quedan marginadas de esta circulación. A esto responde ahora el neoliberalismo, oponiéndosele a este efecto de distorsión generado por el Estado social. Y se está confundiendo este desmantelamiento del Estado social, que sí se está produciendo en todos estos países, con la existencia o no del Estado-nación.

En este desmantelamiento, lo más importante es el aspecto político más general de dominación que se está replanteando. Incluso las formas de dominación se modifican, sobre la base de un nuevo predominio de lo privado y una condena a todo lo social.

Así, se generan nuevas formas de dominación, que podrían implicar una participación de los grupos de poder económico de una manera más directa en los asuntos políticos, mediaciones diferentes, o menos mediaciones, de las que existían desde el punto de vista político, ideológico y jurídico. Es decir, estamos ante lo que podría llamarse una nueva dominación, en el sentido de que hay una rearticulación de poder económico, un nuevo matiz jurídico para desmantelar el Estado social y también un nuevo discurso ideológico, al cual se ha hecho referencia aquí.

Por otra parte, hay tareas políticas que no se han abordado en todos los países; por ejemplo, esos procesos de democratización que vemos en algunos países de América Latina en condiciones absolutamente limitadas, y que nos remiten a un problema de cómo están sus fuerzas políticas. La gran tarea consiste en analizar en qué condiciones políticas y qué tareas plantean estas transformaciones.

Juan Valdés Paz. Le voy a pedir a Eduardo Ruiz que cierre este punto.

Eduardo Ruiz. La verdad es que no sé si voy a cerrarlo o a reabrirlo. Quiero recuperar algo de lo planteado por un compañero, en términos de lo que han significado las modalidades capitalistas del último tiempo, para lograr un recrudecimiento de las diferencias, los antagonismos, los nacionalismos, los fundamentalismos.

Vale la pena retomar lo que ha sido la historia de la construcción teórica interpretativa en el mundo, y cómo vemos el surgimiento de las ciencias sociales occidentales, muy marcadas a fines del siglo XIX y principios del XX. En buena medida, para responder a la interpretación del capitalismo que ya había planteado Marx, pero imbricados en una problemática global, y rescatando lo fundamental -por ejemplo, de su análisis sobre la Comuna de París- para poder formular lo que podría ser la concepción de una sociedad no conflictiva.

La cuestión es en qué medida, un siglo después, a fines del siglo XX, estamos asistiendo a lo que podría ser la gran derrota cultural de la humanidad; es decir, los dos grandes cuerpos de formulaciones de organizaciones sociales, políticas y económicas del hombre -el capitalismo y el socialismo real- constituyen el gran fracaso del siglo XX. El capitalismo, por lo que estamos aquí tratando de reseñar en cuanto a sus defectos, y el socialismo real -le pongo este adjetivo, porque creo que el socialismo es una de las concepciones teóricas que subsistirá en el siglo XXI, con

todas las redefiniciones y recapitulaciones que haya que hacer. Las asumo como grandes fracasos, que no permiten a los pueblos advertir las formas en que pueden insertarse en una historia de la humanidad que respete sus identidades e intereses.

Este fracaso implica también una derrota de las propias interpretaciones de las ciencias sociales, en la medida en que no estamos a la altura de este desafío, comparado con lo que se creó un siglo atrás. La cuestión que quiero plantear es qué parte de lo que se ha creado, en términos realmente esenciales para la humanidad del siglo XX será rescatable en el siglo XXI, y cuáles serían las revisiones fundamentales.

Juan Valdés Paz. Yo propongo un corte aquí en este tópico. Tengo dos preguntas para ir cerrando la discusión. La primera se refiere a las contradicciones. Algunas corrientes políticas y de pensamiento -recuerdo lo planteado por Gorbachov acerca de la *perestroika*— habían insistido en que este proceso daba lugar a problemas globales -y aquí se mencionaron algunos. Pero los problemas globales aparecían no solamente como cuestiones en sí mismas, que nos atañían a todos, sino como aquellas cuya naturaleza soslayaba la diferencia centro-periferia, entre los actores, entre lo transnacional y lo nacional, los grandes y los chiquitos. Todos estaríamos enfrentados a estos problemas globales, identificados en un gran listado. De hecho, cada autor hace un nuevo listado de cuáles son estos problemas globales. Quisiera pedir ahora que nos acercáramos a esta perspectiva del asunto; es decir, la naturaleza, global o no, de los llamados problemas globales. Me parece que esto es necesario antes de entrar en la segunda y última pregunta: ¿cuáles son, si es que existen, las formas de lucha para enfrentar estos problemas, y desde qué alternativas?

Manuel Monereo. El tema de la occidentalización afecta mucho a la izquierda. Y yo me pregunto, para provocar un debate al respecto, hasta qué punto los marxistas no hemos sido también un vehículo de la occidentalización. Es cierto que hemos creado un movimiento mundial y hay siempre una contradicción entre lo universal, lo general y lo particular. Pero hasta qué punto no llevamos en nuestra gramática política una visión occidentalizada de esa realidad. En América Latina se advierte la incapacidad del marxismo realmente sistémico, o sea, el materialismo histórico, de comprender el problema étnico -a pesar de Mariátegui. Porque el marxismo -y digo el marxismo, no Marx- ha estado muy unido a una visión occidentalizada y a la idea de progreso. Y esta es una de las ideas más nefastas de la humanidad, que a mí me parece muy criticable. Porque es la noción de que todo va a pasar unilateralmente por un tiempo histórico. O sea, el indio es lo primitivo de nosotros, y por eso algún día llegará a nosotros.

El otro es el tema de la realidad. Cuando se habla de fundamentalismo, de capitalismo, de globalización, muchas veces se hace desde una visión unicéntrica del mundo. ¿Y qué le deja el capitalismo a las culturas? Hay una oposición radical del capitalismo, en esta fase, a la cultura -y a la cultura nacional en particular. Hay una uniformización creciente del mundo y una pérdida de la diversidad, no solo biológica, sino también cultural.

La izquierda del futuro tiene que valorizar, como un elemento esencial, la diversidad cultural. Yo no quiero una sola humanidad, una sola cultura, una sola lengua. Nosotros -como ecosistema-, a más complejos, más fuertes. Cuando los sistemas reducen complejidad son más débiles. Necesitamos la complejidad y la diversidad esencial de la especie humana, como mecanismo de conservación.

Para nosotros debe resultar un valor la necesidad de apoyarse en la diversidad cultural. Y saber que mientras que el mundo siga existiendo con todo su pluralismo habrá contradicción entre los proyectos civilizatorios globales y la humanidad. Pero

hay que trabajar la contradicción y no eludirla; trabajar sobre ella y valorizarla políticamente.

Y ya, por último, para empalmar con la última pregunta, tenemos que pasar del mito a la realidad. Por ejemplo, el internacionalismo, que ha sido una gran idea de una parte de la humanidad, pero que en verdad se ha producido escasamente. Momento fundamental del internacionalismo a nivel mundial fue la guerra de Viet Nam, donde se demostró la debilidad del internacionalismo, pero también su fuerza. Viet Nam pudo ganar con el apoyo de una convergencia de fuerzas muy diversas en todo el planeta.

El problema es diseñar un programa factible de internacionalismo. Las palabras ya sobran, los mitos hay que racionalizarlos. Deberíamos ponernos de acuerdo sobre cuáles son los ocho o diez mandamientos para recuperar el aliento internacionalista. Sería esencial buscar una convergencia, lo más amplia posible, para poner fin a la libre circulación de capitales y empezar a generar mecanismos de un sistema arbitral internacional. Significa gravar, nacionalmente, el capital. El internacionalismo de verdad empieza por dejar a un lado los grandes mitos y las grandes palabras, y cumplir más de lo que lo hemos hecho con las etnias de nuestros países, pues las han masacrado en nombre del progreso.

Para intentar ser internacionalistas modestos, no hay que pensar en una cuarta o una quinta Internacional, sino en volver a la primera. Es decir, volver a la Internacional de los seres humanos, la coexistencia de distintas culturas, la diversidad de posiciones y al encuentro real con cosas tan simples como ocho horas de descanso y ocho de trabajo; y tan importantes como el sufragio universal.

Janette Habel. Quería referirme al contraste entre la homogeneidad de la ofensiva capitalista a nivel internacional, que genera nuevos problemas globales, y la respuesta del movimiento progresista internacional, por llamado así.

En cuanto a la primera pregunta, solamente quiero subrayar el carácter muy unificado de los ataques hacia el Estado, que genera después homogeneidad también en los ataques a los sistemas de protección y de seguro social. Lo que a mí me llama la atención es la analogía que hay -a pesar de las diferencias de desarrollo de las economías, y demás aspectos- entre el tipo de ataques que hemos tenido en Europa (en Alemania y muy particularmente en Francia), y el carácter de los ataques en América Latina.

A eso habría que añadir también lo que señalaba Manolo, que es el intento -y tal vez eso sea lo más importante- de universalizar el modelo de democracia representativa. Y a este tema no le hemos dedicado ninguna atención.

Klaus Meschkat. Solamente quiero decir que yo estoy muy de acuerdo con la idea de Manuel acerca de la diversidad, no solamente por preferencias culturales, ya que uno se siente mejor con una humanidad más diversificada, sino también por las normas más elementales de sobrevivencia de la humanidad. Y esa sobrevivencia no es posible si nos imaginamos una humanidad donde todos los seres humanos quieran vivir en el estilo de consumo del ciudadano promedio norteamericano. No hablo solamente de lo que este ciudadano tiene, sino del estilo del consumo. Entonces podemos dar por terminada la discusión, porque ya habremos terminado con este planeta.

La diversidad, la necesidad de la diversidad también significa la conciencia -hablando yo como ciudadano de un país desarrollado- de que si no cambiamos esta perspectiva, vamos a contribuir a destruir este planeta. Si examinamos solamente la perspectiva, por ejemplo, en el bien de la industria automotriz alemana, de que todos los ciudadanos de este mundo se muevan en coches privados, podemos decir

que esto no es posible, no solamente porque no nos gusta, porque es un estilo culturalmente repugnante, sino porque el planeta no soporta eso.

Entonces, con esta referencia a culturas distintas no se trata de imprimir un tinte romántico de volver al pasado; sino es esta necesidad, pensando en términos globales, de lo que podemos nosotros aprender de los que tienen otra relación con la naturaleza. Esto también facilitaría un punto de salida para lo que pudieran ser futuras estrategias de la izquierda que las que hablaremos después.

Juan Valdés Paz. Mi intención al introducir este punto no era identificar un listado unánimemente aceptado acerca de cuáles son los problemas globales; sino escuchar criterios acerca de estos listados, donde se suelen incluir, interesadamente o no, determinados temas. Por ejemplo, para muchos de los autores o listados del Primer mundo, el desarrollo del Tercer mundo no es un problema global; o incluyen el problema ecológico, pero aduciendo que todos somos igualmente responsables frente a este -las estaciones atómicas de los países centrales y los pobres negros cortando árboles en el Sur-, como si todos atentaran por igual contra el ambiente.

Me parecía útil situar esta identificación de los problemas globales, porque también es un problema de las políticas, de cómo se enfrentan estos llamados problemas globales, aunque estuviéramos de acuerdo acerca de su listado.

Ahora voy a darles la palabra para tratar el último punto, que ya se ha venido adelantando, el de las formas de lucha frente a la globalización, el orden político implicado, los actores involucrados, y demás aspectos relacionados.

José Cademártori. Este problema pasa, entre otros factores, por la coordinación de las luchas de los pueblos, los trabajadores del mundo. Hay que retomar, desde los inicios, lo que puede ser una estrategia común para todos los pueblos.

Lo primero, a mi modo de ver, está en las nuevas formas de la lucha obrera y sindical. Todos hablan de una crisis muy grande en todos los países ante la ofensiva del capital. Obviamente, frente a la amenaza del capital, por ejemplo, de trasladar sus capitales de un país a otro y con eso cerrar fuentes de trabajo, se puede responder con una coordinación de las luchas.

En ese sentido se coloca todo lo que sea una política común en el plano económico, empezando por nuestra región. Hay un campo muy importante para establecer nuevos desarrollos, en torno a lo que fue la decisión 24 del Pacto Andino, es decir, fijar normas comunes para la inversión extranjera. En este momento es algo difícil, porque justamente la decisión 24 desató la ofensiva del capital imperialista, y una de las primeras exigencias que le hicieron a Pinochet fue retirar a Chile del Pacto Andino y tratar de boicoteado. Pero sigue siendo un elemento de referencia fundamental.

En este mismo campo, se puede retomar la idea del código de conducta de las transnacionales, que fue dejado de lado, destruido por completo en esta ofensiva neoliberal, porque no se aceptó. Sin embargo, el código de conducta de las transnacionales es una necesidad, y habrá cada vez más necesidad de regular la acción de las transnacionales.

Estoy de acuerdo con otras iniciativas en el campo financiero. Están surgiendo algunas que no vienen de los marxistas, como un impuesto al movimiento especulativo de capital, regulaciones internacionales al movimiento financiero y monetario.

La coordinación misma de los obreros de las transnacionales es un proceso que ha empezado hace años, el famoso Consejo de la Ford, de la General Motors. Se reúnen los trabajadores cada año o cada dos años en distintos países del mundo y ya han encontrado cierta efectividad en la coordinación de sus luchas. Nosotros

estamos empeñados en unir a los trabajadores de las transnacionales que operan en Chile. Por ejemplo, la Nestlé, tiene 10 fábricas de distinto tipo y en cada fábrica hay un sindicato distinto. Pero 5 estrategias de lucha tienen que ser comunes.

El capital en América Latina -en Chile, por ejemplo- se transnacionaliza rápidamente y tiene inversiones en Argentina. Y se reúne el Consejo de Seguridad Civil en Chile: para ver qué medidas de seguridad va a tomar. Entre otras cosas, se le asigna ahora al Ejército una tarea titánica, la de proteger las inversiones del capital chileno que está en Argentina.

El capitalismo va obligando a considerar los problemas internacionales. En ese sentido, hay toda una cantidad enorme de problemas y de reivindicaciones y, por lo tanto, de propuestas que hacer en las que estamos sumamente atrasados.

Jorge Gilbert. Más que proposiciones, tengo muchas dudas, muchas inquietudes. Acepto que hay estrategias comunes cuando nosotros hablamos de resolver problemas a nivel internacional, a nivel global, especialmente desde la perspectiva de la izquierda. Hay muchos problemas que tenemos que tomar en cuenta cuando nos estamos refiriendo a los países desarrollados y a los subdesarrollados. Dentro de los países desarrollados hay una crisis también. A veces la respuesta dentro de estos países es saltar sobre la gente que viene del Tercer mundo, lo que ocurre en Alemania, en los Estados Unidos. Hay sectores que están siendo afectados por la crisis. Pero el problema no está en el

Tercer mundo, ni en la inmigración ilegal, sino precisamente en ese modelo que están imponiendo los propios países grandes hacia afuera.

Eduardo Ruiz. En relación con el tema en debate, la izquierda latinoamericana - independientemente de lo bien planteados que estén sus análisis o no-, sí tiene relaciones de tipo internacional y vínculos extraordinariamente eficientes. El punto que quiero destacar es que, por lo menos en América Latina, hay un fraccionamiento infinito, por llamado de alguna manera, de las capas explotadas, empezando por las cuestiones indígenas, y siguiendo con los pobres, los informales, los desocupados, la diferencia rural-urbana. Es un abanico que está pulverizándose día a día. El papel de los intelectuales progresistas, en los términos que explicaba con anterioridad, de recuperar los derroteros fundamentales en dirección a las necesidades y proyectos de las mayorías en nuestros países, pasa a ser fundamental. Pero, naturalmente, los intelectuales progresistas tienen que superar una cantidad de cosas; en primer lugar, su individualismo, y recuperar las que fueron durante décadas las vertientes fundamentales que los informaron y los guiaron, que eran los intereses populares. Eso está muy perdido.

Estas son transformaciones y recuperaciones imprescindibles, y que permitirán la creatividad necesaria para incorporar a todas estas fracciones a un proyecto político nacional.

Las tendencias de tipo corporativo en torno a la participación popular latinoamericana son históricas. Por eso es bien difícil una movilización que no pase por recuperar los intereses más concretos y directos de las grandes fracciones explotadas.

Las luchas democráticas, en este momento, resultan una cuestión fundamental e importante. Porque grandes fracciones sociales no se interesan en la lucha política propiamente tal, ya que esta no les significa ningún aporte para la solución de sus problemas fundamentales.

Si examinamos los procesos electorales, veremos que mucha de la abstención es fraudulenta. Pero hay una abstención natural en sectores populares, que no ven en la política una solución. En la última elección en Guatemala, la abstención fue

prácticamente de las tres cuartas partes. Las elecciones las decidieron solo una cuarta parte de los habitantes del país. En definitiva, se eligió un Presidente que cuenta con el 8% del voto nacional. Esto es lo que da la elección en Guatemala.

Aquí hay una gran tarea de dimensión internacional, que significa el rescate de toda esta realidad en forma constructiva y de levantamiento de concepciones políticas y revisiones políticas.

Janette Habel. Se ha perdido lo que existía como expresión de solidaridad o movilización hacia el llamado Tercer mundo en una forma impresionante. Esta pérdida de interés es un fenómeno que caracteriza a casi todos los países europeos.

Este es un primer problema, al cual se puede responder dándole de nuevo importancia a ciertos temas. En este campo hay iniciativas, como las que se están produciendo frente al FMI y al Banco Mundial, cuando se toman determinadas decisiones. Eso, aunque es muy limitado, puede ser un campo de lucha.

Hay que convencer, rearticular o reformular los intereses comunes entre el Norte y el Sur. Y si no se parte de la idea de que hay intereses comunes, la vieja solidaridad de antes va a quedar suprimida. Formular respuestas en términos de intereses comunes, pues si no, por mucho que llamemos a la solidaridad moral, no va a dar ningún resultado. Hay que reflexionar en términos de cuál es la base de unidad común, objetiva, que puede haber. Y ahí me parece que el retraso es total, en términos de elaboración política y sociológica. Las respuestas son insuficientes. Para mí, ni siquiera estamos al nivel de estrategias, sino en uno más elemental -de elaboración, discusión, debates, coordinación-, a partir del cual se puedan precisar las respuestas.

Manuel Monereo. Mi intervención final debería titulada «Ideas para un internacionalismo modesto». La primera idea que quiero plantear es que este internacionalismo debiera tener dos componentes claves, uno de carácter programático y otro de carácter pluralista.

Habría que encontrar algunos ejes programáticos. El primero es poner fin a la ingobernabilidad del capital. Porque la única ingobernabilidad que queda ya es la del capital; todo lo demás está bastante bien sujeto. Y por tanto, poner freno a la ingobernabilidad del capital requiere de una perspectiva internacionalista, absolutamente.

Habría un segundo elemento, para mí clave en ese programa, que lo voy a llamar la química del actual modelo de desarrollo. En la perspectiva de un modelo, ecológica y socialmente viable, de desarrollo humano y sostenible, habría muchas posibilidades y convergencias sobre necesidades y otros aspectos.

La tercera idea es aspirar a un orden democrático internacional de hombres y de mujeres. Porque la situación peor, desde el punto de vista del género humano, es la de la mujer. He leído hace poco un artículo titulado «Faltan 100 millones de mujeres», donde se plantea cómo ha crecido el asesinato de mujeres, la muerte de millones de ellas, porque no son útiles. Hay un declive demográfico de mujeres que no tiene explicación. El tema de la mujer es fundamental.

El cuarto elemento es el del mundo del trabajo. Los problemas del medio industrial a nivel mundial hoy son acuciantes. Antes se hablaba mucho de la movilidad de la mano de obra. Pero la realidad es que hay un diferencial imposible de cubrir entre la movilidad electrónica -a la velocidad de la luz- del capital, y lo que el tiempo supone para la mano de obra. Y ese factor tiempo le da tal poder al capital que el trabajador no puede prácticamente compensado.

Los problemas de empleo, de relación con el trabajo, cuando está emergiendo un nuevo orden, una nueva organización del trabajo, son mundiales; y hay que seguir

fortaleciendo las relaciones entre los trabajadores. Y ya, por último, dos temas. Primero, el de la democracia, que sigue siendo un problema mundial, ya que las formas de dominación siguen siendo universales, y la lucha por el respeto a los derechos humanos sigue siendo universal en el mundo. Hay todo un terreno democrático, enormemente importante, que tenemos que tomar en cuenta.

Pero también superar una contradicción terrible de las democracias realmente existentes, que se articulan en un orden interno y externo. Por un lado, democracias internas que permiten explotar a los negros, a los palestinos. Y un mecanismo que plantea que la democracia incluye la «democracia» para la explotación de los pueblos. Y eso lo ha hecho el imperialismo: el de Inglaterra, Francia, España.

La lucha de la democracia como política es un elemento esencial y un terreno fundamental. Y, en último lugar, la cultura: la lucha por la diversidad cultural como un elemento esencial de la reorganización de la especie humana. Es decir, valorizar positivamente la diversidad, el derecho a las diferencias, tanto de género, como de cultura. Y paralelamente, intentar definir una identidad cultural expansiva, no defensiva.

Somos una única especie humana sobre la tierra. Prefiero construir aquí y no tener que construir nada afuera. Prefiero espacio aquí; en la Luna, que lo hagan los extraterrestres. Yo prefiero vivir aquí bien, en un mundo vivible, respirar un aire puro. Y por tanto, la utopía tecnológica hay que dejarla en lo que fue, un producto del siglo XIX, cuando se creó en el progreso.

Y lo que hay que hacer es mucho más fácil. Es intentar vivir con dignidad esta vida, en coexistencia con otras especies. Porque lo peor que tiene esto de la crisis ecológica, es que nos podemos cargar la vida de los otros, no ya de los hombres. Lo que se debería hacer es adoptar una visión de especie. Tenemos un único planeta, no sabemos si hay vida en otro, y por tanto no nos podemos bajar de esta nave interplanetaria que circula por el universo sin estación de parqueo.

Elvira Concheiro. Son suficientemente profundos los cambios que se están viviendo. De manera que hacer como que las cosas solamente tienen que actualizarse o ponerse un poco al día, me parece, por decir lo menos, ingenuo.

Hemos sufrido suficientes derrotas en estos últimos años como para dar una pintada a la fachada de la casa y no pensar que los cimientos están quebrados. Se requiere una revisión muy profunda acerca de todo. Por eso, cuando oigo hablar de internacionalismo, digo: sí, pero no creo que estemos pensando todos en los mismos términos. Un internacionalismo hegemónico ya fracasó. Es necesario construir - aunque no sé si exactamente la primera Internacional a la que hacía referencia Manolo sobre condiciones de un universo muy reducido, el del trabajo. Es una de las cosas sobre las que se hartó este siglo XX, pensando que ese era el universo privilegiado, o único, donde podía resumirse todo, prácticamente como el único universo, -el del trabajo. Hoy hay nuevos actores y nuevas problemáticas, que aquí se han ilustrado muy bien. De manera que se trata, contada la modestia, de un internacionalismo diferente. No puede tener nada que ver con este universo restringido y hegemónico que vivimos durante todo el siglo XX.

Este nuevo internacionalismo ha de verse sobre qué base se construye. Por simplificar, podemos decir que debe ser pluralista y democrático. Pero eso no resuelve nada, solo lo califica. Esta nueva relación de la izquierda, de las fuerzas progresistas, de las fuerzas por el cambio, anticapitalistas, tiene que ser revisada sobre nuevas bases. Con decir «democráticas y pluralistas» comienzan todos los problemas que podamos imaginar, y no se nos resuelve nada.

Hay en el momento actual nuevas formas de actuación, nuevos procesos, que responden, de alguna manera, a esta problemática. Tenemos que voltear los ojos

hacia allá. ¿Qué nos están advirtiendo todos estos procesos y movimientos? ¿De qué manera están actuando? ¿Hasta dónde persiste la inercia de una forma de actuación, que desde mi punto de vista se ha agotado y debiéramos contribuir a que termine de cerrar su ciclo? Y me estoy refiriendo a formas de organización tradicionales.

Entre las muchas discusiones actuales tenemos la dicotomía de reforma-revolución. Me parece que hoy algunos procesos de reformas están implicando profundas transformaciones revolucionarias. Y podemos combinar, de alguna manera, las formas de lucha, de manera que se puedan tener, en un mismo contexto -como es, por ejemplo, la realidad mexicana- formas de lucha democráticas-institucionales, con formas de lucha armada e insurreccional.

Estoy poniendo uno de los ejemplos de lo complicadas que se nos presentan hoy las formas de lucha, que antes se concibieron excluyentes. Durante mucho del siglo XX hemos pensado en blanco-negro, en dicotomías, sobre la base de dualidades.

Esta revisión tenemos que sustentarla en la búsqueda de las pluralidades, las diversidades. Pero entendiendo que todo lo genera un reto de entender cómo puede convivir esa diversidad. No solo aceptada, sino pensar en cómo conviven estos procesos.

Jaime Estay. Quiero insistir en algo que me parece central, que es la necesidad de tener conciencia y de procesar adecuadamente los fracasos. Colocar en el centro, no solo de la discusión, sino del esfuerzo, este problema del enorme atraso que estamos teniendo, en distintos sentidos. Por una parte, la necesidad de revisar hacia atrás, cuál fue nuestra teoría y nuestra práctica; sobre todo, cuáles fueron nuestros errores en ese contexto en que se desarrollaron esa teoría y esa práctica.

Me da la impresión de que ese es un proceso que está -para ser optimista inacabado, o -siendo pesimista- apenas comenzado. Hay mucho que hacer, no solo en términos de revisar, sino de hacerlo bajo la idea de superar críticamente, de retomar todo aquello que efectivamente sigue teniendo validez, en teoría y en práctica, y de abandonar aquello que, por distintas circunstancias, no la tiene.

En segundo lugar, revisar nuestro atraso en términos de la realidad que hoy estamos viviendo. No voy a extenderme sobre este punto, que Elvira ha planteado. Estamos ante un mundo que ha tenido cambios muy significativos y, por lo tanto, hay que hacer un esfuerzo -por correctas que hubieran sido nuestras prácticas previas por redefinirlas, a la luz de ese mundo que ha cambiado.

El punto central, aunque no el único, es la idea de intentar superar la ingobernabilidad actual del capital. Ese es un aspecto que hoy aparece como bastante nuevo, respecto de cómo funcionaba antes. Hoy el mundo opera bajo la falta absoluta de normas para el funcionamiento del capital. Por lo tanto, lo primero es reivindicar el derecho a la existencia de las normas, a fijar normas mínimas que permitan la convivencia humana. A partir de ahí, tratar de que esas normas sean comunes en su definición, lo cual supone que el intento por aplicarlas sea también un esfuerzo común.

Estas diferencias se han agudizado incluso en las relaciones intercapitalistas. La verdad es que, desde la perspectiva latinoamericana, lo que debemos rescatar es la enorme capacidad que han tenido de presentarnos un recetario único de funcionamiento de nuestras sociedades. Tenemos que aprender de nuestros errores, de nuestra propia historia, de nuestros enemigos. Y hacer un proceso de revisión, que en algunos sentidos recién está empezando, tanto de revisión hacia atrás, como del mundo en que hoy estamos viviendo.

Estamos en un momento en el cual -para poder formular acciones comunes, que lleven por detrás una idea común acerca de lo que queremos lograr-, no solo tenemos

que hacer una revisión de las respuestas que hemos venido dando a la situación mundial, sino que, incluso, debemos hacer una revisión de las preguntas, sobre cuyas bases esas respuestas han sido formuladas.

No solo es el problema de cambiar formas de actuar frente a problemas que suponemos que permanecen, sino que también muchos de los problemas tienen componentes nuevos. Hacen falta maneras nuevas de preguntarse el mundo y, sobre esa base, formular respuestas. Difícilmente vamos a dar respuestas adecuadas a preguntas mal enunciadas.

Jaime Osorio. Hay una gran valorización de lo que está pasando en Chiapas, en México; pero no se sacan las suficientes conclusiones de la transformación que, en materia de cultura política, está pasando allí. Quisiera recoger una de las tantas cosas que los zapatistas han dicho para la sociedad sobre este tema final de nuestra discusión. Ellos han dicho que lo que quieren es una sociedad donde quepamos todos. Se me hace una imagen tremendamente rica, que de alguna manera recoge lo que estamos hablando acá. Porque eso supone reconocimiento de esas diversidades, respeto a esos pluralismos, y al mismo tiempo, que tengamos la capacidad de que podamos, en esos proyectos, caber todos. En los planos económico, político y social, esa frase sintetiza muchos de los problemas que tenemos enfrente.

Lo mismo podría recogerse para el plano internacional. La palabra internacionalismo puede estar muy desgastada; pero la idea que está detrás no se me hace desgastada. El problema es que frente a una globalización del capital, necesitamos una globalización de las mayorías, aunque no me atrevería a decir -de tantas cosas posibles- qué significa. Pero yo diría también que de lo que se trata es de construir un mundo donde quepamos todos y tengamos un espacio de respeto y de posibilidades de desarrollo humano, como dicen los zapatistas.

Klaus Meschkat. Nuestra dificultad consiste -en todo lo que hemos hablado- en que no hay tendencias predominantes, objetivas, que nos permitan -como pensamos en el pasado- definir una estrategia de la izquierda, sobre la base de un desarrollo determinado y siempre vinculado con la idea de una homogeneización creciente del proletariado, que se hace mayoría y que necesita solamente de formas de organización para su nuevo orden social.

Nuestra palabra clave ha sido que estos procesos de globalización producen diversidad. Y aunque hay también nuevos nacionalismos, Estados y tendencias que todo el mundo piensa que es mejor que no surgieran, sin embargo, la diversidad puede ser un valor positivo para la izquierda.

Es muy difícil construir sobre la base de la diversidad una estrategia que nos una, pero ese es el papel de nosotros. Sería muy fácil si tuviéramos una vanguardia ya establecida. Había muchas ideas en el pasado sobre las vanguardias, no solamente partidos obreros, sino también recuerdo que uno pensaba en el movimiento negro en los Estados Unidos; esa era la vanguardia. Uno solamente tenía que someterse a la vanguardia para resolver todos los problemas.

En este momento, en nuestros países no hay una vanguardia preestablecida. Tampoco debemos pretender que nosotros, con nuestros esfuerzos, seamos automáticamente una vanguardia, sino optar por ese concepto que me gusta mucho, un internacionalismo modesto, que nos permita ver las experiencias nuevas y evaluar los movimientos que se prestan a hacerlo.

Obviamente, el movimiento obrero tiene su papel, pero tengo muchas dudas de que tenga un papel automáticamente central. Puede ser que en determinadas coyunturas surjan otros movimientos, y yo opto por evaluar otras formas de movimientos, por ejemplo los que Manuel ya ha mencionado: el movimiento

feminista, los ecologistas y otros que, en su combinación, en determinadas circunstancias nos permiten, quizás, acercarnos a lo que se llamó el nuevo internacionalismo modesto.

Juan Valdés Paz. Queremos dar a todos los colegas las gracias por su presencia y por su contribución a enriquecer las reflexiones de nuestros lectores sobre estos temas.

Participantes:

Juan Valdés Paz. Investigador del Centro de Estudios sobre América (CEA). Cuba.

José Cademártori. Economista. Investigador del Instituto de Ciencias «Alejandro Lipschutz». Chile.

Elvira Concheiro. Socióloga. Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México.

Jaime Estay. Economista. Profesor de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México.

Jorge Gilbert. Sociólogo y periodista. Center for Latin American Studies. The Evergreen College, Olympia, Washington. E.U.A.

Janette Habel. Investigadora. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CREALC). Universidad de Aix, Provençe. Francia.

Klaus Meschkat. Sociólogo. Profesor de la Universidad de Hannover. Alemania.

Manuel Monereo Pérez. Jurista y político. Miembro de la Presidencia de Izquierda Unida. España.

Jaime Osorio. Sociólogo y politólogo. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X). México.

Lourdes Regueiro. Economista. Investigadora del Centro de Estudios sobre América (CEA). Cuba.

Eduardo Ruiz. Sociólogo. Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA). Universidad Autónoma de México (UNAM). México.

Liberales y ortodoxos

Armando Hart Dávalos

Ministro de Cultura.

Los analistas políticos y los medios de comunicación de los países capitalistas desarrollados comenzaron a dividir desde los años 80 a los militantes comunistas en *liberales* y *ortodoxos*. Esta instrumentación —mediante la cual se encasillaba en posiciones conservadoras (ortodoxas) a quienes profesaban el inmovilismo del llamado «socialismo real» y se estimulaba el camino de las reformas (liberales) emprendido por los que estaban en favor de la restauración capitalista— reflejó e incitó la polarización de las fuerzas políticas dominantes en el escenario de la Unión Soviética de la *perestroika* y en los estados de Europa del Este durante la década pasada.

Como todo esquema que pontifica los extremos, este pierde sustancia cuando se aplica mecánicamente a otra realidad, pues deja fuera del análisis a los revolucionarios comprometidos con la realización consecuente de los ideales socialistas, que en Cuba son la fuerza decisiva de la nación. El esquema sirve, sin embargo, para impulsar una política, cuyo objetivo final es fracturar a la Revolución e introducir elementos de confusión en la perspectiva cultural cubana.

¿Dónde se halla la esencia de la cuestión? Es lo de siempre: los ideólogos capitalistas invierten la imagen de la realidad en la conciencia de la gente y presentan a

los revolucionarios con la marca de sus dogmas. Es oficio de los ideólogos de las clases reaccionarias a lo largo de la historia hacer esta manipulación.

En la trampa cayó el proceso soviético en las últimas décadas. Desde luego, como trampa al fin, parte de realidades. Se me dirá que la rigidez dogmática estuvo presente en parte de la experiencia soviética. A ello replicamos que precisamente por este mal, tan largamente sostenido, se hizo más grave el daño y acabó produciéndose una catástrofe de alcance universal —aunque este es un tema que merece una reflexión más amplia, situada más allá del marco del presente artículo.

Estos dos polos —el del liberalismo y el de la ortodoxia— se visualizan, de una parte, en la capitulación del socialismo en Europa del Este y la disolución de la URSS, y de la otra, en los crímenes perpetrados desde el poder. La propaganda apoyada en estos males atribuye al socialismo una naturaleza perversa que le haría consustancial el despotismo. Se pretende ignorar que tales prácticas se hallan presentes en la historia de las sociedades de clases desde los tiempos más remotos. Descalificar el marxismo-leninismo a tenor de tales argumentos equivale a desacreditar la prédica de Jesucristo por culpa de la Inquisición o a

Para alcanzar lo fundamental no debemos ser fundamentalistas. La rigidez en la aplicación de los principios impide o retrasa el triunfo de las esencias revolucionarias. De esta suerte, dogmáticos y reformistas se parecen bastante.

tildar de bárbaro a Einstein porque sus descubrimientos científicos sirvieron de fundamento a los que fabricaron la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima.

La materialización de todo principio y de todo avance en el conocimiento humano pasa por la mente de los hombres y por tanto por la conciencia social. Lo que precisamente no se ha entendido bien ha sido que las leyes económicas se manifiestan en contradicciones entre los seres humanos y, por tanto, se revelan como una lucha entre las pasiones más viles de los hombres y sus más nobles disposiciones. El fundamento de estos males está en aquel espacio de la conciencia humana al que se refería Martí cuando dijo: «Todo hombre es una fiera dormida». Recordemos que el Maestro completó su pensamiento de la siguiente manera: «Es necesario poner riendas a la fiera. Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo». Estas riendas se revelan en la cultura en su acepción más cabal, como única solución posible para estos males.

Por otra parte, la costumbre de exaltar ciertas contradicciones no sustanciales de un sistema social para ocultar o subestimar las esenciales, es una vieja treta conservadora que la ideología capitalista ha encumbrado a planos altamente sofisticados. En los Estados Unidos, por ejemplo, se habla de «halcones» y «palomas» atendiendo a las diferencias —no de esencia— entre los partidarios de una línea dura y los que favorecen la moderación en la aplicación de la concepción política y social del sistema. A partir de ahí articulan toda su propaganda y ofrecen una imagen de alternativas políticas ilusorias.

Hay que reconocerles que tienen eficacia para presentar como paradigma de la diversidad lo que en realidad responde a un mismo interés. Sin embargo, tanto «halcones» como «palomas» rechazan y expulsan de su seno a los que no les reconozcan incondicionalidad y capacidad para manejar los asuntos que les resulten claves. Cuando alguien se escapa de los límites aceptables, le ocurre lo que a Martin Luther King, Malcolm X o los independentistas puertorriqueños, por solo citar tres ejemplos de una interminable lista. No voy a mencionar a los presidentes y otras figuras políticas asesinados desde el poder y que han quedado en la penumbra, como en el caso de John F. Kennedy o su hermano Robert. No pocas personas creen que detrás de esas historias hay algo así como un golpe de estado al modo yanqui. Es una prueba más de la intolerancia de una concepción política hegemónica que no deja espacio a la discrepancia en profundidad.

Valga, a propósito de lo aquí dicho, algo que nunca olvidaré. Cuando me hallaba prisionero en las cárceles de la tiranía, mientras un policía me aconsejaba que abandonase la lucha, pues no era conveniente que un joven como yo arriesgara su futuro, otro, su hermano gemelo, descargaba sobre mi cuerpo toda la fuerza de su poder animal. Era la viva imagen de la fábula del garrote y la zanahoria.

De tiempos más recientes conservo otra vivencia. Cuando Andrés Oppenheimer —autor de un opúsculo que hace unos años decretó el final de la Revolución cubana y que me hace recordar aquellos versos de Zorrilla, «los muertos que vos matáis, gozan de buena salud»— me hizo una entrevista y trató de ganarme diciéndome que era bueno conocer mis opiniones porque yo era un hombre «abierto» y «liberal», tuve que aclararle que todo lo que yo hacía y decía tenía el propósito de defender el socialismo y las ideas de Marx y de Martí, y que no podía ser catalogado en la forma que él entendía el liberalismo.

Ser fiel a una aspiración ética de dimensión social entre los cubanos equivale a serlo con el legado martiano y la enseñanza fidelista de hacer en cada momento lo que en cada momento es necesario para la Revolución. Es rechazar la inescrupulosa máxima de que el fin justifica los medios, porque pensar de esta forma oportunista está en contradicción con la concepción filosófica del materialismo histórico y el paradigma ético de la nación cubana.

Engels decía que aun cuando él pudiera ser agnóstico, no le era posible aceptar como doctrina el agnosticismo —maravillosa sentencia que exalta al más alto plano la libertad de conciencia. Parafraseando al ilustre pensador, rechazamos los extremismos. Ahora bien, cuando la vida nos sitúa en la necesidad de defender la Revolución en posiciones extremas, hay que hacerlo sin vacilar —y sin perder, al mismo tiempo, la paciencia y la cordura. Esas posiciones extremas son las que, en última instancia, defienden a los pobres y a la Patria —y que se expresan en las palabras de Fidel: «No nos faltará el valor ni nos fallará la inteligencia». Así somos consecuentes con la memoria histórica de la nación cubana.

En los albores de la gesta independentista, el mismo pueblo que, en medio de una guerra contra un enemigo infinitamente superior, suscribiría en Guáimaro la más democrática y liberal de las constituciones, redujo a cenizas una ciudad para no entregarla a las huestes adversarias. La expresión liberal de aquella Carta magna tenía ya un sentido radicalmente diferente al que inspira

la Carta de «hermosas libertades» de las Trece colonias en 1776. Entonces la revolución independentista de los Estados Unidos dejó por un siglo más la esclavitud. Por el contrario, Carlos Manuel de Céspedes, en el acto de fundación de La Demajagua, decretó la libertad de sus esclavos. En este sentido, fue otra la categoría de libertad inherente al desarrollo de nuestra nacionalidad.

Un pueblo que realizó estas hazañas no admite lecciones de los representantes de un Estado que mantuvo la esclavitud durante cien años, y ha alentado hasta el día de hoy la discriminación y la brutal desigualdad económica que impide a millones de hombres el «derecho a la felicidad» que proclamaron sus fundadores.

Los extremos nunca han sido expresión de posiciones radicales ni de una política que se ajuste al contenido de la filosofía de Marx, ni tampoco de José Martí. La radicalidad está en la síntesis que conduce a lo nuevo y, por tanto, a la transformación revolucionaria. Ella no es tampoco consecuencia de un eclecticismo conciliador. Nace de una selección de elementos presentes en cada lado de la contradicción, con vistas a alcanzar el objetivo práctico de marchar hacia adelante en favor de la liberación humana.

En fin, para alcanzar lo fundamental no debemos ser fundamentalistas. La rigidez en la aplicación de los principios impide o retrasa el triunfo de las esencias revolucionarias. De esta suerte, dogmáticos y reformistas se parecen bastante. A comienzos de siglo, se decía en la Cuba pseudorrepública que no había nada que se pareciera más a un liberal que un conservador. Podría poner muchísimos ejemplos de este parentesco, pero es preferible —salvo en casos excepcionales—, por razones éticas y políticas, denunciar los males que señalar al demonio.

Ni liberales reformistas ni ortodoxos del inmovilismo

Para comprender el pensamiento de Marx y Engels hay que asumir que el mismo representa el rechazo radical a la existencia de verdades eternas en el campo de la filosofía y las ciencias sociales e históricas. Siendo esto así, el dogmatismo en estos terrenos debe considerarse, precisamente, como lo opuesto a las concepciones de estos sabios. Una interpretación determinista impuso un reduccionismo economicista en la práctica "socialista" y subestimó el papel de la voluntad humana, la conciencia social y los valores de la superestructura en el curso histórico. Por esta vía se pasó por alto el trasfondo ético que supone el socialismo. Una vuelta a la concepción marxista de la historia exige situar el tema de la ética en el centro de toda la problemática del hombre.

Debemos exaltar las esencias éticas de la solidaridad y de las necesidades de la cooperación indisolublemente vinculadas a las exigencias y aspiraciones socialistas. El genuino pensamiento revolucionario, al rechazar los

extremismos de todos los signos, se afirma en la defensa de principios éticos y en la búsqueda de soluciones prácticas concretas para superar obstáculos.

Aquí anda por medio la relación de la teoría con la práctica. Hay principios irrenunciables que debemos defender: la independencia del país; los valores patrióticos expresados en nuestra identidad; el derecho de los cubanos a decidir su política y su sistema de gobierno; la idea martiana de una república con todos y para el bien de todos; el principio enunciado por el propio Apóstol: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas».

Los cubanos tenemos el mismo derecho a la vida y a la conquista de la felicidad que les reconocemos a todos los pueblos del mundo, incluyendo el norteamericano. Estos no son dogmas, sino principios éticos para los cuales exigimos el mismo respeto que para nuestra familia, nuestros hijos y los vínculos espirituales más entrañables. Las decisiones corresponde tomarlas al pueblo de Cuba, a las instituciones que el país se ha dado y a las personas que, por autoridad otorgada por la sociedad, ejercen una determinada función pública. Por otra parte, cada ciudadano debe participar en la elaboración de las decisiones esenciales y los diversos órganos del Estado han de funcionar democráticamente. Así lo hemos hecho en todas nuestras decisiones más importantes, entre ellas, los cambios inevitables que tuvieron que producirse en el sistema económico del país.

Nadie tiene derecho a violentar posiciones libremente adoptadas por el pueblo. La Constitución de la República, aprobada en ejemplar plebiscito popular, formalizó el carácter socialista de nuestro Estado. Se deben fortalecer los órganos que emanan de este y de nuestra sociedad civil, para garantizar el ejercicio más amplio de una democracia que tiene necesariamente que desarrollarse en el seno de una trinchera. Se trata verdaderamente, como se ha dicho, de «un parlamento en una trinchera», donde el enemigo, bloqueando a la nación cubana, nos obliga a ser más profundos y refinados en el debate de ideas. Estos son los problemas de esencia de la democracia cubana.

¿Quién determina cómo se aplican, y en qué forma, los principios enunciados? El pueblo de Cuba y su sistema jurídico, político, cultural, que —aunque perfeccionable— es el más amplio y democrático que existe en las Américas. La Revolución cubana es tanto más democrática, cuanto ni Fidel ni la línea revolucionaria han sido ortodoxos ni liberales. Vale recordar, por cierto, que los bolcheviques rusos liderados por Lenin en 1917, tampoco fueron a ninguno de esos extremos. Por eso conquistaron el poder y lograron mantenerlo.

Esa Revolución democrática y socialista «de los humildes, por los humildes y para los humildes», como lo proclamó Fidel, permitió que de las masas desposeídas surgieran centenares de miles de jóvenes, ya muchos de ellos maduros, que hoy integran nuestras capas

intelectuales. A partir de los años 80, los nacidos con la Revolución llegaron a la edad de desarrollar un pensamiento político. Y así surgieron fuerzas nuevas, dinámicas, con las cuales teníamos que trabajar los de mayor edad. Por vez primera, los de la Generación del Centenario nos vimos en la necesidad de dialogar y debatir políticamente con nuestros propios hijos. El debate tenía que inspirarse no solo en un estilo político en su sentido más amplio, sino, incluso, en estilo educacional. Es importante que esto se entienda.

A veces se cree que los procedimientos tajantes expresan un mayor grado de radicalismo. Como hemos señalado, lo radical no está en los extremos; se halla en las contradicciones, en la síntesis que se alcanza en los enfrentamientos ideológicos. El proceso histórico por el que transcurre desde la forja de la nación y hasta nuestros días, ilustra esa síntesis. Negarla es pura invención.

Fueron la epopeya independentista y luego los combates antimperialistas contra los gobiernos entreguistas y corrompidos de la república neocolonial los que forjaron y desarrollaron a la nación cubana. En una jerarquización de hechos y contradicciones inconfundibles no se puede negar esa evidencia. Veamos:

- Varela y la escuela cubana de la primera mitad del siglo XIX;
- las guerras de independencia nacional que simbolizamos en Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y Martí (1868-1898);
- los combates antimperialistas populares y socialistas contra la Enmienda Platt y los gobiernos mediatizados (1902-1933). Enrique José Varona, Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras, Pablo de la Torriente Brau;
- las luchas democráticas, populares y revolucionarias que se sintetizan en la Constitución de 1940, más tarde derogada por el golpe de Estado, al servicio del imperialismo, de Fulgencio Batista (1933-1952);
- el proceso de liberación liderado por Fidel, al frente de la Generación del Centenario (1953-1959);
- la victoria del Primero de enero de 1959;
- la proclamación del carácter socialista de la Revolución y la victoria del 19 de abril de 1961;
- los 35 años que desde entonces llevamos inmersos en una Revolución socialista.

Es irracional pensar que la razón instrumental de la nación cubana tenga eslabones de más alta jerarquía. Los símbolos que ellos expresan son paradigmas de la historia de Cuba. No quiere decir esto que ello signifique la totalidad del alma o de la cultura nacional.

Pregunté una vez a un intelectual cubano si se producía cultura fuera del país, es decir, en la emigración, y me dijo: «Sí, pero la coherencia la damos los cubanos desde nuestro territorio nacional».

La coherencia en que hemos insistido se manifiesta en los eslabones señalados y otros de similar jerarquía y sentido histórico. No son, desde luego, los hechos y hombres expuestos los únicos que conforman la esencia de la nación cubana. Hombres y hechos destacados constituyen la columna vertebral de la historia nacional cubana. Podrían faltar eslabones claves por mencionar, pero todos son partes de la misma línea.

Amor y razón, ciencia y conciencia conforman, maduran y alientan en nuestro espíritu esta historia de glorias. No es solo una metáfora sino también realidad. Los que no partan de esa historia y del significado de los hechos y contradicciones que la fueron generando no podrán jamás entender a Cuba y su cultura. Ella hizo cuajar el ajiaco con que Fernando Ortiz caracterizaba a la cultura nacional. En él hay diversidad y pluralidad, pero, sobre todo, una esencia distintiva de la patria y el «rencor eterno a quien la ataca» y la decisión irrevocable de ponerse del lado «de los pobres de la tierra». Por eso, quien así lo haga «merece honor».

Es esto lo que la llamada «cubanología» que alienta el imperialismo intenta destruir y lo hace dividiendo la historia en dos partes: antes de 1959, para llegar a una interpretación equivocada y entreguista, que Cuba debía su independencia a los Estados Unidos; y otra después de 1959, la de que Cuba se convirtió en satélite de una potencia extracontinental. Estas son falsedades fácilmente comprobables.

Es hora de que los estudiosos de asuntos cubanos fuera del país articulen la historia anterior a 1959 con la posterior, para hallar la genuina Cuba martiana y fidelista. Estos no son dogmas, ni tampoco signos de oportunismo o debilidad. Son principios éticos que nos explican como nación. En nombre de ellos es necesario rechazar todo extremismo y promover la exaltación de una Cuba cuyo prestigio de hoy irá creciendo, y que no podrá ser jamás doblegada.

Ni liberales reformistas ni ortodoxos del inmovilismo; sino socialistas y martianos, fundiendo en una sola pieza lo que algunos llaman razón emancipadora. Para promover la más amplia y profunda libertad creadora, la de la cubanía y el socialismo.

Pobreza, opresión y explotación: notas sobre la sociedad civil en América Latina

Carlos M. Vilas

Político. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

La expresión «sociedad civil» ha devenido moneda corriente en la dinámica social contemporánea, en los medios de comunicación y en los actores de la política. Con frecuencia asociada, sin más, con la democracia, hay incluso cierto mesianismo implícito en muchos de los usos actuales del término, que recuerdan el papel emancipador asignado alguna vez a la razón, el mercado, el proletariado, el pueblo...

La generalización del uso está acompañada por una marcada vaguedad. En algunos casos simple sinónimo de lo social, en otros apuntando a algunos actores específicos, en otros más aludiendo de manera dicotómica a todo lo que no es Estado, a veces como una especie de equivalente más o menos sofisticado de lo que antes se llamaba «opinión pública», la expresión demanda, si queremos asignarle un significado plausible, un mínimo de precisión. Esta necesidad se hace tanto más sentida cuanto que el origen histórico del concepto refiere a contextos, momentos, procesos y actores que tienen poco que ver con la América Latina de fines del siglo xx —para no mencionar el recurso a la «sociedad civil» en las interpretaciones y comentarios sobre los procesos políticos y sociales en Europa del Este y en la ex URSS, o en otras partes del mundo.

Existe siempre, por supuesto, una dimensión de historicidad en toda elaboración conceptual. Como bien sabe la sociología del conocimiento, los conceptos emergen, con todo y la relativa autonomía de los procesos intelectuales, en y de contextos políticos y sociales determinados, y su virtualidad heurística en contextos diferentes siempre está ligada a procesos de redefinición y amoldamiento; a una cierta «re-inención» conceptual que no es necesariamente consciente ni explícita, pero que resulta condición inevitable para que podamos acudir con eficacia a conceptos originariamente diseñados en otros momentos o escenarios. Desde esta perspectiva particular, lo relevante es deslindar qué significado específico asignan los actores a los conceptos, con independencia de la «fidelidad» o «autenticidad» de la recreación respecto de la versión originaria. En lo que a nuestro asunto se refiere, no se trata entonces de indagar la ontología de la sociedad civil —es decir, qué es la sociedad civil— sino de preguntarnos qué significado *le asignan* los actores y los intérpretes de la Latinoamérica de fines de siglo xx.

Desde esta perspectiva, lo relevante no es volver a repasar una vez más el significado con que la expresión *civil society* apareció en el discurso de los representantes

Nada más ajeno a la realidad de la sociedad civil que la imagen calidoscópica de una pluralidad homogénea de actores homólogos en términos de acceso a recursos y en posiciones de poder. Destaca dentro de esta diversidad el protagonismo de los actores del mundo de la pobreza, la opresión y la explotación.

intelectuales y literarios de la burguesía europea. Esta tarea ya ha sido llevada a cabo desde diferentes perspectivas, que en conjunto nos permiten tener en claro qué se entendía por sociedad civil en la Inglaterra de los siglos XVI en adelante, en Francia a partir del siglo XVIII, y en Alemania más tardíamente.¹ La expresión aparece en el marco de los procesos de despliegue del capitalismo y de diferenciación social y política de la burguesía en su enfrentamiento al Estado absolutista, y como reivindicación de una esfera de actividad (la economía) y un espacio (el mercado) autónomos tanto del Estado como de la vida comunal y la autoridad eclesiástica —lo que no significa despojada de reverberaciones ético-religiosas. Un ámbito relativamente secularizado —sobre todo por contraste con el teocentrismo social precedente—, de relaciones entre sujetos libres e iguales. Sociedad civil refiere así a un espacio específico de mediación entre los individuos y el Estado, ámbito constituido por las iniciativas autónomas de asociación y relacionamiento entre personas libres de sujeción al Estado, a la comunidad, al linaje o al poder eclesiástico, e iguales en su común condición de propietarios.

¿De qué hablamos cuando hoy y aquí hablamos de sociedad civil?²

El significado de la sociedad civil y de su dinamismo está ligado a los actores que asumen el rol dinamizador y eventualmente conductor del conjunto implícitamente referido por el vocablo, y a la matriz de relaciones que se teje entre los actores: relaciones de cooperación y antagonismo; de alianza, confrontación o neutralización; de mediación, representación o sustitución; etcétera. Nada más ajeno a la realidad de la sociedad civil que la imagen calidoscópica de una pluralidad homogénea de actores homólogos en términos de acceso a recursos y en posiciones de poder. En trabajos anteriores señalé que la activación reciente de la sociedad civil abarca un espectro muy amplio de actores, identidades y sujetos cruzado por profundas líneas de desigualdad.³

Destaca dentro de esta diversidad el protagonismo de los actores del mundo de la pobreza, la opresión y la explotación. En algunos países se registra asimismo una movilización interesante de actores pertenecientes al ámbito de las empresas de negocios (por ejemplo, el

involucramiento de una red amplia de organizaciones no gubernamentales de vinculación empresarial en actividades y programas sociales en El Salvador y Bolivia). Sin embargo, los avances significativos por la senda de la democratización están vinculados ante todo a los actores sociales de la pobreza, la opresión y la explotación.

Lo anterior indica asimismo la existencia de un contraste notorio entre el concepto liberal tradicional *civil society* como ámbito de las relaciones entre iguales, y la realidad latinoamericana de una sociedad civil como espacio de relacionamiento entre desiguales. En efecto, uno de los datos más claros de América Latina es precisamente la desigualdad profunda y aparentemente creciente que fractura el tejido social. La diferenciación social existía por supuesto en Europa, y el desarrollo de la economía de mercado la ahondó, pero entonces el concepto de *civil society* no abarcaba a los pobres, a los explotados y a los oprimidos: refería fundamentalmente a la burguesía, e incluso a la nobleza interesada en limitar a la monarquía absoluta.⁴ En América Latina, en cambio, comprende hoy a los grupos medios, al mundo del trabajo y de la opresión y la explotación. De ahí la inevitable asociación entre la sociedad civil y lo popular en sentido amplio.

La concepción contemporánea de la sociedad civil apunta así al protagonismo de una pluralidad de identidades sociales, articuladas en torno a esa triple dimensión de pobreza, opresión y explotación. Algunas de esas identidades son «nuevas» en el sentido de que se hacen sentir y generan efectos específicos de manera autónoma; otras son más tradicionales —como las que derivan del mundo del trabajo. Todas ellas plantean relaciones teóricas y empíricas de ambigüedad, tensionamiento y conflictividad con el concepto de clase; la posibilidad de incluirlas todas en el conjunto «sociedad civil», sin incurrir en reduccionismos economicistas, culturalistas o de otra índole, depende de la identificación de un principio de articulación. En la versión liberal, la sociedad civil refería a la clase (burguesa) opuesta al Estado (absolutista). Fue un concepto que se diluyó, por lo tanto, cuando, merced a las revoluciones burguesas, el Estado cambió de base social y la burguesía devino clase dominante. También en este sentido, o a contrasentido, resulta comprensible la referencia preferencial de la sociedad civil en América Latina a la triple dimensión de pobreza, opresión y explotación.

Sin soportes firmes en la sociedad civil, los actores de la política terminan girando sobre sí mismos y la representatividad se vacía de contenido. Sin articulación con el mundo de la política, la sociedad civil se enclaustra en la denuncia y la protesta, o refuerza las tendencias a la fragmentación y el clientelismo.

En otros casos la activación de la sociedad civil refiere a la explicitación de nuevos temas y problemas, o a la autonomización de esos temas y problemas respecto de otros que opacaban o deformaban su especificidad —es decir, al desarrollo de nuevos enfoques. El caso más notorio es el del medio ambiente. La identificación de esta como una problemática específica dio nacimiento a actores colectivos con agendas específicas. Otro tanto cabe decir, por ejemplo, de la problemática del género, como modo de tratamiento específico de la problemática de la mujer; de las movilizaciones en torno a cuestiones convencionalmente «privadas» y por lo tanto ajenas a las preocupaciones en torno a la democracia —violencia contra mujeres y niños, acoso sexual, etc.

La triple dimensión de pobreza, opresión y explotación plantea asimismo la diferenciación de la sociedad civil respecto del Estado. En algunos casos es diferenciación por oposición y enfrentamiento; en otros, simplemente diferenciación por autonomía. La expresión sociedad civil apunta así a ámbitos de participación autónoma de los actores en lo que toca al poder y las instituciones del Estado. Autonomía, sin embargo, no implica necesariamente independencia: la activación de la sociedad civil se orienta muchas veces a obtener directa o indirectamente respuestas estatales, a modificar comportamientos estatales, e incluso a transformar instituciones y prácticas estatales. Existe al respecto una tensión entre las iniciativas estatales por incrementar el ámbito de acción de la sociedad civil como forma de desligarse de responsabilidades y compromisos públicos (la autogestión de la sociedad civil entendida como «sálvese quien pueda»), y las iniciativas de la sociedad civil por alcanzar modificaciones en las modalidades, alcances y contenido de la acción del Estado en los casos en que esto se presenta como condición de consolidación de los resultados de las movilizaciones.

En este sentido, la activación de la sociedad civil puede verse como expresión de la insatisfacción de la gente por la retracción social del Estado y por la ineficacia o el desinterés de los actores de la política para hacerse cargo del nuevo escenario social. Pero expresa asimismo el designio de modificar esta situación desde la perspectiva de los actores. Es posible, por lo tanto, reconocer una cierta continuidad entre la activación presente de la sociedad civil, y la historia de luchas populares y de participación social. Tal vez la diferencia más marcada se registre entre la clara

articulación política de las experiencias anteriores —que a veces se arriesgó a la reducción o pérdida de autonomía de lo social: populismo, corporativismo, etc.— frente al antipoliticismo del discurso dominante en la sociedad civil de hoy. Sin embargo, discurso es una cosa y práctica es otra: el rechazo a los partidos y las limitaciones del localismo y la autogestión, puede conducir a formas renovadas de clientelismo y particularismo en detrimento de un rediseño global, y que reproducen el diseño dominante de exclusión social.

Sea como fuere, estamos en presencia de un tipo de participación social que apunta a las limitaciones de nuestras democracias realmente existentes en la representación de los intereses y los actores sociales. Esto, a su turno, señala el desfase entre el concepto abstracto de ciudadanía, reducido a prácticas formales, y los ciudadanos realmente existentes en sociedades empobrecidas, desiguales, y con procesos de segregación o exclusión social.

La activación contemporánea de la sociedad civil señala asimismo las limitaciones institucionales de nuestras democracias representativas realmente existentes, en lo que toca a un conjunto amplio de dimensiones de lo que convencionalmente podemos llamar «democracia liberal»: separación y equilibrio de funciones de gobierno (legislativo/ejecutivo/judicial), responsabilidad pública de los funcionarios, vigencia efectiva de derechos y garantías ciudadanas, y similares. La reducción latinoamericana reciente de lo democrático a lo electoral —es decir del todo a una de sus partes constitutivas— permite la coexistencia de elecciones y autoritarismo —violencia contra opositores; impunidad de los funcionarios; apropiación privada de recursos públicos... La activación de la sociedad civil ha sido estratégica para poner coto a las extralimitaciones del poder, a la arbitrariedad y la inseguridad derivadas de ella, para dotar de cierta efectiva vigencia a la formalidad institucional de la democracia, y para superar las limitaciones de un enfoque de la democracia reducido al ámbito convencionalmente público —por ejemplo, la cuestión de la violencia doméstica.

También en estos aspectos la diferenciación de la sociedad civil dota de significados específicos a las movilizaciones de los diferentes actores. Mientras que para los actores del mundo de la pobreza, la opresión y la explotación, la activación de la sociedad civil expresa su rechazo a las limitaciones sociales e institucionales de los sistemas de representación electoral, para los

actores dominantes el discurso de la sociedad civil plantea, fundamentalmente, la apropiación de espacios, prácticas y procesos antes articulados a las atribuciones reguladoras del Estado que ahora se subordinan a la lógica del mercado. Mediante la movilización de recursos ingentes —financieros, simbólico-discursivos, tecnológicos...— las corporaciones de negocios protagonizan una amplia embestida de privatización que traslada del ámbito de la política al ámbito del mercado el acceso a recursos como salud, educación, seguridad social, esparcimiento, y otros. El acceso a estos recursos, que hasta hace poco más de una década era oficialmente considerado una dimensión de los derechos de ciudadanía —la llamada «ciudadanía social»—, es ahora una consecuencia de la pertenencia al mercado, y de la disponibilidad de los recursos financieros demandados por la mediación del precio. Como el mercado supone siempre un acceso mucho más restringido que la comunidad política, el desplazamiento involucra la pérdida de acceso a recursos vitales por una parte importante de la comunidad.

El recurso a la sociedad civil tiene lugar entonces como contrapartida de la destrucción de la ciudadanía social e incluso de la ciudadanía política. En condiciones de pobreza extrema e inseguridad, el voto deja de ser el instrumento de ejercicio de la soberanía del ciudadano, el modo de participación en el diseño o transformación de la comunidad nacional, para reducirse al papel de medio de acceso hipotético a la satisfacción de necesidades inmediatas: ingrediente del trueque cotidiano entre las demandas de los pobres y las promesas de solución de los poderosos.⁵

En la medida en que esta transferencia de las condiciones de reproducción social de amplios sectores de la población tiene lugar como parte de un rediseño de las funciones del Estado y del sentido de su intervención, el «desencanto» de los actores sociales subordinados respecto de la política y los políticos está estrechamente ligado a ese rediseño y a las decisiones y la movilización de recursos por los actores que se benefician con él. El desencanto popular por lo político debe tanto a la ineficacia y la corrupción de muchos actores del mundo político, como al tipo de imagen de la política y los políticos ampliamente difundida a través de las empresas de comunicación masiva.

Consideraciones finales

La activación de la sociedad civil explicita un conjunto amplio de cuestiones: diferenciación y desigualdad entre actores sociales; representación y participación; nuevas agendas y nuevos actores; tensiones entre ciudadanía y demandas sociales; reestructuración de la economía y reorientación de la gestión del Estado; proyecciones sociales y vigencia efectiva de la institucionalidad democrática; etc. Expresa asimismo un involucramiento más directo de la gente,

que cuestiona las funciones tradicionales de agregación de intereses y mediación practicadas por los partidos y otras agencias de la democracia representativa. A veces producto de la necesidad o la falta de alternativas; otras como dimensión de la redefinición reciente de las relaciones de poder, implica una apropiación social de procesos, temas y enfoques que hasta recientemente eran canalizados mediante las instituciones políticas y los actores de la política. Pero al mismo tiempo plantea el riesgo de fragmentación y dispersión de las demandas y las acciones, en cuanto la pluralidad y la focalización localista o sectorial de unas y otras puede conducir a neutralizar su eficacia.

En definitiva, el significado, alcance y eficacia de la activación de la sociedad civil remite a las orientaciones efectivas de los actores que la protagonizan, y a su capacidad y habilidad para redefinir la matriz de relaciones con los actores de la escena política. Sin soportes firmes en la sociedad civil, los actores de la política terminan girando sobre sí mismos y la representatividad se vacía de contenido. Sin articulación con el mundo de la política, la sociedad civil se enclaustra en la denuncia y la protesta, o refuerza las tendencias a la fragmentación y el clientelismo.

Ciudad de México, marzo de 1996.

Notas

1. Véase, por ejemplo, Herman Heller, *Teoría del Estado*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1942: 124-38; Lawrence Krader, *Dialectic of Civil Society*, Amsterdam: Van Gorcum, 1976: 15 *et passim*; Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, México: Siglo XXI, 1982, Vol. 2: 1570-6; John E. Keane, ed., *Civil Society and the State*, London: Verso, 1988, especialmente la introducción del editor y la primera parte; Ellen Meiksins Wood, «The Uses and Abuses of 'Civil Society'», en Ralph Miliband & Leo Panitch, eds., *The Socialist Register 1990: The Retreat of the Intellectuals*, London: Merlin Press, 1990: 60-84; etc. La pretensión de Cohen y Arato de encontrar el concepto de sociedad civil en la polis griega es poco convincente, ahistórica en todo caso: Jean Cohen & Andrew Arato, *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MA: MIT Press, 1993.

2. El título de esta sección es por supuesto una paráfrasis de Pablo González Casanova, «Cuando hablamos de democracia: de qué hablamos?», *Revista Mexicana de Sociología*, (3), julio-setiembre, 1986.

3. Carlos M. Vilas, «Sociedad civil y pueblo», *Revista Paraguaya de Sociología* (86), enero-abril, 1993: 71-82; «Entre el Estado y la globalización: La soberanía de la sociedad civil», *Sociológica* (28), mayo-agosto, 1995: 61-89.

4. Harold J. Laski, *El liberalismo europeo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1939.

5. Véase, por ejemplo, Mercedes González de la Rocha, *Los recursos de la pobreza*, Guadalajara: SEP, 1986.

Los laberintos de la televisión

Vicente González Castro

Especialista en medios de difusión masiva. Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT).

La televisión es la más vilipendiada de las artes. Ni pintores ni músicos, ni poetas ni dramaturgos, ni escultores ni ceramistas, ni siquiera los cineastas, han trabajado jamás con las manos más atadas. La dicotomía entre producto artístico y medio de comunicación la llevan a hacer concesiones en busca de un equilibrio muy pocas veces logrado entre entretenimiento y cultura.

La televisión se hace para el consumo popular, esa es su razón de ser. No queda la opción de crear para una élite donde tenga cabida el vanguardismo naciente que después hará historia, como ha sucedido siempre en el arte. Si un programa no gusta, debe desaparecer en el menor tiempo posible, para dejar el espacio a otro que mantenga atados a los televidentes frente a la pantalla desde el principio hasta el fin.

Si los directivos de la televisión deciden defender el carácter experimental de un nuevo espacio que puede aportar algo de innovación estilística o artística, pueden recibir una avalancha de opiniones, infundadas a veces, que provienen de todos los puntos cardinales de la Tierra: desde los apasionados abuelitos del círculo de la tercera edad que quieren ver películas de Libertad Lamarque, hasta de periodistas, que lejos de profundizar en los problemas socioculturales de la televisión, se

sitúan frente al teclado de su máquina de escribir con el mismo distanciamiento que lo hubiera hecho un filósofo francés del siglo XVIII, desconociendo en sus análisis la relación causa-efecto que todo fenómeno artístico supone y la interrelación de cualquier medio de comunicación masiva con los procesos sociales que la enmarcan.

Si un programa gusta, recibirá la aprobación tácita de personas de muy diversas jerarquías que, sin vacilación alguna, invitarán a sus protagonistas a visitar centros de trabajo y actividades especiales, los hospedarán en buenos hoteles y les prodigarán todo tipo de atenciones sin tener en cuenta que con esto, a veces, estimulan proyectos que no lo merecen o elevan la cursilería a la categoría de fenómeno cultural. Ante estos comportamientos, los que trabajan en la televisión poco pueden hacer.

A la hora de juzgar un programa en el aire, cualquier persona puede sorprendernos con la más culinaria de las opiniones, en absoluta independencia de su trayectoria cultural o política. Ni los grandes hombres de la cultura se despojan de su rol de «televidente» para enjuiciar el producto. No sucede como en la danza, la plástica o la música, donde la crítica se especializa cada vez más para obtener juicios más exactos de la obra

Ante la ausencia de una caracterización exacta del destinatario, cualquier discusión en torno a la televisión, a su programación o a sus contenidos, es totalmente inútil [...] Poco aporta discutir sobre las categorías de «bueno» o «malo» que se otorgan a cualquier espacio, si no se tiene en cuenta la relatividad de tales conceptos en dependencia del tipo de persona al que se destina, del horario en que se trasmite, de la programación que le antecede o sucede.

evaluada que sirvan de estímulo a los creadores y de orientación a los estudiosos del tema.

Si bien es cierto que pocas personas se atreven a evaluar la ejecución más o menos virtuosa de una bailarina clásica, a enmarcar el estilo predominante en una pintura o a juzgar la maestría de un pianista que interpreta a Chopin —especialmente si se saben no entendidos en el asunto—, cualquier persona emite juicios de valor contra la televisión, quizás con el único derecho que le proporciona el haber dispuesto de ese artefacto en la sala de su casa desde que abrió los ojos a la vida.

Los rigores de la industria

La categoría de *industria cultural* establece el precedente de que la producción de materiales televisivos está sujeta a un proceso vertiginoso, similar al que se emplea para elaborar bienes de consumo; lo más importante es que no se detenga el flujo productivo. Esta concepción no es del todo injusta, porque la pantalla no puede quedar vacía ni un instante durante todo el tiempo de transmisión.

La programación se subdivide en espacios de 27 minutos o de 57 para cada programa, con tres para cambios e identificación de la planta; la producción debe garantizar que todos los «huecos» del mosaico queden bien cubiertos. Esto presiona demasiado sobre quienes tienen la responsabilidad de la programación, que en ocasiones deben aprobar la salida al aire de un producto incompleto o que no satisface las expectativas puestas en su producción, ante la imposibilidad de dejar vacía la pantalla.

La necesidad de complacer a todos los públicos, o por lo menos a la mayor parte, lleva a los funcionarios de la televisión a preocuparse demasiado por los niveles alcanzados en la teleaudiencia de los programas. Esta es la espada que pende sobre la cabeza de los artistas que tienen que renunciar una y otra vez a propuestas consideradas *demasiado profundas* o *complicadas* para la lectura de las grandes masas.

Aun cuando los estudios de teleaudiencia puedan resultar poco fiables y confiables, o no ofrezcan los resultados a partir de estratos significativos de la

composición de la población destinataria, sus números suelen utilizarse como la manta corta en una noche de frío, ajustándose a la conveniencia de quienes tienen que ver con la pantalla. No existen en nuestro país dispositivos tecnológicos ni hábitos de encuestas para determinar con exactitud lo que el público opina de lo que recibe. No hay un análisis estratificado inmediato para decir que un programa no gusta a las amas de casa, pero tiene seducidos a los profesionales jóvenes o a los estudiantes universitarios; no sabemos en realidad cuántos campesinos ven un espacio supuestamente diseñado para ellos ni qué opinión tienen de sus contenidos; no sabemos tampoco qué tipo de público se arrebató cada noche ante la telenovela de guardia, a pesar de que se le concede el espacio preferencial más cotizado; no conocemos con precisión quiénes son esos jóvenes que dicen gustar de los espacios musicales colmados de videoclips y quizás por eso, en la programación no tenemos en cuenta a los otros que buscan un lugar para el diálogo creador o la polémica social.

Ciertamente todos los creadores de los medios de difusión masiva trabajamos igualmente a ciegas, pero quizás ninguno dependa tanto de esos datos para poder hacer responsablemente su trabajo como los que hacen la televisión.

Ante la ausencia de una caracterización exacta del destinatario, cualquier discusión en torno a la televisión, a su programación o a sus contenidos, es totalmente inútil, se estructura sobre un terreno falso. De nada sirve discutir conceptualmente en eventos y congresos sobre aciertos y desaciertos de una televisión que no sabe exactamente para quién trabaja en cuanto a tipo de público, a preferencias culturales, a estratos de la población que deben ser beneficiados. Poco aporta discutir sobre las categorías de «bueno» o «malo» que se otorgan a cualquier espacio, si no se tiene en cuenta la relatividad de tales conceptos en dependencia del tipo de persona al que se destina, del horario en que se trasmite, de la programación que le antecede o sucede. Sirve de muy poco escuchar a voceros de ciertos sectores expresar que los mensajes resultan banales, desconociendo la relatividad de ese concepto en dependencia del horario y del público que lo recibe.

La cubana es una televisión que, con los contenidos y presupuestos económicos de una de servicio público, debe dejar el mismo nivel de satisfacción en el público que una comercial. Con presupuestos estatales, sin publicidad comercial ni patrocinadores, debe hacer programas para un televidente acostumbrado a disfrutar aquellos que se realizan a un costo de millones de dólares por emisión.

Poco estimula a los creadores de este medio recibir valoraciones muy sabias, de personas a veces también muy sabias, que no tienen la menor idea de cómo es el quehacer cotidiano de esta industria vertiginosa, afectada sustancialmente por las condiciones económicas del país, como cualquier otro sector donde la tecnología juegue un papel fundamental. En este proceso, son contraproducentes las influencias del proteccionismo laboral que ha beneficiado durante años a personas sin talento o poco productivas y la indisciplina profesional que se apoderó de muchas áreas como consecuencia de manejos inadecuados o de falta de contenido de trabajo.

Los detractores pueden decir que el público jamás ve las intenciones, y es cierto.

Condiciones *sui generis* de la televisión cubana

A nivel mundial hay dos formas de hacer televisión: la *comercial* y la de *servicio público*. La primera, que conocimos en Cuba antes de 1959, es la que predomina actualmente en casi todos los países. Como se sabe, se sostiene de los aportes de la publicidad comercial, sobre la base de la competencia entre canales; su esencia mercantil le permite desplegar grandes espectáculos de cualquier género a sabiendas de que el presupuesto invertido en ellos será financiado por las empresas de publicidad o los patrocinadores; se permiten el lujo de contratar estrellas exclusivas, del país o del exterior, transmitir eventos nacionales o internacionales muy costosos y, a cambio de eso, tienen que hacer una programación altamente complaciente, para que los publicitarios queden satisfechos.

La segunda, de servicio público, se financia en algunos casos por el Estado, en otros por organizaciones internacionales o fundaciones particulares. Por lo general tienen una programación de carácter cultural, para ciertos sectores de la población, sin pretensiones de gran espectáculo. En ciertos países conviven simultáneamente ambas formas, pero la comercial abarca los grandes mercados de teleaudiencia y la otra queda para satisfacer necesidades estatales de televisión educativa, teleclases, extensión universitaria, televisión cultural o divulgar asuntos de interés gubernamental.

Cuba es un caso excepcional. El carácter socialista de nuestro país concede la propiedad de los medios de difusión masiva únicamente al Estado y la *Constitución de la República* establece el carácter no comercial de estos medios. Nuestra televisión es, por definición incuestionable, de servicio público.

Pero más de once años de televisión comercial en Cuba dejaron ciertos hábitos de teleaudiencia que luego se sostuvieron en los años subsiguientes. Los primeros momentos posteriores al triunfo revolucionario significaron un cambio sustancial en lo que a contenidos de ciertos programas se refiere, por ejemplo, aparecieron programas de educación para la familia, de alfabetización, de educación para la salud; desaparecieron los programas de participación que humillaban al ciudadano común, se abolió la crónica roja sensacionalista. Pero persistieron los programas de gran espectáculo musical, los grandes novelones que aprovechando las trampas del género inculcaban los nuevos valores que requería la naciente sociedad, y otras formas propias de la televisión comercial.

La nuestra es una televisión en la que conviven formas y contenidos de ambas. El público está acostumbrado al gran espectáculo y lo exige en cada programa. Todavía nadie ha aprendido que entretener no es la principal de las tareas de nuestra televisión, porque antes, debe informar, instruir y educar. El público se adaptó a la factura formal de la televisión comercial, a la fastuosidad de los espectáculos —baste recordar los premios Opina, los concursos de música Adolfo Guzmán o los Festivales de Varadero— al predominio del excurso narrativo donde el despliegue de grandes actores, la presencia de rostros bonitos, de lugares bellos o de tramas truculentas ha persistido los embates del tiempo.

Con el cine no ocurre así. Cuando el público se dispone a disfrutar el cine cubano no lo hace para compararlo formalmente con la última película de Hollywood; sabe que este es otro cine, diferente, pero suyo, que lo refleja a él con sus problemas y eso es lo más importante. Este es *el cine imperfecto*, como lo llamó Julio García Espinosa, pero alcanza mayores records de ventas en taquilla que la mejor de las películas extranjeras.

Ese mismo sujeto, cuando se dispone a ver televisión, exige de nuestros programas la misma calidad que

Entre uno y otro borde parece estar la posición más sensata: cultivar en esencia, entretener en lo posible. Esta loable afirmación no tiene elementos condenables en el marco teórico, su dificultad está en el terreno práctico, pues cada creador, cada funcionario y cada televidente tiene un concepto muy personal de lo que significa *divertir* y *cultivar*.

encuentra en los foráneos. Espera que la novela realizada en el Estudio 19 del Focsa tenga la misma calidad que las realizadas en la ciudad escenográfica de la superproductora Globo, con un presupuesto cien veces mayor y facilidades de técnicas que no tendría sentido describir aquí. Exige de nuestros musicales la misma factura de los clips extranjeros, sin saber que no hay una sola computadora en nuestra televisión que pueda hacer tales efectos ópticos.

Las referencias aportadas por los satélites de comunicaciones rompieron el ostracismo que lastró a la televisión en los años sesenta y setenta, cuando la falta de compatibilidad en nuestra norma de televisión y la ausencia de las transmisiones espaciales nos llevó a ignorar absolutamente lo que pasaba en el mundo. Nuestra televisión era la única que se veía en el hogar y esas eran las referencias; ahora cualquier ciudadano ve televisión de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, México, Suecia, Argentina, Brasil, o quién sabe de qué rincón de la tierra cómodamente sentado en su hogar, en vivo o grabado. Los *cassettes* y las antenas parabólicas hacen su parte también. Esto le aporta nuevos patrones de referencia.

La cubana es una televisión que, con los contenidos y presupuestos económicos de una de servicio público, debe dejar el mismo nivel de satisfacción en el público que una comercial. Con presupuestos estatales, sin publicidad comercial ni patrocinadores, debe hacer programas para un televidente acostumbrado a disfrutar aquellos que se realizan a un costo de millones de dólares por emisión.

Pero hay más. En un país capitalista actual conviven muchas variantes de televisión: el *videocassette*, el disco láser de video, el cable, las parábolas domésticas y los canales abiertos. La mayor parte de las personas, en dependencia de sus posibilidades económicas, se adscriben a una u otra forma y así alternan las opciones con la televisión pública, que en algunos países ha quedado únicamente como la opción para las personas con menos ingresos económicos. En Cuba, la televisión pública es la *única televisión*, ya que la existencia de equipos y materiales de *videocassettes* no son significativos cuantitativamente en términos de población, no existe el sistema de cable a disposición del ciudadano común y el uso no autorizado de parábolas de rastreo de señales de satélite está penado por la ley.

La única televisión que existe transmite en el escaso lapso de tiempo de unas cinco horas diarias, por dos canales —uno de ellos puramente informativo-deportivo—, y debe satisfacer las apetencias culturales de amas de casa y profesionales, soldados y estudiantes universitarios, campesinos de las cooperativas y artistas, jóvenes *snobistas* y recogedores de café de las montañas, obreros calificados y doctores.

El alcance de la señal a la totalidad del territorio del país obliga a satisfacer poblaciones tan diferentes como las zonas citadinas densamente pobladas y las regiones montañosas subpobladas. Los telecentros regionales solo trabajan una hora al día, de modo que el grueso de la programación está encadenada a los canales nacionales.

La más virtuosa maestría en conocimientos de comunicación social resulta incompetente ante tales demandas.

No todo tiene que gustar a todos

La única política de programación sensata ante tales reclamos es la de concebirla como un sistema perfectamente integrado en que ambos canales se complementen, ofreciendo una propuesta alternativa en dependencia de los horarios y públicos destinatarios. Asumir que no todos los programas tienen que gustar a todos los televidentes parece ser la única solución posible para esta televisión.

Esto supone asumir el descontento de ciertos públicos ante ciertos espacios, admitiendo que ellos no están concebidos dentro de los destinatarios predeterminados del programa. En este caso es imprescindible el estudio estratificado e intencional de las muestras de la teleaudiencia para poder andar sobre un piso firme. Se requiere entonces conciencia, no ya de los funcionarios encargados del asunto, sino del propio público y de la prensa especializada, para que ayude a delimitar los campos. Habrá que aprender a no ponerse nerviosos cuando la vecina de al lado protesta porque no le gusta un concierto sinfónico, o el mecánico de la terminal de ómnibus se lamenta por la transmisión de un programa sobre imagen virtual en el espacio de ciencia y tecnología, o el artista consagrado se escandaliza ante la frivolidad de un espacio del hogar.

La seriedad en el diseño de la programación tiene que llegar entonces a los límites de la más refinada ciencia: no cabe la improvisación. Proceder así

permitiría a los creadores trabajar libremente, sin tener que hacer concesiones populistas a su obra en busca de una falsa teleaudiencia.

Parece ser que la eterna disyuntiva filosófica se concentra en qué es lo que se debe poner en la televisión: lo que el público *quiere* ver o lo que *debe* ver.

Los sectores culturales más radicales se pronuncian por una televisión educativa y cultural, donde el público reciba cada día su porción de inmortalidad, en busca de la educación de un gusto individual que por sedimentación lo debe elevar espiritualmente más temprano que tarde. A este sector le interesa bastante poco que las personas lamenten cada día «lo mala que está la televisión» porque no encuentren en ella la forma de entretenerse placenteramente después de un día físicamente agotador, o porque falten filmes de suspenso y asesinatos que los haga olvidarse de los trajines cotidianos. Los más exigentes piensan que la cultura popular tiene un precio y que no hay que escatimar esfuerzos.

Los sectores complacientes, temerosos de que los desacuerdos por la televisión repercutan indirectamente en la vida social, laboral o política del sujeto, manifiestan su interés de hacer una televisión entretenida, que supla las ausencias de otras formas de recreación o esparcimiento. Si no hay dónde ir a bailar un sábado, transporte para ir a un teatro, posibilidades de ir a la playa, si el zoológico está cerrado o los centros turísticos se limitan al área de moneda convertible, si los abastecimientos escasean o hay interrupciones del sistema electroenergético, allá ha de ir la televisión a distraer al sujeto para que se evada, placenteramente, de tales ausencias.

Entre uno y otro borde parece estar la posición más sensata: cultivar en esencia, entretener en lo posible. Esta loable afirmación no tiene elementos condenables en el marco teórico, su dificultad está en el terreno práctico, pues cada creador, cada funcionario y cada televidente tiene un concepto muy personal de lo que significa *divertir* y *cultivar*.

En la correspondencia diaria que se recibe en la planta de televisión, hay opiniones contrapuestas de los ciudadanos hacia el mismo programa, que para unos resulta más que entretenido, y para otros, aplastantemente demoleedor. En ausencia de estudios de población para determinar las fuentes de donde procede cada opinión, queda a la consideración personal de cada cual la categorización del producto cultural.

La lucha desigual

Todos pueden cuestionarse el trabajo de la televisión, pero la televisión no puede cuestionarse el trabajo de nadie. Si un periodista de cualquier emisora de radio u órgano de prensa escrita quiere hacer una crítica contra un creador o conductor de un espacio televisivo, puede hacerlo, para ello cuenta con el espacio, el papel y el apoyo de su medio de prensa. La posibilidad de réplica

para los que hacen televisión es muy reducida, casi nula. Las imputaciones deberán ser metabolizadas pacientemente, sin que rebajen el optimismo o la capacidad creativa.

Si un creador de la televisión se sustenta en cualquier elemento de crítica social para realizar un chiste o un diálogo dramático de un programa, al día siguiente recibirán el creador y los directivos de la televisión una avalancha de reclamos de los sindicatos, administraciones, obreros y sociedades de todas las entidades que se sintieron aludidas por la broma o por el señalamiento crítico.

Esa es una de las razones por las que asistimos al fallecimiento del humor en la televisión. Es una de las causas indirectas también del porqué se renuncia al tratamiento de la contemporaneidad en la pantalla. La realización de cuentos, series o novelas donde se aborden los problemas más candentes de la actualidad social cubana traen aparejados grandes riesgos para los realizadores que prefieren sumergirse una vez más entre los carruajes, los amplios ropones y las portentosas escenografías de las tramas de época.

La fuerza de este medio en nuestra sociedad para prestigiar o desprestigiar ciertas labores sociales hace que los ciudadanos no permitan que a través de él se mofen de sus contenidos de trabajo o sus sectores. Por otro lado, el costo de estas actitudes a largo plazo puede desembocar en una pérdida de credibilidad en la televisión, en la medida en que el ciudadano común se vea cada vez menos presente en la pantalla y sus problemas elementales muy distantes del quehacer dramático.

La televisión es un proyecto cultural. Nadie discute su enorme fuerza como medio de comunicación social, pero es en esencia un medio de cultura. Cada programa y cada espacio, han de responder a una intención estética, destinada a lograr ciertos objetivos, para un determinado sector de la población. Como tal, debe estar sujeta a la ubicación exacta dentro del horario y el día, a la selección precisa del conductor y director que sean capaces de lograr los presupuestos planteados. Desde el más simple programa informativo hasta la más costosa superproducción, son vehículos de cultura, que deben a la vez instruir, entretener e informar.

La televisión debe promover la cultura, a pesar de que los grandes intelectuales cubanos nunca se han comprometido con este medio —algunas excepciones solo ayudan a confirmar las reglas. Lejos de interactuar y ejercer sobre ella su poderosa influencia, muchos de los intelectuales y artistas cubanos de renombre se enorgullecen de no ver televisión, y hasta manifiestan su desprecio, abierto o encubierto, a los que en ella laboran.

Entre estos laberintos trabajan cada día, y hasta con optimismo, los que hacen la televisión.

¿Posmoderno versus arte?

María Elena Jubrías

Profesora. Universidad de La Habana.

Hablemos de arte, de esas artes que llamamos plásticas, las que un día tenían la exclusividad de la plasmación de imágenes, de la pintura, la escultura, el grabado. Manifestaciones que, hurgando en el mundo en derredor, fijaban interpretaciones muy disímiles y fragmentarias de acuerdo con los intereses de la época.

Exactitud en el detalle y formas dadas en contorno; corporeidad, búsquedas sensuales, texturas y matices generando masa; transparencia de una atmósfera, sentido de infinitud o de proximidad sorprendiendo la complejidad del escorzo y el entrelazamiento de las formas, planos transformadores de la visión del fragmento de vida, fueron conquistas del oficio como respuesta a la cosmovisión imperante en cada momento, convertida en esencias en clave mayor y en recursos para plasmarlas.

Muchos mundos inexistentes inventaron los premodernos para cumplir el encargo social de reproductores de imágenes. Creyeron representar la realidad y en verdad estaban generando un fenómeno más del sistema ambiental: el objeto artístico.

El artista moderno fue quien construyó el próximo eslabón de esta historia de siglos al validar, como realidad en sí misma, al objeto pintura, escultura, grabado, fotografía, etc.; porque para el moderno cada género era

una realidad distinta, sujeta a la especificidad del oficio correspondiente. Entendió como encargo social la creación libre de ese objeto artístico transmisor de sentimientos e ideas; en darle vida propia centró todo su afán y negó los valores anteriores, estructurados sobre la reproducción icónica, desafiando a la sociedad que buscaba complacencia.

Le costó incompreensión y aislamiento; le valió una libertad sin precedentes. Un cuadro podía ser color, estructura interna o movimiento; ser una verdad más allá de lo aparential o independizarse del dictado de la razón; como la música, convertirse en lenguaje universal de las almas y también devenir arma de lucha, inflamado grito de protesta. Pero siempre, desde su condición de objeto autónomo destinado a alzarse sobre la mediocridad de otros medios, y a perdurar como obra sublime del espíritu.

Así, los modernos sumaron nuevos mundos —sus mundos— que paso a paso fuéronse asimilando como propios del gran arte hasta la aceptación total.

Las vanguardias del siglo xx concretaron en obra una de las muchas caras del arte, ofreciendo algo diferenciado, sin compromiso directo con la anécdota, sin la sujeción al estereotipo de los temas tradicionales, valorable por la atención a los recursos formales como conformadores

Las vanguardias del siglo xx concretaron en obra una de las muchas caras del arte, ofreciendo algo diferenciado, sin compromiso directo con la anécdota, sin la sujeción al estereotipo de los temas tradicionales, valorable por la atención a los recursos formales como conformadores máximos de lo que el artista tenía que decir.

máximos de lo que el artista tenía que decir. Lograrlo fue una batalla contra la tradición académica, que mercaba con el cadáver de un pseudoarte. Fue una etapa hermosa, alimentada de combativos manifiestos leídos en las peñas de café o publicados en revistas de tiradas cortas y vida efímera. Entre entendidos se alababan las conquistas y se entablaban las divergencias; todo bajo el signo de los elegidos para salvaguardar la cultura.

En la segunda posguerra, el arte moderno acaparó la atención del mercado artístico, ya poderosamente estructurado. Como el verde que sucede al deshielo, cubrió con sus proposiciones los espacios de galerías y revistas especializadas, y paradójicamente (o dialécticamente) con el triunfo comenzó su ocaso, al generarse, bajo las leyes regidoras de la sociedad de consumo, la contradicción entre su función de creación espiritual y su condición de mercancía para un mercado abierto.

La apetencia por «lo moderno» limó la versatilidad de las propuestas hasta ofrecer un producto ideal para la venta. No poco contribuyó la institución arte euroestadounidense a la creación de un estereotipo, elevando la abstracción informalista (incluido el expresionismo abstracto) a la categoría de arte moderno por excelencia. El aparato promocional lanzó este aséptico «arte modernista» a un mundo occidental sin fronteras, de diálogo imposible para el creador, dado el carácter de gran coleccionista-inversionista de su nuevo y acaudalado público. El —el artista— paladín y salvaguarda, desde el Romanticismo hasta entonces, del ideal espiritual en oposición al mercantilismo definidor de la sociedad burguesa, se vio despojado de su función social, cooptado, asimilado por las leyes del consumo como productor de una mercancía más: el objeto artístico.

Y la voz de los más jóvenes artistas fue una más entre las otras también jóvenes que protagonizaron un hermoso momento de rebeldía generalizada ante los esquemas, la falsedad, la incoherencia existencial. El arte posmoderno nació como rechazo a la cosificación del hombre y del propio arte moderno, en busca de la coherencia perdida, y ya no pretendía inventar nuevos mundos sino incorporar el existente.

A partir de los últimos años de la década de los 50, se manifestaron las primeras evidencias de nuevas variantes del arte. La semilla sin germinar de Dadá (excepción dentro del arte moderno) pareció alimentar entonces acontecimientos insólitos que marcaron una fisura en la

superficie del quehacer artístico, tan claramente definida y homogeneizada por la abstracción.

Los jóvenes artistas proclamaron el derecho a un arte más vivo, más relacionado con lo circundante, sin el valladar de lo sublime y exquisito, sin la exigencia de una especificidad encasillable en género y/o tendencia, sin aspiraciones a perdurar como pieza de museo para la posteridad. Nacieron los *happenings* a manera de sucesos transitorios que pueden requerir la participación activa del público y —como reclamo a un espacio propio más allá del pequeño palmo de pared en la galería— aparecieron los ambientes y las instalaciones. Ya no era imprescindible contar con el pincel de pelo de marta o el tubo de óleo, todo podía funcionar como elemento para la creación plástica: una cabra disecada, una maquinaria desechada, la brillante tela de nylon o un pedazo de fieltro embarrado de grasa; y más aún, el propio artista hablándonos de arte.

Esos locos Rauschenberg, Johns, Beuys, Oldenburg, Tinguely, entre otros rompieron la primera barrera, revolucionando hasta sus cimientos todo el andamiaje de la institución arte. Igualmente rebeldes, pero no tan iconoclastas, fueron los *pop*, por los atentados perpetrados contra la línea temática, negando la exquisitez informalista al contraponerle las groseras imágenes de los media, extraídas del entorno publicitario.

En otra dirección, los minimalistas y conceptualistas socavaron la concepción del objeto artístico. Partiendo de prácticas reductivistas, excedieron, con sus formas cúbicas, los límites posibles del «menos es más» miesiano e hicieron de los volúmenes solo partes en un espacio comprometido por ser un elemento más de la obra devenida instalación. Poco después ablandaron o casi desaparecieron las formas. Las cajuelas de Judd, las luces de Flavin, los paneles translúcidos de Bell, los fieltros de Morris, los desechos de Heizer o los derretidos de Serra, sin hablar de la huida de la galería hacia lugares desérticos para dejar huellas efímeras, generaron la posibilidad de la no existencia física del objeto artístico terminado, paso que dieron los conceptualistas casi paralelamente.

¿Para qué llevar a cabo la obra, si lo más importante es la idea que la anima? La palabra, la maqueta, el esbozo, el documento, el relato de lo que será, fueron los recursos para exponer las proposiciones de arte utilizados por Lewitt, Kosuth, Weiner, Buren, Huebler, Westermann, que así se unieron, con sus prácticas desestabilizadoras,

Los minimalistas y conceptualistas socavaron la concepción del objeto artístico. Partiendo de prácticas reductivistas, excedieron, con sus formas cúbicas, los límites posibles del «menos es más» miesiano e hicieron de los volúmenes solo partes en un espacio comprometido por ser un elemento más de la obra devenida instalación.

a lo que fue la explosión de los años 60 y principios de los 70.

Se podría suponer que entonces surgiera una dicotomía semejante a la del siglo decimonónico, cuando los románticos iniciaron para el arte de avanzada un camino paralelo al académico; mas los tiempos cambian y el poder con ellos. Desde hace unos 50 años el verdadero poder, ya se sabe, es el negocio del arte; son los incalculables intereses creados sobre la base del quehacer artístico, de los cuales la galería y el *marchand* solo son la punta visible del iceberg. El gran mercado no genera, pero sí selecciona, promueve, distribuye, decide, en última instancia, qué tipo de arte se debe consumir. No es sorpresa por tanto que, ante la crisis sufrida en 1962 por la saturación del mercado abstracto, se buscara otra opción para incentivar las adquisiciones, y los favorecidos fueron los *pop*. Su rebeldía fue transmutada en reclamo, y los estigmatizados de antes, «el pintor de las latas de sopa, el de las vallas, el de las tiras cómicas, el de los sellos, el de las bañeras y el de los muñecos de yeso», elevados a la categoría de superestrellas.

La abstracción —salvo el arte óptico, tendencia renovadora y combativa en sus planteamientos, mas también atractiva y por ello cooptable— fue engavetada y, bajo el manto protector de la Nueva figuración de moda, se sacó partido, en ambos continentes de otras opciones figurativas hasta entonces marginadas.

Insistimos en retomar esta historia de la incidencia del mercado, ya conocida por muchos, porque todo este período comprendido entre los años 60 y el primer lustro de los 90 es caracterizable por una lucha de estrategias entre el artista y el negociante de arte, y el hecho marca necesariamente una respuesta bien distinta a las de etapas anteriores: los artistas sabotando mediante la negación de valores preestablecidos, y los negociantes transformando las negaciones en estímulos para la venta.

Paralelamente crecía en «el ámbito culto» el interés por las nuevas proposiciones. Estudiosos las catalogaban y críticos las apoyaban o, al menos, polemizaban sobre ellas, proporcionándoles el carácter de variantes competitivas en la atención de los entendidos y de algún que otro coleccionista extravagante.

Junto al Hiperrealismo, tendencia fabricada para sustituir al *Pop*, se impusieron, en la década de los 70, las instalaciones y las *performances* y hasta algunas manifestaciones del Minimal, sus derivaciones, el Conceptualismo y el Póvera. Mas implicaban un hueso

muy duro de roer. ¿Cómo vender algo tan inaprensible como unos cuantos desechos regados por la galería, o una proposición que no se concretaba en obra terminada, sino en palabras o documentos, o la fotografía de una excavación realizada en lugares lejanos? ¿Qué era vendible del arte cuerpo? Los coleccionistas se inhibían, las ganancias mermaban, y el mercado desarrolló la estrategia de la multiplicidad, amplia gama de creaciones casi individuales bautizadas como tendencias, y ofrecidas en bloque a manera de un paquete de ofertas.

Entre ellas el neoexpresionismo alemán y la transvanguardia italiana encontraron pronta demanda, por representar el retorno a la pintura, al cuadro de caballete, a los códigos ya conocidos y aceptados. El fenómeno se expandió en los 80 con apropiaciones de estilos anteriores al siglo xx. Su inmediatez no permite aún siquiera una aseveración tentativa sobre las figuras paradigmáticas de este neohistoricismo de nuevo tipo, y menos sobre los derroteros que trazará para el arte. Hecho plástico trascendente por las polémicas teóricas que lo acompañan, negador máximo de la originalidad entendida como opuesta a la mimesis, puede ser desde la más sabotadora hasta la más cínicamente oportunista de las proposiciones posmodernas.

En síntesis, la historia del posmodernismo en arte está marcada por el enfrentamiento entre el poder del intermediario y el artista de vanguardia, hecho que condiciona en gran medida las características que la definen. Ahora bien, subrayar la trascendencia de un aspecto que se suele marginar del problema, no significa dejar de valorar el posmoderno como el arte de respuesta a una sensibilidad surgida de la incoherencia de la vida en las urbes superdesarrolladas. El ente artista responde en primera instancia a los problemas vitales; no vive en otro planeta, sino en este, amenazado por catástrofes nucleares y ecológicas; es parte de una sociedad que discrimina y anula, donde predominan la falsedad, el simulacro, el sin sentido. Conscientemente o no, asimila y revierte en obra los hechos contextuales, como hicieron sus predecesores.

Obra y artista son productos de su época: de no serlo serían anacrónicos. Si nuestro artista posmoderno fue negando unos y otros valores restringidos a la especificidad de su trabajo; si desacralizó, rompió con los compartimientos estancos de los géneros, reactivando conexiones entre las artes; si despreció la identificación de la creatividad con la originalidad de lo único y lo nuevo, claro que no fue por mera práctica sabotadora.

La cuestión del hombre continúa siendo un significado de mayor generalidad, solo que en el arte posmoderno se define en términos de rescate de valores humanos, crítica a la sociedad tecnológica, rompimiento del mito de la superioridad del hombre occidental, y reconocimiento de otras culturas en el tiempo y el espacio.

Su acción enraíza con inquietudes que lo hermanan a las vanguardias del moderno: restituirle al arte una significación como encargo social, redefiniéndolo en su esencia y/o cargándolo de significados humanos.

Junto a la expansión innegable de las fronteras del arte, valorable como logro al multiplicarse las alternativas para el artista, el posmoderno amplía consecuentemente el propio concepto de arte a nivel teórico.

De la actividad posmodernista se generan o enriquecen planteamientos en torno al problema de la redefinición del arte como un elemento no jerarquizado, una parte más, actuante en la vida diaria; y algunos, como el gran Beuys, lo definieron como actitud creadora vital con poderes transformadores por excelencia. Otros han rechazado la diferenciación con la cultura de masas y lo hacen convivir con lo *kitsch*. Los conceptualistas, a través de las ideas de Kosuth, han ceñido el problema a la no identificación con su exponente: arte es más que pintura, más que escultura: arte es la proposición que hace el artista en el contexto del arte, arte es la idea de arte.

El Neohistoricismo, aun con muchas cuestiones por precisar, genera inquietudes al proponerlo como cita de sí mismo, como alegoría de arte. Y las prácticas deconstructivas lo hacen funcionar como estímulo, por la generación infinita de significados, acordes con la personalidad de cada quien.

No pretendemos ser defensores a ultranza de algunas de las posiciones adoptadas: valoramos el conjunto, como hicimos con las negaciones del aspecto morfológico del objeto artístico, o con el conjunto de proposiciones del premoderno o del moderno. Lo importante es reconocer, en su carácter de significado de mayor generalidad, el gran interés que se evidencia en redefinir el arte.

Y si por otra parte se suele identificar la actitud del artista posmoderno con el hedonismo, en respuesta a la frustración del ideal, cuando se profundiza el análisis aflora una inquietud sin paralelo en etapas anteriores. Revalidar al hombre como centro al reflejar los síntomas de la deshumanización, denunciarla, protestar y replantear el problema en términos de humanidad, son variantes de un solo sentir: rechazar la manipulación, en todos los niveles, de los intereses esenciales, subvertidos por la sociedad burguesa.

No son ejemplos aislados. La cuestión del hombre continúa siendo un significado de mayor generalidad, solo que en el arte posmoderno se define en términos de

rescate de valores humanos, crítica a la sociedad tecnológica, rompimiento del mito de la superioridad del hombre occidental, y reconocimiento de otras culturas en el tiempo y el espacio. Abarca reflexiones sobre la condición humana, la subvaloración del hombre, imágenes de desgarramiento y violencia, y la protesta organizada de muchísimos artistas que ponen su arte al servicio de la lucha contra la guerra de exterminio, el abuso de poder, la discriminación de raza, nacionalidad, religión, sexo.

El arte de protesta no es una tendencia más de las fabricadas por el mercado, es una posición de compromiso que aflora en los 60, se manifiesta intensamente en los 70 y continúa hasta la fecha. Lidia con muchos tipos de armas, se organiza casi siempre en grupos, utiliza cualquier recurso efectivo, provenga de donde provenga (de los medios publicitarios o de las propias tendencias artísticas). Puede ser un anuncio lumínico, una manifestación pública, arte corporal, conceptual, instalación, *performance*; investigación o juego; ser mensaje directo o emplear la ambigüedad que incita a la reflexión. Lo que importa es comunicar. Esa es la condición posmoderna más importante: no interesa el objeto en sí, sino su poder comunicativo: no preocupa su futuro como obra de arte, sino su existencia y acción en el presente.

Por esa característica, por las profundas transformaciones que ha sufrido el objeto artístico en esta etapa de su historia, y lo insólito de algunos pronunciamientos al tratar de redefinir el arte, se habla mucho en estos tiempos de la muerte del arte y se culpa al posmoderno de ese hecho. No hay motivo de alarma; podrán desaparecer la pintura y la escultura como artes mayores, el artista-artesano que las confecciona, o incluso el objeto artístico físicamente considerado; pero el arte posmoderno, en su búsqueda de lo esencial, nos ha convencido de que nada de eso significaría la muerte del arte.

El arte es una condición humana; mientras haya hombres sensibles habrá arte. Si se diera el absurdo de la robotización total, si el hombre-cosa sustituyera al hombre-ser, ¿a quién podría preocuparle entonces la muerte del arte?

Comunidades transnacionales: su surgimiento e importancia en el sistema mundial contemporáneo

Alejandro Portes

Sociólogo. Universidad Johns Hopkins, Baltimore.

El aforismo «el capital es mundial, la fuerza laboral es local» se inscribe en la base de un edificio que se ha venido construyendo en forma continua durante los últimos cincuenta años. Las diversas esferas teóricas lo han ensalzado como el triunfo definitivo del libre comercio y el racionalismo económico o lo han denunciado como la tumba de la conciencia proletaria y la liberación nacional. Cualquiera que sea la perspectiva que se haya adoptado, el relato que lo sigue presenta una economía mundial crecientemente atada al capital, en forma de empresas corporativas directas o de inversiones de cartera, que van de un lado a otro del mundo en busca de acumulación. Los logros de estas iniciativas suelen presentar una correlación inversa a la autonomía económica alcanzada por los estados nacionales y las prerrogativas económicas y sociales obtenidas por la fuerza laboral local. En su mayor parte, sin embargo, el ímpetu adquirido por la expansión capitalista mundial se dirige a barrer todo lo que se le interpone en el camino, y a confinar al pasado los sueños de equidad de clase y desarrollo nacional autónomo.

El proceso de la fuga al exterior de capitales en busca de valorización no es, por supuesto, nada nuevo

y sin dudas es de ese material que se han conformado numerosos recuentos de la evolución del sistema capitalista mundial. Lo nuevo en el período contemporáneo son las modalidades y la intensidad del proceso, impelido por los avances tecnológicos ocurridos en la esfera de las comunicaciones y el transporte. Hoy se realizan inversiones y desinversiones instantáneas en las bolsas de remotos países latinoamericanos y asiáticos y, según afirma Castells,¹ un diseño de una prenda de vestir realizado en Nueva York puede ser transmitido electrónicamente a una fábrica en Taiwán y en solo una semana los primeros lotes del producto pueden estar llegando a San Francisco. Las ventajas del proceso parecen estar enteramente de parte de quienes mejor puedan servirse de las nuevas tecnologías, convirtiendo así la tecnologización en la apoteosis final del capital contra sus adversarios, sean estos los gerentes estatales o los trabajadores organizados.

Sin embargo, como sociólogos profesionalmente formados para examinar la dialéctica de las cosas, comprendemos que un proceso social de esta magnitud no puede ser unilateral. Por su propio ímpetu,

es probable que el proceso desencadene diversas reacciones que den origen a estructuras de compensación. A fin de cuentas, la revolución impelida por la tecnología que presenciamos en estos finales de siglo pudiera no dar origen a una era de capitalismo mundial irrestricto, sino a una nueva forma de lucha de valores de cambio con valores de uso y de la racionalidad oficial del derecho con la racionalidad sustantiva de los intereses privados.

Como contribución a este análisis intentaré darle forma teórica al concepto de comunidades transnacionales, como un elemento contrario -menos observado pero potencialmente fuerte— a las formas más visibles de globalización descritas en publicaciones recientes. Inicé esta tarea no sin algo de vacilación, ya que el concepto de transnacionalidad, como el de la propia universalización, amenaza con convenirse en parte de una de esas modas pasajeras que atraen por un tiempo la atención de los especialistas en ciencias sociales solo para desvanecerse en el olvido. Creo, sin embargo, que existe suficiente consistencia real como para que el esfuerzo valga la pena. De alcanzar con ello resultados positivos, el concepto pudiera realmente desempeñar una doble función como parte del arsenal teórico con que nos acercamos a las estructuras del sistema mundial y también como un elemento de una empresa menos desarrollada, a saber, el análisis de las redes y modalidades cotidianas de relaciones sociales que surgen en estas estructuras y en torno a ellas. Este último objetivo pertenece en realidad a la esfera de una teoría de mediano alcance de la interacción social que intentaré al menos bosquejar en los siguientes comentarios.

Intentos fallidos de mediano alcance: las normas laborales y la especialización flexible

En medios políticos y académicos ya surgen intentos de abordar la nueva movilidad ampliada del capital para encontrar formas de refrenar sus libres maneras. Estos intentos han visto a economistas institucionales, sociólogos industriales y sindicalistas deplorar las consecuencias de la desindustrialización en el mundo desarrollado e instar a medidas oficiales para revertir o al menos disminuir su avance. Este enfoque coloca la capacidad reglamentadora de los Estados nacionales en oposición con las oportunidades mundiales de acumulación abiertas por las nuevas tecnologías, que aprovechan las vastas diferencias de niveles salariales. El resultado ha sido el movimiento de Normas laborales, que procura restringir las importaciones periféricas producidas en condiciones que violan los derechos laborales aceptados comúnmente en el Primer

mundo. En palabras de uno de los más prominentes académicos que apoyan este movimiento

las nuevas tecnologías de la comunicación han eliminado prácticamente las barreras internacionales al comercio. Han puesto en juego las disparidades de ingresos más extremas del mundo y este cambio se ha producido con gran rapidez [...] Si se permite que el mercado se agote a sí mismo, pudiéramos socavar nuestra capacidad de redespelgar la economía hacia estrategias productivas de altos salarios. No podemos implantar una estrategia comercial de salarios elevados porque [...] está continuamente socavada por la atracción de lo que es en esencia un sistema de Tercer mundo.²

Esta contienda entre los intereses locales y los globalizados ha dado origen hasta el momento a algunas interesantes ironías, tales como que los industriales de América del Norte, en un tiempo notorios opositores a la fuerza laboral sindicalizada, se hayan convertido en ardientes partidarios de los sindicatos y los derechos laborales en el extranjero. Encabezados por organizaciones tan poderosas como la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), el intento de reproducir los logros de dos siglos de luchas laborales en Europa y América del Norte en los países recién industrializados de la periferia ha permitido algunos notables logros *formales*.

Desde mediados del decenio de 1980, por ejemplo, el Congreso de los Estados Unidos promulgó cuatro leyes distintas para que el acceso al mercado estadounidense dependiese del respeto a «derechos laborales reconocidos internacionalmente». Los Estados Unidos también procuraron introducir el tema de los derechos laborales internacionales en acuerdos comerciales multilaterales. En la Unión europea, los derechos de los trabajadores se recogieron en 1989 en la Carta de los derechos fundamentales de los trabajadores de la comunidad. Aunque las disposiciones varían mucho, todas están guiadas por la misma premisa de que las malas condiciones de trabajo en un país afectarán adversamente las condiciones laborales y la competitividad en los demás países.³

Estas impresionantes declaraciones contrastan con su evidente incapacidad para cambiar las condiciones en el terreno. La causa fundamental de ello es que la tarea de hacer respetar esos elevados ideales recae en gobiernos periféricos, que no tienen interés en hacerlo ni están en condiciones de ello. Los funcionarios de esos países conocen que el celo excesivo en la aplicación de las normas laborales del Primer mundo solo conduciría al éxodo de las inversiones extranjeras directas a países aledaños que presentarían excedente de fuerza laboral. Su posición está reforzada por argumentos económicos sobre las consecuencias que se prevenían, a largo plazo, para la industrialización de alto coeficiente de mano de obra. Linda Y. C. Lim,

una economista de Singapur, expone sucintamente el argumento:

Aunque las bajas normas de la fuerza laboral pueden ser de inicio uno de los factores que arraigan a los inversionistas, la manufactura de exportaciones tiende por sí misma a elevar estas normas [...] En Tailandia, al igual que en otros países en desarrollo, los logros alcanzados en la manufactura de exportaciones han ampliado con rapidez el proletariado industrial y la sindicalización laboral, posiblemente en una etapa anterior de desarrollo que lo que aconteció históricamente en los propios países desarrollados.⁴

El intento de imponer normas laborales del Primer mundo conduce a otra consecuencia perversa, a saber, la transferencia al sector informal de muchas de las actividades productivas que quedan atrasadas en el país periférico que respeta las leyes. Aunque bien escondido de la vista del público y, por supuesto, de los mecanismos registradores del Estado, la subcontratación informal y la contratación no asentada en los libros representan importantes mecanismos para escapar de la costosa reglamentación estatal y aumentar la competitividad en las economías donde existe un excedente de mano de obra. En los países periféricos, la industria y el comercio oficiales suelen valerse de esta estrategia, creando con ello una clase obrera segmentada entre una minoría relativamente bien pagada y protegida y una masa de obreros no protegidos que trabajan en múltiples actividades informales.⁵

En estos contextos, la «subutilización» de la fuerza laboral por el sector oficial es, en muchos casos, más aparente que real. En la literatura se documentan diversos casos en los que el problema no es la capacidad de absorción de la economía moderna, sino las formas en que utiliza la fuerza laboral, a fin de esquivar estructuras reglamentadoras relativamente avanzadas.⁶ En las economías periféricas es característica una densa red de relaciones oficiales y oficiosas con gran cantidad de reglamentos; lo que indica, a su vez, la futilidad de intentar igualar las condiciones del mercado laboral tomando como base normas impuestas desde afuera. Del mismo modo, esta situación señala hacia un callejón sin salida teórico; a saber, el intento de entender un proceso global tomando como base estructuras normativas diseñadas para reglamentar economías nacionales. Según comentó una vez Baudrillard⁷ el capital siempre parece estar un paso más allá de sus críticos, al idear formas ingeniosas de evadir tanto sus propias «leyes» como las limitaciones jurídicas que se colocan a su paso.

Otro enfoque a mediano plazo de estos acontecimientos fue explorado por los economistas Michael Piore y Charles Sabel, quienes elaboraron teorías sobre la experiencia de la economía de pequeña empresa en la región central de Italia como un nuevo modelo

de organización productiva capitalista. A su entender, el viejo modelo de producción en masa, basado en los principios tayloristas, está siendo suplantado por un nuevo modelo de producción flexible basado en centros de colaboración más pequeños, capaces de adaptarse con mayor agilidad a los cambios que se producen en la demanda del mercado. Este cambio estructural coincide con el proceso de globalización y hace uso de las mismas tecnologías. Es precisamente a través de ellos que resulta posible dividir en centros más pequeños la producción de líneas de montaje, que solía ser centralizada, haciéndola así más flexible.⁸

Al mismo tiempo, la especialización flexible abre nuevas oportunidades para que artesanos y pequeños productores se inserten en las redes del comercio mundial. Esto fue lo que ocurrió en la provincia de Emilia Romagna, en la región central de Italia, donde redes de obreros calificados y artesanos lograron crear una competitiva economía de exportación basada en la destreza económica y las relaciones cooperativas. Quienes en Italia han estudiado esta experiencia han mostrado escepticismo en lo tocante a la posibilidad de reproducir en otros contextos nacionales los conocimientos prácticos industriales y la estrecha solidaridad en que se asienta.⁹ De todos modos, Piore y Sabel pasaron a caracterizar el proceso como universal y a identificar otros numerosos «distritos industriales» del Primer mundo donde, a su entender, este se estaba produciendo también. Sabel llegó a decir que las actividades que se producían en América Latina y otras regiones periféricas dentro del sector informal, pudieran convertirse, dadas algunas condiciones, en casos de especialización flexible, y reproducir los logros de las pequeñas empresas de la región central de Italia. Según él:

El segundo lugar en que sorprendentemente pudiera producirse la especialización flexible es el sector informal inconmensurablemente vasto y poco comprendido de las economías latinoamericanas [...] No sería la primera vez que ocurre algo así: muchas de las pequeñas empresas de la Tercera Italia, que hoy se jactan de sus máquinas controladas numéricamente y sus clientes extranjeros tuvieron su inicio cuando las grandes empresas descentralizaron la producción a principios del decenio de 1970 a fin de eludir el creciente control sindical.

El problema de este optimista modelo hipotético es que encuentra pocos casos de apoyo empírico. Son excepcionales los ejemplos de comunidades de productores y exportadores integrados exitosamente y estos son especialmente raros en los países latinoamericanos. La oleada mundial de reestructuración industrial no ha sustituido la producción fordista de las zonas desindustrializadas de los centros, por distritos especializados en forma flexible. En lugar de ello, en casi todos los casos la reestructuración ha trasplantado la producción de línea de montaje, que se organiza

siguiendo lineamientos típicamente tayloristas, a zonas especiales de exportación en países periféricos. El régimen de producción en estas zonas puede ser tan severo y abrumador como los que se documentan en el punto culminante de la producción de línea de montaje en el mundo desarrollado.¹⁰

Otra modalidad de universalización productiva son las cadenas de subcontratación que se extienden a partir de grandes empresas industriales y comerciales situadas en regiones nucleares hasta pequeños «chinchales» y personas que trabajan en sus propias casas en países del Tercer mundo. Al igual que las fábricas fordistas trasplantadas, esta forma no representa una innovación flexible. En lugar de ello, constituye una recreación del sistema explotador que muchos creyeron relegado a la prehistoria del capitalismo. Bajo esta nueva estructura global de explotación, algunos actores pueden beneficiarse enormemente en virtud de su inserción estratégica en cadenas de subcontratación. En su mayoría, sin embargo, estas disposiciones productivas no brindan una oposición sistemática a los designios del capitalismo en expansión, sino que en lugar de ello representan un modo especialmente severo de su implantación en países más débiles desde el punto de vista económico.

En el Primer mundo hay pruebas de que las experiencias de la flexibilidad de las pequeñas empresas que han alcanzado resultados positivos no se oponen a los planes a largo plazo de las grandes empresas, sino que los complementan. Aunque presentadas como dinosaurios organizativos por algunos de quienes abogan por la especialización flexible, muchas empresas grandes han demostrado gran facilidad para apropiarse de las ideas de los pequeños innovadores. Como observa Bennett Harrison en su reciente crítica a la escuela de la especialización flexible, esta apropiación puede producirse mediante la adquisición directa de pequeñas empresas que hayan alcanzado buenos resultados o la copia e interiorización de sus adelantos tecnológicos.¹¹ Aunque los fundadores de estas pequeñas empresas pueden resultar enormemente beneficiados con estas transacciones, sus actividades no brindan una oposición sistémica al dominio del capital en gran escala.

Para hacer justicia a Piore y Sabel, ambos se muestran bien al tanto de las depredaciones causadas en la periferia por las industrias desertoras de los países centrales, así como de la capacidad de algunas empresas grandes de aplicar disposiciones productivas flexibles e innovadoras en los países avanzados.¹² Sin embargo, si su análisis se limitara a estos puntos, no diferiría de tantos informes de reestructuración global o competencia entre regímenes fabriles de América del Norte, Europa y el Japón. El punto central que hace

tan singularmente atractivos sus argumentos es la visión de una oportunidad emergente para que los actores económicos de base ganen un nicho en un sistema mundial ampliado.¹³ Lamentablemente, sin embargo, esta es también la parte más dudosa de su historia.

Por lo tanto, al igual que ocurre con los intentos de detener los excesos del capitalismo transnacional con normas laborales impuestas nacionalmente, la promesa de un nuevo orden económico en que las actividades coordinadas de los artesanos y los pequeños empresarios innovadores puedan competir -con resultados positivos- con los gigantes empresariales, fracasa. Aunque una de las perspectivas surge de la esfera práctica de los sindicatos y la otra del campo académico de la economía institucional, ambas coinciden en considerar local la fuerza laboral, al tiempo que conceden universalidad a las empresas de capital en gran escala. Ni las leyes nacionales ni los esfuerzos cooperativos de los pequeños productores flexibles bastan por sí solos para servir de contrapeso a ese antiguo instrumento de la clase adinerada: el hecho de no tener obligaciones, la capacidad de identificar opciones provechosas en todo el mundo y apropiarse de ellas o comprarlas a quienes se beneficiaban de ellas inicialmente. Para ser eficaz, toda reacción social a las tendencias actuales debe tener al menos algunos de los mismos elementos de movilidad a través de distancias geográficas. Y lo que es más importante, debe estar impelida por la misma lógica que promueve la universalización del capital en lugar de oponerse a esta.

Implantación de redes transnacionales

La respuesta popular a la globalización de la producción capitalista ha sido más sutil que la imposición de sanciones jurídicas y más difusa que la transformación de las disposiciones del trabajo industrial. Consiste en el crecimiento gradual de comunidades que se encuentran a horcajadas entre las fronteras políticas y que, en un sentido muy real, «no están ni aquí ni allá», sino simultáneamente en ambos lugares. Las actividades económicas que brindan sostén a estas comunidades están enraizadas precisamente en los diferenciales de ventaja que crean las fronteras políticas. No son diferentes de las grandes corporaciones globales, salvo en el sentido de que estas empresas surgen en el nivel de base.

Un grupo bien informado de antropólogos sociales ha iniciado la identificación de este fenómeno y el intento de dotarlo de una lógica teórica. Al decir de ellos:

Definimos el «transnacionalismo» como el proceso en virtud del cual los inmigrantes forjan y sostienen relaciones sociales con filamentos múltiples que vinculan sus

sociedades de origen y de asentamiento. Damos el nombre de transnacionalismo a estos procesos para recalcar que muchos inmigrantes construyen hoy esferas sociales que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas [...] Un elemento esencial [...] es la multiplicidad de participaciones que los inmigrantes sostienen al mismo tiempo en las sociedades de origen y de llegada. Todavía buscamos un lenguaje que describa estas ubicaciones sociales.¹⁴

Su actitud perpleja ante este fenómeno emergente resulta comprensible cuando comenzamos a entender la desconcertante multitud de actividades que comprende y el posible peso social y económico que posee. En esta sección y las siguientes trataré de dejar sentados tres puntos básicos:

1. Que el surgimiento de estas comunidades se vincula a la lógica del propio capitalismo. Son traídas al mundo, por decido de algún modo, por los intereses y necesidades de los propietarios del capital en los países avanzados.
2. Que, al tiempo que siguen principios sociológicos del desarrollo de las estructuras sociales bien establecidos, estas comunidades representan un fenómeno diferenciado de las modalidades tradicionales de adaptación de los inmigrantes.
3. Que como el fenómeno está alimentado por la propia dinámica de la globalización, tiene mayor potencial de crecimiento y ofrece un campo más amplio para las iniciativas autónomas populares que otras estructuras sociales.

Comencemos por examinar los orígenes de estas comunidades. Como indica la cita anterior, están compuestas principalmente por inmigrantes y amigos y parientes de inmigrantes. Se ha condicionado la opinión pública de los países avanzados a pensar que la inmigración contemporánea surge de un intento desesperado de los pueblos del Tercer mundo de escapar a la pobreza de sus países. En realidad, ni son los más pobres de los pobres los que emigran ni está este movimiento determinado principalmente por cálculos individualistas de ventajas.¹⁵ En lugar de ello, la migración contemporánea está impelida por fuerzas gemelas que tienen sus raíces en las dinámicas de la propia expansión capitalista. Estas son, primeramente, las necesidades laborales de las economías del Primer mundo, sobre todo la necesidad de suministro fresco de fuerza laboral de salario bajo. En segundo lugar está la penetración en los países periféricos mediante las inversiones productivas, las normas de consumo y la cultura popular de las sociedades avanzadas.

En contra de lo que suele pensarse, los inmigrantes van menos a los países más ricos porque lo desean que

porque se les necesita. En estas economías, una combinación de fuerzas sociales e históricas ha provocado agudas escaseces de mano de obra. En algunos casos, se trata de escaseces reales absolutas, como la falta de trabajadores industriales en el Japón y el déficit en algunas profesiones, como la enfermería y la ingeniería, en los Estados Unidos. En otros casos, sin embargo, la escasez surge de una resistencia, condicionada culturalmente, de los trabajadores del país a aceptar tareas serviles de bajo salario que sus antepasados realizaban normalmente.¹⁶ La lista de estas ocupaciones estigmatizadas es larga e incluye, entre otras, la mano de obra agrícola, los servicios domésticos y otros servicios personales, y los empleos en la industria de confección de prendas de vestir.¹⁷

A causa de la oposición de los sindicatos y la opinión pública, la corriente de fuerza laboral inmigrante ha debido continuar en forma clandestina o con arreglo a diversos subterfugios jurídicos. En los Estados Unidos, el clamor público que provocaba el enorme volumen de inmigración no autorizada condujo a la promulgación de la Ley de Control y Reforma de la Inmigración de 1986, conocida como IRCA. Esta legislación refleja con notable claridad la flexible necesidad de fuerza laboral inmigrante y el poder perdurable de las asociaciones de empleadores. En lugar de reducir el volumen de la inmigración, la ley de 1986 en realidad lo aumentó mediante diversas ingeniosas escapatorias.¹⁸

Para 1990, la población de los Estados Unidos nacida fuera del país alcanzaba casi 20 millones, el total absoluto mayor del siglo.¹⁹ Las escapatorias legales que permitía la IRCA, junto con las numerosas disposiciones de la Ley de Inmigración de 1990, prácticamente garantizan que este número absoluto y la proporción que representan los inmigrantes en la población total de los Estados Unidos, aumentarán en forma significativa para fines de siglo. En Alemania y Francia, a pesar de que el programa de trabajadores extranjeros invitados terminó oficialmente en el decenio de 1970, las comunidades de inmigrantes han continuado creciendo incesantemente mediante diversas escapatorias jurídicas y canales clandestinos.²⁰ Hoy Alemania tiene una población extranjera de 7 millones, aproximadamente el 9% de la población total, proporción bastante similar a la de los Estados Unidos.²¹ En el Japón, incluso con su homogeneidad étnica, la escasez de mano de obra ha dado origen a una variedad de subterfugios jurídicos que incluyen el uso de «capacitados» de empresas extranjeras o personas que exceden su visa para trabajar en las líneas de montaje industrial. En 1990, la población del Japón nacida en el extranjero alcanzaba aproximadamente un millón cien mil personas, todavía una parte insignificante

de la población total, pero se prevé que en el decenio entrante se duplique con creces.²²

El otro lado de la ecuación son los efectos del proceso de globalización en el suministro de posibles inmigrantes. El empuje del capital multinacional para aumentar los mercados en la periferia y aprovechar, al mismo tiempo, las reservas de fuerza laboral de esta, posee una serie de consecuencias sociales predecibles. Entre ellas están la remodelación de la cultura popular basada en formas artísticas y símbolos externos y la introducción de niveles de consumo que guardan poca relación con los niveles salariales locales.²³ Este proceso presocializa a los futuros inmigrantes en lo tocante a qué esperar de sus vidas en el exterior al tiempo que aumenta el apremio a marcharse a causa de la creciente disparidad entre las realidades locales y las aspiraciones de consumo importadas. Paradójicamente, el proceso no afecta tanto a los muy pobres de las sociedades periféricas como a los sectores obrero y de clase media, que suelen ser los más expuestos a los mensajes de comercialización y a los símbolos culturales que se envían de los centros.²⁴ El punto fundamental es que la inmigración contemporánea hacia los centros no constituye un proceso opcional, sino un proceso impelido por los requisitos estructurales de la acumulación capitalista avanzada. Como tal, puede preverse con confianza que la presencia de inmigrantes del Tercer mundo en ciudades del mundo desarrollado perdure y se amplíe. Estos grupos brindan, a su vez, la materia prima que permite el desarrollo del fenómeno de las comunidades transnacionales.

Ascenso de la empresa transnacional

La continuación de una política de inmigración abierta, *de facto* se ve incitada por la necesidad que tienen los empleadores de los países avanzados de obtener fuentes frescas de mano de obra con salarios bajos, mientras que la reubicación de instalaciones productivas en el extranjero está motivada por una demanda similar en algunos sectores industriales. Los trabajadores de la periferia que son empleados con arreglo a estas diversas disposiciones no son sencillamente objetos explotables, sino que pueden hacerse conscientes de la lógica de estos procesos y de las limitaciones que crean a la movilidad individual. Itzigsohn ha demostrado la forma en que los trabajadores de República Dominicana se convierten en empresarios del sector informal a fin de evitar la esclavitud y la remuneración mínima del trabajo en el sector industrial exportador.²⁵ Paradójicamente, en el contexto dominicano, la economía informal se convierte en un medio de resistencia popular a los designios del capital foráneo.²⁶

También los trabajadores inmigrantes pronto comprenden que las condiciones de pago y trabajo que les esperan no contribuyen demasiado a promover sus objetivos económicos. Para evadir las labores serviles y carentes de futuro que la sociedad anfitriona les asigna, deben hacer valer sus redes de relaciones sociales. Las redes sociales de inmigrantes presentan dos características que no suelen tener las que vinculan a los trabajadores del país. Primeramente, son a un tiempo densas y abarcan distancias físicas grandes. En segundo lugar, tienden a generar una elevada solidaridad, debida a la incertidumbre generalizada. El intercambio en condiciones de incertidumbre crea vínculos más fuertes entre los participantes que el que se produce con información completa y reglas aplicadas imparcialmente.

Este principio sociológico, que tanto los estudios de campo como la observación experimental dejan sentado, se aplica especialmente bien a las comunidades inmigrantes.²⁷ Sus transacciones económicas internas y con contrapartes externas al grupo, tienden a producirse con poca información inicial sobre la fiabilidad de estas contrapartes y el carácter y seguridad de la reglamentación estatal. Este elevado grado de incertidumbre crea la necesidad de «unirse» y mantenerse con los mismos socios, independientemente de lo tentadoras que puedan ser las oportunidades que haya afuera, una vez que haya quedado establecida su fiabilidad.

Estas redes densas, solidarias y extendidas geográficamente pueden ponerse en juego para diversas iniciativas económicas. En un caso de este tipo, destacado por Sassen,²⁸ conducen a mercados laborales situados a larga distancia, en que se identifican y apropian oportunidades de empleo en lugares lejanos. En otro, descrito por Zhou,²⁹ permiten aunar recursos para disminuir los costos de consumo y generar ahorros suficientes para la adquisición de negocios o inmuebles. En un tercer caso, estudiado extensamente por Light y coautores, permiten el surgimiento de asociaciones informales de crédito en que los ahorros se reúnen y asignan en forma rotativa.³⁰ Una cuarta iniciativa consiste en apropiarse de los diferenciales de precio e información entre los dos países, mediante la creación de empresas transnacionales.

Esta estrategia no es necesariamente incompatible con las demás, pero sí diferente en el sentido de que depende de transacciones que se producen en forma periódica a través de fronteras políticas. Para ser viables, dichas transacciones requieren de redes extraordinariamente flexibles a fin de garantizar suministros, entregas y pagos a tiempo, en condiciones en que hay pocos reglamentos externos o estos no existen. Estas pequeñas «empresas transnacionales»

aprovechan el mismo conjunto de innovaciones tecnológicas en materia de comunicaciones y transporte que subyacen en la reestructuración industrial a gran escala. Sin estas nuevas tecnologías, y las opciones y menores costos que estas hacen posibles, no podría existir una clase de empresarios transnacionales inmigrantes que fuera y viniera con frecuencia entre los países y mantuviera contactos diarios con sucesos y actividades que se producen en el extranjero. De modo más general, esta forma de respuesta popular a la reestructuración global no surge en oposición a las grandes fuerzas económicas, sino que es impelida por ellas. Mediante esta estrategia, la fuerza laboral - inicialmente, fuerza laboral inmigrante- se une a los círculos del comercio mundial imitando el nuevo marco económico y adaptándose a él, muchas veces de forma ingeniosa.

Sin embargo, el paralelo entre las estrategias de los actores económicos dominantes y la empresa transnacional inmigrante es solo parcial. Ambos utilizan ampliamente las nuevas tecnologías y dependen de las diferencias de precio e información entre los países, pero mientras las grandes empresas confían principalmente en su poderío financiero para hacer viables dichos empeños, los empresarios inmigrantes dependen por entero de sus redes sociales.³¹ Estas redes que subyacen en la viabilidad de dichas iniciativas populares se construyen mediante procesos -dilatados y muchas veces difíciles- de inmigración y adaptación a una sociedad foránea que las dota de sus características individuales. A su vez, la implantación de esta estrategia económica tiende a fortalecer tales redes. Así, los empresarios transnacionales se expanden y, en un proceso acumulativo, hacen más densa la trama de vínculos sociales que posibilita sus actividades. El crecimiento acumulativo de redes y empresas con bases simultáneas en dos países suele conducir a un fenómeno cualitativamente distinto. Algunos ejemplos de publicaciones recientes pudieran servir para introducir mejor este cambio cualitativo, que representa el punto final de mi estudio.

Construcción de comunidades transnacionales

En República Dominicana existen hoy literalmente cientos de empresas pequeñas y medias financiadas y operadas por personas que emigraron a los Estados Unidos. Entre ellas hay pequeñas fábricas, establecimientos comerciales de distintos tipos y organismos financieros. Lo que hace transnacionales a estas empresas no es solo el hecho de que hayan sido establecidas por antiguos emigrantes, sino el hecho de que dependen para su existencia del mantenimiento de

vínculos con los Estados Unidos. Un estudio realizado a fines del decenio de 1980 en 113 empresas de este tipo encontró que su inversión media de capital inicial era de solo 12 000 dólares, pero que, aproximadamente, la mitad de ellas continuaba recibiendo transferencias periódicas de capital desde el extranjero que promediaban 5 400 dólares. El dinero era remitido por parientes y amigos que permanecían en los Estados Unidos, pero que eran socios o copropietarios de la empresa. Además del capital, muchas empresas recibían transferencias en especie, bienes de producción o bienes de consumo para la venta.³²

En el curso del trabajo de campo realizado para este estudio, los autores encontraron un segundo mecanismo para la reposición de capital, a saber: los viajes periódicos de los propietarios al extranjero para incitar a nuevos posibles inversionistas inmigrantes. Estas promociones pueden producirse directamente, mediante redes existentes de parientes y amigos, o con la mediación de empresas financieras o de bienes inmuebles propiedad de dominicanos en la Ciudad de Nueva York, que actúan como corredores inversionistas. Estos viajes son también utilizados por los dueños y gerentes de las fábricas para vender en el extranjero parte de su producción. Los propietarios de pequeñas empresas de prendas de vestir, por ejemplo, viajan periódicamente a Puerto Rico, Miami y Nueva York para vender sus mercancías. Es práctica común concertar un acuerdo verbal previo con compradores en el extranjero, incluidos pequeños comercios de prendas de vestir. Al regresar a República Dominicana, los exportadores informales llenan sus maletas vacías con insumos que necesitan para su negocio, como diseños de ropa, telas y agujas.

Al ojo no entrenado, estos viajeros internacionales sobrecargados parecen inmigrantes comunes y corrientes que visitan a sus parientes llevándoles regalos. En realidad, participan en una forma creciente de comercio informal transnacional. Los requisitos de información de este denso tráfico se transmiten invariablemente por medio de redes de parientes y amigos que cubren la distancia entre los lugares de origen y destino. Del mismo modo, es evidente que los hombres y mujeres que operan estas empresas no son «inmigrantes que regresan» en el sentido tradicional del término. En lugar de ello, han usado el tiempo que estuvieron en el exterior para construir una base de propiedad, cuentas bancarias y contactos comerciales, a partir de los cuales organizar su regreso al hogar. El resultado no es la partida final de los Estados Unidos, sino más bien un movimiento cíclico de entrada y salida que permite al empresario transnacional hacer uso de las diferencias en las oportunidades económicas entre ambos países.³³

En su estudio de la comunidad indígena otavalana, en las alturas del Ecuador, David Kyle narra una historia similar, aunque con un giro cultural que resulta singular.³⁴ La región de Otavalo se ha especializado tradicionalmente en la producción y comercialización de ropa, desarrollando y adaptando nuevas habilidades productivas desde el período colonial español. En el último cuarto de siglo más o menos, los otavalanos han comenzado a viajar al extranjero para vender sus coloridos productos en ciudades importantes de Europa y América del Norte. Al hacerlo, se apropian del valor de cambio que en otros lugares se embolsillan los intermediarios entre los productores autóctonos del Tercer mundo y los consumidores finales. Luego de años de viajar al extranjero, también han traído a casa gran cantidad de novedades de los países avanzados, incluidas personas que han venido a residir a su pueblo. En las calles de Otavalo no es poco frecuente ver mujeres europeas blancas ataviadas con vestidos tradicionales indígenas. Son esposas de comerciantes transnacionales que las conocieron y las trajeron en algunos de sus distantes viajes.

En el mismo período, comenzaron a aparecer en el extranjero enclaves otavalanos semipermanentes. Su característica singular es que sus miembros no se ganan la vida con el trabajo asalariado y ni siquiera con el trabajo por cuenta propia, sino con la comercialización de productos traídos del Ecuador. Estos mantienen comunicación constante con su pueblo a fin de reabastecer sus existencias, supervisar sus telares y comprar tierra. El movimiento de entrada y salida que requiere este comercio ha convertido a los otavalanos en espectáculo corriente no solo en el aeropuerto de Quito, sino en las ferias callejeras de Nueva York, París, Amsterdam y otras grandes ciudades. Según Kyle, los otavalanos incluso han descubierto el valor comercial de su folklore y en años recientes grupos de intérpretes musicales han avivado las calles de las ciudades del Primer mundo.

La venta de coloridos ponchos y otros artículos de lana acompañada por las notas quejumbrosas de la quena ha sido bastante rentable. El éxito económico de estos emigrantes indígenas es evidente en su negativa casi general a aceptar trabajo asalariado en el extranjero y en la evidente prosperidad de su pueblo. Otavalo es bien distinta en este sentido a las demás regiones de las alturas andinas. Los empresarios y emigrantes que han regresado, todos indios, constituyen una buena parte de la capa superior de la localidad, lo que invierte el dominio tradicional de las élites blanca y mestiza.

Una tercera variante de esta tendencia incluye inmigrantes de poder económico notablemente mayor. El propio crecimiento de las comunidades asiáticas en los Estados Unidos, sobre todo la china, ha creado

oportunidades para que los empresarios acomodados de Taiwán y Hong Kong inviertan provechosamente en los Estados Unidos y, al hacerla, se conviertan en parte de la comunidad transnacional. Smith y Zhou explican cómo el rápido crecimiento de la propiedad inmueble china en el barrio neoyorquino de Flushing ha sido financiado en gran medida por los nuevos bancos chinos que se han establecido con capital taiwanés y hongkonés.³⁵ La población china, en rápido desarrollo, de Flushing y los barrios adyacentes de Queens se orienta en gran medida a la propiedad de inmuebles pero carece de conocimientos del inglés y credenciales para procurar créditos de instituciones de importancia central. A fin de atender a la creciente demanda de préstamos para viviendas procesados en su propia lengua, los empresarios locales se han dirigido a Taiwán y Hong Kong para reunir capital a fin de establecer otros bancos, y nuevos inmigrantes, con los recursos necesarios, han llegado a los Estados Unidos. Como resultado de ello, en Flushing han proliferado bancos de propiedad china. Aunque según normas convencionales se trata de bancos pequeños, sirven simultáneamente a los intereses económicos de la comunidad inmigrante y de los inversionistas en ultramar.

Tres mil millas al oeste, la ciudad de Monterrey Park, California, se ha transformado en «el primer barrio chino residencial», en gran medida por las actividades de recién llegados pudientes.³⁶ Muchos empresarios taiwaneses y hongkoneses han establecido negocios allí, menos en busca de ganancias inmediatas que como un resguardo contra la inestabilidad política y la amenaza de que sus lugares de origen pasen a manos de la República Popular China. Abrir un negocio nuevo en los Estados Unidos facilita la obtención de permisos de residencia permanente y muchos propietarios llevan a sus familiares a vivir a Monterrey Park, mientras ellos continúan yendo y viniendo a través del Pacífico.

Las actividades de los «argonautas», como se llama localmente a estos empresarios, añaden una nueva capa de complejidad a la comunidad transnacional. En este caso, son inmigrantes que no invierten los ahorros que han acumulado en los Estados Unidos en nuevas empresas en casa, sino más bien son inmigrantes que traen capital nuevo para invertirlo en los Estados Unidos. El nacimiento de un hijo en suelo americano garantiza la ciudadanía estadounidense y afirma definitivamente a la familia en su nuevo escenario. Como resultado del proceso gemelo de inversiones exitosas y adquisición de ciudadanía, los inmigrantes chinos han pasado rápidamente de la condición de recién llegados marginales a Monterrey Park al centro de la clase comercial de la ciudad.³⁷

Un cuarto caso de transnacionalización ilustra otra faceta del proceso, a saber, la influencia política y social que los grupos inmigrantes pueden adquirir en sus comunidades de origen. El caso está tomado del estudio de Robert Smith acerca del poblado de Ticuaní, una pequeña comunidad agrícola en la región mixteca, al sur de México, cercana a la ciudad de Puebla. Smith narra la excitación de los miembros del Comité de Agua Potable de Ticuaní al saber que habían llegado nuevas tuberías y, con ellas, la largamente esperada solución del problema del agua en el poblado. De inmediato hicieron planes para inspeccionar los nuevos materiales y organizar su instalación.³⁸ Smith comenta:

A primera vista, no se trata más que de un proyecto cívico corriente [...] Pero cuando tomamos en cuenta algunos otros aspectos de la escena, el significado se hace bien distinto. El Comité y yo no estamos parados en Ticuaní, sino más bien en una animada intersección de Brooklyn [...] Los miembros del Comité no iban sencillamente a las afueras del pueblo a ver las tuberías, sino que se dirigían más bien al aeropuerto John F. Kennedy para volar el viernes por la tarde a Ciudad México, desde donde viajarían cinco horas por carretera hasta su pueblo, consultarían con las autoridades y contratistas, y regresarían el lunes por la tarde a sus empleos en la ciudad de Nueva York.

Resulta que el proyecto de agua potable era solo el último de una serie de obras públicas que se habían realizado en Ticuaní, iniciadas y pagadas por personas que habían emigrado a Nueva York. Para este proyecto concreto, la comunidad emigrada había contribuido con más de 50 000 dólares reunidos por sus dirigentes en donativos de 100 dólares o menos. El sistema de abastecimiento de agua también celebraba el vigésimo aniversario de la terminación del primer proyecto público transnacional y, en esta ocasión, el Comité de Nueva York presentó su nuevo sello, que sería usado en lo sucesivo en toda la correspondencia y acontecimientos públicos. Decía: «*Por el progreso de Ticuaní: los ausentes siempre presentes. Ticuaní y New York*».³⁹

Me he extendido bastante en estos ejemplos para dar credibilidad a un fenómeno que, cuando se le describe inicialmente, obliga a un esfuerzo de imaginación. Pudiera haber usado una multitud de ejemplos similares, según se ilustra en la precursora colección compilada por Basch y sus colaboradores.⁴⁰ El punto central que ilustran estos ejemplos es que, una vez iniciado, el fenómeno de la transnacionalización, adquiere un carácter acumulativo que se expande no solo en número, sino también en el carácter cualitativo de sus actividades. Por lo tanto, aunque la ola original de estas actividades pudiera ser económica y sus iniciadores pudieran adecuadamente calificarse de empresarios transnacionales, las subsiguientes abarcan también actividades políticas, sociales y culturales.

Alertados por las iniciativas de los empresarios inmigrantes, los partidos políticos e incluso los

gobiernos establecen oficinas en el extranjero para solicitar el apoyo financiero y electoral de las comunidades inmigrantes. Para no quedarse atrás, muchos grupos de inmigrantes organizan comités políticos con el propósito de presionar al gobierno de su país o, como en el caso de la comunidad mexicana estudiada por Smith, influir en la municipalidad local en favor de varios asuntos. Para brindar un ejemplo más, los inmigrantes colombianos y dominicanos de la ciudad de Nueva York se organizaron en los decenios de 1970 y 1980 para demandar el derecho al voto en las elecciones de sus países respectivos y obtener el apoyo de sus gobiernos para combatir los estereotipos negativos que se habían difundido en el extranjero.⁴¹

Las iglesias y las organizaciones caritativas privadas se han unido a este movimiento entre el país de origen y la comunidad inmigrante con un creciente número de iniciativas en que ambas participan. Por último, el fenómeno adquiere una apariencia cultural cuando intérpretes y artistas del país de origen usan a las comunidades expatriadas como plataformas para irrumpir en la escena del Primer mundo y cuando los artistas que regresan de la emigración popularizan formas culturales aprendidas en el extranjero.⁴² El resultado final de este proceso de acumulación es la transformación de los empeños económicos originales en comunidades transnacionales, caracterizadas por densas redes en el espacio y por un número creciente de personas que llevan una vida doble. Los miembros de ella son al menos bilingües, se mueven con facilidad entre culturas distintas, suelen mantener con frecuencia hogares en dos países y procuran intereses económicos, políticos y culturales que requieren de una presencia simultánea en ambos. Cabe repetir que el inicio de este proceso y su desarrollo se nutren de las mismas fuerzas que impelen la globalización capitalista en gran escala. Al igual que Marx describió al proletariado como creado y situado en la escena histórica por sus futuros adversarios, el capitalismo mundial ha dado origen a las condiciones e incentivos para la transnacionalización de la mano de obra.

Estructura de la transnacionalización y sus consecuencias a largo plazo

Si las condiciones que enfrentan hoy los inmigrantes que se dirigen a los Estados Unidos guardaran alguna similitud con las que encararon sus predecesores europeos a principios de siglo, cabría apostar que no habrían pasado en forma tan decidida a la transnacionalización. La era anterior presentaba dos condiciones importantes que difieren de las de hoy. Primeramente, una plétora de empleos relativamente bien pagados en la industria; en segundo lugar,

transporte costoso y dilatado a través de largas distancias. La primera condición militaba en contra de los amplios empeños empresariales y dio origen, con el tiempo, a comunidades étnicas estables de clase obrera. La mayoría de los polacos e italianos que viven en los Estados Unidos se convirtieron en obreros y no en empresarios, porque las oportunidades del mercado laboral en las ciudades industriales a las que llegaron, hicieron de ello una opción atractiva. En cambio, hoy los empleos inciertos y con pago mínimo del sector de los servicios incitan fuertemente a los inmigrantes a procurar un camino autónomo distinto.

En segundo lugar, las comunicaciones y las tecnologías del transporte eran tales que hacían prohibitivo a los inmigrantes de principios de siglo ganarse la vida salvando las diferencias culturales existentes entre los países de origen y de destino o llevar vidas simultáneas en ambos. No era posible viajar regularmente de un lado al otro del Pacífico. Los campesinos polacos no tenían forma de comprobar, durante el fin de semana, cómo andaban las cosas en casa y estar el lunes de regreso en Nueva York para trabajar.

De cualquier manera, la conducción de gestiones económicas u otras actividades transnacionales en forma regular no podía producirse por no existir redes sociales fuertes a ambos extremos del viaje. Como indican los ejemplos examinados anteriormente, estas actividades se producen con frecuencia fuera del marco reglamentador de los Estados nacionales. A fin de garantizar transacciones exitosas en estas condiciones, es necesaria una gran confianza. La convicción de que los socios del círculo inmigrante y los que se encuentran en el extranjero no incumplirán sus obligaciones tiene sus cimientos en algo más que la solidaridad individual o étnica. Exige además una capacidad de cumplimiento en la comunidad a la que pertenecen todos los que realizan la transacción.⁴³ La mala conducta en la comunidad transnacional no se sanciona con una multa o la pérdida de la libertad, sino con el ostracismo de quien comete la violación y la eliminación de sus peticiones de recursos colectivos, muchas veces los únicos que permiten a la persona escapar de una situación de subordinación permanente.

Esta «confianza basada en el cumplimiento» no tiene su base principal o exclusivamente en la cultura de los países de origen, sino que es un producto surgido con la emigración. La incertidumbre de la vida en el extranjero y la vía, inicialmente desconocida, de los empeños económicos binacionales fomentan la búsqueda de socios fiables y el desarrollo de apretadas redes sociales en que suelen participar parientes y amigos en casa.⁴⁴ Puede producirse una gran cantidad de fraudes durante el desarrollo de estas transacciones a

distancia, pero la propia probabilidad de que se produzca este resultado al no existir órganos exteriores que garanticen el cumplimiento, incita a una cuidadosa selección de los socios y de los demás miembros de la red. Como ocurre en otras instancias de la empresa informal a gran escala, la importancia vital de estas redes se destaca en rituales periódicos de sociabilidad entre los miembros. En el caso de los empresarios transnacionales, las festividades en el pueblo de origen, como las fiestas anuales de Otavalo y Ticuaní, son ocasiones corrientes de celebración. Pero lo que condensa a la comunidad transnacional no son los sentimientos espontáneos de solidaridad que estas celebraciones fomentan, sino la capacidad de sanción de una estructura social estrechamente entrelazada.

Como he observado repetidamente, las comunidades transnacionales no surgen en oposición al capitalismo mundial ni hay en su funcionamiento inicial nada que se coloque explícitamente contra los designios de las grandes empresas. En este sentido, la analogía de este proceso con el examen de Marx sobre el surgimiento del proletariado industrial empieza a difuminarse. Las empresas transnacionales de base y las multifacéticas actividades sociales y políticas que las siguen no son creadas por las estructuras de acumulación capitalista mundial ni necesarias para ellas. En lugar de ello, representan un medio por el cual algunos miembros de la clase obrera escapan a su dominio. Al hacerlo, estas comunidades dan origen a una dinámica alterna que puede llegar a adquirir dimensiones políticas, así como puramente económicas.

Con el tiempo, el proceso pudiera tener implicaciones que en realidad trascienden las de las luchas de clase puramente internas. Al participar un número cada vez mayor de personas comunes y corrientes en actividades transnacionales, de una forma u otra, pasan a subvertir una de las premisas esenciales de la globalización productiva, a saber: que la fuerza laboral se mantiene en su lugar y que su punto de referencia para salarios y condiciones laborales continúa siendo local. Los trabajadores inmigrantes que se convierten en empresarios transnacionales, no solo niegan su propia fuerza de trabajo y la de sus socios a negocios situados en el extranjero o en su patria, sino que se convierten en conductos de información sobre condiciones distintas de la fuerza laboral u oportunidades económicas nuevas. El crecimiento de lazos socio-políticos y económicos que trascienden fronteras protege también a los trabajadores inmigrantes de la vulnerabilidad del aislamiento cultural y de una condición jurídica y racial inferior en los países del Primer mundo. Las corrientes de capital de los países recién industrializados de Asia a las ciudades de trabajo en América del Norte refuerzan el proceso, al facilitar

propiedades en el país de origen y un movimiento rápido al empleo por cuenta propia entre inmigrantes pertenecientes al mismo grupo étnico. Del mismo modo, a quienes quedan detrás y son contratados por industriales extranjeros en las zonas de exportación, los vínculos transnacionales pueden también brindar un medio de escapar a las condiciones explotadoras de trabajo o de remediar estas.

La importancia de la transnacionalización ya es evidente en los pequeños países exportadores de fuerza laboral. En los países periféricos de la Cuenca del Caribe y en los asiáticos con vínculos de larga data con los Estados Unidos, como Taiwán, Corea del Sur y Filipinas, toda la economía se ha remodelado por el proceso paralelo de globalización del capital y transnacionalización de los inmigrantes. Apenas existe una familia que no tenga un pariente en el extranjero; y el movimiento de personas, información e inversiones se ha convertido en parte integrante de las estrategias de movilidad de la familia. Los medios de difusión globales conforman las modalidades de consumo y estilos de vida tanto como la presencia y actividades de los empresarios transnacionales. Incluso los gobiernos participan al procurar, como en el caso de Haití, transformar la comunidad inmigrante en un «Décimo Ministerio» simbólico para obtener sus contribuciones y apoyo político.⁴⁵

Todavía es demasiado pronto para saber cuáles serán las implicaciones a largo plazo del desarrollo de las comunidades transnacionales. Mientras que en los países periféricos pequeños han adquirido gran importancia, en la mayoría de los casos representan todavía principalmente un canal para aplicar iniciativas económicas individuales y familiares. Pero como al proceso lo mueven las mismas fuerzas que promueven la acumulación global de capital, puede adquirir nuevas dimensiones e importancia política bastante mayores de lo que tiene en el presente. La base principal de esta expectativa es que, a diferencia de las normas de la fuerza laboral o de la especialización flexible, la transnacionalización sitúa directamente a las personas comunes y corrientes en el mismo plano que los actores dominantes que participan en la reestructuración mundial. Cuando haya transcurrido el tiempo suficiente, las comunidades transnacionales pueden neutralizar, en parte, las estrategias de acumulación basadas en diferencias salariales, asimetrías de información y amplias disparidades en el poder del capital y el trabajo. Resulten estas dinámicas una nueva solidaridad internacional, opuesta a la explotación capitalista, de estas diferencias o creen un nuevo espacio socioeconómico en que las diferencias nacionales vayan perdiendo progresivamente relevancia, de todos modos es evidente que el proceso puede convertirse

en una parte central de las fuerzas que conforman el futuro orden mundial.

Traducción: María Teresa Ortega.

Notas

1. Manuel Castells, «Multinational capital, national states and local communities», I.U.R.D., documento de trabajo, Universidad de California en Berkeley, 1980.
2. Michael J. Piore, «Labor Standards and Business Strategies», en: S. Herzenberg y J. Pérez López, eds., *Labor Standards and Development in the Global Economy*, Washington, DC: U.S. Department of Labor, 1990: 48-9.
3. *Protection of Workers Rights*, New York: Lawyers Committee for Human Rights, 1991.
4. Linda Y. C. Lim, «Singapore», en: S. Herzenberg y J. Pérez López, eds., Op. cit.: 73-95.
5. Lourdes Benería y Marta L. Roldán, *The Crossroads of Class and Gender: Homework, Subcontracting, and Household Dynamics in Mexico City*, Chicago: University of Chicago Press, 1987; Manuel Castells y Alejandro Portes, «World Underneath: The Origins, Dynamics, and Effects of the Informal Economy», en: Alejandro Portes, Manuel Castells y L. A. Benton, eds., *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*, Baltimore, Md: The Johns Hopkins University Press, 1989: 11-37.
6. Juan Carlos Fortuna y Suzana Prates, «Informal Sector versus Informalized Labor Relations in Uruguay», en: Alejandro Portes, Manuel Castells y L.A. Benton, eds., Op. cit.: 78-94; Chris Birbeck, «Gatbage, Industry and the 'Cultures' of Cali, Colombia», en: R. Bromley y E. Getry, eds., *Casual Work and Poverty in Third World Cities*, New York: John Wiley, 1979: 161-83; Rob Davies, «Informal Sector or Subordinated Mode of Production? A Model», *Ibid.*: 87-104.
7. Jean Braudrillard, *The Mirror of Production*, St. Louis: Telos Press, 1988: 79-80.
8. Michael J. Piore y Charles F. Sabel, *The Second Industrial Divide*, New York: Basic Books, 1984.
9. Vittorio Capecchi, «The Informal Economy and the Development of Flexible Specialization», en: Alejandro Portes, Manuel Castells y L.A. Benton, eds., Op. cit.: 189-215; Sebastiano Brusco, 1982. «The Emilian Model: Productive Decentralization and Social Integration», *Cambridge Journal of Economics*, 6(2), junio, 1982: 167-84.
10. M. Patricia Fernández Kelly, *For We Are Sold, I and My People: Women and Industry in Mexico's Frontier*, Albany, NY: SUNY Press, 1983; Frederic C. Deyo, *Beneath the Miracle, Labor Subordination in the New Asian Industrialism*, Berkeley: University of California Press, 1989; Juan Pablo Pérez Sainz, *El dilema del nabual*, San José, Costa Rica: FLACSO Editores, 1989.
11. Bennert Harrison, *Lean and mean: The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility*. New York: Basic Books, 1994.
12. Michael J. Piore y Charles F. Sabel, Op. cit.
13. Bennett Harrison, Op. cit.

14. Linda G. Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Blanc-Szanton, *Nations Unbound: Transnational Project. Post-Colonial Predicaments and De-territorialized Nation-States*, Langhorne, Pa: Gordon and Breach, 1994: 6.

15. Esta afirmación resumida no se justificaría plenamente en este caso sin desviar la atención del lector del centro del análisis. Esta fundamentación se ha planteado y desarrollado ampliamente en varios escritos anteriores.

16. Alejandro Portes y Luis E. Guarnizo, «Tropical Capitalists: U. S. Bound Immigration and Small Enterprise Development in the Dominican Republic», en: S. Díaz Briquets y S. Weintraub, eds., *Migration, Remittances and Small Business Development: Mexico and Caribbean Basin Countries*, Boulder, Co: Westview Press, 1991: 101-31.

17. Saskia Sassen, «Formal and Informal Associations: Dominicans and Colombians in New York», *International Migration Review*, 13 (verano), 1979: 314-32.

18. La IRCA legalizó la situación de unos dos millones y medio de inmigrantes no autorizados. La legislación posterior contenía disposiciones generosas para que los inmigrantes recién legalizados pudiesen llevar a sus parientes. De modo aún más importante, la IRCA conservaba una amplia escapatória para que continuara la entrada no autorizada al exigir a los empleadores que examinaran los documentos de sus posibles trabajadores, pero no la validez de estos. Como era de esperar, surgió una enorme industria de documentos fraudulentos para servir a los nuevos inmigrantes y a sus empleadores. Véase Alejandro Portes y Min Zhou, «Divergent Destinies: Immigration, Poverty, and Entrepreneurship in the United States», en: K. McFate, B. Lawson y W. J. Wilson, eds., *Poverty, Inequality, and the Future of Social Policy*, New York: Russell Sage Foundation, 1995: 489-520.

19. Michael Fix y Jeffrey S. Passel, «The Door Remains Open: Recent Immigration to the United States and a Preliminary Analysis of the Immigration Act of 1990» [documento de trabajo], The Urban Institute and The Rand Corporation, 1991; Rubén G. Rumbaut, «Origins and Destinies: Immigration to the United States Since World War II», *Sociological Forum* 9(4), 1994: 583-621.

20. Aristide R. Zolberg, «The New Waves: Migration Theory for a Changing World», *International Migration Review* 23 (otoño), 1989: 403-30; Klaus J. Bade, «From Emigration to Immigration: The German Experience in the 19th and 20 centuries», Ponencia presentada ante el Grupo de Política Migratoria y de Refugiados Germanoamericana, American Academy of Arts and Sciences, Cambridge, Mass., 23 al 26 de marzo de 1995.

21. Rainer Munz y Rolf Ulrich, «Changing Patterns of Migration, the Case of Germany, 1945-1994», Ponencia presentada ante el Grupo de Política Migratoria y de Refugiados Germanoamericana, American Academy of Arts and Sciences, Cambridge, Mass., 23 al 26 de marzo de 1995; Rubén G. Rumbaut, Op. cit.

22. Wayne A. Cornelius, «Controlling Illegal Immigration: Lessons from Japan and Spain», [documento de trabajo], Centro de Estudios de los Estados Unidos y México, Universidad de California, San Diego, 1992.

23. Francisco Alba, «Mexico's International Migration as a Manifestation of Its Development Pattern», *International Migration Review*, 12 (invierno), 1978: 502-51.

24. Sassen (1988) ha desarrollado una variante de este argumento con arreglo a la cual las industrias desértoras ubicadas en las zonas periféricas de exportación estimulan la emigración al presocializar

a las fuerzas laborales en prácticas culturales del Primer mundo. La mayor parte de la fuerza laboral de estas industrias está compuesta por jóvenes que suelen ser despedidos a los pocos años. La combinación de calificación y aspiraciones aprendidas durante su empleo y el hecho de que no tengan empleo los convierte en un grupo de futuros emigrantes. Sassen brinda pocas pruebas empíricas para afianzar su afirmación, pero pruebas posteriores de varios países latinoamericanos con zonas importantes de exportación indica que esta posee alguna validez. Véase Saskia Sassen, *The mobility of Labor and Capital. A Study in International Investment and Labor Flow*, New York: Cambridge University Press, 1988; Juan Pablo Pérez-Sainz, Op. cit., 1994; José A. Itzigsohn, *The Informal Economy in Santo Domingo and San José: A Comparative Study* [disertación de doctorado], Departamento de Sociología, The Johns Hopkins University, 1994; Sherry Grasmuck, y Patricia Pessar, *Between Two Islands: Dominican International Migration*, Berkeley: University of California Press, 1991; Alejandro Portes, y Robert L. Bach, *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States*, Berkeley: University of California Press, 1985.

25. José A. Itzigsohn, *The Informal Economy in Santo Domingo and San José: A comparative Study* [tesis doctoral], Department of Sociology, The Johns Hopkins University, 1994.

26. Análisis anteriores del sector informal en países periféricos han demostrado que este constituye un instrumento eficiente para que las grandes empresas oficiales disminuyan los costos y aumenten la flexibilidad en la utilización de la fuerza laboral. (Véase Alejandro Portes y John Walton, *Labor, Class, and International System*, New York: Academic Press, 1981; Lourdes Benería, 1989. «Subcontracting and Employment Dynamics in Mexico City», p. 173-88 en: Alejandro Portes, Manuel Castells y L. A. Benton, eds., Op. cit.: 173-88.) Estos análisis suponían un marco reglamentario, aplicado por el Estado, que protegía a los trabajadores y al mismo tiempo limitaba a los empleadores. Este marco se ha evaporado en gran medida en las nuevas zonas de producción de exportaciones, donde los trabajadores están sometidos a condiciones mucho más duras. Es este abandono de las facultades reglamentadoras del Estado lo que redefine el carácter y significado de la empresa informal popular en muchas ciudades del Tercer mundo.

27. Peter Kollock, «The Emergence of Exchange Structures: An Experimental Study of Uncertainty, Commitment and Trust», *American Journal of Sociology*, 100, septiembre, 1994: 313-45.

28. Saskia Sassen, 1994. «Immigration and Local Labor Markets», en: Alejandro Portes, ed., *The Economic Sociology of Immigration, Essays in Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, New York: Russell Sage Foundation, 1994.

29. Min Zhou, *New York: Chinatown: The Socioeconomic Potential of an Urban Enclave*, Philadelphia: Temple University Press, 1992.

30. Ivan Light, «Immigrant and Ethnic Enterprise in North America», *Ethnic and Racial Studies* 7, abril, 1984: 195-216; Ivan Light y Edna Bonacich, *Immigrant Entrepreneurs: Koreans in Los Angeles 1965-1982*, Berkeley: University of California Press, 1988.

31. Min Zhou y Carl L. Bankston, «Entrepreneurship: An Alternative Path to Economic Mobility for Asian Americans», en: I. Natividad, ed., *Asian American Almanac*, Columbus, O.: Gale Research, 1994.

32. Alejandro Portes y Luis E. Guarnizo, Op. cit.: 16.

33. Alejandro Portes y Luis E. Guarnizo, Op. cit.: 21-2.

34. David Kyle, *The Transnational Peasant: The Social Structures of Economic Migration from the Ecuadorian Andes* [disertación de

- doctorado], Departamento de Sociología, The Johns Hopkins University, 1994.
35. Christopher Smith y Min Zhou, 1995. «Flushing: Capital and Community in a Transnational Neighborhood», New York: Russel Sage Foundation, 1995. (Inédito.)
36. Timothy P. Fong, *The First Suburban Chinatown: The Remaking of Monterrey Park, California*, Philadelphia: Temple University Press, 1994.
37. *Ibíd.*
38. Robert C. Smith, *Op. cit.*, 1992: 1.
39. *Ibíd.*: 1-2.
40. Linda G. Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Blanc-Szanton, *Op. cit.*
41. Saskia Sassen, «Formal and Informal Associations: Dominicans and Colombians in New York», *International Migration Review* 13, verano, 1979: 314-32.
42. Los artistas latinoamericanos se han acostumbrado a Utilizar a Miami de esta forma debido a su amplia y diversificada comunidad hispanoparlante, afirmada por la economía étnica cubana. Los estudios de grabación, galerías y teatros que son propiedad de latinos brindan a los recién llegados ambiciosos oportunidades que no se encuentran en ningún otro lugar de los Estados Unidos.
43. James S. Coleman, «Social Capital in the Creation of Human Capital», *American Journal of Sociology* 94 (Suppl), 1988: S95-121; Mark Granovetter, «The Economic Sociology of Firms and Entrepreneurs», en: Alejandro Portes, ed., *The Economic Sociology of Immigration, Essays in Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, *Op. cit.*
44. Alejandro Portes y Julia Sensenbrenner, «Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action», *American Journal of Sociology*, 98, mayo, 1993: 1320-50.
45. Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton, 1992. «Towards a Transnationalization of Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered», *The Annals of the New Academy of Sciences* 645. New York: New York Academy of Sciences, 1992.

© TEMAS, 1996

La doncella y el minotauro

Zaida Capote Cruz

Investigadora. Instituto de Literatura y Lingüística.

Uno de los enigmas de la escolástica medieval consistía en averiguar cuántos ángeles cabían en la punta de un alfiler. Otro pretendía adivinar el sexo de los ángeles. Hoy podemos reírnos de esas discusiones bizantinas porque al fin hemos encontrado las respuestas. Los ángeles eran quince. Y eran hombres.

La selección *Fábula de ángeles (Antología de la nueva cuentística cubana)* de Salvador Redonet y Francisco López Sacha¹ ofrece una visión amplia, variada, de la nueva cuentística, con el único defecto de que incluye solo textos escritos por hombres, y excluye, olímpicamente, la cuentística femenina. La siempre precaria posición de las escritoras frente al canon, a las normas de uso común -y eventualmente incluso ante las variantes de renovación o violación del mismo- se hace aquí no solo evidente, sino también lamentable. La subestimación de la narrativa femenina es tal que ni siquiera se le menciona en la nota introductoria. En ella el autor habla complacido del clima de tolerancia actual -«Estos cuentos [dice] son producto de un estado de libertad expresiva alcanzado después de una ardua pelea con el ángel propio, en un clima cultural que reconoce hoy cualquier tendencia, movimiento o estilo sin

menoscabo de sus ingredientes formales»²-, pero olvida advenir que esa amplitud de miras no alcanza a justipreciar la narrativa femenina. Para no insistir en / antología, añadiré solamente que el énfasis en ciertos valores apuntados allí -como la virilidad y el tratamiento de los personajes femeninos- resulta cuando menos, incómodo.

Esto ocurre en la Cuba de los 90. ¿Qué precedentes hay para que tal omisión sea posible? En los años 30, Federico de Ibarzábal publicó la primera antología del cuento cubano. En esos *Cuentos contemporáneos*³ Ibarzábal se proponía mostrar «el espíritu de nuestras letras», lo cubano. En sección aparte reunía a las «mujeres cuentistas», un grupo que, a su juicio, perfilaba «siluetas de singular relieve». Allí estaban, con un cuento cada una, Lesbia Soravilla, Aurora Villar Buceta, Hortensia de Varela, Dora Alonso y Cuca Quintana. A diferencia de los escritores, con sendas fichas biobibliográficas antes del cuento respectivo, las de las autoras se daban todas juntas, en la presentación del grupo. Pero, segregación a un lado, lo cierto es que ellas estaban ahí. No quedaron fuera.

La segunda antología del género es la que elaboran profesora Emma Pérez y un grupo de estudiantes suyos.⁴ Pese a que la mayoría de los participantes son mujeres, la antología incluye solo a dos autoras (Dora Alonso y Aurora Villar Buceta), aunque no olvida mencionar a otras (Hortensia de Varela, Cuca Quintana, Rosa Hilda Zell, Berta Arocena, Lesbia Soravilla y Pura Rodríguez Castells), con lo que amplía considerablemente el espectro. En su presentación, Emma Pérez sigue el criterio de Ibarzábal: el cuento ha sido y seguirá siendo «instrumento de denuncia social» y las mujeres, aunque podrían suponerse ajenas a esta actitud, «proyectan *también* en su mayor parte la realidad de la vida de nuestro pueblo sobre sus creaciones». Se repite así la visión que separa lo femenino del quehacer público, político. De modo que es menester, al mencionar a las autoras, aclarar que su denuncia es, más o menos, remedo de la masculina. En términos políticos, estos datos son más reveladores de lo que parecen. Ese poner a un lado (o detrás) a las mujeres responde a una idea de la nación (y del proyecto nacionalista) que no las considera sujetos políticos creadores. Para Carlos Montenegro, cuya opinión se recoge en este libro, «el cuento [...] tiene unida su existencia y desarrollo a la propia existencia de nuestra nacionalidad». Por eso importa tanto dejar claro quiénes dirigen el proyecto literario -y político, por supuesto- cubano.

En 1946 José Antonio Portuondo edita en México *Cuentos cubanos contemporáneos*, donde incluye textos de Lydia Cabrera, Dora Alonso y Rosa Hilda Zell, cuya virtud de «encerrar una gran emoción en breves cuartillas, sin apelar a manidos patetismos del lenguaje» alaba en la nota que precede a «Las Hormigas». Siete años más tarde, como parte de la conmemoración del centenario del nacimiento de Martí, el Ministerio de Educación publicó la *Antología del cuento en Cuba. 1902-1952*, de Salvador Bueno.⁵ Más amplia que las concebidas hasta entonces, incluía textos de las tres autoras antes mencionadas y de Aurora Villar Buceta y Surama Ferrer. La muestra de literatura femenina era ya habitual en las páginas antológicas; la «penetración» de las mujeres en el espacio canónico era cada vez más frecuente.⁶ Pero las cosas cambian cuando hay que decidir cuáles son *Los mejores cuentos cubanos*. El mismo crítico incluirá esta vez solo a Dora Alonso y Lydia Cabrera, las indiscutibles.

Como se ha visto, la presencia de las mujeres en las antologías previas al triunfo de la Revolución estaba ya establecida. Con inevitables altibajos, como era de esperar, pero presentes siempre. ¿Cómo imaginar entonces, que pasados tantos años, sería posible hablar del cuento cubano sin mencionar apenas a una mujer? La historia continúa.

En 1962 el Ministerio de Educación imprime una *Selección de cuentos cubanos* para uso escolar en la que aparecen, nuevamente, Lydia Cabrera y Dora Alonso. Un año antes había visto la luz *Nuevos cuentistas cubanos 1948-1958*, antología novedosa en varios sentidos. Sus autores, Antón Arrufat y Fausto Masó, se proponían «aportar nuevos nombres a la cuentística nacional, y quizás nuevas obras». La antología, con diseño interior muy atractivo, prometía. La nómina incluía a Ada Abdo, Esther Díaz Llanillo, Leslie Fajardo, Josefina Jacobs y Ana María Simo. Esta última sería la única presente en la *Antología del cuento cubano contemporáneo* (1967), de Ambrosio Fornet, editada en México. El mismo crítico, cuando tres años después decide recopilar *Cuentos de la Revolución cubana* -lo que le permite ampliar la presencia de autores más jóvenes- no seleccionará a ninguna mujer, excluyéndolas así, automáticamente del «rostro actual de Cuba, [de] la imagen literaria de la Revolución».⁸ Y esto sucede aun cuando el antologador ha admitido que no *toda* la literatura de la Revolución puede ser explícitamente revolucionaria, y que lo que le interesa es mostrar una narrativa de terna *actual*, o sea, inspirada «en hechos ocurridos o susceptibles de ocurrir en la Cuba de hoy, es decir, [que] se basara en conflictos reales o *posibles* de la sociedad revolucionaria». No era esto lo que caracterizaba la antología de José Rodríguez Feo *Aquí once cubanos cuentan* (Montevideo: Arca, 1967), que ponía el énfasis en la denuncia del pasado prerrevolucionario como la mejor manera «de templar nuestro espíritu contra el retorno de ese pasado», a la vez que clamaba por el tratamiento de otros temas aún insuficientemente abordados: «la lucha por construir una nueva moral, la campaña de alfabetización, los conflictos surgidos en el campo con la socialización de la tierra... etc.». La conclusión es obvia. No se trataba, como pudo pensarse en un principio, de que las narradoras no hubieran asumido con la misma pasión que sus colegas masculinos los temas «revolucionarios» -cosa que, dicho sea de paso, es cierta⁹-, sino de alguna razón más profunda; esa marginación de la mujer del proyecto nacional -ahora el proyecto revolucionario-, esa ausencia que la excluye, inconscientemente, del «quehacer» de la Revolución, ya se había convertido en una costumbre.

Si coincidimos con Hugo Achúgar en que la antología es «junto con el manual, la historia, la crítica y la docencia literaria [...], uno de los instrumentos desde donde se ejerce la reproducción ideológica, [un] instrumento docente aunque no inocente [...] [que] se suma, en las distintas formaciones ideológicas, a la constitución del discurso hegemónico y a la lucha por el poder»,¹⁰ entonces habrá que reconocer cuán ajena al proyecto literario de la Revolución concebía la crítica dominante a la literatura escrita por mujeres. Esa visión

patriarcal, excluyente, se fortaleció con la sobrevaloración de la llamada literatura de la violencia. Todavía hoy sorprende comprobar cómo se repite un esquema que merma la riqueza creativa de aquellos primeros años. La literatura de la violencia fue entendida como la literatura revolucionaria por antonomasia y como el único modelo válido para los más jóvenes. El empeño por encontrar a toda costa un arquetipo de “literatura revolucionaria” acabó marginando otros modos de hacer literatura que coexistieron con los privilegiados por la crítica, y que han permanecido en la sombra de nuestra historia literaria más reciente. Lo que no es raro, teniendo en cuenta la efervescencia de aquellos años, donde se discutía con entusiasmo cuáles debían ser las características del escritor y de la obra *verdaderamente* revolucionarios. En fin, que puede explicarse todo, pero nadie nunca alcanzará a comprender por qué ha sido tan precario el lugar asignado a las mujeres en la narrativa de la Revolución.

La invisibilidad de la escritura femenina en el «gran texto» de nuestra época llegó a tal grado que en la década de los 80 se hablaba incluso de la inexistencia de una narrativa femenina en el país.¹¹ Si bien es cierto que la producción (publicada, visible) de cuentos de mujeres es escasa, mucho más escasa es la crítica a esa producción. ¿Hasta qué punto el desconocimiento y la falta de acicate contribuyen al silencio de las autoras? Mucho tiempo después, justo el año pasado, tuve que preparar para una editorial feminista española una antología del cuento femenino de la Revolución. Las editoras habían solicitado cuentos de mujeres *sobre* mujeres. Cuál no seña mi sorpresa al saber que la editorial rechazaba los textos seleccionados porque le parecían ¡poco combativos! Se producía así una perspectiva no solo empobrecedora de la literatura nacional sino desconocedora de la labor creativa de un significativo grupo de autoras. Es obvio que las editoras esperaban encontrar en ellas la literatura convencionalmente entendida como «de la Revolución», una definición que -lamentablemente- no alcanza a las cuentistas.

La recepción prejuiciada que se ha hecho de la literatura femenina durante los últimos treinta y seis años nos obliga a saludar con verdadero placer las antologías que incluyen al menos tres escritoras, como es el caso de *El submarino amarillo* (1993), de Leonardo Padura -las antologadas son María Elena Llana, Mirta Yáñez y Aida Bahr-; pero eso, bien mirado, no deja de ser un mal síntoma. También parecen dignas de gratitud las menciones *in extenso* de autoras cuando se hace un recorrido crítico por la joven cuentística actual. Veamos una de ellas:

Si en verdad existe eso que ha dado en llamarse feminismo literario (como corriente), habría que detenerse (y no es el caso) en las peculiaridades y dominantes de aquel en la

promoción estudiada, ya que -amén de las representaciones de esta línea (Ena Lucía Portela, Karina Mendoza, Verónica Pérez Kónina, Rita Martín...)- es significativo cómo, en la posible oposición hombre/mujer (o machismo/feminismo; dominante/dominada; etc., etc.), el punto de vista autoral en los textos de estos narradores-hombres, se halla a favor de las protagonistas, no obstante (o precisamente por eso) los desenlaces trágicos -o casi trágicos- en que estas se hallan.¹²

Increíblemente, la enumeración de las autoras cuya obra -se encarga de aclarar el crítico- no viene al caso analizar, sirve para introducir el análisis de los personajes femeninos desde la perspectiva *masculina*. En ese contrasentido se escuda nuestra crítica literaria. Creo recordar que es en *Orlando* donde Virginia Woolf decía que «con tal de que piense en un hombre, a nadie le parece mal que una mujer piense». Podríamos parafrasearla diciendo: «con tal de que sea un personaje, a nadie le parece mal que una mujer sea tomada en cuenta por la crítica».

No es casual que, como lectores formados en la tradición dominante, los antologadores prefieran los relatos masculinos. Ya he mostrado cómo se armó el canon de la llamada literatura de la Revolución. Se diría que hay temas y recursos que, desde el conservadurismo patriarcal, y muchas veces por apartarse de él, deprecian un texto. Pero la *diferencia* es, en sí misma, un valor. La riqueza de perspectivas es preferible a la monotonía de una voz dominante. Es hora de que juzguemos la calidad de los textos sin olvidar -la gran coartada de la crítica machista- de quién provienen.¹³ Las narraciones de mujeres no solo *pueden ser* efectivamente diferentes (perspectiva, estilo, temas), sino que, como se sabe, la lectura hace al texto. Por eso, saber quién es el autor -ya lo dijo Foucault- resulta decisivo para forjar nuestra apreciación. El *lugar* desde el cuál se narra es tan importante como aquel desde donde se lee.

De travestismo literario está llena la literatura; tal es el caso de las anónimas *Cartas portuguesas*, un texto del siglo diecisiete que a través de los tiempos ha sido alternativamente clasificado como «autobiográfico, espontáneo e instintivo» (cuando se atribuye a una mujer) o como una «elaborada ficción» cuando se cree que su autor es un hombre.¹⁴ Pero eso sería apenas un aspecto del problema, si las autoras gozaran de la misma consideración que sus colegas. Hay excelentes textos en nuestra literatura que permanecen relegados por la crítica. Para mí, es más que ilustrativo el caso de Olga Fernández. Sus cuentos rebozan un disfrute íntimo con el lenguaje, un humor y un conocimiento de la historia como el de pocos autores en nuestro país y, sin embargo, es prácticamente desconocida, a juzgar por la ausencia de opiniones críticas sobre su obra y su exclusión de las antologías. Aunque ha sido favorecida con un Premio de la Crítica, nadie puede ignorar que

una distinción nominal no igualará jamás el reconocimiento efectivo y amplio que logra una buena reseña y numerosas citas. Descontando tal vez a Dora Alonso, indiscutible muestra de la *otra* literatura, las narradoras permanecen en un limbo más o menos insulso, al margen de las discusiones culturales importantes.

Si estamos de acuerdo en que el problema del género sexual es también un problema de acceso y empleo del poder, coincidiremos en que la crítica puede llegar a establecer un paradigma que acabe excluyendo la literatura de las mujeres. Esto ha sucedido entre nosotros, sin dudas; aquí durante largo tiempo, la cuentística de autoras -como la doncella encerrada en el laberinto del minotauro-, ha sido la víctima propiciatoria. No se trataba de la sobrevivencia de un pueblo, como en Creta, sino de la afirmación de una crítica que necesitaba dar una imagen monolítica de la nación en su literatura y por ello menospreciaba o desconocía la existencia de esa otra escritura. Y a esa crítica, similar a la que Elaine Showalter ha llamado *represiva*, debemos enfrentarnos. Ese es uno de los objetivos de esta reflexión.

Espero haber sido clara. Y si no, ¡qué le vamos a hacer! Después de todo, como dice el personaje de uno de los angélicos narradores de la *Fábula...*, «las mujeres son un desastre comunicándose», y siendo así no tendría nada de extraño que no se me entendiera.

Notas

1. Salvador Redonet y Francisco López Sacha, *Fábula de ángeles. Antología de la nueva cuentística cubana*, La Habana: Letras Cubanas, 1994.
2. Francisco López Sacha, «La pelea cubana entre los ángeles y los demonios», en Salvador Redonet y Francisco López Sacha, Op. cit.: 7.
3. Federico de Ibarzábal, *Cuentos contemporáneos*, La Habana: Editorial Trópico, 1937.
4. Enma Pérez, *Cuentos cubanos. Antología*, La Habana: Cultural, 1945.
5. Nótese que las fechas enmarcan la etapa de vida de la República. La presentación del cuento como un elemento del discurso político de la nación se hace aquí evidente.
6. El lanzamiento de Dora Alonso, por ejemplo, se originó en un premio otorgado por la sección cultural de *Bohemia*, en un concurso de cuento femenino instaurado por Renée Méndez Capote.

7. *Los mejores cuentos cubanos*, Lima: Festivales del Libro, el 959.

8. En 1968, José Manuel Caballero Bonald publicó *Narrativa cubana de la Revolución*, en la que volvía a aparecer Dora Alonso como única representante de las escritoras cubanas.

9. Ni los cuentos de *La reja* (1965), de María Elena Llana o *El castigo* (1966), de Esther Díaz Llanillo, abordaban el tema de la lucha revolucionaria. En algunos casos, este aparecía solo tangencialmente, como trasfondo en la exploración, por ejemplo, de las relaciones familiares. Las autoras cubanas prefirieron, durante mucho tiempo, abordar la épica cotidiana o ubicarse en las cercanías del absurdo. Los cuentos de Evora Tamayo (*Cuentos para abuelas enfermas*, 1964, y *La vieja y la mar*, 1965) se alejaban bastante de la visión heroica de la realidad. No debe descartarse la posibilidad de que la «banalidad» de sus narraciones haya sido una respuesta a la retórica dominante. Un dato interesante: en la antología de *Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario* (La Habana: Unión, 1968) se incluyó a las tres autoras citadas junto a Marinés Mederos y Ángela Martínez.

10. «La antología del poder, el poder de la antología». Ponencia leída en la Casa de las Américas, en septiembre de 1988.

11. Luisa Campuzano ha denunciado el «cúmulo infinito de restricciones, de represión, de apocamiento que ha fomentado la cárcel de silencio de la mujer». «La mujer en la narrativa de la Revolución: ponencia sobre una carencia», en *Quirón o del ensayo y otros eventos*, La Habana: Letras Cubanas, 1988: 92.

12. Salvador Redonet Cook, «Vivir del cuento (y otras herejías)», *Temas*, (4), octubre-diciembre, 1995: 114.

13. Un crítico tan respetable (y tan canonizan te) como Harold Bloom ha dicho: «A veces les digo a mis estudiantes que Shakespeare no es: 'europeo, blanco, muerto', sino que todo Shakespeare fue escrito por una reconocida prostituta de su tiempo, Lucy Nigroe. Era una mulata de las Indias Occidentales (sic) y me gustaría demostrar que ella es la dama oscura de sus sonetos, lo que no es, y que ella escribió todo Shakespeare, lo que no implicaría diferencia alguna.[...] de todas formas daría igual, porque las obras están ahí». Entrevista de José Antonio Gurpegui, *ABC Cultural*, (189): 16 de junio de 1995: 19. [*Las cursivas son mías*]. Como chiste, es delicioso. Ahora bien, entrando en el juego de Bloom, lo que valdría la pena -teniendo en cuenta la discutida identidad de Shakespeare- es por qué la leyenda le adjudicó a un «hombre, europeo, blanco» y no a una prostituta negra la magistral creación de sus obras.

14. Donna C. Staton, *The Female Autograph*, Chicago: University of Chicago Press, 1987.

© TEMAS, 1996

El discurso femenino en la poesía cubana: Mirta Aguirre y Fina García Marruz

Mercedes Santos Moray

Escritora. Periódico Trabajadores.

Nadie se llame a engaño con las poetas cubanas. La de ellas no es una escritura marginal, sino marginada en nuestra historiografía literaria e insuficientemente valorada por nuestra crítica. Muchas de las voces mayores de nuestra lírica son mujeres. Véase, entre románticos y modernistas, las sensibles cuerdas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana y Juana Borrero; y en esta centuria nuestra, próxima a concluir, de un «posmodernismo» —el literario— a otro «posmodernismo», se ramifica el discurso de poetas del calibre de María Villar Buceta, Mirta Aguirre, Dulce María Loynaz, Fina García Marruz, Carilda Oliver Labra y Rafaela Chacón Nardi, por solo mencionar aquellas que podemos, con legítimo orgullo, considerar la máxima expresión de una lírica femenina que tiene, entre sus iguales y como compañeros de viaje, a Juan Clemente Zenea, José Jacinto Milanés, Julián del Casal y José Martí; a José Lezama Lima, Nicolás Guillén, Eliseo Diego, Félix Pita Rodríguez, Emilio Ballagas, Regino Pedroso, Eugenio Florit, Cintio Vitier *et al.*

¿Qué elementos caracterizan, sustancialmente, este discurso? La *inteligencia*, la *sensibilidad* y la *cultura*, como pivotes de un lenguaje que se apropia el mundo sin renunciar, nunca, a su propia condición de mujer.

Porque nuestras poetas no asumen el discurso masculino: dicen desde ellas mismas. Y eso es lo que enriquece el perfil de las letras cubanas y define, desde su especificidad, esta otra mitad del género humano que también se expresa como *sujeto* lírico en Cuba.

Verdad de Pero Grullo es afirmar que la expresión poética es la manera por excelencia del decir del cubano y de la cubana. Este es un archipiélago que da poetas como palmas desde el lirismo de su propia insularidad. Por eso —y no porque sea el género o la función que pueda surgir de la cotidianidad a vuela pluma, sino porque se nutre la pupila con la esencia de la poesía—, es que entre nosotras y nosotros, ya en prosa, ya en verso, cabalga la lírica en su abundancia. Es la forma natural que tenemos para apropiarnos del mundo, para apelar a la comunicación y al diálogo en el universo contradictorio y siempre plural de la especie humana.

En este discurso femenino también se manifiesta la diversidad ideológica que ha caracterizado, felizmente, a nuestra lírica, amén de la diferencia estilística y de las múltiples corrientes estéticas que lo transitan —para enriquecimiento de nuestra cultura— en un proceso de madurez intelectual que hace más plena a la literatura cubana.

Dos mujeres, al parecer distintas —Mirta Aguirre Carreras y Fina García Marruz— nos revelan esas circunstancias desde la almendra de una poética que en ellas, como en nuestras más puras voces, responde a un sentido de autenticidad que no desdice con la palabra lo que es, también, obra de vida. Una comunista, como Mirta, y una católica, como Fina, nos revelan con sus miradas el lenguaje de la mujer de este siglo desde la intimidad del sujeto que, en ocasiones, trasciende el ego individual para asumir la polifonía de lo colectivo, por razón de fe y/o de principios. Pero este rasgo no mutila ni restringe el amplio registro de una mujer que hace del verso y también de la prosa poética —sin olvidar que ambas cultivan la reflexión y nos han legado páginas del más cuajado ensayismo y de la crítica— vías de la lírica, para adentrarse en los distintos temas que les impone la vida no solo como provocación externa, sino como íntima necesidad subjetiva.

La inteligencia y la sensibilidad de cada una de estas poetisas, la inquietud intelectual, como persona, como ser pensante que se inserta y se realiza en el mundo y no huye de él, condujeron a Mirta Aguirre y a Fina García Marruz a explorar corrientes filosóficas y literarias, al ejercicio del criterio que lleva implícito toda selección y toda valoración, para al tiempo que enriquecían su individualidad enriquecer las nuestras, las de sus potenciales lectores, e integrar la expresión poética al flujo de conciencia donde la mujer no es un ser pasivo que se mantiene al margen, sino una plenitud consciente que se manifiesta, voluntariamente, y decide ser para sí, única vía posible de ser para los otros.

Si habláramos de intertextualidad en la obra de ambas poetisas, no vacilaría en afirmar que, en su máxima intensidad —donde el texto referido no es un verso ni siquiera un libro de versos, sino la sustancia estructural que entrega todo un espíritu—, Sor Juana Inés de la Cruz sería el fondo de referencia de Mirta Aguirre, como en Santa Teresa encontraría Fina su fuente nutricia. Dos mujeres, clásicas de nuestra lengua, la mexicana y la castellana, alientan en la esencia del *corpus* literario de las poetisas cubanas. Hay voluntad y estilo, de tal naturaleza existencial, que la fiebre de la jerónima y de la carmelita transitan por las páginas de las dos como en los días del Virreinato de la Nueva España y de la fundación que naciera en Avila, a lomo de mula, para llegar hasta el cénit con la doctora angélica.

En Mirta y en Fina, además, y como hijas de esta tierra —raíz de su poética que siempre tiene de semilla su cubanía—, hay también la voz de un varón que nunca marginó a la hembra, de aquel que nos nutre por igual, con su excelencia, a los cubanos y a las cubanas. Me refiero a José Martí. Ambas lo evocan, en lo ético y en lo estético, para entregarnos la apropiación renovada de la Patria, que es siempre en ellas obra de amor y que —desde su afectividad, por los vasos comunicantes de los sentidos y la emoción— nace desde lo primigenio, al parecer de lo más inocente, donde el heroísmo no tiene reflejo grandilocuente, sino que llega desde su ánima con la orgánica expresión de lo sencillo y que puede ser un

paisaje, el color azul de nuestros pueblos, la voz de un niño, alguna melodía, que luego vendrá a nutrir el ritmo interior de sus versos.

Si el tono íntimo habla en la poesía de Fina García Marruz y este se desborda en la plenitud de una religiosidad auténtica, si el amor en su lírica es obra de fe, rasgos que compartirá con otros origenistas, en la poesía de la Aguirre está la eclosión de la luz —rota la penumbra de la noche— y la manifestación intrínseca del proceso ideológico (no solo de su referente político), cuando la voz de la mujer se abre a la diversidad temática que se extiende desde el amor individual, el flujo y reflujo de las parejas humanas, hasta el discurso anunciatorio de una militancia de la que nunca se reniega. Pero es en la impronta existencial, sí, lo que no es igual epistemológicamente a existencialismo, donde esta mujer palpita con vehemencia y alcanza la totalidad, sin mimetismos ni falacias. Como también en lo formal, recrea y asimila las combinaciones estróficas de nuestra lengua, usadas en el Medioevo, el Renacimiento y el Barroco, para decir los temas de nuestra época.

En la poesía editada de Mirta Aguirre, en lo que conocemos de su obra lírica —sabemos que hay más de un volumen lamentablemente no publicado todavía que podría enriquecernos y negar ese aparente mutismo suyo—, sobresale esa feminidad, la pasión que lleva a esta poeta a establecer comunicación sobre la base de la igualdad y no de la complacencia, con otras voces mayores de las letras hispánicas, de quienes fueron sus coetáneos. Y pienso en el Neruda de las *Residencias*, o en el Vallejo de los *Poemas humanos* y siempre en el bardo que trascendió al folclorismo y revolucionó su propio verso: en el Lorca de *Poeta en Nueva York*. Sin asumir el surrealismo como opción estética, sí están los códigos metafóricos de las vanguardias artísticas de nuestra centuria en el decir poético de la Aguirre; y, sobre todo, en esa cuerda erótica que no ha tenido el merecido estudio y divulgación, el conocimiento y el aplauso, corrida sobre Mirta la sombra de su notoria condición política que opacó su nombre poético.

Los desagradecidos solo ven las manchas del sol y olvidan cómo este los calienta. Ingratos seríamos nosotros y nosotras (para decir con perspectiva de género) si no hiciéramos justicia a la obra que Mirta y Fina nos han regalado para elevar la voz de la mujer a su plena madurez expresiva en las letras de este país. Esa que las llevó a ganarse, con su laborioso y también silencioso trabajo, el lugar que les pertenece en nuestra historia literaria, donde ni la Aguirre ni la García Marruz son segundas de nadie.

El discurso femenino en la poesía cubana contemporánea ha alcanzado, precisamente gracias a estas poetisas, un nivel de profesionalismo en cuanto a expresión artística, que resulta en verdad retador para cualquier otra poeta nuestra transitar una senda tan bien labrada. Sin información, sin cultura auténticamente asimilada y sometida al ejercicio de la crítica, en su apropiación efectiva más allá de las poses de lo circunstancial y epidérmico, no es posible ir al diálogo

con los hombres en el campo de la poesía cubana, no como antagonistas, sino como nuestros iguales. Mirta lo demostró cuando asumió como suyo el legado de los Siglos de Oro y se nutrió de don Francisco de Quevedo, cuando bebió las fuentes de sus coetáneos hispánicos —véase a Federico García Lorca y a Rafael Alberti—, cuando fue a buscar aquellos ríos perdidos de Jorge Manrique y se hundió en las aguas que bañaron a Gonzalo de Berceo y a Garcilaso de la Vega. Fina lo dejó explícito en su íntimo encuentro con San Juan de la Cruz y Teresa de Avila, con Antonio Machado y Miguel de Unamuno, con la poesía de expresión inglesa, del mismo modo que nos mostró el acento desgarrado tan próximo a León Felipe. Mujeres inteligentes y sensibles, pero no legas. Sino cultísimas, como Tula y como Luisa y como Juana. Esta es también una lección del buen decir del discurso femenino en la poesía cubana que nace del talento, es cierto; pero no de la improvisación ni de la ignorancia.

Extremo es el pudor de una mujer, incluso cuando aparenta agresividad como Mirta Aguirre. Extrema es la fortaleza de una mujer, incluso cuando parece frágil como Fina García Marruz. Hay un reclamo de *eticidad*, una modestia genuina en el discurso de estas dos mujeres, una proverbial honradez que a veces nos aturde, como cuando tratan de impedir, al no entregar sus textos a la imprenta, que se les conozca y (re)conozca como lo que son: voces mayores de la lírica cubana de todos los tiempos. Desde *Presencia interior* (1938) —sin olvidar su antológica pieza para la niñez: *Juegos y otros poemas*, y esa «Canción antigua al Che Guevara»—, Mirta guardó para sí su producción poética que luego, previa selección personalísima, nos mostró junto a su prosa en el volumen *Ayer de hoy* (1980), editado poco antes de su fallecimiento. Fina estuvo diecisiete años para dejarnos leer sus *Visitaciones* (1970), desde el silencio que nos (se) impuso tras la edición de *Las miradas perdidas*, porque también ese rasgo de elevada autoexigencia (no de superficialidad), caracteriza a la poeta cubana. Este país, este pueblo tiene dos premios Cervantes. Un hombre singularmente universal como Alejo Carpentier, y una poeta y narradora: la autora de *Jardín*, esa sensibilidad que es Dulce María Loynaz. Pero creo que, gracias a la obra de sus poetas —y pienso, de estar aún entre nosotros, en José Lezama Lima, y en la propia Fina García Marruz—, mereceríamos contar con otros lauros cervantinos e, incluso, hasta con un Nobel. Sé que Fina se llenará no solo de rubor, sino de asombro por mi afirmación.

¿Por qué, entonces, en la historia literaria se reconoce con reticencia este discurso femenino? ¿Por qué cuesta tanto trabajo reconocer la existencia de esta poesía escrita por mujer y desde la óptica de mujer, cuando se habla de Poesía cubana con mayúscula? ¿Por qué solo se reconocía en Mirta a la ensayista, a la mejor crítica del mejor poema al General de las cañas (su estudio sobre la «Elegía a Jesús Menéndez» de Nicolás Guillén), y no se hablaba de su lírica, particularmente luminosa en la cuerda amorosa? ¿Por qué para algunos ha sido necesario

que mueran Lezama y Eliseo para reparar que, junto a Cintio, con igual amor y laboriosidad está Fina? La marginación no está en el discurso de las mujeres sino en la crítica, en la historia y en los estudios literarios que se han producido en Cuba, tanto por mujeres como por hombres, salvo honrosísimas excepciones —valga mencionar, entre otros, a Jorge Luis Arcos y a Luisa Campuzano. Tal marginación puede rastrearse hasta en la propia concepción de los programas de estudio de nuestra enseñanza de la literatura, incluso en los medios universitarios, y en el discurso oficial sobre las letras nacionales. A ninguna poeta cubana, ni en el pasado siglo ni en el presente, hay que perdonarle la vida. Y puedo afirmarlo con vehemencia porque entre las mujeres que escriben en Cuba, amén de talento hay corazón y valor, mucho valor; porque en la semilla de este discurso de mujer hay una fibra de sensibilidad donde la belleza, martianamente hablando, siempre está al lado de la bondad y del amor, en el discurso por la vida.

Y Martí no es un referente, para los textos de Mirta y de Fina, que surja de la casualidad o sea producto del chovinismo que obnubila e impide el juicio crítico. Es referencia consustancial que ambas asimilaban como raíz no para un dogma, sino para una creación poética que tomó cuerpo en libros y también en hijos de sangre y vocación, que se han nutrido en la enseñanza de Mirta y de Fina, dentro y fuera de los claustros, en el anchuroso diálogo del existir donde, también, estas poetas han escrito —esta vez sobre los cuerpos y las mentes de generaciones de cubanos y de cubanas—, la mejor poesía.

Búsqueda de las esencias y no de la apariencia de las cosas y de los seres, animados e inanimados, por la vía de la emoción, de los sentidos y de la fe, pureza de la lengua que nace del conocimiento profundo del idioma, bebido en las fuentes clásicas y enriquecido por voluntad de estilo en puja de amorosa entrega, trascendencia de lo existencial, mesura en lo político sin caer en el panfleto, más fuerte el acento y la presencia más reiterada, —por su ideología y militancia políticas— en Mirta, pero no ausente en Fina, en ambas por la común sensibilidad; como se evidenció ante la caída de Ernesto Guevara, cuando Mirta traspoló el mito, la leyenda del Che, a las formas expresivas de la canción antigua e hizo gala de oficio poético, y Fina nos dio un verdadero oratorio de aliento bíblico, digno de los Salmos. Acercamientos no externos, sino íntimos; reflexivos, pero no carentes de emotividad, para entregarnos dos de los poemas más límpidos que se hayan escrito en nuestro idioma sobre el héroe que cayó por amor.

Como presencia interior y en las visitaciones de ambas líricas, está la relación amorosa, el tema del amor humano, que alcanzará en Mirta Aguirre el desbordamiento de la pasión, la apelación a los sentidos, la presencia del deseo y del sexo desde la impronta inmediata de su carnalidad, sin olvidar las zonas de la espiritualidad afectiva de la persona; y en Fina será espacio transido de amor filial, vínculo de las almas, reconciliación infinita que nos conduce a Dios y nos remonta al recuerdo y a la memoria desde los brotes de

¿Por qué en la historia literaria se reconoce con reticencia este discurso femenino? ¿Por qué cuesta tanto trabajo reconocer la existencia de esta poesía escrita por mujer y desde la óptica de mujer, cuando se habla de Poesía cubana con mayúscula?

la ternura íntima; y que en ambas se abre, con igual fervor, desde la fe, asumida esta en su individualidad, por la vía de la religión o de una eticidad de proyección social; se abre cauce al amor a la Patria y al hacer de Cuba, como en Martí, un espacio donde todos podemos comulgar, ser y existir.

Discurso femenino que pulsa la rima y el verso libre, pero que late desde el ritmo interior como su aliento natural, que puede ser breve como el vuelo de una paloma o el canto de un sinsonte, en tono menor, recuerdo de la infancia, tránsito a la adolescencia y a la plenitud de una mujer que se descubre en diálogo con el mundo, no ajena a las contradicciones, a las turbaciones y a las complejas dubitaciones del mundo porque ni en su intimidad hay egoísmo, sino un darse que habla de filiación cristiana, como en Fina, o de hallazgo esperanzador entre las propias filas de la especie humana, como en Mirta. Poesía esta que no se consume entre las cuitas personales, aunque no las desdeña, y que tiene resonancias plurales para cualquier lector, ya sea mujer u hombre.

En las filas de *Orígenes* o entre las páginas de *Hoy* sobresalieron Fina García Marruz y Mirta Aguirre. No como el pequeño cordero que se suma al rebaño, mansamente, para no perder el pasto tierno y el agua del arroyo, sino como voces con autoridad, con gesto y palabra definidos desde el semillero de la propia individualidad. Quienes las conocieron entonces y fueron sus amigos y compañeros de promoción sintieron que a la izquierda de Dios —o del milagro de la poesía o de la Revolución que ayer parecía solo una tesis—, estas mujeres florecían con versos e ideas orgánicamente elaborados, no miméticos ni tomados en préstamo de nadie.

Y es que en la poesía cubana el discurso femenino ha ido singularizándose y venciendo escollos, no pequeños por cierto, desde una programática que ha sido, también, constantemente infeliz para la mujer. Pero esta ha sido transgresora de tales parámetros, y ha asumido, conscientemente, la doble tarea de adquirir su libertad y de contribuir a que el hombre también sea más libre a su lado; ganándose el espacio no como un don que se recibe mansamente, sino como fruto que se obtiene del trabajo, del esfuerzo, del sacrificio y de los desgarramientos.

En contrapunto con Pablo Neruda, con López Velarde, con César Vallejo, la Aguirre fue armando el cuerpo de su presencia, entre la insolencia y la incertidumbre, pero dueña de su yo a cualquier precio;

sin miedo a la soledad ni al desamparo, reafirmando su ética, su verdad profunda «*malgré tout*». Desde el sueño y la esperanza, escalones que se prestan al amor, Mirta asumió la poesía como lo hizo aquella chilena universal que tomó el nombre de un arcángel: Gabriela Mistral.

Fina, desde la intimidad de su palabra, como si palpara con el gesto los acentos profundos, buscó con mirada de mujer el orden y la armonía, y con la ayuda del amor y de Dios enderezó la ruta igual que los Apóstoles, o mejor dicho, tras la Virgen; como Marta y María descubrió en la pobreza y la humildad, en la sencillez, aquel decir sapientísimo del Verbo. En los hijos, en la madre, en las tías, en los seres cercanos y lejanos vio que el universo era infinito y que el amor era la fuerza que necesitaba para hacer de su fragilidad el escudo y por la vía de lo poético ir, a su manera, a contribuir a la felicidad de la persona humana que en ella encontró resonancia, desde su finitud, y le dio la sensibilidad de su perfil de mujer, no exento de meditaciones y razones; pero siempre cuajado de amor y de fe. Quizá sea esta mujer, dentro de la generación que en Cuba alabamos como los origenistas, el agua más profunda, la tierra misma, elementos primarios que nutren las cosmogonías en todos los lenguajes y en todas las civilizaciones.

La muerte, ese tema inexcusable que aparece en toda la poesía, también encuentra eco en este discurso. Pero la muerte no impone miedo a la mujer. Se la conoce y reconoce, se la recibe y se la acepta como a la luz. Así lo hará Fina García Marruz en sus versos y en su prosa poética que es fe de vida, como en Dulce María Loynaz cuando nos lleva a transitar por sus jardines, dueños de un fantasear tan fabuloso que los nombres son los que crean a las cosas a la manera de Platón.

La muerte puede ser también la despedida, el milagro en el que no se cree, como el desamor desde la piel herida y el dolor con que se asume la experiencia, como sucedió en el discurso de Mirta Aguirre. Pero también puede ser la agresión externa, la irracional presencia de la barbarie que es la guerra, donde los niños pueden caer entre lápices y crayolas bajo las hordas nazis. Y la mujer, la poeta, demanda en eco de resonancia universal la condena del hombre y de la mujer, de todos los pobladores de la tierra, porque entonces la poesía es reclamo y es grito y es violencia en una poeta, como la Aguirre, en quien la pasión es la cuerda más sensible y también la más cálida.

En la poesía cubana, y en el discurso femenino, la muerte es compañía habitual, no un fenómeno que externamente se aproxima. Desde la propia entraña,

como el reflujo de las mareas que nos alimentan desde nuestra propia naturaleza de mujer, la muerte es entre nosotras obra de vida y así se asume, para darnos algo que trasciende el tópico de la lírica; aquella que nos viene desde nuestras raíces hispánicas como la gran igualadora, y la recibimos y jugamos con ella, la desmenuzamos y la transformamos en el otro polo, en la otra cara que Janos oculta a la mirada necia, como la hoja de la yagruma. El humor nos salva, subrayado por la sutil ironía que en la mujer florece con belleza, y es la vida que vence y devora a la muerte, y se nutre de ella como reafirmación del amor; no es lo pueril del gesto o la vivencia personales, sino el cuerpo de una relación que es continua y sistemática, como una manifestación del propio ser, de la esencia de nuestra feminidad donde la ternura jamás desdice a la pasión y que se revela con vehemencia en Mirta y con esa galanura, —de igual intensidad, pero distinto matiz y tránsito— en Fina. Ellas abren la compuerta. En ambas está, así lo siento, la actitud de la Avellaneda, sobre todo la de las cartas y el diario íntimo, y la de aquellas elegías de Luisa Pérez y la ingenua pasión de Juana Borrero.

Estas dos mujeres, talentosas y sensibles, de singular inteligencia, como lo muestran sus obras en el entorno de la cultura y de las letras cubanas, también han despiezado otros géneros a los que han integrado la poesía; no porque ejerzan la función poética, sino porque el discurso poético establece los vasos comunicantes con el buen ensayismo, como lo hizo Unamuno y lo hizo Martí. Igual que el autor de «El Cristo de Velázquez» y que el hombre que dio a luz «Nuestra América», Fina García Marruz y Mirta Aguirre entroncan con esa característica de la poesía cubana que hace de sus mayores poetas también lúcidos prosistas en el horizonte reflexivo.

Los estudios e investigaciones de ambas, sus críticas y comentarios donde hay iguales intereses —por ejemplo, el cine, la plástica, la música, la literatura y, en particular, los temas martianos— nos llevan a medir el caudal de información, la avidez de miras e inquietudes de estas mujeres, elementos que irán a nutrir, ampliar y desarrollar su producción lírica y dotarán a esta de una variada intertextualidad, no solo en los marcos de nuestro idioma, sino en las referencias a las letras francesas e inglesas, y al vasto recinto donde se sustenta nuestra estética de fuentes judeocristianas. Esa cultura, transformada en obra de vida, será también fuente de enriquecimiento temático y potencialidad espiritual para este discurso que se eleva, como lo diría Sor Juana, desde la olla y el misal a la experimentación científica, a la polémica de los universales, a la insaciable búsqueda del conocimiento, y que abrió para la mujer en nuestra lengua, en nuestra América y también en Cuba, el sendero que va del encausto a la sangre y que pobló los sueños y las moradas de Teresa, aquella cristiana nueva, semita de origen, que nos llevó al místico camino de la perfección.

Cómo pensar entonces que el discurso femenino en la poesía cubana del siglo xx pueda ser una zona marginal de nuestras letras. Cómo adoptar una actitud peyorativa ante la producción de tales mujeres. Cómo rebajar el intelecto ante la asombrosa expresión de una cultura que trasciende los límites insulares y habla, de tú por tú, con cualquier ser humano que habite sobre la tierra y sin miedo al ridículo. Poesía de esencia, de vuelo universal no por la mimesis, sino por la profunda estructura de su cubanía, desde los particulares que nos dan asidero en la existencia, es la que nos entregan Mirta Aguirre y Fina García Marruz. Y junto a ellas, y después de ellas, las mujeres que vienen, enriquecidas con sus lecciones, estimuladas por su experiencia y dotadas de igual aliento para luchar por su realización, por su expresión y por el reconocimiento que su obra merece.

Aunque mucho envidiemos a la adolescente tal tutoría, no vivimos los días de María Mantilla, a quien, con preocupación paterna escribía Martí, desde la tierra dominicana y con la Revolución en la manigua, las recomendaciones para que fuera no solo la mujer en sí que le dio la naturaleza, sino la mujer para sí que debía construirse para bregar sin miedo por su felicidad. Próximos a introducirnos en el tercer milenio, a concluir este complejísimo siglo que transformó en 1917 la faz de la tierra, y que hoy vive terribles e iracundas crisis —algunas soterradas como la lava en el vientre del volcán—, no podemos admitir, ni en tono de burla, que se ignore la presencia de un discurso femenino en las letras cubanas, y cómo este las ha enriquecido, con singular énfasis en el ámbito de la poesía.

La alegría, la añoranza, la nostalgia, la melancolía no son sutiles manifestaciones del alma de una mujer; son vivencias íntimas que recorren el espíritu de cualquier ser humano al margen de su sexo, pero que en la mujer encuentran tal pureza y tal intensidad que se transforman en vías de conocimiento y plenitud, en un lenguaje donde la pasión no es ajena a la ternura ni esta es pequeñez insólita que mutila a la personalidad. Las benditas sencilleces que descubriera Fina, las letanías del amor y el desamor que nos mostrara Mirta, son ángulos, planos múltiples de una espiritualidad y de una fineza expresivas que enriquecen el idioma y hacen de la poesía un diálogo por y para la belleza; lo que no excluye rasgos de violencia, desenfado, agresividad, dudas, escepticismo, ironía y dolor que también apelan al corazón humano y a las cuerdas del alma. Porque el discurso femenino en la poesía cubana no es producto de un ser solitario que escribe para sí, sino un desbordamiento que incita a superar monólogos y soliloquios para llegar a la comunicación, sin que esto quiera decir a la unanimidad donde todo es homogéneo y falaz.

Entre nosotros y entre nosotras, con la sapiencia del Chino viejo, y con la distancia que él tuvo (porque mucho nos quiso y más nos conoció), solemos ir de un extremo a otro;¹ y si a unos solemos darles la sal, a otros les negamos el agua (para nuestro propio perjuicio porque nos castramos y quedamos al aire para malvivir

con la mitad del cuerpo). Ir de un bandazo a otro es una maldición. Pero si las estrellas inclinan, no determinan; y existe, como lo dijo la propia Fina en un poema, la gracia de Dios que nos concedió, por extrema generosidad, el libre albedrío y nos permitió ser la única criatura viviente, creada por su mano, capaz de decidir su destino y de luchar por su libertad que es, también, realizar la propia individualidad.

Aquel chino al que hacía referencia, apodo cariñoso que le otorgamos los cubanos al Generalísimo Máximo Gómez, y cuya frase es siempre cita obligada para calmar la sed ante nuestros yerros, —como el águila martiana y el mar del camagüeyano Nicolás Guillén. Con tales textos de máxima potencialidad para nuestra historia literaria nos adentramos en la polémica sobre el discurso femenino en la poesía cubana, que tiene, como es lógico, sus cimas y sus simas, igual que el discurso masculino al que la historiografía mira con mayor benevolencia y asiduidad.

Pero la mujer cubana no se resigna al silencio. Y cuando lo utiliza, como a la pausa en el pentagrama musical, es para prepararse a la carga al machete, como aquella legendaria Ana Betancourt que escribió una página de intenso lirismo ante los asombrados congresistas de Guáimaro y del propio Carlos Manuel de Céspedes, cuando abogó por los derechos de la mujer ante la estructuración de la república, en la gestación de la nación cubana durante los días de la primera Guerra de Independencia. Y esta no es una extrapolación temática, sino el justo asidero de un espíritu, el que nutre a Mirta Aguirre y a Fina García Marruz y a las poetisas cubanas, como el toque de «La Bayamesa» en el 68, y las serenatas que recibía Luz Vázquez al pie de su ventana.

Si para escribir la historia de la literatura cubana hay que romper esquemas, que se rompan. Es hora de situar en su justo lugar a Mercedes Matamoros; adentrarnos en la complejidad de Gertrudis Gómez de Avellaneda, sin prejuicios; asumir los matices de la Virgen triste para verla como la igual de los Urbach y de su amado Julián del Casal; ver a Luisa Pérez con otros ojos, como a su hermana Julia; y de ir a otras voces escondidas, al parecer de tono menor, que nadie recoge, ni siquiera los textos historiográficos ni los diccionarios especializados y, mucho menos, tampoco nuestras editoriales.

Si para escribir la historia de las letras cubanas en la década crítica hay que dedicar espacio a María Villar Buceta junto a Juan Marinello, a José Zacarías Tallet y a sus congéneres; si el verso de amor no es ridículo; si la sexualidad no es un tabú del que nos hacemos esquinados cómplices *sotto voce*, para degustar en privado lo que criticamos en alta voz, y si es hermoso sentirla libre en la poesía de Carilda Oliver Labra y en la fineza de Rafaela Chacón, y recibirla sin prejuicios ni remilgos en los textos de Mirta Aguirre; si para hablar de Dulce María y Flor Loynaz no hay que silenciar a sus hermanos Carlos Manuel y Enrique, porque en verdad fueron como los cuatros puntos cardinales; y si para hablar de *Orígenes*

no hay que dejar en el silencio del cuarto a Cleve Solís, y para decir de Fina García Marruz no hay que ir a buscar la orquesta mozartiana, sino medirla, como a su igual, al autor de *Paradiso*, con todos los instrumentos que demanda Wagner; si para hablar con limpieza de alma y honestidad intelectual debemos vencer nuestros rezagos, la tendenciosidad que nos abruma y mutila, y dar el salto que nos permita beber, con igual placer, de las aguas de quienes publicaron en *Verbum*, *Espuela de plata*, *Nadie Parecía* y *La Gaceta del Caribe*, sin olvidar que la polémica enriquece cuando nace del respeto y de la inteligencia y no de la mala entraña o de la envidia; si queremos ser críticos e historiadores en buena ley, tenemos que vencer la miopía que nos impide ver y ser dueños de nosotros y de nosotras para grandeza de nuestra cultura y enriquecimiento de nuestro pueblo donde se ha de sumar lo que se escribe, con el amor a Cuba en el pecho, dentro y fuera de la Isla y que amplía el horizonte de este discurso poético femenino con otras experiencias, contradicciones, aciertos y desaciertos que nos permiten una pupila creadora para superar las manquedades impuestas por los dogmas.

En las revistas, en los periódicos, en las modestas tiradas de los *plaquettes*, en los libros editados en la capital y en las provincias, en las huellas perdidas de muchos nombres de mujeres y de hombres, está el horizonte de una expresión, la poesía, que entre los cubanos y las cubanas es el discurso por excelencia. Hay resonancias múltiples, etnias, creencias, ideas políticas, culturales, la riqueza de las diversas experiencias del ser humano, la pluralidad de la persona que se manifiesta en la más íntima y subjetiva de las funciones: la lírica.

Ni Mirta Aguirre ni Fina García Marruz son mujeres esquinadas. La amplitud de su mirada, la seguridad de sus principios, la firmeza de su voluntad se evidencia en su obra y, también, en sus juicios críticos. Ellas nos sirven de divisa, como la luz. Estar abiertos al mundo, al diálogo, es una lección moral. Y en esa vocación de fe ambas se inscriben. El discurso femenino en la poesía cubana, como también nuestras letras, en su totalidad, encuentra en estas dos poetisas mayores no solo dos de los máximos exponentes, voces de resonancia universal que nos trascienden, sino la expresión de una inteligencia dotada por la gracia, a la manera de San Pablo, por la iluminación, a la manera de San Agustín.

La Habana, 28 de enero de 1996.

Notas

1. La autora se refiere a la frase «Los cubanos o no llegan o se pasan», atribuida a Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército mambí, durante la Guerra de Independencia. (N. del ed.)